

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA EFIGIE DERRETIDA

VICTOR CANNING



BONOMI

Lectulandia

La hermosa Zelia Yunge-Brown pierde la memoria y con ella el Mercedes 250 SL de su padrastro, Cavan O'Dowda, que contrata a Rex Carver para rastrear su coche. Ginebra, Cannes, Turín...

A medida que Carver recorre Europa en busca del auto, encuentra a otras personas que están realizando la misma búsqueda. Interpol quiere el coche, lo mismo que los excéntricos hermanos Alakwe, Jimbo y Najib, con su peligrosa ayudante, Miss Panda Bubakar, de un metro ochenta de estatura. ¿Qué es lo que se oculta en el coche perdido? ¿Por qué Zelia y su hermana Julia odian a su padrastro millonario? Desalentado por la modalidad de Panda, devoradora de hombres, experta en sexo y natación, y atraído por las atenciones de la arrebatadora Julia, Carver pronto se ve envuelto en una red mortal de intrigas y engaños. Sólo cuando se ve atrapado en la galería de figuras de cera, en el macabro "château" de O'Dowda en la montaña, conoce los aterradores secretos de «La efigie derretida».

Lectulandia

Victor Canning

La efigie derretida

El séptimo círculo - 272

ePub r1.0

Titivillus 01.01.2019

Título original: *The Melting Man*

Victor Canning, 1974

Traducción: Mary Williams

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La efigie derretida

Portadilla

Noticia

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Sobre el autor

Notas

EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**



NOTICIA

Victor Canning nació en Plymouth en 1911. Publicó su primera novela —Mr. Finchley Discovers his England— en 1934.

Antes de la guerra fue redactor del “Daily Mail”. Es autor de numerosos cuentos y series que han sido publicados en los principales diarios y revistas de Inglaterra y Estados Unidos. Sus novelas han sido igualmente señalizadas y su obra titulada The House of the Seven Flies fue llevada al cine. Entre sus éxitos más notables podemos citar Queen’s Pawn^[1].

Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al Tercer Batallón anglo-escocés y fue miembro de la Royal Artillery.

Victor Canning está casado, tiene dos hijas y vive en su casa de campo de Kent.



CAPÍTULO UNO

“¡Oh, cómo me fascinó ese resplandor!”.

ROBERT HERRICK

ESTABA con los pies apoyados en el antepecho de la ventana, observando el desfile de la vida exterior. No era muy intenso. El conductor del taxi que encabezaba la fila, leía la edición matinal del “Evening Star” y fumaba un cigarro. Un puñado de hojas caídas prematuramente de los árboles, simulaban una danza de derviches en el viento. Un negro pasaba envuelto en un amplio manto azul. Lucía en su cara grande una brillante sonrisa de 250 vatios que sólo podía provenir de una meditación trascendental o de una nueva y satisfactoria adquisición para su harén. Un policía estaba haciéndole una boleta a un Mini-Austin por estacionar en una zona prohibida. Algo más lejos pasaban dos muchachas caminando por la acera opuesta: una de ellas era rubia y con una cara que hubiera encandilado a Botticelli; la otra llevaba una radio a transistores y sorbía un cucurucho de helado. Un portero pulía una placa de bronce. Una paloma acosaba a dos gorriones en la alcantarilla. Dos hombres de negocios se dirigían de prisa hacia Trafalgar Square con sus clásicos sombreros hongos, portafolios y paraguas.

Me harté del desfile y me miré los pies. Mis zapatos de gamuza necesitaban una buena limpieza. Las medias verdes no hacían juego con el traje oscuro. Me importaba un bledo. En esta época del año el letargo y el desaliño siempre parecían imponerse. Dentro de cinco días partiría de vacaciones. La batería necesitaba recargarse. Muy pronto tendría que pensar a dónde ir.

La puerta de la oficina se abrió detrás de mí. No me volví. Sabía que era Wilkins. Hilda Wilkins, solterona, de treinta y cinco años, de pelo rojizo herrumbroso, ojos azules sinceros (demasiado sinceros), falda de *tweed* grueso, blusa blanca sencilla, saco cardigan suelto, también de color gris. Mi socia no era precisamente un cuadro al óleo y el vínculo entre nosotros era inquebrantable. Había pocas cosas en que estuviera de acuerdo conmigo. A veces me preguntaba por qué se quedaba, evidentemente no era por el sueldo.

—Voy al banco —me dijo.

Me volví.

—¿Para depositar o para retirar?

—Para retirar. He pasado la conexión del teléfono a esta oficina.

—No creí que quedara nada para retirar.

—Muy poco. ¿Ha decidido a dónde va a ir?

—No. Tampoco con quién voy a ir, ni si voy a ir con alguien.

La muchacha aspiró profundamente y retrocedió hacia la puerta. Tenía muy pobre opinión con respecto a mi moral y a mi gramática.

—He pensado en el Palacio Gritti en Venecia —comenté.

—¿Por qué no...?, ¿si sólo va a permanecer una noche? Pero sería mejor que fuera a casa de su hermana en Honiton. Comería gratis.

—Eso es interesante. Crema y sidra de Devonshire, grandes tajadas de tocino, huevos fritos, chinchulines de cerdo, morcillas, cerdo asado, carne hervida y pasteles rellenos de fruta o de carne... Sí, necesito una sobrealimentación.

Wilkins miró atentamente el botón inferior de mi chaleco y dijo:

—Ésa no es mi impresión.

La muchacha se marchó y yo miré para abajo. Quizá tuviera razón. Había llevado una vida sedentaria este último tiempo. Miré el almanaque que había en la pared de enfrente y porque no tenía otra cosa que hacer me puse a calcular cuántos días más quedaban para las compras de navidad. No pude llegar a una conclusión.

Sonó el teléfono. Lo dejé sonar un momento y luego levanté el receptor.

—Carver y Wilkins —dije—. ¿En qué puedo serle útil?

La voz afectada de un hombre respondió:

—Deseo hablar con Mr. Rex Carver.

—Espere un momento por favor, voy a ver si está.

Bajé el receptor y encendí un cigarrillo. Era una oficina pequeña, sólo Wilkins y yo, y algún ayudante contratado cuando aumentaba el trabajo. Sin embargo, no perjudicaría dar la impresión de una gran organización. Y de todos modos, los años de experiencia habían desarrollado en mí un sexto sentido que siempre me permitía detectar un posible cliente por teléfono. Estaba dispuesto a salir de vacaciones a cualquier parte y no quería verme enredado precisamente ahora en asuntos exasperantemente rutinarios.

Tomé el teléfono.

—Lo lamento. Mr. Carver no puede atenderlo en este momento.

—¿Quiere decir que no está en la oficina? —parecía como si no estuviera acostumbrado a que las personas no se hallaran cuando él las necesitaba.

—Lo lamento, ha salido.

—Por favor, ¿quiere darle un mensaje?

—Desde luego.

—Dígale que hablo de parte del secretario de Mr. Cavan O'Dowda. El coche de Mr. O'Dowda pasará a recogerlo esta tarde a las tres. Creo que sería aconsejable que trajera una maleta por si tiene que pasar la noche afuera.

—¿Mr. Carver está enterado de este compromiso?

—Por supuesto que lo sabe —dijo la voz un poco irritada—. El coche estará allí a las tres de la tarde. Gracias.

Se oyó un clic y nada más.

Interesante. Pero no lo suficiente como para hacerme levantar y verificar los O'Dowda en la guía telefónica de Londres. Yo necesitaba vacaciones, no trabajo. Pero, ¡ajo! También necesitaba dinero y algunas veces cuando la necesidad apretaba no era muy exigente en cuanto a la forma en que lo obtenía. Pero en este momento... mientras hubiera un poco de dinero en el banco... necesitaba completo reposo y relajamiento. Me quedé sentado y pensé en todos los lugares adonde podría ir. Tenía un amigo que se había retirado a Malta para eludir el problema de los impuestos... pero eso significaba navegar y la idea no me atraía mayormente. ¿La Costa Brava? Pescado y papas fritas, horribles gazpachos y aun el más horrible canto flamenco. ¿Biarritz? Tranquilo, eduardiano —sólo que ya no es así—. Ahora es grande, congestionado, ruidoso, las calles llenas de Citroëns y el Atlántico que le llena a uno la cara con la espuma y arena que trae el viento cuando nos acercamos a las dunas. ¿Algún lugar tranquilo, alejado, más allá de Cannes? Bien, podría encontrar eso; paz, soledad y relajamiento bajo un emparrado festoneado de uvas, sorbiendo *vin rosé* a la mañana para disminuir los efectos del Pernod de la noche anterior. Espléndido todo, excepto la soledad. Necesitaba compañía para eludir esa soledad. Casi había logrado reunir energía para buscar mi libreta de direcciones en el cajón del escritorio, cuando sonó el teléfono. Cambié el rumbo de la mano y levanté el receptor.

—He vuelto —dijo Wilkins.

—Muy bien. La oficina no era la misma sin usted —como ella no respondía, continué—. ¿Concertó una entrevista para mí con un tal Mr. O'Dowda?

—No.

—Mejor.

Coloqué el receptor en su lugar y olvidé el asunto de la libreta de direcciones. Todas tienen siempre alguna excusa. Por supuesto, podía probar algo nuevo. Quizás un crucero, si lograba un pasaje. No, todas eran tan cordiales, apostando a cuantas millas iba a recorrer el barco durante el día, jugando a los tejos en la cubierta, al ping-pong y además estaba ese asunto de tenerse que vestir de etiqueta. De cualquier manera, todas las chicas libres, demasiado pronto eran absorbidas por los oficiales. No se puede competir con un uniforme ni con el color tostado que da el mar.

Sonó el teléfono. Levanté el receptor con un esfuerzo.

—Habla Carver.

La voz viva, violenta y ordinaria de Miggs me hizo pestañear.

—¿Cómo estamos, viejo? Hace más de un mes que no aportas por aquí. Apuesto a que no puedes mirarte la parte inferior del abdomen, de puro gordo, y si hay una depresión sobre tu gran trocánter yo soy una bestia.

—Déjate de molestar y sigue emborrachándote.

—Estoy totalmente sobrio. Tengo que estarlo en este trabajo. Pero te espero para que tomemos unos tragos. Además, tengo algo para ti.

—Sea lo que fuera, no me interesa. Pero iré a tomar un trago... si mis músculos rectales me lo permiten.

En la oficina exterior, Wilkins estaba tejiendo algo con una lana de color amarillo bilis y haciendo las palabras cruzadas del “Daily Telegraph”.

—Voy a ver a Miggs —le dije.

Me echó una mirada y respondió:

—No se olvide de almorzar algo. ¿Por qué hizo esa pregunta acerca de Cavan O’Dowda?

—No dije que su nombre fuera Cavan.

Con la cabeza la muchacha señaló el equipo que había sobre el escritorio:

—Dejé el grabador conectado.

—¿Usted lo conoce?

—He oído hablar de él. Es...

—No se moleste en decírmelo —respondí—. Por el momento no tengo más que un problema. Decidir dónde pasar las vacaciones.

Flexioné las piernas y salí.

Bajé las escaleras y me detuve en la puerta, mirando hacia la avenida Northumberland. A lo lejos, a mi izquierda, estaba Nelson de pie en su columna, protegiendo un ojo ciego del asalto de las palomas y estorninos. A mi derecha, la placa de bronce que decía *Carver and Wilkins* necesitaba que la lustraran. En un principio sólo estaba grabado *Carver*, hasta que un año que resultó peor que de costumbre Wilkins insistió en vaciar su alcancía que era una vieja caja de té depositada sobre la repisa de la chimenea de su casa. (Wilkins vivía con su padre, un camarero de barco retirado y un infatigable, pero poco afortunado jugador de carreras de caballos). Vino a rescatarme con una expresión en los ojos que me impidió siquiera un fugaz resplandor de gratitud. Sin decirle una palabra hice que cambiaran la placa.

Me dirigí a lo de Miggs. Resultaba difícil para un hombre en mi estado de ánimo, desganado y apático. No obstante caminé los cuatrocientos metros.

Detrás de su garage Miggs tenía un gimnasio. Sus precios eran altos, pero su agenda siempre estaba llena. En otro tiempo Miggs había sido sargento en los comandos. Después de hacer gimnasia con él, cualquier hombre normal descubre que le duelen una docena de músculos que nunca supo que tenía. Para los clientes especiales —y tenía bastantes— dictaba un curso de combate sin armas que comprendía algunas maneras muy elegantes de matar a un hombre en forma rápida y silenciosa.

Estaba por terminar una sesión cuando llegué, así es que me dirigí a su oficina y me senté a esperarlo. Miggs entró poco después, la cara rojiza brillante luego de una ducha, me miró y dijo:

—¡Mi Dios...! Un hombre joven con el cuerpo de un viejo. Será mejor que te anote para una docena de sesiones. Te hago un precio especial.

—Estoy satisfecho. Me gusta aumentar de peso en setiembre. Bajo durante el invierno. Así hacen los osos. ¿Qué hay del trago?

Abrió un armario y sacó *whisky*.

Se sentó y mientras bebía me miraba y meneaba la cabeza con desaprobación, como si fuera un escultor y yo su primer esbozo en arcilla de un atleta griego, mal hecho por donde quiera que se lo mirara.

—Lo que necesitas es trabajar. Pero antes tienes que venir acá durante unos días.

—Lo que necesito son unas vacaciones... y es lo que me propongo tomar.

—Las vacaciones pueden esperar... pero una buena suma de dinero, no. Acepta el trabajo. Puede haber mucho que ganar al margen. Eso es lo que te gusta, ¿no es así? De cualquier manera, el melenudo tiene más dinero de lo que puede gastar... y con esto no quiero decirte que lo tire por ahí sin estar seguro de lograr algo en cambio. Estos millonarios nunca hacen eso.

—Lo que yo quiero es que dejes de hablar en acertijos y un porcentaje más alto de *whisky* para mi soda —le tendía el vaso y Miggs me sirvió.

—¿No recibiste mi mensaje?

—No.

—Le hablé por teléfono a tu Mr. Meld anoche y se lo di.

—Hoy es lunes. Pasé el fin de semana en Brighton y volví directamente a la oficina en el tren de la mañana. ¿Quieres decirme que has tratado de encontrarme un trabajo?

—Lo conseguí. Dijo que enviaría un coche a buscarte hoy a las tres de la tarde.

—¡Qué presuntuoso!

—No, cuando se trata de un millonario. A su hijo lo mataron a mi lado en Italia. Siempre ha tenido debilidad por mí y me confía todos sus asuntos relacionados con automóviles. Los pone furiosos a Jack Barclay y a esos otros tipos a causa de todos sus Rolls-Royce y Bentleys que algunas veces cambia caprichosamente cuatro o cinco veces al año. Ayer le entregué un Facel Vega... se lo regala a su hija para su cumpleaños.

—Siempre he querido un papi millonario. ¿Qué opinas de Irlanda para pasar las vacaciones?

—No me gusta. Todos esos bares que llaman “Select” resultan ser una mesa y tres sillas en la mitad de un almacén. Y luego esa actitud retorcida en cuanto al tiempo. Uno sale del hotel bajo una tempestad de lluvia y viento y el portero dice: “¡Es un hermoso día, señor!”. Además no me gusta su cerveza.

—Entonces eliminamos a Irlanda.

—Eso quiere decir que aceptas el trabajo. He dado buenas referencias de tu persona. Honesto, responsable, intrépido y muy discreto. Rapidez en un aprieto, lleno de recursos y además alérgico a los juegos de azar.

—Espléndido. Agrégale un par de alas y seré Batman. Me imagino que estás hablando de Mr. Cavan O’Dowda.

—¿No te lo dije?

—No. Pero no importa. No quiero ningún trabajo. Voy a tomar mis vacaciones.

—Toma el trabajo.

—¿En qué consiste?

—Alguien robó uno de sus coches.

Me reí. ¿Por qué yo?

Cualquiera de Scotland Yard serviría para eso. En estos momentos el coche habría sido desarmado, el número del bloque del motor limado y reestampado, cambiada la caja de velocidades, el número del chasis sustituido, listo para ser rematado con antecedentes falsos en algún mercado de coches, o abandonado en los alrededores de Hackney después que un par de malandrines lo hubiera utilizado para algún trabajo.

—Deja que la policía se ocupe del asunto —le dije—. A pesar de que no creo que lo hagan.

—Es que no se trata sólo de eso. No le robaron el auto en Inglaterra.

—¿Dónde?

—En el extranjero. No me dijo el lugar. Y no creo que sea el coche el que lo preocupa, sino otra cosa.

—No quiero el trabajo. En setiembre yo siempre tomo vacaciones.

—Vé a verlo. Le dije que irías y si le fallo quizá no me dé más trabajo.

—Me echaría a llorar, si no supiera que estás mintiendo.

—Te pido que lo veas. Si lo rechazas, muy bien, es tu derecho. Pero te estoy proporcionando el asunto del siglo. La hija estaba allí, la del Facel Vega... hubieras visto cómo le brillaban los ojos mientras yo te describía. Aun cuando debo confesar que pensaba que estabas en mejores condiciones físicas de las que estás. Sin embargo...

—Gracias por el trago —me dirigí a la puerta.

—¿Te vas?

—Voy a almorzar. Me advirtieron que no dejara de hacerlo.

—Me decepcionas.

—Yo también me decepciono a veces. Pero necesito vacaciones. En ciertas oportunidades uno tiene que alejarse.

—¿Para qué?

—Te mandaré una postal y te lo haré saber.

Me marché.

Y ahí estaba la cuestión. Un hombre debería saber siempre qué es lo que quiere hacer, y si puede, por qué lo quiere hacer. Y lo que yo no quería hacer era ir en busca

de un coche robado. Que O'Dowda comprara otro coche. Si en el asunto había algo más que un coche robado, pues que se ocupara otro. Para eso estaban Scotland Yard, Interpol, el Deuxième Bureau y la Garda Civile. Yo trabajaba durante once meses por año (siempre y cuando hubiera trabajo), pero llegado setiembre, estación de brumas y fertilidad, yo tomaba mis vacaciones.

Pero este setiembre no.

A las cuatro de esa misma tarde estaba sentado en un Rolls-Royce, viajando como cuchillo caliente a través de un pan de manteca, a lo largo de la ruta A 21 en dirección a Sussex.

La explicación era muy simple y conmovedoramente humana. Herrick, desde luego, le había dedicado un poema, no sólo porque tenía el sentido exacto de las palabras, sino porque era un hombre de Devonshire como yo, y, en oposición a la escuela labriega del pensamiento, los hombres de Devonshire son grandes románticos, especialmente cuando “una mujer en sedas avanza” y todas esas cosas sobre “cómo fluye dulcemente la licuación de sus ropas” para rematar al lector con la frase: “Oh, cómo ese resplandor se apodera de mí”. Se apoderó de mí en veinte segundos justos.

A las tres menos dos minutos tenía los talones sobre el escritorio y estaba leyendo, para lograr algún alivio, el ejemplar de agosto de “The Criminologist”. Por alguna razón la Forensic Publishing Co. Ltd. siempre me enviaba ejemplares de obsequio. Estaba enfrascado en un artículo sobre “Los aspectos forenses del polvo” cuando el intercomunicador sonó como avispa cansada y se oyó la voz de Wilkins.

—Acaba de llegar el coche de Mr. Cavan O'Dowda a buscarlo.

—Despáchelo —respondí y corté.

El análisis del polvo común de una casa, leí, demuestra una interesante gama de materiales tales como sílice, óxidos de aluminio, hierro, magnesio, cal, óxido de titanio, álcalis...

Volvió a sonar la chicharra.

Wilkins dijo:

—El chofer de Mr. O'Dowda quiere verlo.

—Dígale al chofer de Mr. O'Dowda que no he quedado en ir a ver a su patrón. Dígale, si está interesado en detalles personales, que no quiero ningún trabajo. Quiero tomar vacaciones. Dígale...

Wilkins me cortó temiendo sin duda alguna otras expresiones.

Tres segundos más tarde se abría la puerta de mi oficina. Levanté los ojos y eso me perdió. Recibí un demoledor impacto entre los ojos.

La joven me miró en silencio durante un momento, mientras yo pestañeaba para desviar el resplandor que me estaba cegando. Luego cerró la puerta y se acercó lentamente a mi escritorio. Era licuación pura con un leve, levísimo desorden en el

vestido. No mucho, sólo un atisbo. Era un traje de seda gris con pequeños hilos de oro y plata que ayudaban a iluminar con una luz especial cada movimiento, cada curva, cada paso. Si pudieran imaginar un vestido hecho de agua con ondulantes reflejos de oro y plata, entonces, no necesito decir más. Había un vistoso moñito en la parte más baja de la v de su escote, como una mariposa dispuesta a volar. Si echara a volar, pensé, haría nacer en sus ropas un resplandor voluptuoso que... Mi pensamiento fue bruscamente interrumpido.

—¿Qué quiere decir todo esto? —preguntó—. He venido desde Londres a buscarlo.

Con un esfuerzo respondí:

—Si usted es el chofer de Mr. O'Dowda, le han comprado un maravilloso uniforme.

—No sea tonto. Soy su hija, Julia.

Me puse de pie. No lo hubiera hecho por un chofer, pero con la hija de un millonario el caso es diferente. Y aun cuando no hubiera sido la hija de un millonario, lo hubiera hecho. Tendría alrededor de veinte años y su pelo era oscuro como las alas del cuervo, los labios como cerezas brillantes. La cara tostada, los ojos oscuros, y por Dios, ¡qué mirada! Además había una sugerencia de testarudez en su mentón ligeramente puntiagudo. Su cara era preciosa, con algo de gitana, pero llena de destellos de seguridad. Decidí que cuando colérica o excitada, sería difícil de manejar.

Era más alta que yo, pero no me importaba. Nunca es demasiado una cosa cuando es tan buena. Me quedé allí de pie, temblando como un perro de caza a la espera de la orden para tomar la presa.

—Es un vestido muy lindo, ¿no es cierto? Jacques Fath —dijo ella.

—No puedo apartar los ojos de él. Soy Rex Carver.

Levantando un poco las cejas ante mi persistente estupidez, respondió:

—Ya veo. Pero no responde del todo a la descripción que Miggs hizo de usted. Algo borroso en los bordes... no sé.

—Llegado el otoño comienzo a desintegrarme un poco. Mi mejor mes es mayo.

Ella miró el reloj pulsera. Percibí el débil resplandor de los brillantes que rodeaban la montura.

—No puedo esperar hasta entonces, tampoco mi padre. ¿Viene usted o no?

—Estaba pensando —balbuceé— en tomarme unas vacaciones.

—Tiene aspecto de necesitarlas. Le diré a mi padre que no puede hacerse cargo —se dirigió a la puerta.

Crucé la habitación y recogí la maleta de fin de semana.

—Me está desafiando —le dije—. Pero no me importa. Por usted iría a cualquier parte —le dirigí una sonrisa. Era un esfuerzo, pero pensé que valía la pena—. Julia O'Dowda es un lindo nombre. Bien irlandés, con un fuerte viento de Connemara que silbara a través de su pelo y...

Ella se dirigió a la puerta diciendo:

—Soy su hijastra. Mi nombre es Julia Yunge-Brown. Y en el viaje usted se sentará en el asiento de atrás. No me gusta sentir una mano en la rodilla mientras conduzco. ¿De acuerdo? —los ojos oscuros, sonriendo débilmente, me pusieron en mi lugar.

—De acuerdo —repuse.

Obedientemente la seguí hasta la otra oficina. Wilkins me echó una mirada impasible.

—La próxima vez que use la palabra “chofer” en el teléfono —le dije— especifique el sexo. Me llevan al cautiverio.

Julia caminando adelante de mí, rió. Era un sonido agradable, como el de un arroyuelo sobre las piedras.

Wilkins respondió:

—Hablaré a Mrs. Meld para avisarle que no volverá esta noche.

No era el Facel Vega, sino un gran Rolls negro, que se parecía un poco a un coche fúnebre y tan callado en la parte de atrás como un velatorio. Colgado en un sostén de plata a mi lado había una bocina para comunicarse con el chofer.

Al pasar por Westminster Bridge, silbé en ella y luego dije:

—¿Qué le pasó al verdadero chofer?

Coloqué la bocina en la oreja y recibí la respuesta:

—¿Tich? Se ha ido a pescar con mi padre. Con mi padrastro.

—¿Qué es eso que me han referido acerca de un automóvil robado?

—Es algo que tiene que ver con Zelia. Siempre está embarullando todo.

—¿Zelia...?

Había que andar de prisa con esa trompeta pero era divertido para un paseo largo.

—Mi hermana. Ya conocerá los detalles.

—¿A dónde vamos?

—A Sussex. Cerca de Sedlescombe. Llegaré a tiempo para el pique del atardecer...

—¿Qué dijo del atardecer?

Pasó raspando entre un ómnibus y un camión-tanque de petróleo y luego dijo:

—Basta de charla. Hay revistas en la red que tiene frente a usted.

En la red había los últimos números del “Vogue”, “The Field”, “Illustrated London News”, “Playboy” y “Reveille”. También una caja con cigarrillos Petit Coronas Bolívar. Encendí uno y me instalé para hojear el “Playboy”.

Una vez que salimos de Londres condujo el coche como si estuviera rogándole a Dios tener alas, con la esperanza, quizá, de que si iba bastante rápido el automóvil echara a volar. Cualquiera que estuviera en el auto podría no haber oído el tictac del reloj en el silencio, pero hubiera oído latir mi corazón con un *bum-bump* que golpeaba contra mi paladar. Comencé a lamentar mi apresurado impulso. Una chica hermosa de tipo gitano entra a la oficina, vistiendo un modelo de Fath que cuesta más

que lo que uno gasta en cigarros durante un año, lo mira a uno con una expresión que quita el aliento y ya está... todas las buenas resoluciones al tacho, y vuelta al trabajo, cuando debería estar descansando y gozando de mis vacaciones.

No intenté seguir el itinerario, pero para llegar tardamos una hora y media. Finalmente, dando una vuelta atravesamos los portones, cuyos pilares estaban adornados con lebreles de piedra, y cada uno sostenía un escudo. No pude ver el lema de los escudos porque pasamos demasiado ligero. Luego anduvimos más de medio kilómetro a través de un parque. Adelante vi la gran mole de una mansión de campo, pero no pude observarla detenidamente porque dimos vuelta, nos apartamos del camino y bajamos por una larga pendiente entre hayas y abetos a cuyos pies crecían rododendros sucios y húmedos.

Tras pasar entre los árboles el camino lateral terminaba en un espacio amplio y circular a los pies de una loma cubierta de césped. Julia hizo girar el coche y se detuvo. Permaneció sentada en el asiento del conductor mientras yo descendía y me acercaba a ella.

—Un paseo estimulante —le dije—. Un tónico para los nervios. Cuando lo deje en el establo, frótelo bien y dele un puñado de avena. Pero no le permita beber hasta pasado un rato. Cuando alguna vez me lleve a pasear en el Facel Vega nos vamos a divertir mucho.

Julia me miró pensativamente de arriba abajo y luego de abajo arriba, como si yo fuera un mueble antiguo, una cajonera o algo que imaginaba que podría imaginar y dijo:

—Usted tiene algo... sólo algo, pero sospecho que se está esforzando demasiado.

—Ah... es que estoy fuera de práctica. Necesito algunos días de aire de campo. ¿Dónde está papá?

—Papá es alguien con quien usted debe ser muy cortés.

Comprendí entonces lo que me había hecho saltar del asiento de mi oficina. Era una muchacha peligrosa. Una persona a la cual se podría tratar de una u otra manera.

Si uno se equivoca y se la toma mal, si se le irrita en alguna forma, se tiene no una enemiga para toda la vida (en eso siempre puede haber una esperanza), sino alguien que lo borra a uno de su memoria. Pero si se la toma bien, se la maneja con la pericia y delicadeza de un maestro, se tiene por delante todo un paisaje tachonado de estrellas. Pero había pocas esperanzas de que eso sucediera salvo que uno estuviera en forma óptima.

Le guiñé un ojo:

—Ya he tratado con millonarios. Se los maneja con facilidad siempre que se les haga saber que uno está detrás de su dinero. ¿Dónde está?

—Subiendo por ahí, del otro lado de la loma. Llámelo. Puede dejar su maleta. Yo la llevaré a la casa.

Puso en marcha el motor.

Antes de que arrancara le pregunté:

—¿Qué es lo que no le gusta de su padraastro?

En ese momento la recibí de lleno y de frente por primera vez; una mirada oscura y fría que provenía de la sorpresa que no pudo ocultar del todo. Apretó el acelerador y el Rolls giró alejándose de mí, volviendo al camino de las hayas.

Encendí un cigarrillo y subí por un tramo de escalones de piedra hasta la parte superior de la loma cubierta de césped. Era una represa, con césped de este lado y lajas de cemento del otro. En la parte superior había un camino de césped, bien cortado. Extendiéndose un poco más allá se veía un lago artificial de aproximadamente un kilómetro. Estaba bordeado con bosque de pinos y en el extremo más lejano se apoyaba contra una colina tachonada de grandes robles. En el otro extremo de la loma, a mi izquierda, donde terminaba la represa, había un cobertizo para botes y un muelle para desembarcar, que se proyectaba veinte metros dentro del agua. Lejos, en el centro del lago podía ver un bote a remo con dos hombres en su interior.

Caminé por la represa hacia el desembarcadero. Un par de palomas llegaron desde los pinos, se oyó el grito de un faisán que venía desde atrás de las hayas y varios patos levantaron vuelo desde el extremo del lago. Era un precioso lugar y por el estado de los trabajos del dique, el cobertizo para botes y el muelle, supuse que no hacía mucho tiempo que lo habían construido. Debe de haberle costado a O'Dowda un ojo de la cara. Qué agradable, pensé, cuando uno no puede ir a Irlanda o a Escocia, tener un lugar propio para pescar, en los umbrales de la casa.

Seguí caminando, pasé frente al cobertizo hacia el muelle. Un casco de fibra de vidrio con un pequeño motor fuera de borda, estaba amarrado a su costado. En el extremo del muelle había un poste de madera vertical, más bien como una pequeña horca, con una gran campana de bronce colgando de él. Hice que el badajo de la campana golpeará un par de veces. El ruido rodó por el agua y yo me senté, con las piernas colgando en la orilla del muelle, a esperar que llegara el bote a remo.

Los hombres del bote no me prestaron atención, aun cuando debieron haber oído la campana. Me quedé sentado donde estaba, contento de poder terminar el cigarrillo. Habían oído. Vendrían cuando tuvieran ganas. Una de las cosas que no hay que hacer es apresurar a un millonario. Decidí que si tomaba el empleo, agregaría un cinco por ciento por la espera. Una rata de agua nadó sin prisa desde abajo del muelle y se dirigió a los lechos de lirios que había arriba, en la loma. Una golondrina se hundió cerca de la represa e hizo un anillo como el que hace una trucha al surgir. Cincuenta metros más arriba una garza se acercaba a los pinos, moviendo las patas, sin prisa, verdadera matrona de las aves. Había sol y algunas nubes, pequeñas olitas en el agua causadas por una brisa débil, era un día perfecto. Allá en el lago percibí el repentino brillo del sol en las líneas húmedas cuando uno de los hombres tiraba la línea para probarla. No me importaba esperar. Se adaptaba a mi estado de ánimo. Casi estaba en paz con el mundo.

Un momento después casi estuve fuera de él.

Sucedieron dos cosas y sucedieron simultáneamente, por lo menos eso me pareció. Primero el *crack* de un rifle y luego el golpe de la bala rebotando en el poste de la campana a tres pulgadas de mi cabeza. Una astilla de madera pasó a mi lado y cayó al agua. Antes de que tocara la superficie yo estaba de pie, corriendo en busca del refugio del cobertizo de botes.



CAPÍTULO DOS

“Una brillante antorcha y una ventana abierta a la noche
para dejar entrar la tibieza del amor”.

JOHN KEATS

QUIEN quiera que fuera, me hizo otro disparo antes de que yo pudiera llegar al cobertizo de los botes. La bala pasó sobre mi cabeza, demasiado cerca para mi tranquilidad. Colérico, asustado y falto de aliento, llegué al refugio a un costado del cobertizo.

Me volví para observar el muelle. Los dos hombres estaban pescando en el lago y ni siquiera miraban en mi dirección. No hay nadie más absorbido por su tarea que un pescador.

Saqué la cabeza desde el extremo del cobertizo y miré hacia los pinos más cercanos. Para mi sorpresa salió un hombre de entre los árboles y echó a correr. Vestía pantalones vaqueros y un rompevientos. Llevaba un rifle en la mano.

Caballerescamente le di una ventaja de cincuenta metros y luego lo seguí, corriendo en zigzag por la hilera exterior de pinos, con el fin de estar a cubierto la mayor parte del camino. La tierra subía con suavidad y donde terminaban los pinos había un portón de cinco barras.

El hombre del rifle se agachó para levantar algo del césped próximo a la cerca. Era una motocicleta. Se echó el rifle al hombro, sujetado por la correa. Al ver todo esto, corrí. Alcancé a ver que empezaba a poner la moto en marcha.

Llegué al portón en momentos en que se alejaba rápidamente por un sendero de tierra. Me incliné sobre el portón y lo observé, anotando mentalmente el número de la moto: JN 4839. Cuando estaba a 100 metros de distancia el hombre volvió la cabeza por sobre el hombro para mirarme. Lo saludé con la mano y el maldito con un gesto breve me devolvió el saludo. Su cara era negra como el carbón.

Volví despacio al muelle, preguntándome qué había hecho para provocar la cólera de la raza de color, últimamente nada que yo supiera. Cuando llegué al extremo del muelle el bote también estaba acercándose.

El remero era un hombre pequeño, tenía la cara como un limón marchito. Colgado del cuello tenía un par de anteojos de larga vista. Supuse que era Tich, el chofer. Vestía camisa y pantalones y tenía un cigarro grande en la comisura de los

labios, y en la cabeza lucía un sombrero viejo de tela en donde había pinchado dos moscas para trucha. Sentado en la popa, en un cómodo sillón expresamente instalado, estaba Cavan O'Dowda.

Mientras hacían las últimas vueltas tuve tiempo de mirarlo bien. Estimé que de pie mediría alrededor de un metro noventa y cinco. Su periferia no le iba en zaga. Seguramente le sería difícil meterse en una bolsa de dormir. Le calculaba alrededor de sesenta años. Vestía un traje impermeable de color azul celeste y botas de goma. Su cabeza tenía la forma de un zapallo y era lo bastante grande como para haber recibido un premio si hubiera habido un concurso por tamaño. Por lo que podía ver no tenía cuello y llevaba el pelo tan corto que sólo parecía una capa de polvo de color castaño-rojizo aplicada sobre el cráneo. Tenía anteojos Polaroid oscuros y un cigarro en el costado de la boca. Sus manos eran inmensas, con el dorso velludo... pero eran hermosas manos, capaces y sensitivas, como pude comprobarlo cuando empezó a pescar, un poco más tarde.

Cuando el bote se detuvo al pie de la escalerilla del muelle, O'Dowda preguntó:

—¿Usted es Carver?

—Precisamente.

No dio señales de haber advertido la ironía.

—Entre —dijo.

Cuando bajé los escalones, se quitó los anteojos y frotó los ojos. Pude ver que eran de un color azul claro, demasiado pequeños para su cara rodeados de un acolchado marco de gruesas arrugas. No sólo era el millonario con menos aspecto de millonario que hubiera visto jamás, sino también el más grande.

Me instalé en la proa.

—Salgamos otra vez, Kermode.

Tich comenzó a alejarse del muelle.

—Le agradezco que haya venido —dijo O'Dowda—. Fue una suerte que Miggs lo recomendara. Me saca un par de miles de libras por año. Bienvenido, por supuesto. Este Miggs es un gran tipo. Nos pareció oír un tiro allá atrás.

—Dos —respondí—. Alguien que quería usar el poste de su campana o a mi persona como blanco de práctica. Lo seguí hasta el extremo del bosque y desapareció en una moto.

La cara grande no pareció sorprenderse, sólo dijo:

—Kermode —y con la cabeza indicó una canasta que estaba a los pies del chofer.

Tich dejó de remar, buscó en la canasta y me pasó un frasco por encima de su hombro. Lo destornillé y bebí. Podría haber sido Courvoisier V. S. O. P. Le devolví el frasco. Tich lo tomó con una mano y tendió la otra con un cigarro. Lo encendí cuando empezaba a remar.

—¿Ha pescado alguna vez?

Su nombre podía ser irlandés pero no pude detectar ni un atisbo de acento. Era una voz fuerte, resonante. Si tenía algo era una ligera inflexión transatlántica...

canadiense, tal vez.

—Mi padre, que en paz descansa —le respondí— me enseñó a hacer un nudo “tortuga” cuando tenía cinco años.

—Y vaya si tenía razón. Se han perdido más peces por culpa de esos mestizos estúpidos que no saben hacerlo de lo que la mayoría de la gente cree. Tome la caña de Kermode.

La caña estaba a mi lado, a medias sobre la proa. Era una caña fabricada por Hardy, y Tich le había puesto una mosca en el extremo y un par de Invictas como pesas.

—¿Qué peces hay en el lago? —pregunté.

O’Dowda, comenzando a pescar, respondió:

—Truchas arco iris y marrones. Y algunos agalludos, ¿los conoce?

—No.

—Son peces irlandeses. Los encontrará en Lough Melvin y en Erne. No son tan buenos.

Solté un poco la línea y la arrojé una o dos veces para tomarle la mano... era una hermosura... y luego la arrojé a unos 20 metros. No era un mal tiro, considerando que no había tocado una línea desde hacía un año. Sabía que O’Dowda me estaba observando. Advertí que era un hombre que observaba a todo y a todos.

Tich nos mantenía en la dirección del viento y podíamos pescar tranquilos a lo largo del lago. A medio camino vi el rápido burbujear del agua provocada por mis moscas y el seco tirón de un pique. Resistí, la línea cantó y la punta de la caña se inclinó hacia adelante. Jugué con la presa durante cinco minutos, luego cedió, cansada. Tich puso la red debajo del pez. En uno de los anzuelos había un arco iris. Un hermoso pez, me pareció que pesaba algo más de un kilo. Le quité el anzuelo y le golpeé la cabeza con el mallette. Luego la dejé en el piso. El sol hacía resaltar la ancha banda roja de los costados, ese color brillante que se desvanece cuando el pescado está muerto. Miré hacia los bosques de pinos de las orillas. El maldito negro podría volver en cualquier momento.

—No está mal —dijo O’Dowda—. Puede comerla esta noche. El chef tiene una manera de asarlas con queso parmesano que les da un sabor que no es de este mundo. No le pone demasiado como para matar el sabor del pescado, sólo lo suficiente para destacarlo. Dígame, ¿vio al hombre que le disparó?

—No. En verdad no alcancé a verlo. Estaba muy lejos cuando me acerqué. Se me ocurre, sin embargo, que podría volver.

—No lo hará.

—Me alegra oír eso.

—De cualquier manera, no estaba buscándolo a usted. Me buscaba a mí. Sólo que se equivocó de blanco. Mal informado.

Ahora estábamos cerca de la loma bordeada de árboles. O’Dowda arrojó la línea con rapidez y sus moscas cayeron muy cerca de un grupo de lirios. Un momento más

tarde había atrapado un pez que Tich finalmente metió en la red. Una gran trucha marrón. Observándolo a O'Dowda, pensé en que el negro tenía que estar verdaderamente mal informado para confundirme con él. Decidí que si tomaba este empleo tenía que pedir una fuerte suma de dinero por el peligro que entrañaba.

Pescamos durante una hora. O'Dowda sacó tres truchas marrones. Yo una marrón y luego enganché algo que finalmente pudo conmigo y se escapó.

—Tiene que haber sido un pez grande —dije.

—Usted se apresuró un poco —comentó Kermode.

—Fuera de práctica —respondió O'Dowda. Luego volvió la cabeza y me miró largamente, con una mirada Polaroid—. Los peces pequeños se pescan con facilidad. Los peces grandes... bien, el elemento tiempo está en proporción geométrica y no aritmética. Para los peces grandes se necesita tiempo y paciencia. Por eso soy millonario —se rió y el ruido que hizo fue como una marea de agua creciendo rápidamente en un túnel subterráneo. No me gustó el sonido... y tuve la definida sensación... de que el hombre tampoco me gustaba.

O'Dowda miró su reloj y le hizo una seña a Kermode con la cabeza. Kermode buscó dentro de la cesta que había a sus pies y sacó un micrófono de mano. Habló por él:

—El coche de Mr. O'Dowda. En cinco minutos.

Volvió a colocar el micrófono en su lugar y comenzamos a navegar hacia el desembarcadero. O'Dowda me vio mirar hacia la cesta y dijo:

—Tiempo y paciencia, Mr. Carver. Y hay que estar siempre en contacto con el mundo exterior. La vida está llena de súbitas emergencias.

No dije nada. En realidad no estaba en desacuerdo con su filosofía. Pero para poder darse ese lujo había que ser millonario.

Cuando llegamos, una camioneta Ford Zephyr azul marino estaba esperándonos en el amplio espacio circular. En el asiento del conductor había un hombre menudo, de aspecto cuidado, de unos cuarenta años. Tenía un hirsuto y pequeño bigote como cepillo de dientes, dientes grandes y unos ojos duros de color de ágata que mantenía húmedos a fuerza de pestañear. No me lo presentaron, pero por la conversación deduzco que se llamaba Durnford y que era el secretario de O'Dowda.

El único punto interesante de la conversación en el camino a la casa fue lo que dijo O'Dowda.

—Durnford, quiero un informe completo de cómo logró entrar el individuo.

—Por ese camino público, señor —su voz, hasta cuando se dirigía a O'Dowda, era apretada, aguda, como conmigo en el teléfono—. No tenemos medios legales para cerrarlo.

—Entonces encuentra otra forma de hacerlo.

Eso fue todo. La solución del millonario. No hay medios legales... bien, entonces hay que encontrar otra forma.

La casa era una gran construcción cuadrada de piedra granítica. Se entraba por una pequeña arcada a un patio interior recubierto de lajas grandes y rodeado por una acera elevada, con una balaustrada marcada cada tantos metros por estatuas de desnudos clásicos, la mayoría de mujeres de rostros inexpresivos y grandes muslos. El *hall* de acceso era pequeño y se entraba a través de puertas de caoba, que después supe estaban forradas de acero. O'Dowda y yo entramos a un ascensor, subimos dos pisos y salimos a una larga galería de cuadros. Un sirviente estaba esperando y O'Dowda le dio instrucciones para que me acompañara a mi habitación. Luego O'Dowda me saludó inclinando la cabeza y desapareció en una dirección mientras yo seguía al sirviente en otra, caminando con cautela en los pisos encerados para evitar resbalar.

—La comida —anunció el sirviente cuando me dejaba— se servirá dentro de una hora.

—Es mejor que me deje un plano de la casa. De otra manera me perderé.

—No será necesario, señor —desapareció.

Tenía un dormitorio y un cuarto de baño. Desde la ventana del dormitorio podía ver el parque. Afuera había un pequeño balcón, pero bastante grande para admitir una reposera. De pie en él, pude ver que todas las otras habitaciones del ala tenían balcones similares.

Mis pijamas de Brighton y la bata habían sido extendidos sobre la cama abierta. Había cigarrillos, un vaso, un sifón, jarra, hielo y cuatro botellas sobre una bandeja de plata encima de una mesa ratona. La alfombra hacía un ruido muelle al pisarla. Había dos acuarelas del lago de pesca y todos los muebles sin excepción ostentaban la brillante y cuidada pátina de los años. El cuarto de baño era cromo y mármol y el agua del inodoro al caer producía un susurro suave. La toalla de baño era tan grande que en realidad requería dos hombres para manejarla. Terminé la inspección de los lujos y volví a la bandeja de plata para prepararme un *whisky* con soda. Debajo del sifón había una tarjeta con un mensaje escrito con tinta.

Vendré a hablar con usted esta noche, tarde.

De manera que no grite cuando yo llegue.

JULIA

Tomé un trago, mirando el parque que ahora estaba oscureciéndose. Tich Kermode tenía prismáticos. Podía haber visto al hombre salir de los bosques. Serían buenos prismáticos y con ellos podía haber visto tanto como vi yo. Era evidente, por la observación a Durnford, que el incidente había sido transmitido por radio a la casa. Si los dos disparos estaban destinados a O'Dowda, éste lo tomaba con mucha calma. Si estaban destinados a mí, pues entonces se mostraba caballerescamente preocupado por su huésped. Pero como era millonario, supongo que hacía mucho tiempo que

había dejado de tener la reacción normal de una persona ante sucesos anormales. No era que eso me hiciera más feliz. ¿Y qué demonios querría Julia?

Terminé el *whisky* y tomé el teléfono que tenía al lado de la cama. Era un teléfono interno y desde alguna parte, probablemente desde una oficina en el subsuelo, una chica me preguntó si necesitaba algo. Le di el número de Miggs. Dijo que lo llamaría y yo fui a servirme otro trago.

Tres minutos después llamó Miggs. Comenzó a hacer sus bromas habituales, pero lo interrumpí en seco y advertí en seguida que no era el momento ni el lugar para continuar con eso. Yo estaba dispuesto a apostar que cada llamada telefónica que salía de la casa era registrada o lo sería tratándose de un huésped de mi condición.

Le dije:

—Trata de conseguirme un informe sobre una motocicleta, no sé la marca, número JN 4839. Gubby en Scotland Yard puede hacerlo y dáselo a Wilkins.

—De acuerdo.

Dejé el teléfono y me dispuse a tomar un baño. En un gabinete había una amplia gama de esencias de baño. Elegí Floris n.º 89 y me remojé durante media hora.

O'Dowda vestía casaca de fumar verde, una camisa de seda blanca abierta en el cuello, pantalones escoceses y zapatillas de cuero negro. Tenía un vaso de *brandy* en una mano y un cigarro en la otra. Me senté frente a él, armado en forma similar, excepto que mi cigarro no era tan grande como el de él (elección mía) y que no me había servido (decisión de él) tanto *brandy* como se había servido él mismo.

El sirviente había venido a buscarme y me escoltó hasta el comedor privado, pequeño, inmediato a su estudio, donde comimos solos; una sopa liviana que se sirvió con jerez, la trucha, ligeramente aromatizada con queso parmesano que se acompañó con un buen Mersault, y luego medallones de lomo, espinacas *en branche*, papas asadas y un clarete que para mí no tenía nombre, porque lo sirvieron en un botellón, pero que era tan bueno que tuvimos que terminarlo entre los dos. En total él comió y bebió el doble que yo, cosa que, dado su tamaño, era razonable. Además, era evidente que disfrutaba de las delicias de la mesa por sí mismas. En verdad, estaba seguro de que era un hombre que disfrutaba de la mayoría de las delicias del mundo por sí mismas, lo que, por supuesto, lo haría peligroso si alguien interfería en el camino de lo que deseaba. Durante la comida habló de la pesca y de sus distintas residencias. No tuve oportunidad de decir nada. Me limité a escuchar mientras me preguntaba cuándo abordaría el tema que nos interesaba. Bien, tenía esta casa, otra en Londres, otra en Cannes, un castillo en las afueras de Evian, un piso en París, los derechos de pesca en un río irlandés, de caza en unos miles de hectáreas en Escocia... ¡oh...!, y una propiedad en las Bahamas a donde iba para jugar al golf y para la pesca mayor... y vaya hombre; ¿no era hermoso estar vivo y tener todo aquello? No lo dijo, pero estaba implícito. Naturalmente, cuando el clarete hizo su efecto, sentí envidia. ¿Por

qué no? Yo no tenía prejuicios contra la riqueza. Me hubiera dado por satisfecho con una tercera parte de lo que él poseía y hubiera sido feliz para siempre. No era que no me sintiera feliz tal como me encontraba, pero un poco más de dinero hubiera aligerado la tristeza de las mañanas de los lunes. Debería agregar que en alguna parte del catálogo mencionó que tenía seis coches en el garage de su casa y unos cuantos en otra parte... de manera que ¿por qué lo preocupaba la pérdida del Mercedes 250SL? Para él era lo mismo que perder una bicicleta.

Ahora me miraba fijamente con sus pequeños ojos azules. Cómodamente instalado en su silla, con los pantalones escoceses algo subidos para mostrar dos pulgadas de grandes y pálidas piernas por encima de las arrugadas medias de seda. Comentó:

—Usted parece no tener prisa para hablar del asunto.

—Yo no tengo ningún asunto con usted. Es usted el que lo tiene conmigo. Si fuera urgente lo habría mencionado en el lago.

Pensó si esta respuesta le agradaba y decidió que no le había hecho mella en un sentido ni en otro.

—Miggs dio muy buenas referencias de usted —continuó diciendo O’Dowda.

—Para eso sirven los amigos. Pero algunas veces exageran.

—¿Cuánto gana usted anualmente?

Es curioso. No pueden evitar hacer esa pregunta.

—Menos de lo que usted gasta en pescar y cazar... pero si va a ser mi cliente, espero que éste sea un buen año.

También consideró eso, fraccionariamente, antes de reír. Luego, casi por sorpresa siguió hablando en forma amistosa:

—Usted tiene la clásica idea convencional sobre los millonarios, ¿no es así?, y ha elegido una de las dos respuestas convencionales. La primera, la truculenta de “váyase al cuerno”. La otra es de una ansiosa sumisión. Me aburren las dos. ¿Por qué no ser natural?

—Usted está pidiendo un imposible. Pero le ruego que me disculpe si le parecí truculento. ¿Por qué no me dice cuál es el trabajo y me lo deja hacer... si es que lo tomo?

—Lo tomará, de otro modo no estaría aquí. De cualquier manera el trabajo es simple. He perdido un automóvil. Para ser exacto un Mercedes Benz 250SL. El registro es 828 Z 9626. Es rojo, de techo duro, un modelo 1966...

Mientras él hablaba yo pensaba que me gustaría tener uno así. Se vendían en Inglaterra a alrededor de tres mil libras... coches de línea distinguida, elegantes, diseñados para viajar bien, moderno sin estar atado a modas efímeras, diseño audaz y perfección técnica... Me parecía oír a Miggs decir esas palabras si estuviera tratando de venderlo.

—Se perdió en alguna parte entre Evian y Cannes. Mi hijastra Zelia lo estaba conduciendo. Sucedió hace dos semanas.

Guardó silencio y echó una nube de humo de su cigarro.

—¿Notificó a la policía?

—Sí. Pero no tengo fe en ellos. Tienen las manos llenas de otras cosas. Se limitarían a esperar a que apareciera... y si no aparece, bueno...

Se encogió de hombros.

—Si no aparece, ¿lo sentirá mucho? Presumo que está asegurado contra robos.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué motivo quiere recuperar especialmente este coche?

—Digamos que lo deseo recuperar. No me agrada perder una cosa. Quiero que me lo devuelvan y quiero saber quién lo ha tenido y dónde ha estado. Todos los detalles.

Estábamos el uno frente a otro, separados por casi inmóviles capas de humo de cigarro.

—Usted quiere algo más que eso —dije.

O'Dowda sonrió, sosteniendo la copa de *brandy* en las palmas de sus grandes manos.

—Pudiera ser...

—Usted quiere algo que estaba adentro del coche.

—Es obvio.

—¿Oculto en él?

—Sí. Miggs tenía razón con respecto a usted.

—Olvídese de Miggs. Una criatura podría leer el mensaje. ¿Su hija sabía que había algo oculto en él?

—No.

—¿Ahora lo sabe?

—No.

—¿Su otra hija?

—No. Y no quiero que ninguna de las dos lo sepa. No es nada que les interese en ninguna forma.

—Y ¿yo puedo saber lo que había oculto en el coche?

—No, salvo que sea absolutamente esencial para la recuperación del auto. Ahora, formule la otra pregunta, Mr. Carver.

—¿Qué pregunta...?

—Si se trata de algo ilegal, algo prohibido por la ley, digamos drogas, barras de oro, diamantes o algo por el estilo.

—Bien, ¿lo es?

—No. No es nada que pudiera interesar a la policía. Algo puramente privado. Digamos que son solamente papeles.

—¿Informó a la policía acerca de estos papeles ocultos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque por admirables que sean las organizaciones policiales, si supieran que yo quería el coche en razón de los papeles ocultos, este hecho podría salir a la luz en la investigación... y no quiero que se sepa que no me importa un comino el coche, sino lo que tiene dentro. Cuanto menos personas lo sepan tanto mejor. ¿Más *brandy*?

Hice un gesto negativo con la cabeza. Él volvió a llenar su copa.

—¿Y dónde sucedió todo eso?

—En algún lugar camino a Cannes. Durnford le dará todos los datos que posee. Pero para tener mayores detalles tendrá que ver a Zelia. Espero que consiga sacarle más de lo que he podido sacarle yo.

—¿Por qué dice eso?

—Aun cuando la quiero mucho, ella no me tiene simpatía. Pero el hecho es que pernoctó en un hotel en el camino a Cannes. Al día siguiente partió en el coche... Cuarenta y ocho horas más tarde apareció en Cannes sin el automóvil.

—¿Y cuál es su versión?

—No la tiene.

—Pero tiene lengua. Tiene que tener una versión.

—Zelia no la tiene. Su memoria está completamente en blanco acerca de esas cuarenta y ocho horas.

—¿Usted cree eso?

—La he hecho examinar por dos de los mejores especialistas en amnesia de Francia. Confirman que ha perdido la memoria.

—Algunas personas olvidan porque a veces es demasiado desagradable recordar la verdad.

—Exactamente.

—¿Y por qué piensa que conmigo recordaría?

—No estoy seguro de que lo vaya a hacer. En ese caso su tarea será mucho más difícil. Pero si no ha perdido la memoria, podría dejar deslizar algo que nos ayude. Necesito recuperar el coche. Quiero que usted lo logre. Pienso que es el hombre indicado.

—¿Porque Miggs me recomendó?

—Originariamente, sí. Desde entonces hice otras averiguaciones. Confirman lo que dice Miggs, enteramente. Usted tiene ciertas debilidades, que en parte padezco yo también, pero si toma un trabajo, no se echa atrás. ¿Correcto?

—Si estoy de acuerdo con lo que me pagan...

—Fije sus condiciones. Vea a Durnford con respecto a eso. Tiene *carte blanche* para todos los gastos mientras trabaja para mí. Todo. Eso incluye cualquier descanso temporario o placer que lo mantenga en buen estado para este trabajo. Pero sobre todo eso, añadiré una bonificación de mil libras si encuentra el coche y los papeles.

—¿Aun cuando puedan ahora no estar en el coche?

—Así es. Pero creo que están. Nadie podría encontrarlos accidentalmente.

—¿Por qué enviar papeles importantes en un coche conducido por su hija que además no sabía nada acerca de ellos?

Sonrió:

—Porque eran importantes.

—Podría haberlos enviado por correo certificado de Evian a Cannes.

Su sonrisa se amplió:

—Vamos, Mr. Carver. ¿No me diga que no sabe que las cartas se pierden a veces?

—Y también pueden robar un coche...

—La vida está llena de incertidumbres. ¿Puede usted imaginar una manera completamente segura de enviar un objeto de valor de un punto a otro?

—No, si otra persona quiere ese objeto de valor o paquete de papeles.

—Exactamente.

Me puse de pie.

—¿Cuántas personas sabían que usted me había invitado a su casa?

Él también se puso de pie.

—Yo, Julia, Tich Kermode, Durnford y algunos miembros del personal de servicio, además de Miggs, por supuesto. Y las dos o tres personas a quién hice preguntas con respecto a usted. ¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que esos dos disparos de hoy estaban destinados a mí.

—Le afirmo que no es así.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque en el mes último he tenido tres llamadas telefónicas, amenazándome de muerte. Y esta tarde, inmediatamente después de haber vuelto, hubo otra. Era voz de hombre. Si recuerdo la frase correctamente dijo: *Hoy tuvo suerte. Pero lo mataré, miserable.*

Me sonrió con su amplia sonrisa. Por supuesto, podía estar mintiendo.

—Sin embargo, usted no parece preocupado.

—Puede ser que no lo demuestre, Mr. Carver, pero lo estoy. Me gusta vivir. Pero de cualquier manera, el atentado contra mi vida no tiene nada que ver con nuestro asunto. ¿Quiere verlo a Durnford ahora, o a la mañana?

Consulté el reloj. Eran las doce pasadas.

—Estará en cama.

—Puedo hacerlo levantar.

Por supuesto, si uno es millonario, ¿qué importa el sueño de otro hombre? Pero no me sentí con ganas de discutir esta noche con esos ojos de ágata que pestañeaban tanto.

—Lo mismo es a la mañana.

—Muy bien. Y antes de marcharse pídale a Durnford una lista de todos mis movimientos durante la próxima semana. Quiero que me informe de sus progresos lo más a menudo que pueda —bebió su vaso de *brandy* y me hizo un guiño—. Soy un

hombre grande, Mr. Carver. Tengo apetitos grandes. Me agrada la vida y estoy dispuesto a que me agrade la gente. Pero soy millonario. En realidad, yo no le agrado a nadie.

—No creo que ese pensamiento lo tenga despierto de noche.

Usando por primera vez un fuerte acento irlandés dijo:

—Tiene toda la razón, muchacho.

En el momento en que puse la cabeza en la almohada, me quedé dormido. Desperté dos horas más tarde. Permanecí acostado durante un momento tratando de ubicarme y preguntándome qué era lo que me había despertado. Luego el rayo de luz de una linterna apareció en el balcón de mi ventana abierta. Se apagó y contra el pálido cielo de la noche, vi una forma moverse hacia la ventana y entrar en la habitación. Casi en seguida oí alguien que tropezaba con una silla. La voz de una mujer exclamó:

—¡Maldita sea!

Recordé la nota de Julia, me senté en la cama y encendí la luz que tenía al lado.

Estaba de pie en la habitación, una mano en el respaldo de la silla, la otra estirada para frotar el tobillo izquierdo. Llevaba un vestido de noche corto y el pelo desordenado.

Me miró enojada al tiempo que decía:

—Sabía que iba a venir. ¿Por qué dejó esa maldita silla ahí?

—Ahí estaba cuando llegué. ¿Le resultó difícil llegar hasta el balcón esta noche?

—Baje la voz.

Se volvió y corrió las cortinas de la ventana. Luego se dirigió a la cama y se sentó en un extremo. Aun con los ojos llenos de sueño la veía hermosa. Levantó la pierna izquierda y siguió frotándose el tobillo. Linda pierna.

—¿Puedo darle un masaje, yo?

—Usted se queda donde está.

—Una brillante antorcha y una ventana abierta a la noche para dejar entrar la tibieza del amor —dije.

—¿Qué diablos es eso?

—Es de Keats. Tengo debilidad por él y por algunos otros. Y cuando estoy en situación embarazosa siempre caigo en la poesía.

—Pues ahora cáigase en su almohada y no se mueva.

Lo hice, encendí un cigarrillo, luego le pasé el paquete y el encendedor a ella.

Sólo mirarla era un placer. Tenía algo, eso que me había impactado en la oficina y que todavía estaba allí. Sabía que era inútil luchar contra eso. Era una mujer a la que podía clasificar en la clase de “gran lujo” si la comparaba con la mayor parte de las chicas que había conocido... y que habían merecido un simple desvío; pero ésta, si podía encontrar energía, bien valía un viaje especial.

Mientras le encendía el cigarrillo le pregunté:

—¿Por qué esta visita nocturna secreta?

—Usted no conoce esta casa. Es como una prisión moderna. Posee cualquier dispositivo de seguridad. Cuando se camina por el corredor el ojo de un televisor o cualquier otro ojo lo detecta a uno. Si se abre una puerta las luces rojas se encienden en la habitación del sótano. Nadie puede llegar más arriba de la planta baja de noche sin una llave especial del ascensor.

—Los millonarios tiene hábitos feudales. ¿No será usted una damisela en apuros, no es cierto?

—Quiero hablar con usted... sensatamente.

—Adelante.

—¿Por qué me preguntó qué había en mi padrastro que no me gustaba?

—Sólo estaba tratando de encontrar un tema.

—Mentiroso.

—¿Qué es lo que tiene contra él?

—Nada. Es generoso y bueno.

—Bien, ya está. ¿Puedo seguir durmiendo?

Julia se dirigió a la cómoda buscó un cenicero y volvió a sentarse a los pies de la cama, sobre las piernas enroscadas.

—¿Por qué —preguntó— tiene tanto interés en recuperar su Mercedes? Está asegurado... y Dios sabe que tenemos bastantes coches.

—Quiere que se lo devuelvan. Eso me basta... siempre que me pague bien por el trabajo.

Estiró una pierna y movió los dedos de los pies dentro de la media.

—¿Quiere decir que no tiene intenciones de discutir el asunto en detalle?

—Así es...

—¿Por qué él le pidió que no lo hiciera?

Para cambiar de tema y todavía muy lejos de saber por qué me hacía esta visita dije:

—Hábleme de Zelia.

—¿Por qué?

—Tengo que verla. Quiero detalles de cómo, dónde, quizá, por qué perdió el coche. Me han informado que hasta ahora no han podido sacarle nada. Dice que ha perdido la memoria.

—Correcto. Ha estado en tratamiento, pero no ha servido de mucho.

—Nunca sirve si las personas no quieren recordar.

—¿Por qué demonios dice usted eso? —hubo un relampagueo de ira de alto voltaje en sus ojos.

—Era algo así como una observación general. ¿Es más joven que usted?

—Casi dos años.

—¿Y su madre tampoco puede hacerla hablar?

—Mamá murió hace algún tiempo.

—Comprendo. Usted la quiere mucho a Zelia, ¿verdad?

—Por supuesto. Es mi hermana.

No había dudas con respecto a su sinceridad. Por otra parte, tampoco había dudas del fuerte, casi apasionado y protector sentimiento que la poseía cuando hablaba de su hermana.

—Antes de que llegemos a la verdadera razón de su visita de esta noche, ¿cree que podría contestar algunas preguntas acerca de Zelia sin enojarse, si rozo sin querer algún punto doloroso?

Me echó una mirada obstinada, luego se suavizó diciendo:

—Lo intentaré.

—De acuerdo. Usted conoce bien a Zelia, ¿es muy amiga de ella?

—Sí.

—Zelia perdió el coche y la memoria. ¿Cree usted que realmente sabe lo que pasó y está ocultándolo sólo para fastidiar a O’Dowda... digamos, tratando, en alguna forma de vengarse de él?

No era eso, pero andaba cerca. Lo advertí por el movimiento de su cuerpo, la forma en que levantó el mentón, como si estuviera reflexionando.

—Ninguna de las dos nos llevamos demasiado bien con nuestro padrastro, pero estoy segura de que ése no es el motivo. Realmente ha perdido la memoria... Sí, usted tiene razón, lo admito... Creo que no quiere recordar... Podría haberse desviado del tema pero no me pareció oportuno, porque una vez que lo hiciera podría no conseguir nada más de ella... y había muchas otras informaciones que necesitaba si eventualmente quería tener en las manos esa bonificación de mil libras de O’Dowda. Mercenario, tal vez. Estaba en este asunto, por dinero.

—¿Cuántas veces se ha casado O’Dowda?

—Dos veces. Se casó por primera vez en 1926. Tuvieron un hijo. Su mujer murió diez años después.

—¿El hijo es el que mataron cuando estaba al lado de Miggs?

Julia asintió.

—Tenía diecinueve años. Entró en el ejército antes de tiempo aumentándose la edad. Creo que fue la única persona que O’Dowda realmente quiso.

No comenté en voz alta que ella también lo había llamado O’Dowda.

—¿Después de eso?

—Se casó con mi madre en 1955. Mamá era viuda. Entonces, Zelia tenía doce años y yo catorce.

Me miró, esperando la otra pregunta. No se la formulé. Sólo me contenté con mirarla, allí sentada. Su pelo oscuro un poco desordenado, los ojos de gitana profundos y grandes, en una actitud que hubiera impulsado a Goya a desnudarla y pintarla. Yo sentía su renuencia a abordar el verdadero motivo de su visita.

—¿Qué clase de vida social lleva Zelia? —pregunté—. Quiero decir, ¿es una persona amable, abierta? ¿Tiene éxito con los hombres? ¿Tiene muchos amigos?

Negó con la cabeza:

—Es reservada en sus asuntos. Es muy bonita, pero los hombres no le interesan.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué ha venido usted a verme?

Frunció el ceño:

—No lo comprendo...

—Oh, sí que me comprende... Quizá no quiera traducirlo en palabras. Le gustaría que fuera yo quien lo dijera, ¿eh...? Escuche, Zelia ha perdido el coche. Se lo pudieron haber robado. Podría haberlo vendido... Oh, hay muchas cosas que pudieron haber pasado. Pero ninguna de ellas le hubiera impedido referírsele a O'Dowda... excepto una. Y esa única cosa tiene que tener alguna relación con ella misma, algo que le pasó a *ella* que no quiere que nadie lo sepa. Ni siquiera usted... aun cuando tengo la impresión de que puede imaginarlo. ¿Correcto?

—¿Cómo puede usted saber eso?

Me encogí de hombros:

—He estado excavando cosas sucias, profesionalmente, durante mucho tiempo. Conozco el problema. Las hijas de millonarios no tienen nada de qué preocuparse. El dinero puede arreglarlo todo. Excepto una cosa, su orgullo personal herido, vergüenza, angustia, o lo que fuera. De manera que ¿qué es lo que quiere pedirme que haga?

Permaneció en silencio durante un momento y luego respondió:

—Creo que estaba equivocada con respecto a usted. No sé cómo ha podido enterarse de todo esto, pero lo ha logrado. Sí, hay algo que quiero que haga. Por eso estoy aquí y entré de la manera en que lo hice. No quiero que él lo sepa. Por el bien de Zelia, no quiero que acepte este trabajo. Quiero que la dejen tranquila. Este trabajo no le interesa a usted. Puede conseguir otro. Pero no quiero que la hieran a Zelia...

—Y especialmente no quiere que yo descubra lo que pasó y se lo informe a O'Dowda.

—Por supuesto que no quiero. La mataría a Zelia.

Encendí un cigarrillo.

—¿Hasta me llegaría a pagar para que no hiciera el trabajo?

—Por supuesto. A usted sólo le interesa el dinero, ¿no es cierto?

—Nómbreme a alguien que no le interese. Pero también estoy interesado en la lógica.

—¿Qué quiere decir?

—Si yo no acepto este trabajo, O'Dowda contratará a otro. Cuando él quiere algo, lo consigue, ¿no es así?

—Si el dinero pudiera lograrlo, él organizaría el tiempo en la forma en que lo desea y que las cosechas se vayan al diablo.

Se deslizó de la cama con un movimiento colérico y comenzó a buscar sus zapatos.

—Entonces usted tendría que entenderse con otra persona —continuó—. O'Dowda quiere recuperar el coche. Usted podría encontrarse con alguien a quien le

faltara mi sentido de discreción. Alguien a quien Zelia le importara un bledo. Que además podría reírse de todo ello.

—Lo que está diciendo es que no abandonaré un buen trabajo.

—Podría ser. Y de nada sirve que usted se indigne. Voy a encontrar ese coche. Lo que significa que puede ser que tenga que descubrir las cuarenta y ocho horas perdidas a Zelia. Pero no significa que vaya a decirle a nadie lo que descubra. Ni a usted, ni a O'Dowda. Me han contratado para encontrar el coche. Mi contrato tiene impreso en la parte final una cláusula que dice que no tengo que proporcionar los detalles de mis operaciones ni revelar ninguna información confidencial, ni sus fuentes. ¿Eso, le Conviene?

Julia me miró, desconcertada, sin saber si dejar que todo quedara así o mandarme al diablo. No tanto porque tuviera algo en contra de mí, sino porque estaba preocupada por Zelia, seguramente siempre se había preocupado por ella, luchado por ella, en la forma en que siempre había librado sus batallas, liberándose luego del peso de sus emociones con una pelea con alguien, a fin de sentirse mejor después.

—No me da otra opción, ¿verdad?

—En realidad se la doy. Se lo he señalado hace un momento. O se queda conmigo o acepta al otro individuo que aparezca en mi lugar. Bien, ¿qué hará?

Afuera se oyó el graznido de una lechuza. Yo mantuve una expresión de indio impasible mientras la brisa de la noche movía las cortinas y esta magnífica chica se miraba como si no pudiera decidirse sobre cuál daga clavarme en el corazón.

—Si usted hace algo que llegue a perjudicar a Zelia, yo me encargaré de encontrar la forma de perjudicarlo a usted.

Le sonreí en forma amplia e infantil:

—Me parece justo. Y gracias por el voto de confianza.

Se dirigió a la ventana y tomó la linterna. Me agradaba la forma en que se movía. En realidad, me agradaba la manera en que hacía todo, hasta cuando se enojaba conmigo, pero desde un punto de vista personal no podía engañarme creyendo que nuestras relaciones habían comenzado bien. Lo que era una lástima, porque hacía mucho tiempo que no encontraba a alguien con quien me hubiera gustado empezar bien.

Desde la ventana dijo:

—¿Quiere apagar la luz? —tenía la mano en la cortina lista para correrla.

—¿Por qué?

—Porque hay dos hombres que se turnan para patrullar el terreno de noche. No quiero tener público para mi huida por el balcón.

Apagué la luz que había al lado de la cama, oí el ruido de la cortina al replegarse, sentí el aire fresco de la noche entrar en la habitación y vi la forma de Julia deslizarse por el largo rectángulo contra el pálido cielo de la noche. Luego me acosté y pensé en los millonarios, en lo dispuesto que había estado O'Dowda a interrumpir el sueño de Durnford, sacándolo de la cama a media noche; cómo se había servido más *brandy*

del que me había ofrecido a mí; pensé en esa docena de coches, y otras tantas casas; en los fresales llenos de aves púrpuras y en los lagos irlandeses con sus lechos de turba, y del derecho público sobre el camino al lago, que tenía que ser impedido de cualquier manera... y pensé cuán agradable sería ser millonario para no tener que andar cavando en las suciedades de otras personas, sino disponer de detectives privados a mano para limpiar las propias. Y luego pensé en Zelia que no tenía tiempo para los hombres; que no había satisfecho a la Madre Naturaleza y estaba dispuesto a apostar que, como siempre, había elegido un mal momento para hacer algo al respecto. Luego me quedé dormido y soñé que caminaba por la campiña con Julia, la lluvia y el viento azotando nuestras caras, y el mismo canto en nuestros corazones. Por lo menos mis sueños no me fallaban nunca...

El mucamo me trajo el desayuno a la cama. Me di vuelta y me senté para encontrar jugo de tomate, dos huevos pochés sobre tostadas, una jarra de café, manteca y mermelada bajo mis ojos somnolientos.

El sirviente dijo:

—Buenos días, señor.

—No creo que sean tan buenos —respondí.

El hombre me miró sorprendido.

—Nunca he visto un día bueno que comience a las seis y media de la mañana.

Pomposamente, como si estuviera leyendo un reglamento de club que todos los miembros deberían conocer de memoria, respondió:

—Mr. O’Dowda, señor, es partidario de levantarse temprano. El desayuno siempre se sirve entre las seis y media y las siete.

Volví a acostarme y señalé con la cabeza la bandeja:

—Llévese eso y vuelva a traerlo a las ocho menos cuarto. Y me gustan los huevos pasados por agua y no pochés. Dos minutos y medio. Y si Mr. O’Dowda está controlando el programa del desayuno dígame que a causa de una úlcera profesional, por orden del médico no puedo levantarme ni comer antes de las ocho menos cuarto.

Volví a darme vuelta y me dormí con un sueño ligero, soñando cosas desagradables acerca de los millonarios.

Me trajeron los huevos pasados por agua a punto y a la hora indicada.

Estuve en la oficina del secretario cuando apenas habían dado las nueve. Durnford parecía malhumorado. Probablemente ya había realizado todo un día de trabajo. Hice cuanto pude por no mirarlo porque todavía era muy temprano para afrontar esos fríos ojos de ágata que pestañeaban tanto, los grandes dientes y el bigote manchado con nicotina. Si yo hice cuanto pude para no mirarlo, él lo hizo mucho mejor al no perder tiempo conmigo. En aquel momento, por supuesto, no lo sabía, aun cuando él quizá sí, pero el tiempo no iba a mejorar nuestras relaciones. Ambos sabíamos por puro instinto que jamás íbamos a simpatizar, lo que en muchos sentidos

era mejor. Sabíamos exactamente qué posición ocupábamos el uno con respecto al otro y no íbamos a perder el tiempo con estupideces acerca del amor fraternal.

Intentó algunas argucias con respecto a mis condiciones pero yo me mantuve firme. Cedió.

Me dio una lista de los movimientos de O'Dowda, direcciones y demás, para las dos semanas siguientes, pero dos de ellas tenían un asterisco rojo. Eran los nombres de hoteles y en ellos, si lo necesitaba, tenía que utilizar un contacto personal o telefónico antes de las ocho de la noche. Después de esa hora bajo ningún concepto podía molestarlo.

—¿Por qué? —pregunté.

Durnford se limitó a pasar la pregunta por alto.

Me facilitó un itinerario de los movimientos de Zelia con el Mercedes desde Evian, es decir lo que ellos sabían, y su actual residencia que era un yate de O'Dowda en Cannes.

—¿Cree realmente que haya perdido la memoria?

Inflexible respondió:

—Si Miss Zelia dice que la ha perdido así es, nunca he tenido motivos para dudar de su palabra.

—Eso es bueno saberlo. De paso... ¿cómo se lleva con su padrastro?

Pensó un instante y luego cortésmente:

—No muy bien.

—¿Y cómo se llevaba su madre con él?

Algo vibró en su interior, breve, pero con violencia y no dejé de ver el esfuerzo que hizo para ocultarlo.

—No veo la importancia de esa pregunta. A usted se lo ha contratado para encontrar un coche.

—Lo que incluye encontrar una razón para que Miss Zelia perdiera la memoria, que pudo haber sido causada por muchas cosas. Sin embargo, concentrémonos en el coche si no quiere discutir las relaciones maritales de O'Dowda.

—No quiero hacerlo.

Entonces me dio detalles del Mercedes y una fotografía en colores del coche, una lista de bancos en el extranjero a los que se había informado de mis credenciales y a los cuales podía acudir para sacar dinero. Luego se puso de pie indicándome que había terminado conmigo. Aun cuando quería preguntarle detalles acerca de O'Dowda, sobre sus negocios y demás, decidí no hacerlo. Podía conseguir esa información en otra parte. De manera que me puse de pie y me dirigí a la puerta que él no mostró señales de abrir.

Desde la puerta pregunté:

—¿Qué va a hacer con respecto a ese camino público?

Por primera vez y estoy seguro de que no era porque se estuviera ablandando conmigo, mostró señales de ser humano.

—Si usted piensa, Mr. Carver, que trabajar con un hombre como Mr. O’Dowda es un placer, sáqueselo de la cabeza. Él espera resultados.

—¿Sin importarle cómo se logran?

Pestañeó rápidamente como si de pronto hubiera dejado entrar mucha luz y dijo:

—Generalmente, sí —miró su reloj—. Kermode está esperando para llevarlo a la estación. Puede tomar el tren de las diez y diez con comodidad.

—Kermode me llevará a Londres. De otra manera no tomo el trabajo. ¿Sí o no?

Le llevó un tiempo decidirlo, pero yo estaba absolutamente seguro de que el asunto de la estación había sido idea suya. Cuando se trabaja para un millonario algunas veces resulta terapéutico pasar algunas de sus perrerías a otro.

—En ese caso, sí —respondió.

Kermode me condujo a Londres en la camioneta Ford. Me senté a su lado y durante todo el viaje me habló de pesca, caballos, caza, mujeres y política. Habló mucho, la mayor parte del tiempo de pesca, pero ni una sola vez mencioné el nombre de O’Dowda, otra señal de respeto y admiración. Tich Kermode era hombre de O’Dowda hasta la punta del cigarro de O’Dowda que estaba fumando.

Entré a la oficina un poco después de las doce. Tuve que utilizar mi llave porque Wilkins había salido. No sabía a donde había ido. La nota que dejó sobre su máquina de escribir decía: *Volveré después de almorzar.*

Sobre mi escritorio había una hoja de papel con un mensaje escrito a máquina:

1. Mensaje de Miggs. 9.30. La siguiente información fue recibida por él de Guffy (Scotland Yard). Propietario de la motocicleta JN 4893. Joseph Bavana, del África occidental. Apartamento dos Marsheroft Villa, Fentiman Road S. B. 8.
2. Mensaje de Miggs. 10.30. Guffy transmite el informe del Comisario de Sussex. La moto de Joseph Bavana JN 4839 fue atropellada por un coche desconocido, Uckfield-Forest Roy, 18.00 horas, ayer. No hay testigos. Bavana estaba muerto cuando lo encontraron.
3. Mensaje de Guffy. 11.30. Que por favor lo llame. Me recliné en el asiento y me quedé mirando la hoja de papel. Joseph Bavana, del África occidental. Clausurar un sendero público podría llevarle tiempo hasta a un millonario. Pero eliminar a un ser humano era fácil... si uno es O’Dowda y hay dos o tres guardias privados alrededor de la propiedad. Uno se sienta a comer un pato y a tomar un clarete a la orilla de los pajonales esperando una trucha marrón mientras Kermode pasa sus instrucciones por el radioteléfono. El ritmo del pestañeo de Durnford debe haberse acelerado mientras las escuchaba.

El teléfono sonó.

—Habla Carver.

—Soy Guffy, muchacho. No te molestes en venir acá. Estaré allí dentro de cinco minutos.

Corté y me quedé mirando el espacio. Era algo que frecuentemente hacía. Uno se queda mirando el espacio y después de un momento uno se encuentra pensando absolutamente en nada, lo que es, mientras dura, reconfortante.



CAPÍTULO TRES

“Puede ocultarse el fuego, pero... ¿y el humo?”.

JOEL CHANDLER HARRIS

GUFFY era el diminutivo con que se conocía a Gerald Wulster Foley. De todos los hombres de Scotland Yard era el más amigo mío y eso, hasta cierto punto. Sin embargo, por más que se sintiera presionado o frustrado por cualquiera de mis intervenciones, siempre se mostraba amable y correcto. Es agradable conocer a alguien capaz de someterse a interrogatorios y torturas, pero siempre con una sonrisa en los labios y pidiendo disculpas todo el tiempo.

Oficialmente era Jefe Superintendente de Detectives en el Departamento C, con un sueldo de alrededor de 2500 libras por año. Con sus conocimientos y capacidad podría haber ganado diez veces más en la industria, pero supongo que allí no habría tenido ni la mitad de las emociones y diversiones que encontraba aquí. A Guffy le gustaba la emoción y la variedad. El sólo pensarlo estrechaba sus ojos de gato, color verde-amarillento y lo hacía ronronear. Pero no tenía el aspecto de un gato poderoso y si no le habían arrancado las orejas y la cara no mostraba las cicatrices de sus luchas con otros gatos, era porque sabía cuidarse en una pelea como saben hacerlo muy pocos hombres que yo haya conocido. Yo no sabía que alguien en Scotland Yard jamás se hubiera ocupado de definir cuáles eran sus ocupaciones específicas. Pero estaba enterado de que durante un período de dos años había desempeñado funciones en el N.º 26 de la Rue Arnengaud en Saint Cloud, París, y por lo que yo sabía todavía trabajaba para Interpol.

Se sentó al escritorio frente a mí, fumando uno de sus habituales cigarros holandeses, sonriendo y con el aspecto de que estaba dispuesto a creer cada palabra que le dijera y que a su vez sería igualmente franco conmigo.

Con mucho cuidado yo estaba describiendo mi interés en el difunto Joseph Bavana. Le referí toda la historia de mi visita a O’Dowda, pero no mencioné la naturaleza de la tarea que mi cliente me había encomendado, ni la íntima conversación que había mantenido con Julia a medianoche. También omití hablar de los prismáticos, ni de la radio transmisora que recibía y emitía mensajes desde el bote, en el lago. O’Dowda pudo haber hecho matar a Bavana o pudo haber sido un accidente. Si no había sido un accidente, O’Dowda iba a hacer todo lo posible para

protegerme o protegerse. De cualquier manera, la ética y el sentido común no debían inducirme a especulaciones con un hombre como Guffy, hasta tanto no me viera obligado a hacerlo.

Cuando terminé dijo con afabilidad:

—Una buena sinopsis del asunto. Bien preparada, querido amigo, concisa, desprovista de todos los hechos importantes, como, por ejemplo, la naturaleza de su trabajo para O’Dowda.

—O’Dowda quiere que le encuentre algo. Un simple trabajo de recuperación. ¿Se siente inclinado a presionarme con respecto a eso?

—Por ahora, no. Quizá no lo haga nunca. ¿Por qué piensa que Bavana quería matarlo a usted o a O’Dowda?

—No tengo la menor idea. Hábleme de Bavana.

—Con mucho gusto. El rifle que usó fue encontrado inutilizado y envuelto en el portaequipajes de la moto. Aquí, era estudiante. No pertenecía a la Universidad de Londres, no era más que un estudiante de un instituto comercial. Antes de eso había seguido un curso en manejo de computadoras. Nada de esto importaba. Sólo era una cobertura para sus actividades políticas. ¿Tiene idea de cuántos grupos políticos africanos operan en este momento desde Londres?

—No.

—Muchos más de los que hubo de emigrados polacos, rusos y el resto de los fugitivos europeos. Cada vez que damos un paso, tropezamos con alguno. El cincuenta por ciento es tan inocuo como una asociación de abstemios. Del resto, algunas son organizaciones de espionaje para los estados africanos, y otras, organizaciones de exiliados que desean entrar en las corrientes de cambio que se están produciendo. Algunas de ellas están dirigidas por idealistas, pero la mayor parte por oportunistas. Muchas de sus actividades lo harían reír, otras lo harían llorar y otras le harían congelar la sangre en las venas. Por sobre todo son un engorro, pero tenemos que vigilarlos. Naturalmente tenía curiosidad en su interés por Joseph Bavana. Era uno de los que hacen congelar la sangre en las venas, un asesino a sueldo.

—¿Pagado por quién?

—No lo sé. Por eso es que estoy hablando con usted, muchacho —se puso de pie—. Lógicamente, y no me cabe la menor duda de que usted llegó a la misma conclusión antes que yo, si fue a usted a quien quiso matar, tiene que ser porque alguien no quiere que usted cumpla la comisión de O’Dowda de recuperar lo que sea.

—O’Dowda dijo que fue un error, que era a él a quién querían matar.

—¡Podría ser, podría ser! Entre nosotros muchacho, yo no hubiera derramado una sola lágrima. Pero esto último es confidencial.

—Entonces ¿quiere decirme qué está haciendo aquí?

Pareció auténticamente sorprendido.

—¡Vaya! Sólo estoy conversando. Hace años que no lo veo. Siempre es un placer hablar con usted.

Yo también me puse de pie cuando él se dirigió a la puerta.

—¿No se le ha ocurrido pensar que O'Dowda puede haber hecho matar a Bavana? —le pregunté.

—Estoy seguro de que lo hizo —me miró en una forma encantadora e ingenua—, y así como nunca podemos acusar a las grandes cabezas que están detrás de las organizaciones de contrabandistas de oro, a través de Londres, Beirut y Calcuta, por ejemplo, aun cuando los conocemos, lo mismo se aplica a O'Dowda. Ellos disponen, pero la cadena de órdenes hacia abajo es tan delgada y elusiva como el hilo de la más etérea telaraña.

—¡Poético!

—De ningún modo, muchacho. Es a principios de noviembre, cuando las telas de araña se ven más y coincide con la época en que se comen gansos. Es sabido también que los primeros gansos que van al horno son siempre los más tarados. Es una hermosa parábola.

—Dentro de poco me habrán convertido en *paté de foie gras*, y habré desaparecido para siempre.

—A usted no le pasará eso.

Le abrí la puerta.

—¿O'Dowda tiene algún antecedente en Scotland Yard o en Interpol?

Vi estrecharse los ojos de gato y me di cuenta en seguida de que no había venido a verme sin un motivo especial y ciertamente no había venido para tener una charla intrascendente.

—Ninguno. Es un millonario respetable. Todo lo que sabemos acerca de él puede leerse en el *Quién es Quién...* es decir, casi todo lo que sabemos.

—¿Y usted no me necesita para nada...?

—Pero muchacho, usted se parece a un delincuente a quien han llamado para interrogatorio y que se sorprende que lo dejen marcharse así como así.

—Estoy sorprendido. Usted normalmente no pierde el tiempo de esta manera.

—No necesitamos nada de usted. Por supuesto, eso no quiere decir que si en el transcurso de su trabajo encuentra algo que a su criterio pueda ser de interés para la policía, me lo haga saber. Además, ya que va a estar en el extranjero a la caza de ese coche, no vendría mal que se comunicara por teléfono con el comisario Maziol, de Interpol.

—¿Cómo supo que se trataba de un coche?

—Mi querido amigo, lo dijo Miggs. Háganos saber si encuentra algo interesante.

—¿Cómo qué?

—Cualquier asunto que lo sorprenda. Siempre necesitamos ayuda del público. Aun cuando sólo se trate de una carta anónima.

—¿Ha recibido alguna con respecto a O'Dowda?

—Sí, hace poco. Naturalmente no puedo revelar su contenido.

—¿La letra era de hombre o de mujer?

—No podría decirle, muchacho. Estaba escrita a máquina, sin firma. Bien, mantenga abiertos los ojos.

Se marchó.

Pensé que algunas veces yo iba demasiado lejos en esa manía de reservarme las cosas. Pero era un novicio comparado con ellos. No me gustaba en absoluto el aspecto que iba adquiriendo mi tarea. Desde el comienzo empezó a generar complicaciones. Bavana que me disparó, Julia que deseaba que abandonara el caso y ahora Guffy que se marchaba por la avenida Northumberland, muerto de risa y sabiendo ya que me había colocado donde quería que estuviera, pero sin prisa para decirme con exactitud cuál era ese lugar. Debí haberme mantenido firme y tomar las vacaciones. Pero ahora era demasiado tarde.

Me dirigí a la estantería de libros de consulta y saqué un ejemplar de hacía tres años de *Quién es Quién...* ¿Quién iba a renovarlo todos los años a razón de seis libras esterlinas por vez? Para hacer ejercicios con la muñeca llevé el libro que pesaba más de dos kilos con una mano.

Por supuesto, O'Dowda estaba allí. Era evidente qué no le importaba un comino figurar o no.

La referencia decía:

O'DOWDA, CAVAN: Presidente de Athena Holdings Ltd.; Nacido el 24 de feb. 1903. *Educ.*: Dublin. También es director de numerosas empresas comerciales e industriales. *Dirección*: Athena House, Park Street, Park Lañe, W. 1T: Grosvenor 21835.

Había mucho que agregar entre las breves líneas. Estaba seguro de que muchos datos nunca serían incluidos, de lo contrario Guffy no hubiera venido a verme.

Saqué la reseña similarmente breve que Durnford me había dado sobre el viaje de Zelia desde el castillo próximo a Evian hasta Cannes.

El primer día había dejado el castillo a las dos de la tarde, sola, conduciendo el Mercedes rojo. Por propia decisión se habían dirigido al sur, pasando por Ginebra, Frangy y Seissel, hasta un hotel en la margen occidental del lago Le Bourget.

Volví a tomar el *Quién es Quién* y encontré un mapa Michelin, "Rutas de Francia". En seguida se hizo evidente que hubiera seguido una ruta más normal bajando por Annecy, Aix-les-Bains y Chambéry. Pero Zelia había explicado eso. Tenía mucho tiempo y quería variar la ruta. Había pasado la noche en un hotel llamado Ombremont en Le Bourget-du-Lac. Desde allí, alrededor de las nueve de la noche, llamó a su padre a su casa de campo en Sussex. O'Dowda no estaba y Durnford atendió la llamada. Le había dicho a Durnford que al día siguiente en lugar de ir directamente a Cannes, quizás interrumpiera su viaje para pasar un par de días

con unos amigos. No había dicho quiénes eran esos amigos, ni dónde vivían, y Durnford, el secretario perfecto, no pidió una información que no se le proporcionaba.

El segundo día había dejado el hotel a la mañana, antes de las nueve y media. Esto pudo establecerse porque Durnford, como secretario perfecto, se había puesto en contacto, con O'Dowda en Londres (probablemente en algunos de esos asuntos de "no me interrumpen después de las ocho de la noche"), y O'Dowda le había dado instrucciones de telefonar al hotel y decirle a Zelia que debía hacer el viaje directamente a Cannes, sin demoras. Durnford llamó a las 9.30 y Zelia ya se había marchado. Desde ese momento, a través del día Dos, día Tres, hasta la mañana del día Cuatro (día en que Zelia había llegado a Cap, una ciudad sobre la Ruta Napoleón, a unos 160 kilómetros al sur desde Le Bourget-du-Lac), su vida había sido una nebulosa. En Cap había perdido el Mercedes, el equipaje, y la memoria de lo que le había ocurrido desde que dejara el hotel. La vida, al abandonar el hotel, se había convertido en un vacío. Sólo tenía las ropas que llevaba puestas y un bolso con dinero. Había alquilado un coche y se había dirigido a Cannes y al yate, donde O'Dowda la esperaba con impaciencia. No me habían dado detalles de la escena de su llegada, ni de lo que había ocurrido después... pero nadie, incluyendo a Zelia, podía pensar que algún amigo de ella o de la familia vivía en el área entre Le Bourget-du-Lac y Cap. Según el cálculo de probabilidades, yo estaba seguro de que Zelia era una embustera. No corría ningún riesgo si apostaba todo mi dinero a que podría hacer, si quería, una relación minuciosa y minuto a minuto de todas las horas perdidas. Con el dinero de O'Dowda debía yo probarlo y encontrar el coche desaparecido.

Tuve problemas con Wilkins después de almorzar. Había ido a ver al dentista para que le arreglara una emplomadura. Resultaba difícil entender lo que decía, por los efectos de la novocaína en la mandíbula.

Siguiendo la práctica habitual, le dicté un relato simple y concreto de lo que había pasado hasta ahora, para mis archivos confidenciales, y pude ver que estaba en contra de todo el asunto. Sentada ahí, parecía como si yo estuviera dictando una orden de operación de exterminio de algún *ghetto* de Europa oriental.

Llegado a un punto dijo:

—Creo que debería terminar con O'Dowda. Ese hombre Bavana obviamente trató de matarlo.

—Cuando se quiere dinero en grande hay que correr ciertos riesgos. La vida está llena de azares. De cualquier manera, ése ha sido eliminado.

Terminé el dictado. Ella cerró la libreta y se levantó para marcharse. La detuve:

—¿Qué piensa usted? —le pregunté.

—¿Acerca de qué?

—De varias cosas. En primer término de Zelia.

—Es obvio que ha tenido alguna experiencia que la ha perturbado emocionalmente y su subconsciencia ha decidido olvidarlo. Me sorprende que eso no le pase a las mujeres con más frecuencia.

—Pero si usted cree que Zelia es una chica inocente con un *shock* traumático... ¿por qué no debo seguir en este trabajo?

—Porque hombres como O'Dowda evidentemente no son inocentes... no cuando se trata de cosas importantes, como intereses de negocio y rivalidades. Con frecuencia no pueden obtener lo que quieren por las vías legales. Ése es el momento en que los hombres como O'Dowda comienzan a utilizar a la gente. Por eso... casi antes de que formara parte del personal a sus órdenes... alguien quiso matarlo a usted. Escríble diciendo que lo ha estado pensando y que desgraciadamente, etcétera, etcétera. Hay bastante trabajo limpio que lo está esperando si se toma la molestia de buscarlo.

Fue la arenga más larga que jamás le escuché. Debí de haber seguido su consejo. Dos cosas me lo impidieron. Primero, estaba Julia, y su angustia por Zelia. Más o menos le había prometido ocuparme del caso. También estaba O'Dowda. Sabía que casi todo era producto de pura envidia mía. Pero, al fin era pura. Sólo quería demostrarle que yo era alguien con quien él no podía jugar ni hacerme bailar a su modo a la vista de una chequera. Hubiera lo que hubiese en ese coche rojo, O'Dowda lo deseaba ardientemente. De acuerdo, era mi cometido encontrar el coche, y punto. Cuando supiera lo que había en el Mercedes y lo tuviera en las manos, sería divertido verlo bailar a él durante un tiempo mientras lo meneaba frente a sus ojos. Quizá no fuera un gesto noble, pero todos tenemos que tener nuestros momentos de poderío. Además el poder, significaba dinero contante y sonante y eso era algo que siempre me venía bien.

—Quisiera que me reservara un pasaje en avión a Ginebra para mañana a la mañana y que me esperara un coche para conducirlo en persona —le dije—. También quiero que me reserven una habitación mañana a la noche en el Ombremont Hotel, en Le Bourget-du-Lac. Si tiene algún problema, utilice el nombre de O'Dowda. Dará resultados.

Wilkins se limitó a mirarme, asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Cuando iba a tomar el picaporte, le dije en un arranque de jactancia que no sé de dónde salió:

—Con respecto al coche alquilado. Quiero que sea un Mercedes 250SL rojo.

Con la mano en el picaporte, volvió la cabeza y me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque jamás he conducido uno así. El rojo es mi color favorito. Dígales que lo necesito, cueste lo que cueste.

—Bien, en ese caso tenemos que hacer todo cuanto podamos, ¿no es cierto? —se marchó. Hacía mucho tiempo que no la notaba tan helada.

Para el momento en que me disponía a volver a casa esa tarde ya Wilkins había arreglado lo de mi viaje aéreo. Le dieron la seguridad, asimismo, de que habría un coche esperándome en Ginebra, y que, de ser posible, sería un Mercedes rojo.

Mi casa era un departamento pequeño, un dormitorio, living-comedor, baño y cocina en una calle lateral próxima a la Tate Gallery. Desde la ventana del cuarto de estar, arriesgándome a pescar una tortícolis, podía ver bastante bien el río. Mrs. Meld, que vivía en la casa de al lado y se ocupaba de la mía, con buen humor y tolerancia había estado librando una batalla perdida contra mi desorden, durante años. Había puesto unos crisantemos color herrumbre en un florero sobre la mesa de la ventana y apoyado una nota contra él, en la que se leía: *Le he dejado alguna cosita en el horno. Se le está terminando el whisky.*

La cosita que estaba en el horno era una tarta de queso y cebolla. Eso significaba que estaba de buen humor. Encendí el horno de gas para calentar la tarta y luego volví para servirme un *whisky*. Mrs. Meld tenía razón. Sólo quedaba tres cuartos de la última botella. Me senté, apoyé los pies en la ventana y me quedé mirando el atardecer de Londres. Pensé que la vida no se portaba mal conmigo. Tenía una tarta de queso, con mucha cebolla, calentándose en el horno, un vaso de *whisky* y los pies levantados descansando, y mañana partiría al extranjero, en busca de un coche robado. Otros individuos de mi misma edad estarían ahora en sus hogares, apartando a sus hijos de la T.V. para que continuaran haciendo los deberes, buscando un destornillador para arreglar un tornillo flojo de la aspiradora, la mujer en la cocina abriendo latas para preparar un pastel de riñones y un budín de arroz, y mañana volvería a repetirse la misma rutina de hoy. La variedad es la sal de la vida. Así era para mí. Cada día diferente del otro. Sin saber jamás lo que va a suceder. Sin saber jamás cuándo le van a disparar a uno un tiro o cuándo se va a deslizar una preciosa muchacha en el dormitorio buscando ayuda, sin saber jamás cuándo lo utilizan a uno, cuándo le mienten, lo embaucan o secretamente se ríen y lo desprecian. Una gran vida. El problema era que precisamente en este momento no me sentía con ánimos de sobrellevarla. De pronto me sentí malhumorado y amargado, me dije que debía ser una reacción. ¿Pero una reacción a qué? Pensé que indagaría en profundidad para ver si la descubría, luego decidí no hacerlo y tomar otro *whisky*.

Cuando me disponía a beberlo sonó el timbre de la puerta. Lo dejé sonar dos o tres veces esperando que quién quiera que fuera se marchara. Siguió sonando de manera que me levanté y me dirigí a la puerta.

Afuera había un hombre con un traje azul, sombrero hongo y un paraguas colgando de un brazo. Tenía una cara gorda y alegre, con cejas arqueadas, nariz pequeña y chata, labios que en alguna forma me recordaron a un rinoceronte; además lucía una corbata con un diseño floral grande contra una camisa color rosa. Para terminar su extravagante apariencia, su cara era negra como el carbón, con una ligera

tonalidad púrpura subyacente. Para rematarlo todo, llevaba puestos zapatos de gamuza color jengibre. La distancia que había entre los zapatos y la parte superior del sombrero no pasaba del metro cuarenta. Con un relampagueo blanco de dientes y de ojos me tendió una tarjeta y pude sentir la alegría que irradiaba como de un calefactor.

—Mr. Carver, ¿sí? —era una voz cantarina y feliz.

Asentí con la cabeza y miré la tarjeta a la mala luz del *hall*. No era fácil de leer porque todo estaba escrito en caracteres góticos. Debe de haber estado acostumbrado a que la gente tuviera inconvenientes en la lectura porque riendo entre dientes a manera de preámbulo recitó:

—Mr. Jimbo Alakwe, Cardew Mansions, Departamento Tres, Tottenham Court Road, Londres, West One. Representaciones. Casos especiales. Correos acreditados. Importaciones y Exportaciones —se detuvo y luego agregó—: Un corazón bien dispuesto lo puede acompañar hasta el fin del camino; uno triste sólo lo acompañará una milla.

—¿Dónde dice eso?

Se acercó y tomando la tarjeta cortésmente la dio vuelta. En el reverso estaba impresa la leyenda.

—Un espléndido pensamiento, Mr. Alakwe, pero no quiero representaciones, especialidades, importaciones o exportaciones y ciertamente no necesito un correo de corazón bien dispuesto. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza:

—De acuerdo.

Hice un ademán para cerrar la puerta, pero dio un paso adelante y la cerró por mí.

—Mire, tengo una tarta de queso en el horno y deseo pasar una noche tranquila. No hay en el mundo una sola especialidad que pudiera apartarme de una pacífica noche en casa.

Asintió, se quitó con cortesía el sombrero, de adentro sacó un pañuelo y con suavidad se limpió la cara, lo miró... quizá para ver si parte de lo negro se había desprendido... volvió a ponerlo dentro del sombrero y a éste en la cabeza.

—Diez minutos de su tiempo. Nada más, Mr. Carver. Y una espléndida proposición que ofrecerle. Creo que la encontrará conveniente. ¿Dije “creo”? No, estoy seguro. Usted necesita que lo ayude. Espléndidas perspectivas y, créame, no tiene que pagar nada, hombre. Al contrario.

—Usted debería vender seguros —le dije a sus espaldas mientras lo seguía a la sala de estar.

Observó la habitación con curiosidad y dijo:

—Lo hice durante dos años, en Ghana Accra, ¿sabe? Es considerada una actividad importante allí. Pero ahora prefiero más variedad. Lindas flores, dalias, ¿no? Ah, el otoño inglés es una época prolífica para las dalias. He visto algunas color púrpura con unas pequeñas franjas blancas como cebras. Realmente preciosas.

Se sentó en mi silla y miró la botella de *whisky* con una sonrisa embelesada.

Me di por vencido. Podría haberlo echado, pero hubiera significado un esfuerzo. Además, contra toda esa *bonhomie* y alegría, cualquier resentimiento hubiera sido una grosería. Decidí que la grosería y el esfuerzo podían ser pospuestos unos diez minutos. Ése era el momento en que mi tarta iba a estar lista.

Le serví *whisky* en un vaso.

—¿Agua o soda, Mr. Alakwe?

—Le agradezco mucho, pero lo prefiero puro —me quitó el vaso, sorbió, hizo un gesto aprobatorio con la cabeza y dijo—: Tiene una casa muy agradable. Yo comparto la mía con otras tres personas. Son caracteres completamente incompatibles pero útiles para contactos de negocios. ¿Tiene alguna idea de la suma que estoy autorizado a ofrecerle?

Gran sonrisa, otro sorbo de *whisky* y una mano regordeta ajustando y arreglando la corbata con diseño floral, pero en el que no se veían, sin embargo, ni dalias ni crisantemos.

Me senté en el otro sillón a estudiarlo en silencio. El silencio lo asombró.

—Mr. Carver, le pregunté si tenía alguna idea de la suma de dinero que estoy autorizado a ofrecerle.

—Y yo le digo Mr. Alakwe, que será mejor que comience por el principio. Como una sugerión, ¿cuál es el papel que desempeña ahora? ¿Representaciones? ¿Especialidades? ¿Importaciones y exportaciones?, o...

—Mr. Carver, he venido como representante.

—¿De quién?

Volvió a tomar un sorbo:

—Muy buen *whisky*. Debe de pertenecer a una marca muy buena —miró la botella—. Sí, es una buena marca.

—¿A quién representa? —insistí.

—Digamos que a amigos de amigos que tienen amigos que son delicadamente susceptibles con respecto a los asuntos que afectan sus reputaciones políticas, industriales, comerciales e internacionales, etcétera, etcétera —sonrió—. Usted comprenderá que tengo necesidad de ser discreto. De manera que naturalmente...

Me recosté en el sillón y cerré los ojos:

—Despiérteme —le dije— cuando llegue al punto.

Rió.

Abrí los ojos.

Me hizo una guiñada, al tiempo que me decía:

—¿Quinientas libras?

Cerré los ojos.

—Guineas, Mr. Carver. Eso sería...

—Quinientas veinticinco libras.

—Ah, ¿entonces está de acuerdo? Bien, muy sensato, Mr. Carver. Y si desea un consejo en cuanto a la inversión de semejante suma, puedo hacerle una proposición que doblaría su dinero en seis meses. Después de eso, otra proposición que doblaría ese dinero en forma similar... y así *ad nauseam*. En algunos años se verá convertido en millonario, gracias a Jimbo Alakwe.

—¿Representaciones?

Abrí los ojos.

Parecía auténticamente deprimido, pero no le duró mucho, los gruesos labios se extendieron, los hermosos dientes relumbraron, la nariz chata se plegó y los ojos brillantes giraron en las órbitas promisoriamente como si cuando se detuvieran todo el pozo de la mesa de póker le fuera a salir a borbotones de la boca. En cierta forma así fue.

—Mil. Y no libras, Mr. Carver. Guineas. Lo que significan mil cincuenta libras.

Me puse de pie y dije:

—La única palabra que ha dicho que tiene sentido es la palabra “millonario”. Sugiero que tome eso rápidamente como punto de partida —me dirigí a la puerta—. No es que quiera ser descortés... especialmente por tratarse de un hombre con tanto entusiasmo. Pero quiero comer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Entusiasmo. Espléndida palabra. Sí, ése soy yo. Bien. A estos amigos de amigos, etcétera, etcétera, les agradecería que usted renunciara a la misión que le encomendó cierto caballero. Entonces obtendría el dinero. ¿De acuerdo?

Se puso de pie. No me cabía duda de que pensaba que iba a ser un asunto simple e indoloro. Solamente un tonto rechazaría mil guineas.

Mantuve la puerta abierta.

—¿Cuál es su ofrecimiento máximo, Mr. Alakwe? ¿Seguramente más de mil?

—Creo que huelo un sabroso aroma —dijo—. ¿Seguramente su cena? Se le enviará el cheque.

Negué con la cabeza.

—No se moleste. Cuando tomo un trabajo, no lo abandono.

Estaba realmente preocupado conmigo, sorprendido, sin duda por mi falta de sentido común.

—Por favor, Mr. Carver, por su propio bien. Ésta no es una situación que necesite una gran lucubración o un supremo idealismo. Sólo trabajo y dinero, Mr. Carver. Quizá mil quinientas libras.

—No. Y no las convierta en guineas. Dígales que no me interesa su dinero.

—¿No le interesa en absoluto?

—En absoluto.

Se acercó a mí, más desconcertado creo, de lo que jamás había estado. En el *hall* se detuvo, me miró, sacudió la cabeza y dijo animándose un poco:

—Sí, ahora comprendo. Sólo puede haber una explicación. Usted es excéntrico. Muy excéntrico.

—Algo de eso.

—Bien, Mr. Carver, todo lo que puedo decirle es que serlo es privilegio. Suyo. Pero es peligroso. Esta gente me dijo... comprenda, que yo sólo actúo en nombre de ellos, esta gente me dijo “sea cortés, este hombre es inteligente, tiene buenas maneras y es comprensivo”. Pero esa gente puede ahora tomar otra actitud. Drástica, Mr. Carver.

—¿Y usted actuaría en forma más drástica en representación de ellos?

—Bueno, naturalmente, si me pagan. ¡Vaya!, son mil quinientas libras o guineas; por primera vez he encontrado a un individuo en su sano juicio que dice que no. Usted sabe... —la esperanza renació brevemente— se arreglaría, quiero decir el pago, de manera que no tuviera que pagar impuestos.

—Buenas noches, Mr. Alakwe.

Le abrí la puerta y se marchó a disgusto, pasó a mi lado y se detuvo sobre el felpudo, restregando los zapatos con cuidado.

—Dígame —le pregunté— en sus andanzas con estos amigos de amigos, etcétera, etcétera, ¿se ha encontrado alguna vez con un paisano suyo que se llama Joseph Bavana?

—¿Bavana? Por supuesto. Es mi marido político.

—¿Su qué...?

—Bueno, no exactamente... me refiero a que está casado con mi segunda mujer. Que ahora por supuesto, es su viuda. De manera que, quizá, la recupere.

—¿Sabe que Bavana está muerto? ¿Cómo murió?

—Desde luego. En primer lugar les dije que no usaran ese camino, Joseph siempre fue propenso a los accidentes. Este, Mr. Carver, se los advertí después de leer su primer informe, no es un hombre con el que se pueda tratar así como así, pero Joseph los persuadió.

—¿Y qué es lo que va a aconsejarles ahora?

—Usted me agrada, Mr. Carver. Es cortés y respetuoso conmigo. Les diré que pide cinco mil libras. Eso le da a usted unos días para pensarlo. Los conozco. Dirán “pero, por Dios, cinco mil... por no hacer nada. Ofrézcale dos mil quinientas, guineas si es necesario”. Entonces vengo a verlo a usted. Usted acepta... —su cara comenzó a resplandecer— y todos contentos. Espéreme mañana. No se preocupe, Mr. Carver —se golpeó el pecho con el mango de su paraguas—. Tengo un corazón bien dispuesto y por un amigo voy hasta el fin —se tocó el sombrero y se marchó, envuelto en una nube eufórica de bondad humana.

Cuando entré al departamento fui recibido por un fuerte olor a quemado que llegaba de la cocina.

Mrs. Meld me despertó con un golpe en la puerta y algunos compases del *Submarino Amarillo* de los Beatles. Yo había advertido, recientemente, que poco a poco Mrs. Meld estaba actualizando su repertorio.

—Buenos días, Mr. Carver. ¿Cómo estaba la tarta?

—Deliciosa —respondí frotándome los ojos.

—Lo que necesita —dijo— es una mujer que se ocupe de usted... no quiero decir que usted no pueda cocinar como cualquier mujer, pero es la forma de hacerlo lo que importa. El tiempo en que se hace, como le digo a Meld, para que esté a punto. Y luego cosas como el lavado de la ropa, usted jamás piensa en eso. ¿Va a seguir soltero el resto de su vida?

—Mándese mudar. Quiero dos huevos fritos, no muy cocidos y tocino crocante.

—Deme diez minutos, entonces. Y le prepararé, un lindo pastel de riñones para esta noche.

Salté de la cama:

—No se moleste. Esta noche estaré en Francia, comiendo *omble chevalier* pescado directamente en el lago. ¿Sabe lo que es *omble*?

—Bien, si no es un pez, no sé qué estaría haciendo en el lago. Pero de todos modos eso explica quizá la presencia del negro del otro lado del camino. Estaba ahí cuando Meld salió a las siete. ¿Ahora se trata de Francia y más francachelas? Usted lleva una hermosa vida, Mr. Carver, pero necesita una buena mujer para compartirla.

Me eché encima una bata y me dirigí a la sala.

Desde la ventana no podía verlo bien, sólo su tamaño en el asiento del conductor y un par de manos oscuras sobre el volante. El bulto del cuerpo parecía demasiado grande para ser el de mi amigo Jimbo. Pero no tenía dudas de que estaban conectados. Mientras Jimbo Alakwe trataba de negociar nuevas condiciones para mí, me vigilaban.

A las nueve y media dejé caer una maleta desde la ventana del baño por la parte de atrás del departamento. Mrs. Meld la recogió en el jardín mientras yo me introducía en su cocina, deteniéndome para admirar el nuevo lavarropa que por fin había convencido a su marido que le comprara. Luego salí de la casa por la puerta que daba a la otra calle. Era una ruta que había utilizado muchas veces antes, tantas veces, en realidad, que probablemente ya había establecido un derecho permanente de peaje.

Tomé un taxi para ir a lo de Miggs y le pedí que enviara un muchacho a mi oficina a recoger los pasajes de avión y el pasaporte. Si estaban vigilando el departamento bien podían estar vigilando la oficina. Hablé a Wilkins por teléfono y le referí lo que estaba sucediendo, luego le pedí que hiciera que alguien se pusiera en contacto con Somerset House para obtener todas las informaciones posibles sobre Athena Holdings Ltd. Wilkins estaba en mejor estado de ánimo y me hizo revisar todo lo que había puesto en la maleta para el viaje para estar segura de que no había olvidado nada.

—¿No lleva un arma? —preguntó.

—No. No llevo armas —Mrs. Meld siempre llamaba a las cosas por su nombre, pero Wilkins no—. ¿Por qué? ¿Cree que podría necesitar su revólver?

—No, creo que no. Tiene demasiada mala puntería para que le sirva de nada.

Bueno, pudiera ser que en eso tuviera razón. Pero, de cuando en cuando, era reconfortante tener un arma a mano.

Luego telefoneé a Guffy y le referí lo de Mr. Jimbo Alakwe. En ese momento lo consideré un acercamiento franco y abierto que podía ser útil.

—Si hay algo de él o de sus empleadores que usted sepa que pueda ayudarme, le agradecería que se lo hiciera saber a Wilkins.

Respondió que lo consideraría.

A las dos llegaba a Ginebra. Un Mercedes rojo 250 SL estaba esperándome. ¡Lo que es trabajar para un millonario y poder usar su nombre y su crédito!

Me dirigí al sur como una saeta roja en alas de la fantasía. Tenía lagos de pesca, campos donde cazar, residencias en la ciudad y en el campo y *suites* reservadas en los hoteles donde no debía ser incomodado después de las ocho de la noche. Tenía un yate y un puñado de coches de los cuales éste era mi favorito. Soñando conduje hasta Annecy y Aix-les-Bains por un camino que conocía bien. Con la firmeza propia de un millonario, mis manos asían el volante provisto de acolchado de seguridad... y gracias a la articulación individual, el eje independiente reforzado y el montaje aislante de ruedas y suspensión, el coche lanzado a alta velocidad se adhería al camino como una sanguijuela, disminuyendo la marcha con suavidad en el momento en que apoyaba el pie en el pedal de los frenos de disco de doble circuito servo-asistido. ¡Oh...!, conocía toda la jerga. Había pasado un año vendiendo coches antes de trabajar por mi cuenta, para empaparme en los problemas de otra gente y terminar casi siempre con una bolsa llena de problemas para mí.

Tras pasar Aix-les-Bains, al extremo del lago, crucé a campo traviesa hasta el lado occidental del mismo lago. El Ombremont Hotel estaba ubicado en la ladera de la colina sobre el lago, mirando hacia Aix. Me dieron una habitación grande y alegre que daba al lago y cuando pedí por teléfono *whisky* y agua mineral me los trajeron en cinco minutos, lo que era todo un record. En cuanto a *records* éste iba a ser mi día afortunado. En las dos horas siguientes ya había descubierto algo con respecto a Zelia que me llevó al convencimiento de que la chica había perdido la memoria tanto como yo había perdido la mía... y no es que no hubiera muchas cosas en mi pasado que me hubiera gustado olvidar. Pero ahí está el asunto, a uno le suceden cosas y uno hace cosas que quedan registradas para siempre.

Un poco antes de comer me dirigí al mostrador de recepción y pedí a la chica que estaba de turno que me cambiara un cheque de viajero. No necesitaba hacerlo porque había sacado dinero en Ginebra, pero era una manera de entablar conversación y permitirle que conociera algo de mi naturaleza cálida, encantadora y afable, antes de comenzar con las preguntas embaucadoras y oblicuas que eran parte de mi segunda naturaleza.

Era una muchacha de unos veinte y pico de años con un pequeño lunar en el extremo derecho de la boca, un par de ojos oscuros e inteligentes con ocasionales destellos de humor y además con tiempo disponible en este momento, pues los

últimos pasajeros ya habían pasado por el registro. Su inglés era mucho mejor que mi francés. La felicité y le pregunté dónde lo había aprendido. Por supuesto, dio resultados. Siempre los da. No hay nada que le guste más a la gente que el reconocimiento de que hablan bien un idioma extranjero. En seguida llegamos al punto en el que preguntó si yo había venido a Francia para pasar unas vacaciones o por asuntos de negocios. Le dije que había venido por negocios, que era el secretario privado de un tal Mr. Cavan O'Dowda. No tuve que explicarle quién era. Lo sabía. Si se está en el negocio de hoteles es muy probable que se conozca a todos los millonarios y de cualquier manera, los franceses tienen esa natural reverencia por el dinero que hace que los nombres de los millonarios del mundo les sean tan familiares como los de los jugadores de fútbol a los anglosajones, orientados en forma diferente.

Confidencialmente, metiendo los francos con lentitud en mi billetera, le dije que estaba indagando acerca de su hijastra Mademoiselle Zelia Yunge-Brown que en este momento padecía de amnesia, cosa que se había producido cuando dejó este hotel, unas semanas atrás. Durante un momento sus ojos oscuros se entristecieron ante la idea de la hija de un millonario con semejante dolencia... cuando cada recuerdo debe ser dorado... ¡qué desgracia perder uno solo!

Le di la razón y le pregunté si podía ver una copia de los gastos de Zelia en el hotel. No creí que pudiera encontrar nada que sirviera para sustentar una teoría que estaba urdiendo. Se basaba en el conocimiento de la naturaleza humana y en que Zelia se había apartado de la ruta directa a Cannes. Pero valía la pena probar. La muchacha extrajo una copia carbónica de un archivo. Correspondía a la habitación quince y en ella constaba que Zelia había pagado la habitación y el desayuno. No había comido. Bien, podía haberlo hecho en alguna otra parte. Estaba por devolverla cuando advertí que faltaba un ítem que debía estar allí.

—Mientras Mademoiselle Zelia estuvo aquí hizo una llamada a su padre en Inglaterra, alrededor de las nueve de la noche. No veo que la hayan cobrado.

La muchacha asintió.

—¿Conservan un registro de las llamadas telefónicas? —pregunté.

—Desde las habitaciones, cuando hay que cobrarlas, sí.

—¿Puede verificar una llamada a larga distancia aquella noche? ¿De todas las habitaciones?

—Eso significará verificar las copias de las cuentas de todos los huéspedes que estuvieron esa noche.

No había tristeza en sus ojos oscuros, sólo sentido común. Un millonario estaba preocupado por su hija y aun cuando era normal que se le ofreciera ayuda, esto significaba trabajo extra.

Le dije:

—Si le hace perder un poco de tiempo, naturalmente, Monsieur O'Dowda desearía reconocérselo. —Saqué mi billetera y le tendí un billete de cien francos.

Lo tomó con un rápido movimiento afirmativo de cabeza; nadie en un hotel francés deja de ser sensato con respecto al dinero. Dijo si Monsieur quería tener la amabilidad de venir después de comer... ¿No?

Monsieur se fue a comer. No había *omble*.

Me conformé con una *terrine de canard aux truffes* y un *paulet aux morilles* con una botella de Château-Rayas.

Después de comer, me esperaba la información. La única llamada telefónica a Inglaterra que se había hecho aquella noche desde el hotel, un poco antes de las nueve, había sido desde la habitación 16, ocupada por un Monsieur Max Ansermoz que había llegado esa misma noche y partido a la mañana siguiente.

Sin perder tiempo en cortesías, le pregunté:

—¿Hay alguna puerta de comunicación entre las habitaciones quince y dieciséis?

—Sí, Monsieur. Normalmente está cerrada con llave, pero sólo habría que pedirle a la camarera que la abriera.

—¿Qué dirección dio este Monsieur Ansermoz?

La muchacha había hecho sus deberes. Era un hotel de Ginebra, el Bernina, 22 Place Cornavin. El instinto me dijo que no serviría de nada indagar allí acerca de Max Ansermoz.

Con toda sinceridad, la muchacha exclamó:

—Espero que esa información no perjudique a Mademoiselle Zelia.

—Por el contrario. Pienso que va ayudarla a recuperarse. Su padre le estará muy agradecido.

—Es un placer ayudar, Monsieur. Si usted lo desea, quizá algunos de los sirvientes del hotel recuerden a este caballero. Tal vez mañana a la mañana se lo pueda describir físicamente.

Le dije que le estaría muy agradecido por cualquier información que pudiera darme sin que importaran los gastos. Luego me dirigí a mi habitación, me senté en el pequeño balcón a fumar y mirar las luces de Aix-les-Bains que se veían al otro lado del lago.

De manera que Zelia se había encontrado con Monsieur Max Ansermoz en el hotel. Había sido imprudente de su parte llamar por teléfono desde la habitación de Ansermoz, pero en aquel momento probablemente no imaginó siquiera que era necesario andar con cautela. Algo sucedió después de salir del hotel que la obligó a proceder con cautela. Después de dejar el hotel, en alguna parte del camino, había comenzado a perder cosas: su coche, su equipaje, la memoria y vaya a saber qué más... yo barruntaba que Max Ansermoz lo sabía. Sería interesante conocer cuáles eran los actuales sentimientos de la chica con respecto a él. Sería aún más interesante... porque ésta era mi particular tarea, saber qué había hecho Ansermoz con el Mercedes rojo.

Entré en el cuarto, tomé el teléfono y pedí una llamada a París 408.8230. Me respondieron unos veinte minutos más tarde y me comunicaron con un empleado de

guardia que seguramente estaría sentado, aburrido a kilómetros de distancia en el 26 de la Rue Arnengaud, de Saint Cloud, quien se mostró muy cauteloso con respecto a la llamada. Le dije que podía verificar mis credenciales con el Comisario Maziol o con el Jefe de Detectives, superintendente Gerald Ulster Foley, pero que de todas maneras me gustaría tener cualquier información que Interpol pudiera proporcionarme acerca de un tal Max Ansermoz, si figuraba en sus archivos. Le pedí que llamaran aquí antes de las nueve de la mañana o a mi oficina en Londres si era más tarde. Con reticencia dijo que vería lo que podía hacer, luego cortó, sin duda alguna para volver a su “Paris-Match”.

No me llamaron antes de las nueve, pero por veinte francos extra obtuve una descripción de Ansermoz. El portero del hotel lo recordaba bien, un caballero alto, moreno entre treinta y cuarenta años que había llegado con una señorita en un Mercedes rojo y que había partido con ella en el coche a la mañana siguiente... El caballero tenía un perro, un poodle blanco. Era amable, simpático y francés o al menos así lo parecía, pero, por supuesto, podía haber sido suizo.

Le di una propina y le agradecí, luego enderecé hacia el sur por la Ruta Napoleón.

Llegué a Cannes tarde, porque me detuve para almorzar cómodamente y hacer un llamado telefónico a Wilkins, que me llevó más de media hora conseguir.

Había recibido el mensaje que yo solicitara. Le había hablado Guffy de la Interpol. No había nadie bajo el nombre de Max Ansermoz en sus archivos, pero fácilmente podría estar bajo otro nombre. Solicitó que si fuera posible, se le suministrara una descripción y cualquier detalle que pudiera ser de utilidad. Hice la descripción, el nombre del hotel de Ginebra y mencioné el hecho de que probablemente fuera el dueño de un pequeño poodle blanco, para que Wilkins lo retransmitiera.

—Y Miss Julia Yunge-Brown lo llamó en nombre de su padre para saber dónde se va a alojar en Cannes. Tengo que llamarlos tan pronto lo sepa.

—Díales que en el Majestic, si puedo conseguir una habitación, cosa que es probable porque tienen trescientas. ¿Tiene alguna información acerca del Athena Holdings?

—Hay una persona ocupándose del asunto.

—Bien, la llamaré mañana con respecto a eso.

Entre ese momento y la hora en que llegué a Cannes alguien se había estado ocupando de mí, como lo supe más tarde. Conseguí una habitación sin inconvenientes, subí al coche, di vuelta en la esquina de la Rue des Serbes y encontré un garage para guardarlo. Tomé dos copas y comí, luego caminé un poco por la calle hasta el Boulevard de la Croisette para recibir un soplo de la brisa de mar y volví para acostarme. En alguna parte del puerto estaba el yate de O’Dowda, el Ferox... un nombre que no me sorprendía, conociendo su pasión por la pesca y conociendo

también ahora algo de la naturaleza del hombre... desde cualquier punto de vista era una trucha caníbal devoradora de peces grandes y pequeños.

En mi habitación me dejé caer en una silla, encendí un cigarrillo antes de acostarme y comencé a pensar en Zelia y en Max Ansermoz, y más particularmente en las combinaciones de la experiencia y la pasión humanas que, después de pasar una noche romántica en el Ombremont, podrían haberla decidido a perder la memoria de los sucesos de los dos días siguientes y con ellos el Mercedes rojo. En algún momento alguien había experimentado un cambio de sentimientos. No llegué muy lejos tras las obvias posibilidades porque sonó el teléfono.

Me informaron de recepción que un tal Mr. Alakwe deseaba verme.

Eran cerca de las once y mi primer impulso fue decirles que mandaran a Mr. Alakwe al diablo. Luego la curiosidad de cómo había conseguido rastrear me hizo pedirles que lo hicieran subir.

Entró. Ahora estaba vestido a la francesa, con un traje liviano de franela, sonriendo con toda la cara y la nariz chata plegada como una ciruela seca. Llevaba un sombrero panamá con una cinta de color naranja y plata. La corbata era azul claro con una herradura amarilla cruzada por una fusta, sobre una camisa verde bilis con rayas amarillas. Tenía los mismos zapatos de gamuza de color jengibre. Me estrechó la mano y luego me dio su tarjeta.

—No volvamos a todo ese ritual, Mr. Jimbo Alakwe —le dije.

Meneó la cabeza. La sonrisa casi le partía la cara en dos.

—No soy Jimbo, Mr. Carver. Jimbo es mi hermano.

Miré la tarjeta. Tenía razón. Éste era Mr. Najib Alakwe, en el mismo negocio, pero con una dirección en Carnes en la Rue de Mimont la que, por cuanto podía recordar, quedaba por ahí, detrás de la estación. Volví la tarjeta. La cita en el reverso decía: *Un bon ami vaut mieux que cent parents*^[2]. Bien, eso no iba a discutirlo.

Le devolví la tarjeta mientras le preguntaba:

—¿Mellizos?

—Sí, Mr. Carver.

—¿Cómo diablos voy a distinguirlos?

—Muy simple. Yo siempre estoy en Francia y Jimbo siempre está en Inglaterra.

Pensé en formularle una pregunta acerca de los zapatos color jengibre pero decidí no hacerlo porque seguramente sería una explicación simple en la que yo ya debía haber pensado.

—¿Cómo hizo para encontrarme?

—También eso es una cosa simple. Jimbo me telefoneó y me dio la información necesaria.

—¿Y cómo la consiguió él?

—Eso no lo puedo saber yo. Conservamos nuestros departamentos bien separados excepto en casos peripatéticos, como el suyo, Mr. Carver, cuando el sujeto es de largo

alcance. Puedo decirle que desde ya siento una gran admiración por usted. ¡Hombre, vaya si trabaja ligero!

Tomé asiento, sintiéndome de pronto muy cansado. Jimbo y Najib podrían parecer y actuar como un par de payasos, pero tenían que tener algo más que eso. Tenían que servir para algo más que para hacer reír. Para probarlo, Najib metió una mano en el bolsillo y sacó una pistola.

—¿Eso es necesario?

—Hombre, espero que no, porque tengo muy mala puntería —se dio vuelta por encima del hombro y llamó: “¡Panda!”.

Desde el pequeño pasillo al que daba la puerta del dormitorio donde había estado esperando, entró una mujer joven en la habitación. “Entró” no era la palabra exacta. Se precipitó como un remolino, dio un golpe a Najib en la espalda y se puso a valsar delante de mí en una nube de perfume muy fuerte, me pasó los dedos entre el pelo, me tiró el lóbulo de la oreja derecha y exclamó:

—¡Whoof! ¡Whoof! Mucho gusto en conocerte, Remy.

Preocupado le pregunté a Najib:

—Esta mujer no existe, ¿verdad?

Panda me regaló una gran sonrisa:

—Puedes apostar, papi, que existo. Cada curva, cada músculo es realmente humano y palpitante de vida.

Medía más de uno ochenta, vestía una falda muy corta y una blusa de lamé dorado. Era bonita, con grandes ojos castaños y una boca sonriente llena de los más hermosos dientes que jamás haya visto, aunque me pareció que eran demasiados dientes. En realidad, tenía demasiado de todo. Las piernas eran demasiado largas, los brazos demasiados largos y mientras hacía piruetas delante de mí, producía un zumbido como si estuviera manejada por una dínamo de alta potencia. Su piel era de un agradable color café con leche, el pelo una masa de apretados rulos negros. De las orejas pendían aros de oro, cada uno de ellos representando un hombre colgado de la horca.

Najib dijo:

—Mi ayudante, Miss Panda Bubakar. No le preste atención. Esta noche está eufórica.

—Panda hambrienta, Panda quiere hombre —dijo la chica.

—Panda, revisa la habitación —respondió Najib, dándole una palmada en el trasero. De pie, podía apenas alcanzarlo.

—Panda puede registrar la habitación —respondí—, pero ¿qué demonios está buscando aparte de un hombre?

—En Inglaterra —contestó Najib, apuntándome con la pistola— se le hizo a usted una honorable oferta de dinero en efectivo para que no cooperara con O’Dowda. Ahora esa oferta ha sido retirada. Y nos llevaremos de esta pieza lo que nos convenga.

—¡Ra-Ra! Pijamas elegantes. Cuando quieras que te los planche, Remy, llámame. Algo me golpeó suavemente en la nuca y di un respingo.

—Deja tranquilo a Mr. Carver y sigue con tu trabajo —dijo Najib.

Me volví mientras me frotaba la nuca y la observé. Guiñándome un ojo comenzó a revisar la habitación. Lo hizo bien... no tanto como había visto hacerlo a otras personas, pero lo bastante bien para demostrar que no era una novata.

Algunas de las observaciones que hizo mientras revisaba mi maleta y el cuarto de baño no habrían sido las más indicadas para una fiesta en la parroquia, pero no se podía negar su buen estado de ánimo y su exuberante *bonhomie*. A la distancia y una vez acostumbrado a su tamaño, era muy agradable de mirar, pero no confiaba en ese brillo hambriento que tenía en los ojos. Era de ese tipo de mujeres que después de hacer el amor se comen al consorte.

Volvió del cuarto de baño y dijo:

—Nada, Najib, salvo que necesita un nuevo cepillo de dientes y que casi se le han terminado las pastillas de dormir. ¿Duermes mal, amorcito? —estiró una larga pierna—. ¡Whoof! ¡Whoof! Mamá tiene algo para eso, también.

—Dame tu número de teléfono —le respondí—. La próxima vez que tenga insomnio te llamaré. Ahora ¿me hacen el favor de mandarse a mudar los dos?

—Si no está acá, entonces tiene que estar en el coche. ¿La llave, por favor? —Najib tendió la mano.

Panda se sentó en la cama detrás de mí y me echó los brazos al cuello:

—Dale al hombre la llave, amorcito...

Medio ahogado pregunté:

—¿Qué significa eso del coche?

—El coche que encontró. Esperé aquí toda la tarde para verlo llegar, pero no conseguí ver en qué garage lo guardó.

Una de las manos de Panda se había deslizado en el bolsillo de la chaqueta y ahora la sacaba con la llave. Pasó delante de mí y se la tendió a Najib.

—De acuerdo —dije—. Está en el garage Renault, en la avenida detrás de la Rue d'Antibes. Cuando termine, déjele la llave al sereno. Voy a acostarme.

Fue una estupidez decir eso.

Panda emitió un par de ladridos y puntapiés diciendo:

—Mamá se queda para arropar a Remy.

—Llévese también a esta langosta.

Najib miró la llave que descansaba como una gruesa lágrima en la palma de su mano oscura, y luego levantó un par de ojos sorprendidos.

Yo continué:

—No es el coche que usted quiere, sino uno que alquilé en Ginebra para que me trajera hasta acá. ¿Por qué no verificó el número de la patente cuando llegué?

—Los números pueden cambiarse, amorcito —dijo Panda—. Ve a revisarlo, Najib —le dijo.

—Váyanse ambos. Registren el coche. Hay una cosa que les diré si es el que buscan. El compartimiento secreto. Saben dónde está, ¿no es cierto?

De repente Najib sonrió:

—Yo sé dónde está Mr. Carver. Pero no creo que usted lo sepa. O'Dowda jamás se lo diría. Estoy en lo cierto, ¿no?

—Por supuesto que no lo sabe —intervino Panda—. Mamá lo adivina por la expresión de sus ojos —se dirigió al cuarto de baño.

—Ésa no es la salida —le advertí.

—Hombre, ya lo sé. Voy a prepararte un baño y a darte masajes después —abrió la boca y me mostró sus hermosos dientes, haciendo girar los ojos.

—Vamos, Panda —dijo Najib. Luego dirigiéndose a mí, continuó—: Verificaré y le devolveré la llave. En algún momento, Mr. Carver, después que usted haya visto a Miss Zelia, vamos a conversar de hombre a hombre y eso redundará en beneficio suyo —se apoderó del brazo de Panda y comenzó a arrastrarla hacia la puerta.

—Mamá se queda —gritaba la muchacha.

—Mamá se va —le dije. Tuve un momento de tentación, pero con firmeza lo aparté. No estaba para eso.

Desde la puerta Najib dijo:

—Mientras esté aquí, si necesita algo hágamelo saber.

—Hago mía esa mención —dijo Panda.

—Después de todo —continuó Najib sin prestarle atención— ya que estamos en la misma línea de negocios, no hay por qué no ser amigos, salvo que sea absolutamente necesario actuar de otra manera.

—Muy bien dicho.

—Que duerma bien, Mr. Carver.

—No me gusta pensar que te quedas solo en esta habitación, amorcito —dijo Panda.

—Sobreviviré.

—Dime, Rexy... —los grandes ojos bien abiertos al pensarlo— no haces discriminaciones raciales, ¿verdad?

Meneé la cabeza:

—Me gusta tu color. Pero necesito acumular mucha energía para poder afrontar el tamaño en que viene ese color. Buenas noches.

Se marcharon. Y me fui a la cama. Los dos estaban representando papeles de tontos. Pero ninguno de los dos era tonto. ¿Cómo demonios habían sabido que yo iba a hospedarme en el Majestic? Nadie lo sabía hasta que se lo dije a Wilkins y Wilkins había telefoneado a la casa de O'Dowda en Sussex. Tres o cuatro horas después de ese momento Najib había empezado a seguirme. En alguna parte del *ménage* de O'Dowda alguien no quería que O'Dowda recuperara su Mercedes y no era muy sutil al respecto. Me incliné a pensar que era Durnford. El hecho de que trabajara para O'Dowda hacía esperar que sintiera hacia él una marcada antipatía, pero esto iba más

allá. Esto era un caballo llamado Venganza, hijo de Desagrado y de Deslealtad. Buenas corrientes de sangre... pero evidentemente se había unido. En lo que concernía a O'Dowda algo estaba, en verdad, quemando a Durnford, y era evidente que no estaba demasiado preocupado por el dicho de que se puede ocultar el fuego, pero, ¿qué se hace con el humo? Cuando O'Dowda viera el humo, Durnford tendría problemas.



CAPÍTULO CUATRO

“El destino lo segó temprano... porque, entendámonos, hubiera vivido mucho más tiempo, de haber podido”.

WILLIAM BARNES RHODES

ERA una suave y cálida mañana de fines de setiembre, llena de tenues luces amarillas brincando fuera del mar desde una dorada malla de agua rizada.

El Ferox estaba anclado a la salida del puerto, flotando como un espumoso merengue blanco. Por diez francos, un precio exagerado, un muchacho de unos quince años me llevó remando en un bote. Estaba desnudo hasta la cintura y al ver su torso tostado, musculoso, sin una pizca de grasa en ninguna parte, me hizo considerar la posibilidad de recomenzar mis ejercicios matinales.

Por la planchada subí a cubierta y pestañeeé entre la pintura blanca y dorada, los bronce y cromos pulidos, hice un rápido cálculo mental de lo que todo esto podría costarle a O’Dowda por año, me encogí de hombros, y vi a una mujer que estaba sentada en una reposera leyendo un ejemplar del “Vogue”. Tenía el pelo platinado con un toque de rosado, y vestía *shorts* y blusa rojos. Representaba alrededor de treinta años, tenía una cara infantil, un pequeño mohín en los labios llenos. Estaba fumando un cigarrillo largo y delgado.

—Tengo algo así como una cita con Miss Zelia Yunge-Brown. Mi nombre es Carver.

Con un gesto lánguido dejó caer el “Vogue” sobre la cubierta, me estudió y con un acento norteamericano preguntó:

—¿Qué tipo de cita? ¿Personal, médica, social o simplemente esperanzada?

—Personal.

—Bien, eso ya es una variante de los psicoanalistas y de los estúpidos que abundan en sociedad —miró un pequeño reloj de oro que tenía en la muñeca y dijo—. La encontrará haciendo su rompecabezas en el jardín de invierno que da a proa —señaló con la cabeza—. No llame. Entre. Si está de buen humor quizá lo atienda. Antes de marcharse vuelva a tomar una copa conmigo. Tal vez le dé mi autógrafo.

—¿Tiene algún valor?

—¿Usted es del tipo mercenario, eh? En un cheque, su valor es nulo. En una fotografía tiene un valor sentimental. Pero venga a tomar un trago. De esa forma

ayudará a mi campaña para vencer el aburrimiento.

Emitió una nube de humo sin sacar el cigarrillo de la boca, alzó la revista, me hizo un guiño y volvió a leer.

Avancé por la cubierta inmaculada, y bajo el puente de mando vi la hilera de ventanas del jardín de invierno, a mi derecha. Se curvaban ampliamente en un gran semicírculo hacia la cubierta de proa. Una gaviota atravesó el aire cálido y me gritó algo en francés. Un hombre vistiendo un *pullover* azul se inclinó sobre la baranda del puente que estaba encima de mí, y me saludó con la cabeza. Una Chris-Craft pasó velozmente, dejando atrás una estela de espuma como una pluma de avestruz.

Miré por el espejo de la puerta del jardín de invierno y tuve mi primera visión de Zelia Yunge-Brown, la muchacha que había perdido la memoria. Estaba sentada a una mesa, inclinada sobre una gran bandeja donde se iba completando un gigantesco rompecabezas. A su derecha había una mesa cubierta con un montón de piezas sueltas del mismo rompecabezas. Todo lo que pude ver al principio fue una guedeja de pelo largo y oscuro, la curva de una frente alta y tostada por el sol, brazos y manos oscuros y parte de un vestido a rayas blancas y azules, que parecía de la tela que acostumbran utilizar los carniceros para sus delantales. Me quedé mirándola durante un momento, esperando que advirtiera mi presencia. El vidrio era a prueba de mi magnética personalidad, de manera que entré. La joven hizo un ruido como un clic con la lengua, sacó una pieza de la bandeja y comenzó a buscar en la pila suelta que tenía al lado, sin preocuparse en absoluto por mí, ya fuera por falta de cortesía o porque estaba absorta en su trabajo.

Crucé la habitación y me senté en el brazo de un sillón de cuero azul. Había un bar en el que puede ver hileras de vasos y botellas de distintos colores. A cada lado del bar, un par de pinturas de antiguos veleros destinados al transporte de té, y encima, en una vitrina, un pez espada embalsamado con una estúpida sonrisa en la boca.

Pregunté:

—¿Qué va a resultar cuando lo termine? ¿El parlamento? ¿La coronación de Jorge V?, ¿o una de esas escenas de caza con individuos con chaquetas rojas bebiendo apuro, en tanto los servidores les quitan las botas y los mozos de la hostería entran cargados con cabezas de jabalíes y salmones recién pescados, de un metro de largo? Aquellos sí que eran hermosos días. En todas partes caballos y coches. Ningún camino hediendo a nafta de automóviles. A propósito, hablando de automóviles... mi nombre es Carver y su padre me ha contratado para que le encuentre el Mercedes rojo que usted en un descuido perdió.

Le dije sin animosidad, de la manera más tranquila, pero esperaba que percibiera el atisbo de algo no muy amistoso en mis palabras que demostraba que no estaba en humor de soportar malos humores.

En la mitad de la frase levantó la cabeza y eso hizo que fuera difícil mantener una actitud ecuánime, pues era una de las mujeres más hermosas que había visto en mi

vida. Tenía un maravilloso pelo oscuro, ojos celestes y facciones perfectas. Pero era fría como un témpano. Una helada doncella del helado norte. Se parecía algo a Julia, pero sólo lo suficiente para advertir que eran hermanas. Se reclinó en la silla para mirarme. Comprobé que era una muchacha grande, alta, estatuaria y fuerte como un buey. Todo lo que necesitaba era un casco alado, un escudo y un bote largo para hacer enloquecer a Erico el Rojo. Personalmente hizo que algo se encogiera silenciosamente dentro de mí y muriera.

En una voz acerada y fría, que salía del refrigerador que tenía en su interior dijo:

—En realidad no me importan sus maneras, Mr. Carver. Y ya he dado todas las informaciones posibles con respecto al coche.

Esbocé una amplia sonrisa, tratando de lograr que la atmósfera alcanzara una temperatura sobre cero, y hasta llegué a pensar que quizá la había juzgado demasiado apresuradamente. Después de todo era lo suficientemente hermosa para merecer una segunda opinión. Pudiera ser que me hubiera equivocado.

—¿De manera que lamenta no poder ayudarme?

—No puedo ayudarlo, Mr. Carver.

Se adelantó y estudió el rompecabezas.

Me puse de pie y el movimiento hizo que levantara un poco la cabeza.

—Siento mucho que haya hecho un viaje inútil... pero le advertí a mi padrastro que no era necesario que usted viniera.

Dando una vuelta por delante de ella me dirigí al bar, miré rápida y melancólicamente una botella de *whisky* fuera de mi alcance y dije:

—Quisiera dejar bien aclarada una cosa.

Tuvo que volverse un poco para mirarme y el movimiento mostró unos espléndidos hombros y un torso más que hermoso.

—¿Sí...?

—Me han contratado para hacer un trabajo. Me gusta terminar lo que empiezo. Es una manía que tengo. Orgullo estúpido. Prejuicio profesional. Llámelo como quiera. Pero quisiera que sepa que sólo estoy interesado en el coche. Quiero devolvérselo a su padrastro. Pero cuando se lo entregue no tengo que dar un informe detallado de la recuperación. Cualquier cosa que me sea revelada confidencialmente por cualquier persona, permanece confidencial. ¿Lo comprende?

—Perfectamente. Pero no puedo ayudarlo.

Se volvió y comenzó a jugar con el rompecabezas. Di la vuelta a espaldas de ella y terminé el círculo en el sillón de cuero azul. Me dirigió una rápida mirada cuando volví a sentarme.

—Me gustaría que se marchara, Mr. Carver.

—Lo haré cuando haya hecho aquello por lo que me han pagado. Por alguna razón, su padrastro hace mucho hincapié en recuperar ese coche. Como hija...

—Hijastra —me arrojó la palabra como si fuese un trozo de hielo.

—Pensaba que usted desearía ayudarlo.

Me echó una mirada fría y dijo:

—Tengo todas las razones del mundo para que mi padrastro me importe un comino.

—Usted no puede realmente sentir eso, porque no estaría sentada aquí gozando de todos los lujos que él le proporciona. Ninguna muchacha con algún carácter lo haría. Vamos, dígame, ¿qué pasó con el coche?

La estaba presionando, en la esperanza de quebrantarla un poco; pero no dio resultado.

Se levantó de la mesa y se dirigió al bar. Entre los artesonados del costado había un timbre. Estaba tan absorbido mirándola caminar a esta helada y hermosísima amazona, que casi la dejé llegar hasta el timbre.

—Yo no haría eso —le dije—. No lo haría, si quiere que la ayude. No la perjudicará oírme durante unos momentos. Luego, si lo desea, puede tocar el timbre.

Permaneció en silencio durante un momento y luego dijo:

—Adelante...

Me puse de pie y encendí un cigarrillo. Me ponía nervioso que estuviera de pie delante de mí dominándome con su estatura.

—Seré franco. Puede ser que usted haya o no haya perdido la memoria. Personalmente no creo que la haya perdido. Pero eso sí le conviene porque tiene buenas y privadas razones para que la gente lo crea, para mí está bien. Pero hay una cosa cierta... no ha sido sincera con respecto a su estadía en el Ombremont Hotel. Si usted hubiera sabido lo que iba a suceder después de partir, por supuesto, hubiera sido... digamos, más discreta.

—No sé de lo que está...

—Lo sabe. Hablo de la habitación dieciséis.

—Yo estaba en la quince.

—Pero telefoneó a Durnford en Inglaterra desde la dieciséis.

—Por cierto que no lo hice.

Por grande y helada que pudiera ser, no se necesitaba tener muy adiestrados los ojos y los oídos para comprender que ocultaba algo, posiblemente el deseo de gritarme y mandarme al diablo. Algo que quizá no me agradara saber. De pronto sentí lástima.

Negué con la cabeza:

—En su cuenta no figuraba la llamada. Por otro lado, había una llamada en la cuenta de la habitación dieciséis. La persona que había en esa habitación... era un hombre... la pagó sin protestar. ¿Adónde vamos, a partir de allí?

Zelia retrocedió en dirección a la mesa hasta casi estar a mi lado.

—No vamos a ninguna parte, Mr. Carver. No sé nada de la habitación dieciséis. Si los de la recepción confundieron las cuentas porque tenían mucho que hacer y les faltó tiempo para verificarlas, no me interesa. Lo único que me interesa es que usted

se mande a mudar y deje de fastidiarme. Vuelva a ver a mi padrastro y dígale que se olvide del coche.

Se detuvo y pude ver que temblaba tratando de controlarse. Además advertí que sólo necesitaba una presión de mi parte... la mención de Ansermoz o una referencia al poodle blanco y a su partida a la mañana, riendo y feliz... para hacerla derrumbarse. A mucha gente le hubiera dado el empujón con alegría. Pero no podía hacerlo con ella. Aparte de Julia, había una especie de barrera en mí que me impedía hacerlo. Lo que deseaba de ella tendría que conseguirlo de otra manera. Este trabajo lo hace a uno juzgar y ver a la gente como un rompecabezas; hay que encajar las piezas correspondientes sin importar qué clase de cuadro sucio e impío resulta. Pero no podía presionarla. Era grande, oscura y sólida como un iceberg, pero había llegado demasiado al sur, a las corrientes cálidas, y estaba lista para desmoronarse. No necesitaba ser yo el que diera el empujón final.

Pero ahora estaba determinado a encontrar a Ansermoz. ¡Vaya si deseaba encontrarlo!

Me dirigí a la puerta.

—Muy bien, olvídense de que vine —le sonreí como un hermano—. Pero si alguna vez necesita un hombro para llorar, alguien con quien hablar... póngase en contacto conmigo.

Dejó caer una mano y tocó una de las piezas sueltas del rompecabezas. Sin mirarme, respondió:

—Gracias, Mr. Carver.

Con la mano en la puerta exclamé:

—No piense más en esto. Pero no olvide de que tengo un buen par de hombros.

Y así era, hombros casi tan anchos como los de ella. Salí, pensando en lo que Robert Burns había dicho acerca del pecado y los riesgos de ocultarlo. Si alguna vez una mujer había endurecido su yo íntimo y petrificado su sensibilidad, esa mujer era Zelia desde que abandonó el Ombremont Hotel. Decidí averiguar por qué.

Pero antes tenía que ver a la mujer de pelo platinado, con un toque rosado, y *shorts* rojos. No tenía muchas esperanzas y a fin de cuentas me alegré, porque aun cuando no pude utilizar a Zelia en la forma en que debí hacerlo, fue fácil con Mirabelle Heisenbacher, cuyo apellido de soltera era Wright y su nombre de tablas Mirabelle Landers, de treinta y ocho años, amable, aburrida y muy dispuesta a casarse con O'Dowda cuando lograra el divorcio de Mr. Heisenbacher, un maldito y pelado miserable fabricante de zapatos (cito textualmente a Mirabelle).

Mientras estaba al lado de la escalerilla preguntándome dónde se había metido el muchacho con el bote, la platinada llegó por la cubierta. Se había cambiado y ahora lucía una solera de seda verde. Tenía un cigarrillo en una mano. Con la otra me tocó el brazo:

—Si no toma una copa tendrá que volverse a nado. Venga.

Me condujo a popa, debajo de un toldo donde esperaban sillas, mesas y bebidas. Se mostró amistosa e inquieta como un cachorro.

—¿Consiguió sacarle algo a Zelia? —preguntó.

—No. Todavía está en un estado de congelamiento personal.

—No puedo imaginar por qué Cavan está presionando a la chica con respecto a ese maldito coche. Con tanto dinero como tiene, ¿qué puede importarle un coche?

—Fue duro con ella, ¿verdad?

—Al principio sí. Pensé que iba a ponerse en órbita.

Me hizo dudar unos momentos. ¡Semejante carácter...! Al fin y al cabo es el individuo con quien voy a casarme. Entonces pensé. ¿Qué demonios...? Todos los hombres tienen algo, y a diferencia de la mayoría, éste tiene millones. De manera que no vi por qué iba a permitir que se marchitara el pimpollo del amor. ¿Por qué está tan empecinado en recuperar el coche?

—¡Ojalá lo supiera! ¿Lo conoce desde hace mucho tiempo?

—Tres o cuatro años. Es un buen tipo... excepto que no me gusta la faceta que está mostrando con este asunto del coche. Tiene que estar en juego algo más que el automóvil. ¿Quiere conocer mi teoría?

—Por supuesto. ¿Cuál es?

—Algunas veces pienso que Zelia perdió el coche a propósito para molestarlo. Debe haber imaginado que había algo más que el coche y se desembarazó de él para vengarse. Una especie de compensación emocional por algo.

—¿Ha estado hablando con un psicoanalista?

—No. Eso no es para mí. El tiempo que pasé en los divanes ha estado siempre dedicado a mi exclusivo placer. Y ahora ya no estoy en eso. En este momento soy estrictamente la novia de Cavan O'Dowda.

—Sí recupera el coche se comportaría en forma mucho más amable de lo que lo hace ahora, ¿no es cierto? —pregunté.

—Por supuesto. Y yo no me vería obligada a quedarme clavada aquí, vigilando a Zelia. Odio los barcos. A ella le gustan. No ha salido de este yate durante semanas. ¿Qué es lo que está buscando usted?

—¿Tengo que estar buscando algo?

—Vamos, hombre. Conozco la expresión en los ojos de un hombre cuando desea algo y en este momento usted tiene esa expresión... aun cuando no desea lo usual, lo que en cierta manera no es un gran cumplido para mí.

—Sólo quiero satisfacer el deseo de O'Dowda.

—Vaya... ¿Y...?

—¿Hay alguna conexión telefónica con la costa desde el Ferox?

—No.

—¿Qué sucede con el correo? ¿Cuándo le escribe a O'Dowda, por ejemplo?

—Bien, ahora empezamos a hablar en serio. ¿Por qué no ser franco? ¿Usted piensa que Zelia podría querer escribir a alguien para referirle la visita que usted le hizo?

La miré mientras tomaba un largo trago del *gin tonic* que me había servido. Era una mujer que sabía adónde iba y cómo manejarse. Quería casarse con O'Dowda. Lo que Mirabelle no sabía sobre los hombres sólo significaría dos aburridas líneas de apéndice en un gran volumen de reminiscencias personales. Tenía que ser así porque yo no había dicho nada de importancia y ya era mi aliada.

Le guiñé un ojo. Mirabelle tiró la colilla del cigarrillo al agua y me devolvió el guiño.

—Hable con franqueza —dijo— y quizá pueda ayudarlo, siempre que todo sea para que O'Dowda vuelva a ser el que era y sacar a Zelia de sus ataques de melancolía.

—Le he mencionado un hecho a Zelia que podría hacer que deseara escribir a alguien. Si pudiera conseguir los nombres y las direcciones de todas las personas a quienes escribe en las próximas veinticuatro horas, podría ayudarme. ¿Es difícil?

—No. Todas las cartas de a bordo se ponen en un buzón en el salón y uno de los camareros las lleva a tierra en las últimas horas de la tarde. ¿Algún nombre y dirección en particular?

—En realidad, no.

—Mentiroso. ¿Dónde se hospeda usted?

—En el Majestic.

—¿Le gusta su trabajo?

—Viajo y conozco gente, ayudo a algunas de ellas.

—Entonces espero que la ayude a Zelia a salir de debajo de ese glaciar. Seguramente tendré que quedarme aquí durante semanas y eso significa dejar de divertirme. Por supuesto, será un hombre a quien escriba, ¿verdad?

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Por qué no? Es una posibilidad. Si hay una mujer que necesita un hombre, es ella. Mi apuesta es que lo encontró y la engañó. Por primera vez en su vida se sintió deslumbrada y se entregó... ¡y bam! El maldito se portó como tal. Todos lo hacen, hasta los mejores, pero Zelia no tiene experiencia para absorber los golpes. ¿Correcto?

—Será una madrastra de primera clase.

—Esposa, eso es todo lo que me interesa. Pensé que lo había logrado con Heisenbacher, pero desarrolló hábitos desagradables y cuando lo aparté de ellos, se mandó mudar y comenzó a recolectar tallas japonesas de marfil, *netsukes* y todas esas cosas. Me harté. ¿Quiere quedarse a almorzar?

Le dije que lamentablemente no podía y me llevó otra media hora poder marcharme. Me condujeron a tierra en la lancha del yate y esperándome en el muelle estaba Najib Alakwe.

Se puso a caminar a mi lado, me tendió la llave del coche y me dijo:

—De acuerdo, Mr. Carver, no es el coche. ¿Obtuvo algún dato de Miss Zelia?

—No. Pero explíqueme, ¿por qué tengo que informarle todo lo que pasa?

—Dos mil libras, Mr. Carver. Una oferta muy generosa. Llegó un cable de Jimbo esta mañana. Dos mil libras si renuncia al empleo de Mr. O’Dowda ahora, o tres mil, si sigue la investigación, encuentra el coche y nos lo entrega intacto a nosotros.

Negué con la cabeza.

Sus ojos giraron en la misma forma que los de su hermano.

—¿Rehúsa en serio, Mr. Carver?

—Absolutamente en serio.

Inspiró hondo y replicó:

—Entonces todo lo que puedo indicarle es que las consecuencias para usted, Mr. Carver pueden ser...

—¿Drásticas?

—Absolutamente.

Almorcé en el hotel, luego me dirigí a mi habitación y me eché en la cama. Me quedé mirando el cielo raso. Era un cielo raso aburrido, sin una rayadura, ni una mancha, de manera que tuve que ponerme a pensar. Me pregunté qué clase de gente emplearía a esos mellizos Alakwe. La mejor respuesta que pude hallar fue que, probablemente, sería gente de su propia raza. O’Dowda, por ejemplo, jamás los habría empleado... excepto en una misión en África donde no llamarían la atención, aunque tengo la impresión de que serían notorios hasta en un bazar de Accra. En Europa sobresaldrían como un par de pulgares negros doloridos. Era probable que a su empleador o a sus empleadores no les importara eso. Los Alakwes querían lo que estaba oculto en el Mercedes, fuera lo que fuese, y sabían que O’Dowda sabía que ellos lo querían... y casi con certeza, O’Dowda sabía quiénes eran sus empleadores.

Luego pensé en Zelia. Estaba comenzando a tener una idea general de la naturaleza de su amnesia. Esperaba que Max Ansermoz, si alguna vez lo hallaba, pudiera llenar los blancos.

El teléfono sonó a eso de las cuatro. Era Wilkins, con una lista tan larga como mi brazo de las compañías, sociedades subsidiarias, sucursales e inversiones inmobiliarias que constituían la Athena Holdings Ltd. Sabía que la mayor parte de esta información no había sido obtenida en Somerset House. Era el tipo de cosas que procedía de un buen ciudadano que trabajaba en los bares situados en los alrededores de Mincing Lañe y Fleet Street. Cuando terminé de anotar la lista, Wilkins dijo:

—¿Está interesado en alguno de esos nombres en particular?

—¿Debería estarlo?

—En vista de Joseph Bavana y de un cierto caballero llamado Mr. Jimbo Alakwe que vino esta mañana para tener una charla general sobre usted, yo pensaba que...

—¿Cómo se conectó con él?

—Me dijo que podría conseguirme una máquina de escribir eléctrica completamente nueva con un descuento del 50%. ¿Quiere que busque más detalles acerca de las Empresas Unidas de África?

Le dije que sí. Estaban en la lista que acababa de dictarme.

Media hora después me llamó Durnford. Dijo que Mr. O'Dowda quería un informe de mis actividades a la fecha y con particular referencia a mi visita a Zelia. Suponía que la había visto.

—Estuve con ella y no conseguí sacarle nada.

—¿Nada...?

—Absolutamente nada. Pero estoy siguiendo una línea diferente que puede resultar útil.

—Mr. O'Dowda le agradecería que le hiciera llegar alguna referencia sobre esta nueva línea. ¿Comprende?

—Por supuesto. Pronto le daré detalles.

—De manera que, abreviando, ¿no ha adelantado nada? —podía imaginar sus fríos ojos de ágata pestañeando.

—Sí, diría que lo que acaba de decir es una síntesis acertada. Pero no se preocupe. No estoy vencido. Un corazón bien dispuesto puede acompañarlo hasta el fin del camino; uno triste sólo lo acompañará una milla...

—¿Cómo dice...?

—No tiene importancia. Pero usted puede hacer algo que podría serme útil. Me gustaría tener una lista completa de los huéspedes, amigos o familiares, que podrían haber estado en el castillo de Mr. O'Dowda en Evian, durante las dos semanas anteriores a la partida de Zelia en el Mercedes. ¿Puede conseguírmela?

Pasó un rato más largo que el de un silencio natural en el otro extremo de la línea:

—Sí, supongo que sí.

—¿Ahora?

—No. Tengo que hacer algunas averiguaciones.

—Bien, le telefonaré mañana o pasado. Ah... hay algo que puede referirle a Mr. O'Dowda. Un tal Mr. Jimbo Alakwe... me ha ofrecido dos mil libras para que deje este trabajo... mi secretaria le dará su dirección. ¿Interesante?

—Naturalmente, usted rehusó.

—Después de una fuerte lucha interior, sí.

A las seis de la tarde todavía estaba en casa, pensando en darme una ducha antes de dirigirme al bar a tomar una copa. De pronto, sonó el teléfono. De recepción me dijeron que Miss Yunge-Brown deseaba verme.

Me dirigí a la puerta para recibirla. Entró con una sonrisa luminosa y cálida, dejando a su paso un aroma de *Jolie Madame* y llevando una capa de visón plateado sobre el brazo. Después de haber estado mirando el cielo raso toda la tarde, tuve

problemas con los ojos para enfocarla durante un momento. Se dejó caer en una silla, cruzó dos preciosas largas piernas, arregló los pliegues de su vestido negro y dijo:

—Nunca he visto los ojos de un hombre tan hinchados. ¿Ha estado bebiendo mucho en el almuerzo?

—Se me ponen así cuando duermo la siesta. Con un par de *whiskies* todo vuelve a su estado normal. ¿Adónde iremos a comer?

—No iremos a ninguna parte. ¿Por qué no abandona el asunto?

—¿Ha decidido que no soy su tipo?

—Eso lo estoy analizando. ¿Qué logró de Zelia?

—Zelia —respondí— es una mujer que necesita comprensión. Habría logrado algo si hubiera podido apartarla de ese rompecabezas.

Me miró durante un rato con frialdad. Había, sin embargo, el atisbo de algo más cálido que la mirada que se le puede echar a un pizarrón. Esto culminó con un ligero movimiento de cabeza que permitió ver el extremo de una oreja rosa coral destacándose contra el pelo oscuro como ala de cuervo, sedoso y suelto. Era como una anémona de mar, que en seguida volvió a ocultarse con timidez.

—Zelia ha pasado la mayor parte de la tarde en cama llorando —dijo—. Eso es algo que jamás ha hecho antes. ¿Qué demonios le dijo? —la última frase fue breve y dura.

—¿A qué hora llegó usted al barco? —le pregunté.

—A tiempo de almorzar. ¿Qué le ha hecho a Zelia?

—¿Ha tenido un buen viaje en el *Facel Vega*?

—Sí. Y no pretenda escaparse por la tangente. Será mejor que la deje a Zelia tranquila, si no puede hacer otra cosa que torturarla. Sí... —me miró pensativa y colérica—, lo más probable es que llegue a sentir por usted una gran antipatía.

—Es una lástima. Preferiría lo contrario. Y no se preocupe tanto por Zelia. Entre nosotros, ella despertó en mí a sir Galahad y estoy esperando entrar en acción. Me gustan las muchachas grandes y hermosas. Pero no me gustan heladas. Deberían estar ardorosas y llenas de vida. Así es que ¿por qué no se saca la coraza y me da ese sobre con el que está jugando?

Bajó los ojos, se miró la mano derecha y pareció sorprenderse al descubrir el sobre que había extraído de su bolso.

—Desearía no seguir cambiando de opinión acerca de usted —dijo.

—Hay que dar tiempo al tiempo. La aguja se asentará pronto y le mostrará el curso correcto.

Me entregó el sobre diciendo:

—Se lo manda Mirabelle. Me pidió que se lo entregara.

—Bien, ahí tiene una mujer que marcha a todo vapor hacia adelante, blindada, con la proa reforzada y Dios se apiade de los témpanos de hielo que se le pongan en el camino.

Di vuelta el sobre. Había hecho un buen trabajo, pero era evidente que lo había abierto y vuelto a pegar. Levanté las cejas y la miré.

—Yo la abrí. No podía imaginar qué tendría que decirle Mirabelle.

—¿No podía imaginarlo? Bien, si tuviera un millón de libras podría ser que me murmurara cosas lindas en el oído por el resto de la vida y me agradaría bastante, pero... tendría que quitarse esa tintura rojiza del pelo.

Era una media hoja de papel común y Mirabelle había escrito:

Envió una carta poco tiempo después de su partida. Ahora se ha metido en cama. La carta fue llevada a tierra hace cinco minutos con el correo del yate. Dirigida a Max Ansermoz, Chalet Bayard, St. Bonnet. Hautes Alpes. No haga nada que pueda perjudicar a la chica.

Mirabelle.

Puse la carta en el bolsillo. Julia me miraba como un niño observa a un mago. Saqué los cigarrillos y encendí uno. Julia se quedó mirando la primera espiral de humo que se desvanecía en el aire.

—Gracias por confiar en mí —le dije.

—¿Qué le hace suponer que confío en usted?

—Esto —y mostré la carta—. La hubiera roto si no fuera así.

—¿Y bien...?

—¿Bien, qué?

—¿Quién es este Max Ansermoz...? ¿Qué tiene que ver con Zelia? —preguntó.

—¿No lo ha oído nombrar nunca? —pregunté a mi vez.

—No.

—Entonces olvídelo —le dije con dureza—. Si la quiere a Zelia realmente, olvídelo. Y cuando vuelva al Ferox agradézcale a Mirabelle y dígame que ella también lo olvide. ¿De acuerdo?

—Si usted lo dice... ¿Va a ir a verlo?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—Sí.

—Lo llevaré en mi auto.

—Tengo mi coche y usted se queda acá. Le acabo de decir que olvide a Max Ansermoz.

Se puso de pie y se acercó a mí, deslizándolo sobre los hombros, los brillantes de su reloj esparcían destellos con el movimiento. Visón y brillantes, Facel Vegas y yates, Mercedes y castillos en la Haute Savoie, *paté de foie gras*, caviar y *champagne rosée*, cosas de ensueño... pero no eran suficientes para aislarlas a ella, a Zelia ni a Mirabelle ni a ninguna otra mujer de la vida... de los pequeños malos

hábitos con que algunos hombres nacen y que otros desarrollan. Los hombres son cazadores y, por mucho que quieran engañarse, las mujeres son la presa. En ese preciso momento no me gustaba la idea; hubiera deseado estar al margen, pero sabía que no podía. El único consuelo era que la mayoría de los hombres observan con desgano las reglas de la caza y las estaciones de veda. Algunos hombres no lo hacen. Estaba seguro de que Max Ansermoz era uno de esos. Tenía la idea de que así era Cavan O'Dowda. Pensé que algún día, alguien debería matar a los dos, embalsamarlos y colgarlos como trofeo encima de un bar.

—¿Qué diablos le ha pasado? —preguntó Julia—. De pronto tiene la expresión de querer matar a alguien.

—No se deje engañar por estos ojos hinchados.

Se acercó.

—No están tan hinchados como me pareció. Y realmente estoy comenzando a pensar que no me engañan tanto, como usted quería. ¿Le gustaría que rompiera el compromiso que tengo para comer?

—Por mí no lo haga. Voy a acostarme temprano. Mañana tengo un día atareado.

Julia no logró engañarme. Sabía exactamente lo que estaba pensando y lo que había pensado desde que abrió el sobre al vapor, en el yate o donde quiera que fuese.

Estaba tan ansiosa de ver a Max Ansermoz como yo. Eso no me convenía. Yo quería verlo primero y solo. En realidad no veía el momento de conocerlo.

—Realmente desearía ir con usted mañana.

—Voy a ir solo. Si usted insiste en eso... abandonaré este trabajo y O'Dowda tendrá que conseguir otra persona, algún agente diestro que muy probablemente ha de sacar una jugosa historia del asunto para que todos los muchachos del bar se rían. De manera que no interfiera.

Sentía una sensación profunda y quemante dentro de mí, con una presión que iba aumentando momento a momento, una sensación que no sentía muy a menudo, que no deseaba sentir con frecuencia, pero que cuando aparecía tenía que ser obedecida. Tenía que golpear a alguien... ¡Ah, sí! Alguien tenía que recibir un golpe duro y el nombre de ese alguien estaba haciendo clic en mi cerebro, como la cinta de una máquina automática. Julia también sabía lo que yo estaba experimentando. Con lentitud estiró la mano y con suavidad tomó la tela de mi manga entre los dedos.

—Está bien —dijo—. No interferiré... ¡Pobre Zelia! —Se dirigió a la puerta. Luego con la mano en la perilla de la puerta se volvió—: ¿Quiere hacer un favor? —dijo.

—¿Cuál?

—No se moleste en ser cortés con él.

Se marchó.

Esperé unos minutos y luego llamé a recepción. Quería la cuenta. Quería marcharme en seguida después de comer. Pedí que alguien subiera a buscar la llave del coche para que me trajeran el Mercedes al hotel. Con alguna suerte podría llegar

al Chalet Bayard casi al mismo tiempo en que Ansermoz recibiera la carta de Zelia. De una cosa estaba seguro: no iba a encontrar en el Chalet Bayard a *un chevalier sans peur et sans reproche*.

Partí poco después de las diez. Caía una ligera llovizna y no había señales de que Najib Alakwe estuviera vigilando el hotel. Tampoco me habría preocupado si eso hubiera ocurrido. Con el Mercedes tenía una confianza razonable de poder eludir cualquier persecución.

St. Bonnet estaba a unos veinte o treinta kilómetros al norte de Gap, y mi intención era retomar el camino por el cual había llegado desde Grenoble. Por el mapa advertí que tenía por delante algo más de 750 kilómetros. Había tiempo y tomé las cosas con calma.

Dormí una hora, en alguna parte bastante al sur de Gap. Luego seguí hasta Gap para tomar el desayuno temprano, café con unas gotas de coñac y un par de medialunas crocantes con jalea de damasco. Reconfortado, abandoné Gap y continué a Col Bayard, pensando que si yo había tenido una vida agitada, Bayard, “el caballero sin mancha y sin reproche”, me había dejado atrás, luciendo en sus pergaminos dos siglos de antecesores muertos en batalla, lo mismo que le ocurrió a él al final, frente a un arcabuz o algo por el estilo. Desde el punto más alto del paso bajé a St. Bonnet y pedí informaciones para llegar al Chalet Bayard. Me dijeron que tomara un pequeño sendero de tierra, doblando al salir del villorrio, que seguía el curso del río durante un trecho, y que después trepaba, empinado, a través de bosques de pinos y robles por una serie de vueltas que me obligaron a mantener los ojos estrictamente en el camino y olvidar el paisaje.

Era un chalet de madera, bastante nuevo, con persianas verdes y rosadas. Los aleros del techo también estaban decorados con rayas rosadas y verdes. Estaba al pie de un cerro verde, sobre una planicie del tamaño de un par de canchas de tenis. No tenía jardín, sólo árboles y arbustos a cada lado de la entrada de tierra, que se extendían hasta el fondo de la casa. Había un garage más allá del espacio abierto frente al edificio. Las puertas estaban cerradas.

Estacioné el coche debajo de la galería que corría a lo largo de la casa y subí unos escalones. Había petunias y geranios en macetas a lo largo del frente de la galería. La puerta del frente, completamente abierta, mostraba un pequeño *hall* de estrechas y pulidas tablas de pino, una alfombra extraña. Un antiguo reloj de pie de sonoro tictac señalaba las 9.05.

Había una campanilla de hierro a un costado de la puerta. Le di un par de tirones y allá en el fondo de la casa sonó una campana, bastante fuerte como para despertar a los muertos. Pero no despertó a nadie en la casa. Volví a llamar y nadie respondió.

Entré. Había dos puertas al salir del *hall*. Tanteé las dos. La primera se abría a un corredor que llevaba a las dependencias de servicio. Había una cocina limpia y

alegre. Todavía estaban los restos del desayuno sobre la mesa y un gato de color jengibre, enroscado en una silla de paja. El gato me miró durante un momento, se levantó y estiró las patas, luego se dejó caer en el almohadón, se enroscó nuevamente como un turbante, sin prestar atención alguna a mi presencia.

Volví y probé la otra puerta. Tenía ahora ante mí un gran *hall* que se extendía hasta el extremo de la casa, desde donde se veía parte del cerro, y más allá los picos y las crestas, algunos de ellos ya empezando a cubrirse de nieve. Era una hermosa habitación, grande y cómoda, con pisos de pino lustrados, cubiertos con alfombras de pieles, dos grandes canapés, cuatro grandes sillones, una mesa amplia, redonda, de roble tallado y adornada con un bol de dalias multicolores que extasiaría a Jimbo. En un rincón había un escritorio y contra la pared falsa que formaba la parte de la caja de la escalera que llevaba a una galería abierta con puertas a los lados, había una biblioteca y un largo aparador con bebidas, cajas de cigarrillos y una pila de diarios viejos. Encendí un cigarrillo y subí. Había tres dormitorios, todas las camas cuidadosamente tendidas y un cuarto de baño. La esponja a un lado de la bañera estaba empapada, lo mismo que uno de los cepillos de dientes. Bajé al *hall* y comencé a hacer una inspección más detallada. La biblioteca era interesante. Uno de los anaqueles tenía la colección más grande que jamás haya visto de libros de cocina, escritos en media docena de idiomas. Si Max era experto en cocina tenía algo para ofrecer a un huésped de cualquier nacionalidad que fuera. Había tres anaqueles llenos de libros de suspenso, en francés, inglés, español y alemán. Era agradable saber que Max era poliglota. No tendríamos dificultad en comunicarnos.

El escritorio, ordenado y limpio, contenía muy pocas cosas. Era evidente que a Max no le agradaba dejar papeles sueltos por ahí. Había unos cheques cancelados, cuentas pagadas, la mayoría de ellas locales, unas listas de acciones y bonos, algunos norteamericanos, la mayor parte franceses, que se habían acumulado. No parecía haber vendido ninguno porque no había ninguno tachado. No traté de saber lo que valían. En uno de los cajones encontré una pila de folletos de agentes inmobiliarios, todos referentes a restaurantes y cafés, en lugares tan distantes como París y Marsella. Otro cajón contenía una pistola Browning de 9 mm, con el cargador lleno y a un costado una caja de municiones y un cargador de repuesto. Me guardé todo en el bolsillo como medida de seguridad.

Crucé hasta la ventana para admirar el paisaje, preguntándome dónde estaría Max. Imaginé que había partido para sus obligaciones matutinas. Era un individuo prolijo y ordenado, que tendía la cama antes de salir de la casa, que limpiaba los ceniceros y no dejaba una pizca de polvo en ninguna parte. Prolijo y... generalmente... regular en sus hábitos, afecto a las artes culinarias hasta el punto de que ya poseía o estaba contemplando la posibilidad de poseer un restaurante o un café; bondadoso con los animales... el gato parecía satisfecho... y con una agradable vocación por la decoración floral como lo atestiguaba el florero con dalias. Volviendo

de la ventana a las flores, advertí algo que no había visto antes. Apoyado sobre un lado del florero había un sobre.

Lo tomé. Lo habían abierto por la parte superior y la carta estaba adentro. Dirigida a él y sellada en Cannes el día anterior. Debieron entregarla a los carteros de *Postes et Telegraphes*. Habían tenido cinco horas de ventaja y se me habían adelantado.

Me dejé caer en un sillón al lado de la chimenea. Era tan profundo y amplio que por un momento pensé que jamás llegaría al fondo. Lo hice, me acomodé y entonces saqué la carta del sobre. Era de Zelia, dirigida a él y decía, sin el beneficio de ningún encabezamiento, sin un “amor mío” o “mi más querido”...

Había, esperado no tener jamás que comunicarme con usted en ninguna forma. Ahora las circunstancias lo hacen necesario. Por alguna razón mi padre está muy preocupado por la pérdida del coche y ha empleado a un cierto Mr. Rex Carver de Londres para buscarlo. Este hombre me vio hoy. Aun cuando no mencionó su nombre, debe de conocerlo, porque sabe que usted se hospedó en la habitación contigua a la mía en el hotel y que yo hice un llamado telefónico a casa desde allí. Negué todo. Seguiré negando todo. Sólo deseo que lo que pasó se borre de mi mente. Si este hombre lo encuentra a usted, usted hará lo mismo. Jamás me ha conocido. Usted me traicionó una vez. No lo odio ni lo perdono por eso, simplemente lo he borrado de mi mente. Si me traiciona con este hombre o con cualquier otra persona, le juro que lo haré matar. Usted ha destruido algo en mí. Si hace público eso, en alguna forma yo lo destruiré a usted.

Zelia.

En ese momento se oyó un ladrido desde la puerta abierta de la sala detrás de mí. Apareció algo blanco al lado del sillón en el que estaba sentado, saltó a mis rodillas y comenzó a lamerme la cara. Era un poodle pequeño y blanco. No voy a molestar a nadie diciendo que no amo a los perros, pero me agradan los perros grandes, que sepan discernir y con un cierto secreto desprecio por la humanidad. Estaba por arrojar al poodle a la chimenea vacía, por enano, cuando una voz agitada llegó desde la puerta...

—¡Otto! ¡Otto!... tú es fou venir ici avec cette sacrée auto? Tu voudrais que tout le monde...

Guardó silencio cuando me vio ponerme de pie con el poodle entre los brazos.

—Se apresura demasiado, Max —le dije—, éste no es el coche con que se fugó Otto. El mismo color, diferente patente.

Dejé caer el perro, que comenzó a dar vueltas sobre las patas traseras como si estuviera haciendo un número en el circo.

—Simpático —comenté—. ¿Cómo se comporta como perro de caza?

Max tenía una escopeta debajo de un brazo y un par de palomas colgando de la mano derecha.

—¿Quién es usted y qué está haciendo aquí? —preguntó en inglés, sin mucho acento y controlando la voz.

—Carver —le respondí—. Soy Rex Carver de Londres. Creo que Miss Zelia Yunge-Brown me mencionó en su carta.

Se la tuve que mostrar. Ni se desmayó ni tuvo palpitaciones ni se dejó caer en un sillón. Sólo se quedó allí, y por un segundo, fijó los ojos en la gran mesa redonda. Era más alto que yo, delgado, sin un gramo de grasa en el cuerpo. Su piel lucía un color tostado poco saludable, producido más por los cromosomas que por el sol. Vestía una chaqueta de caza suelta con cuello de piel, una gorra negra con visera, *breeches* negros, metidos en unas botas altas de goma. La cara era inteligente y apuesta; los dientes y el blanco de los ojos resplandecientes. No me gustaba nada su tipo, pero podía comprender que con mala luz y después de unas copas de champaña, algunas mujeres lo consideraran el sueño de su vida. No creo que eso le pasara a Zelia. Pero ahí está... esas cosas suceden... cuando una mujer al final decide dejar caer las barreras nunca se sabe de qué lado correrá el agua.

Con calma respondió:

—No sé de qué está hablando. Le ruego que se marche de esta casa.

Dejó caer el par de palomas sobre una silla y tomó la escopeta con las dos manos, bajó el caño, apuntando al suelo. Ya se había recuperado de la sorpresa y me tenía atrapado. ¿Qué podía hacer yo mientras él tuviera un arma en las manos? Decidí ver hasta donde llegaría.

Me encogí de hombros y respondí:

—Puede tomar esa actitud si lo desea. Pero no lo llevará muy lejos... Volveré.

Hice un movimiento hacia la puerta y él giró levemente para mantenerme bajo su observación. Cuando estuve al lado de él dijo:

—Antes de que se marche me gustaría que me diera la carta que dejé sobre la mesa.

Me detuve, lo miré como si fuera a discutir sobre lo que me decía (lo que ciertamente no iba a hacer mientras estuviera armado con una escopeta de doble caño calibre doce) y luego con otro movimiento de hombros deslicé la mano en el bolsillo para tomar la carta y se la entregué.

Sonrió, mostrando apenas los dientes blancos y meneó la cabeza.

—Póngala sobre aquel sillón.

Yo me dirigí en la dirección indicada, puse la carta en uno de los brazos del sillón y luego lo empujé con fuerza hacia él a través del piso resbaladizo. El extremo del brazo del sillón le golpeó el muslo y perdió el equilibrio, y antes de que pudiera reponerse di un salto en su dirección. Miggs, estoy seguro, habría dicho que estuve lento, pero fui suficientemente ligero para Max Ansermoz. Me apoderé de una de sus

muñecas, hice que soltara la escopeta, le tomé por el caño con mi otra mano y le saqué el arma. Pude haberme detenido ahí, supongo, pero una agradable y cálida sensación me inundó y no había motivo para que no le diera la oportunidad de ponerlo en un estado de ánimo cooperativo. Le di un golpe fuerte en el estómago con la culata de la escopeta y cuando la cabeza se adelantó le golpeé con el canto de la mano sobre el cuello. Max cayó con un ruido que provocó que el estúpido poodle se acercaba bailando y ladrando de excitación.

Max era un buen peleador. Se levantó dos veces y me atacó y lo abatí dos veces, sin preocuparme por las reglas del Marqués de Queensberry. Recordé, en cambio, el consejo de Miggs: “No tengas consideración alguna, sé duro, pero déjalos en condiciones de que puedan hablar”.

Lo dejé arrastrarse sobre las rodillas hasta una silla. Se echó hacia atrás asesinándome con los ojos, la sangre le fluía de un costado de la boca. Me senté en la orilla de la mesa frente a él.

—Antes de que empiece a hacerle preguntas, aclaremos una cosa —le dije—. Todo lo que usted me diga con respecto a Miss Zelia será en estricta confidencia. Piense en mí como en un confesor. La confesión llega hasta mí... y no va más allá... ¿De acuerdo?

Me escupió algo en un idioma que no conocía. Para suavizarlo un poco le golpeé con la culata de la escopeta en las rodillas, no demasiado fuerte como para romperlas. Se quejó de dolor y se inclinó hacia adelante y el poodle se le subió de un salto y le lamió la cara. Lo echó con rudeza y volvió a caer en el sillón.

—¡Maldito canalla...!

—No aspiro a agradecerle. Lo tomaría como insulto si así fuera. Sólo contésteme... o le romperé uno por uno todos los huesos. ¿Listo?

No respondió y lo tomé como un asentimiento.

—De acuerdo —dije—. Comencemos por el final. Quizá sea la forma de poder sacar algo de este sucio asunto. ¿Quién es Otto?

Consideró esto, pero vi que estaba considerando algo más. Yo conocía esa expresión y el lento movimiento de recuperación del cuerpo cuando decide aparentar cooperación, esperando que esa actitud nos agrade tanto como para bajar la guardia por un momento.

—Otto Libsch, un amigo mío.

—Edad, nacionalidad, descripción, residencia y ocupación.

—Alrededor de los treinta años. Austríaco. Es alto, grande, pelo rubio un poco escaso. Camina rengueando algo y le falta el lóbulo de la oreja derecha.

Era demasiado suelto de lengua, demasiado rápido, de manera que lo golpeé en la mano derecha con el caño de la escopeta. Lanzó un grito y una palabrota.

—Empiece otra vez —le dije— desde el principio.

Se sorbió la sangre del dorso de la mano y luego con los ojos llenos de las consoladoras fantasías de lo que le gustaría hacerme, dijo:

—Veinticinco años. Francés. Bajo, pelo oscuro, delgado, de feo aspecto. Sólo Dios sabe lo que hace o dónde vive. De pronto aparece.

—Eso no me sirve. Si quisiera ponerse en contacto con él ¿qué haría?

Por un momento lo pensó, miró la escopeta y decidió completar el informe.

—Llamaría a su novia, Mimí Probst. Turismo 56.4578. La casa está en el número 17 de Via Calleta.

Observándolo, retrocedí al aparador y tomé el teléfono, se lo llevé dejándolo en el piso donde lo pudiera alcanzar.

—Llame a información y pregunte cuál es el número telefónico de Probst, del 17 de Via Calleta, Turín y péseme el receptor.

Tomó el teléfono y disco exclamando:

—Le estoy diciendo la verdad.

—Si hay algo que siempre verifico es la verdad.

Esperé mientras hacía el llamado. Llevó un ratito y encendí con una mano un cigarrillo, conservando la otra en la escopeta. Después de un momento habló, solicitando la información, luego me hizo un gesto con la cabeza y puso el teléfono con el receptor suelto sobre el piso. Lo tomé, manteniendo los ojos fijos en él. Después de un momento se oyó una muchacha en el otro extremo y mi francés era más que bueno para entender lo que decía. Me había dado el número correcto.

Puse el teléfono sobre la mesa y le pregunté:

—Otto estaba aquí cuando usted vino con Miss Zelia, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Él robó el coche?

—Sí.

—¿El equipaje y todo lo que tenía por ahí, las joyas y demás?

—Sí.

—¡Qué hombre agradable! ¿Eso no lo preocupó mucho a usted?

—No —había una sombra de sonrisa en los labios y tuve la tentación de borrarla de la cara.

—¿Otto, estaba interesado en este coche en particular o era sólo un coche como otro cualquiera, alguna buena oportunidad si encontraba la forma de marcharse con él?

—Otto robaría cualquier cosa. Es mi amigo. Es divertido... pero también es un ladrón nato.

Advertía que se estaba recuperando rápidamente. Lo podía sentir.

—¿Desde cuánto tiempo atrás conocía a Zelia antes de venir aquí con ella?

—Bastante tiempo. La veía de vez en cuando.

—¿Dónde?

—En Ginebra. Siempre que estaba en el castillo de su padre.

—¿Leyó la carta con atención? —Con la cabeza indiqué la carta que estaba en el piso al lado del sillón.

—Sí.

—Entonces siga mi consejo. Ella quiere olvidar el tiempo que pasó acá. Así va a ser. Sálgase de esa línea y yo me encargaré de eliminarlo a usted para liberarla a ella. ¿Entendido?

—¿No quiere saber lo que sucedió aquí?

—No, no quiero saberlo. Sólo estoy interesado en el coche.

El hombre sonrió y yo comencé a ver rojo.

—¿No quiere saber cómo es este maravilloso iceberg cuando por primera vez un hombre le pone las manos encima y la hace entrar en calor? Cuando por primera vez...

Debí de haberme quedado ahí y volarle la cabeza desde una distancia prudente. Debía haber sabido que me estaba provocando deliberadamente, esperando sacarme alguna ventaja. Cristo, debí haberlo sabido, pero no fue así y si fue, no me importó. Me abalancé sobre él para ahogar las sucias palabras en la garganta y entonces Max repitió el juego que yo le había hecho. De pronto empujó el sillón haciéndolo girar sobre el piso pulido, de manera que el brazo me golpeara la cadera mientras él saltaba del sillón y me daba un puntapié en las piernas.

Resbalando fui a dar al otro lado del piso y casi antes de haber terminado de llegar, Max estaba de pie a mi lado apuntándome con la escopeta.

—Quédese ahí —dijo—. Si se mueve le vuelo la cabeza más rápido de lo que imagina.

Me quedé donde estaba sin decir nada. Era una de esas oportunidades para la inacción y el silencio. El hombre tenía un dedo enganchado en el gatillo y vi que con el pulgar quitaba el seguro.

—Y pienso hacerlo —dijo con tranquilidad—. Usted me ha molestado, entró en mi casa sin que se lo invitara y me golpeó. Diré que cuando volví, lo encontré robando, que usted me atacó y que la escopeta se disparó accidentalmente. La policía no hará problemas con respecto a eso.

—Otras personas podrían hacerlo —sentía que debía alegar algo para defenderme.

—No. Miss Zelia, como usted la llama con tanta deferencia, no lo hará. Ni su padre... porque ella jamás dirá una palabra acerca de mí —me dirigió una sonrisa maligna—. Zelia quiere olvidar que me conoció a mí... y a Otto. ¿Sabe que también conoció a Otto? ¡Por supuesto! ¿No? Bien. Quiero que usted sepa lo ocurrido. Quiero que se entere de todo antes de que lo mate. Cuando la conocí en Ginebra, estaba madura, usted sabe lo que quiero decir... Madura... a punto de explotar... y eso fue lo que hizo, como una salvaje, después de unas copas, en esta misma habitación. Todos estuvimos juntos, arriba, en la cama, Otto, la querida Zelia y yo...

—¡Cierre esa boca inmunda!

—Haga un movimiento y lo mato. Ahora ya no me importa en qué momento hacerlo. Sí, era una salvaje. De pronto despertó y comenzó a vivir y trató de hacer en

dos días todo lo que no había hecho en los últimos diez años —los ojos le echaban chispas mientras hablaba. Estaba disfrutando plenamente el momento—. Hubo veces en que hasta Otto y yo encontramos difícil manejarla. Se levantaba como un cohete... (¿le agrada lo que le estoy refiriendo?). Pero el palo carbonizado volvió eventualmente a la tierra. Pero antes de que sucediera Otto le sacó todo lo que tenía, el coche, el equipaje, todo. No me dijo que iba a hacerlo. A las seis de la última mañana Otto se había marchado de la cama común... no, no escúchelo todo... Me divierte ver cómo me odia por cada palabra que digo. Otto se marchó, Zelia volvió a la tierra, volvió a ser lo que había sido antes de que yo la conociera. Ella también se marchó, se fue caminando. No me importó. Salvo cuando se volvía salvaje, era más bien aburrida.

—Sería un placer matarlo —le dije.

—Afortunadamente para mí, no va a tener ese placer. Cuidado, no quiero que se forme una idea equivocada de Zelia. Nuestra relación fue perfectamente correcta durante todas nuestras entrevistas en Ginebra. Sólo fueron ejercicios de precalentamiento. Y aquí... bien, la bebida solamente no podía haberla liberado de semejantes barreras de inhibición. Oh, ¡no...! Otto y yo le pusimos algo en la copa. En cierto sentido podría decirse que fue un acto de piedad, una forma de terapia que ella necesitaba. ¿Sabe? Desde que se ha ido he estado dudando entre sentirme satisfecho en una forma altruista, por haberla ayudado a descubrirse a sí misma, o si debería pasarle la cuenta. Supongo que usted lo llamaría extorsión. ¿Qué piensa de eso?

No estaba pensando. Estaba pendiente de los dos caños de la escopeta a pocos centímetros de mi cara y de una enloquecedora presión de ira dentro de mí que aumentaba a un punto tal que en pocos segundos me haría saltar sobre él prescindiendo de lo que pudiera sucederme.

—Le he preguntado qué es lo que usted piensa —insistió—. Ya le he sacado dinero a otras mujeres, por supuesto... hasta que tuve lo suficiente para instalarme por mi cuenta. Después de eso me prometí que ayudaría a las mujeres frías y frustradas como Zelia sólo por el placer de hacerlo. Pero con la hija de un millonario, quizá fuera una tontería no presentar mis honorarios.

Al llegar a este punto le arrojé el poodle. El perro había llegado hasta mí bailando sobre las patas traseras mientras su dueño hablaba, me lamió una oreja y luego se había puesto a jugar con mi mano izquierda. Lo agarré por el lomo y se lo arrojé. Al mismo tiempo me arrojé al piso rodando a un costado y de un salto me puse de nuevo de pie mientras él retrocedía hacia la mesa. No anduve bastante ligero para atraparlo. El caño de la escopeta estaba ahí a la altura de mi cara.

—Bueno, Monsieur —dijo—. Ahora lo mataré. Pero primero le he dicho que quiero tomar una decisión. Creo que extorsionaré a Miss Zelia. Sí, haré que pague y cada vez que lo haga será necesario que ella en persona traiga el dinero. ¿Comprende? Parte del pago en dinero y parte en...

Comencé a acercarme. No había tiempo para buscar la pistola que tenía en el bolsillo, no había tiempo para pensar o hacer nada sino entrar en acción ciegamente.

En el momento en que iba a saltar, en el momento en que sentía la contracción de los músculos y que las entrañas se me apretaban, de pronto oí un “zip” por encima del hombro, como el incómodo zumbido de un insecto de verano. La cabeza de Max se echó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe violento debajo de la mandíbula y hacia arriba. Se quedó mirándome con una expresión estúpida, la boca entreabierta. Luego cayó de espaldas al piso con un pequeño agujero dos centímetros arriba de la nariz, en el centro, entre las cejas oscuras.

Una voz familiar dijo detrás de mí:

—Fue necesario y no lo siento mucho. En realidad, Mr. Carver, no lo lamente en absoluto.

Me dejé caer en el sillón, temblando como un hombre con el mal de Parkinson. Después de un momento me pusieron una copa en la mano derecha.

—Toma, amorcito, baja esto por la garganta para que vuelva el color a tus mejillas.

Los largos dedos de Panda tamborilearon sobre mi hombro. El vaso estaba lleno hasta el borde.

Tuve que sostenerme la muñeca derecha con la mano izquierda para poder llevarlo a la boca. Era coñac y bajó como lava y el temblor de mi cuerpo cesó.

Mr. Najib Alakwe dio un paso hacia adelante, a mis espaldas, diciendo:

—Es un lindo perrito, pero no me parece bien que lama la cara de su dueño muerto.

Panda levantó al poodle y salió de la habitación con el perro. Vestía unos pantalones ajustados color celeste, chaqueta corta roja. Tuve la impresión de que las piernas se habían alargado desde la última vez que la viera.

Najib estaba sentado en el borde de la mesa, una pierna balanceándose y mostrando un borde de media roja por encima del zapato de gamuza color jengibre.

Bajé el vaso casi vacío y dije:

—Gracias, muchas gracias, Najib —si algún hombre merecía ser promovido a la primera categoría era él.

Me sonrió.

—Sí, le salvé la vida. Es una sensación agradable para mí dado que no realizo buenas acciones con frecuencia. Pero también lo lamento —bajó la mirada hacia Max—. ¿Para qué diablos sirve un cadáver? ¿Logró sacarle alguna información?

A mi vez pregunté:

—¿Cómo sabía que existía?

Panda volviendo a entrar en la habitación respondió:

—Ésa es mi área de acción, amorcito. Hay un camarero en el Ferox a quien le gusta Panda. Yo le digo que si le gusta Panda, que haga que Panda guste de él y entonces Panda gusta de los nombres y las direcciones de toda la gente a quien Miss

Zelia envía cartas. De manera que yo le doy lo que él quiere y él me da lo que yo quiero, y todo termina muy agradablemente. Algún día no muy lejano te lo demostraré —se sentó en el brazo del sillón y me enroscó un largo brazo alrededor del cuello.

Najib comentó:

—Pero jamás hubo ninguna carta hasta que usted visitó a Miss Zelia. Entonces hubo la carta a este caballero y usted partió de su hotel, de manera que vinimos acá. Tenemos un espléndido coche, Thunderbird norteamericano, alquilado, ¿comprende? Porque personalmente no puedo permitirme poseer semejante lujo. ¿Quiere más coñac?

—No, gracias.

Panda me palmeó la mejilla.

—Bien, recuperación completa —miró a Najib—. ¿Lo llevo al dormitorio para hacerle unas caricias y para que me cuente todo lo que le dijo Mr. Max?

—No es una recuperación tan completa como para eso —me defendí.

—Sin embargo —respondió Najib— en retribución por haberle salvado la vida me dirá lo que Max le dijo acerca del Mercedes rojo. Los detalles personales de Miss Zelia, lo que oí un poco antes de disparar, no me interesan. Leí entre líneas el motivo por el cual no dijo una palabra con respecto al coche. Pero ahora es razonable que me refiera lo que sepa acerca de ese Mercedes. ¿No es cierto?

Tenía toda la razón del mundo, por supuesto. Hubiera sido más que razonable pagarle con la información que me solicitaba. Yo hubiera deseado hacerlo. Pero como la mayor parte de la gente que ha sido rescatada de una dificultad, una vez que ha pasado el impacto de la crisis, sabía que la vida tenía que continuar en su misma y vieja forma traicionera. La gratitud jamás debe interferir cuando se trata del tocino que hay que traer a casa. El mejor lugar para los sentimentalismos está en verdad en las tarjetas de Navidad, en las de cumpleaños y en las que expresan deseos de mejoría. Najib estaba en el otro lado. Yo quería ayudarlo. Pero tenía un trabajo que hacer, honorarios y un premio que cobrar, de manera que no tuve un segundo de duda.

—No conseguí sacarle nada importante y no sé si las tonterías que dijo eran la verdad. Pienso que hubiera necesitado algunas horas para llevarlo a un estado de franqueza. Usted sabe cómo son esas cosas.

Panda se puso de pie, se inclinó por encima de Max y tomó un cigarrillo de la caja que estaba en el aparador. Se volvió y me guiñó:

—Inténtalo, querido, haz todo lo posible por recordar las mentiras que te dijo. Trataremos de, desentrañar la verdad. ¿Quieres que Panda te conduzca al dormitorio para llevarte a un estado de franqueza? —¡Whoof! ¡Whoof! Lanzó un par de puntapiés al aire.

—El coche fue robado por un amigo de él llamado Otto Libsch. Deduzco que es una persona indeseable. Si tienen una manera de poder verificar los archivos de la

policía probablemente lo encuentren allí. A causa de lo que había pasado aquí con Miss Zelia, se sintió muy seguro cuando se llevó el coche. Pero no tenía idea (imagino que tampoco la tenía Max) de que en ese coche había algo especial.

—¿Tiene la dirección de este hombre Otto? —preguntó Najib y advertí que cuando iba al asunto con seriedad su inglés chapuceado desaparecería.

—No —decidí hacerme el difícil, porque si me forzaba a hablar, era probable que no sospechara que lo que le daba era una dirección falsa.

Najib se arregló la corbata, se quitó el panamá y lo puso sobre la mesa al lado del florero.

—Espléndidas dalias —dijo—. Me agradan mucho las flores.

—Por lo visto lo llevan en la sangre.

—Quizá —interrumpió Panda— ¿debería romperte el florero en la cabeza? ¿Eh, amorcito? —volvió y se sentó en el brazo del sillón.

Najib negó con la cabeza y me sonrió, sus ojos oscuros llenos de comprensión:

—Por supuesto Mr. Carver, usted está atrapado en los cuerpos de un dilema, ¿no es cierto? En agradecimiento a su rescate su corazón desea ser generoso. Pero su cerebro es el cerebro de un profesional. Lo recomendable es no decir nada.

—Si usted estuviera en mi lugar, ¿qué haría?

—Lo mismo.

—Entonces, empate.

—Pero ¿tiene la dirección de Otto Libsch?

—Bien... Tengo una dirección, pero no sé si Max la inventó.

—Eso podemos verificarlo. La dirección, por favor, Mr. Carver.

Sacó la pistola del bolsillo e hizo un gesto afirmativo a Panda. Ésta me deslizó un brazo alrededor del cuello y me sacó la Browning de Max del bolsillo, besándome la oreja mientras lo hacía.

—Vaya, ¡qué bulto hace esto! —exclamó la chica—. Debiste de haberla usado con ese caballero difunto.

—No tuve oportunidad.

—Ahora no tendrá oportunidades —dijo Najib—. Los sentimientos personales están descartados. Quiero la dirección.

—¿Y si no se la doy?

Percibí el pestañeo de sus ojos en dirección a Panda y luego sucedió. Panda me agarró de la muñeca, me levantó por el aire dejando caer sus hombros mientras lo hacía y caí de bruces al suelo por encima de ella. Se sentó sobre mi espalda y un par de piernas largas me apretaron como tijeras alrededor del cuello, ahogándome, casi.

—Porque nos gustas —dijo la muchacha— comenzaremos con un juego amoroso y amable —me torció el brazo derecho con fuerza y proferí un grito.

—Deja que se ponga de pie —dijo Najib. Ahora no había nada falso en él. Se le veía vigoroso, frío y determinado y no había nada incorrecto en su inglés académico.

Panda me dejó incorporar. Najib se enfrentó a mí, tirándose de la nariz chata. Panda me arregló la corbata.

—Usted debería conocer a un amigo mío llamado Miggs —le dije—. Tienen muchas cosas en común.

Entonces por puro placer, con un pie empujé los de Panda, que cayó sentada en el piso con un “¡bang!”. Por un momento se quedó mirándome, sin poder creerlo, luego comenzó a reír:

—Está bien, muchacho Rex —rió—. Me equivoqué contigo. Me parece que prometes.

Najib hizo un movimiento de impaciencia con la mano que tenía la pistola.

—Deme la dirección. Si no, le dispararé de manera que no saque ventajas de ese conocimiento. La situación entonces será que yo no sabré la dirección, pero usted estará muerto y yo podré ingeniármelas para buscarla en otra parte sin que usted me moleste.

—Eso dejaría dos cuerpos aquí. Podría ser embarazoso.

—Si usted tuviera la piel de color como la mía, Mr. Carver, y viviera en el mundo del hombre blanco, sabría todo lo que hay que saber con respecto a situaciones embarazosas, la mayoría de ellas mucho más complicadas que un par de cadáveres. Deme la dirección o será D de drástico.

Movió la pistola. Panda se levantó del piso.

—Sé razonable, amorcito —dijo ella—. Vas a perderte todas las cosas hermosas. Ese trago de más que no deberías tomar. Brazos amorosos en la noche y el primer cigarrillo con tu dolor de cabeza de la mañana siguiente. ¡Vaya, no podría soportar ver perderse tanta potencia masculina...!

Tenía razón, por supuesto. De todos modos, sentía que ya había puesto bastantes obstáculos. Solté las manos y dejé que mis hombros cayeran.

—De acuerdo. Odio pensar en llegar a los portones del cementerio ocupando el segundo puesto, a la zaga de Max Ansermoz.

—¡Espléndido! —Najib estaba radiante—. Volvemos a ser amigos.

—Otto Libsch —dije—. El Bernina Hotel, Ginebra. Está en la Place Cornavin.

Najib sonrió:

—Gracias, Mr. Carver. Este Max puede haber mentido, por supuesto. Eso lo acepto. Pero si descubro que usted ha mentido lo liquido. Ahora, por favor, dese vuelta.

—¿Por qué?

—Haz lo que dice Najib —reforzó Panda.

Me volví.

Najib me golpeó en la nuca con la pistola y caí inconsciente.

Cuando volví en mí, estaba recostado en el piso con la cabeza sobre un almohadón. Tenía la cara mojada y la parte de adelante de la camisa, empapada. Sentada en una silla próxima a mí estaba Julia Yunge-Brown, sosteniendo una jarra de agua en la mano. Volcó la mitad de la jarra en mi cara mientras mis ojos parpadeaban por la luz.

—Si realmente quiere ayudarme podría buscar algo más fuerte que agua —le dije. Ésta era mi mañana para chicas y coñac. Cuando ella se alejó me senté y miré alrededor.

—¿Dónde está el cuerpo? —pregunté.

Por encima del hombro, interrogó a su vez:

—¿Qué cuerpo?

No respondí. Qué tipo extraordinario era Najib. Había sacado el cuerpo para evitarme problemas. En realidad me sentí disgustado por haberle mentado. Pero sabía que la próxima vez que nos encontráramos, no iba a pasar nada agradable e iba a querer sacarme todas las cosas hermosas que yo tenía.



CAPÍTULO CINCO

“Cabalgamos y veo su pecho palpitar”.

ROBERT BROWNING

ERA una escena familiar muy agradable. Las diez de la mañana de un domingo, el tañido de campanas de la iglesia que entraba a través de las ventanas abiertas de la cocina, el aroma del café de la cafetera puesta sobre una pequeña hornalla eléctrica, y por encima de todo el cálido olor de las ropas de bebé húmedas, tendidas en una cuerda en la parte superior de la ventana.

El hombre estaba repantigado en una silla de paja medio rota, con un bebé en los brazos. No podía adivinar el sexo y no le pregunté, pero tenía una carita roja, arrugada como la de un viejo desdentado y un mechón de pelo negro suave que parecía la pelusa que se le saca a un perro cuando se lo peina. Estaba tomando una mamadera, sacando la boca a un costado de la tetina para dejar salir un eructo de vez en cuando.

El hombre se ingenió con una mano para sacar un cigarrillo del bolsillo de la camisa, encendió un fósforo, raspándolo sobre la suela de la sandalia y dijo:

—Después del asunto con Otto, Mimí perdió la leche. Fue un gran impacto... pero ahora se está recuperando. Está en buenas manos.

Mimí Probst (estaba seguro de que era ella porque había abierto la puerta y se había identificado) estaba planchando sobre la mesa de la cocina. Llevaba un delantal suelto, las piernas y pies desnudos. Su pelo rojizo estaba despeinado, y los ojos azules eran tranquilos y suaves. Tenía cara delgada con pómulos altos y mentón estrecho. Representaba unos dieciocho años, pero probablemente tuviera más. Miró al hombre con adoración cuando él dijo “en buenas manos”, se sonrió y le envió un silencioso beso. Una pareja feliz, contenta, el bebé por el momento no causaba problemas, todo el domingo, el día de reposo, frente a ellos, y Mimí lucía en la muñeca un pequeño reloj rodeado de brillantes, lo que estaba por completo fuera de su alcance, idéntico al que tenía Julia. Cuando volviera a ver a Julia ni siquiera iba a preguntarle si Zelia tenía un reloj como el de ella. Cavan O’Dowda probablemente les había regalado un par de relojes a las chicas en algún momento, para festejar algo.

—Usted sabe quién soy yo. Y yo sé quién es Mimí —dije...— ¿quién es usted? Otto es el hombre que busco y usted sabe por qué.

Mi tarjeta estaba en la orilla de la silla en que el hombre estaba sentado. Acababa de decir que estaba buscando a Otto para tratar de recuperar un Mercedes que pertenecía a un cliente mío. Ni una palabra más ni una palabra menos, ni siquiera cómo había llegado a conseguir la pista de Otto. Desde el principio me preocupó la actitud de ambos. No se habían molestado ni tenían el menor resentimiento ante una irrupción en su mañana de domingo. Cada vez que mencioné a Otto, se habían mirado y reído.

Mimí probó la parte chata de la plancha escupiendo sobre ella. No estaba satisfecha con el calor y la puso sobre otra hornalla al lado de la del café. Se volvió, puso las manos en las caderas y me miró. Bien arreglada, jamás hubiera pasado inadvertida en una multitud.

Le hizo un guiño al hombre.

—¿Qué piensas?

El acento inglés del hombre hubiera pasado, pero el de la mujer era sorprendentemente áspero. Podía haber tenido la boca llena de esos caramelos que se pegan.

El hombre asintió con la cabeza, me miró con afabilidad y mientras quitaba la mamadera de la boca del bebé e incorporaba al niño sobre el hombro masajeándole la espalda para que despidiera el aire, respondió sin dirigirse a nadie en particular.

—Está trabajando. Para hablar con franqueza y con criterio justo, también yo tendría que estar trabajando —luego hablando conmigo en particular continuó—: soy Tony Collard. Se equivocó con respecto a Mimí. Ya no es Probst. Nos casamos la semana pasada. Advierto que usted se está preguntando a qué debo este acento inglés. Se lo diré. Mi padre era canadiense, se ofreció como voluntario al comienzo de la guerra, en la Artillería Real Británica, vino aquí, cambió su manera de pensar con respecto a la guerra, desertó y se estableció, se casó, luego eventualmente nació yo. Mi padre murió hace dos años, Ahora yo manejo el garage y el taller de reparaciones que jamás le dieron a él una fortuna.

—Usted salta de una cosa a la otra —lo interrumpí—. Me da una cantidad de información que no me interesa. Otto es mi pájaro. ¿Dónde anida ahora?

Ambos se echaron a reír a carcajadas. Cuando terminó el paroxismo Tony preguntó:

—¿Quiere tomar café?

—No, gracias.

Dio un masaje final al bebé y luego volvió a darle la mamadera. Sus manos eran agradables, de movimientos suaves y reconfortantes, pero yo tenía la sensación de que había mucho más en él que esa sonriente franqueza de maneras y la loca risa ocasional. Tenía alrededor de veinte años, era rollizo y corpulento y con la cara de un joven Pickwick, acentuado por los anteojos con armazón de acero que usaba. El pelo fino era rubio, casi blanco, y estaría calvo antes de los treinta años.

—¿Por qué le interesa tanto el coche? —me preguntó.

—Mi cliente quiere recuperarlo. Es un millonario. Son muy susceptibles con las cosas que les pertenece. Usted y yo nos preocupamos de los peniques. Él se preocupa por todo el dinero de la caja registradora. Por eso es que son millonarios. Me pareció entender por lo que me dijo un tipo que encontré recientemente, que Otto consideraba a Mimí como a su chica.

—Lo fui. Ése es su bebé. Lo pasé muy mal para tenerlo.

—Le hicieron la cesárea —agregó Tony, casi con orgullo y pensé que en cualquier momento le pediría a Mimí que me mostrara la cicatriz. La miró con amor y ella le devolvió la mirada enviándole con la boca un silencioso beso. Empecé a sentirme fuera de lugar en semejante bienaventuranza doméstica.

—Que yo haya sido la chica de Otto no le importó nada a Tony —siguió Mimí.

—Ni un comino —aseguró Tony—. Quería a Mimí mucho antes de que Otto llegara. Soy muy fiel —rió—. Pero todas las chicas tienen algún estúpido apasionamiento. Y hablando de eso, lo mismo les pasa a los hombres. Más de uno, ¿eh? —guiñó el ojo a Mimí y ella lo amenazó con la plancha simulando enojo. Comencé a preguntarme si estaban jugando conmigo o simplemente contentos de tener una diversión en una cálida y feliz mañana de domingo antes de poner al bebé en la cuna y marcharse camino a alguna *trattoria* para almorzar *spaghetti, milanese* y un par de vasos de *Chianti*.

Puse algunas liras encima del refrigerador y dije:

—No se ofenda. Buena información, particularmente acerca de las personalidades malas, vale la pena pagarse. Y de todos modos, no es mi dinero. Hábleme de Otto, solamente de él. Descripción, hábitos y si pueden, quisiera saber donde vive en la actualidad.

Ambos volvieron a su acto de risa y luego se recuperaron y parecían un poco afectados:

—No necesitamos el dinero —dijo Tony— pero lo tomaremos por principio. El dinero es algo que uno toma aun cuando no lo necesite. El dinero, como solía decir mi padre, es como la música. No importa de dónde ni en qué forma llega, siempre debería alegrarnos. Atraviesa barreras internacionales y culturales y debe ser una persona muy triste la que no goza con ella. La otra cosa que solía de...

—No empieces a hablar de tu padre —interrumpió Mimí, moviendo la cabeza, sonriendo con indulgencia y terminando la frase con otro beso silencioso.

Tony le respondió algo en italiano que no pude comprender. Mimí se sonrojó y fue como si cayera de pronto una cortina desde las raíces del pelo rojizo hasta la punta de la mandíbula y le respondió en italiano. Tony se retorció en la silla y puso los ojos en blanco detrás de los anteojos. Era un espectáculo horroroso. El bebé eructó, se soltó de la mamadera y vomitó sobre la parte de adelante de su babero. Tony sacó un pañuelo y enjugó el vómito con la amorosa desaprensión de un devoto padrastro. Me pareció que Tony y Mimí tramaban algo. Tenía la sensación de que no sólo en lo exterior sino también en su interior, y hasta sádicamente, se reían a

carcajadas de mí. Tenía la sensación de que estaban llevando a cabo alguna broma monstruosa, de manera que cuando me marchara se tirarían al piso, revolcándose de risa.

Tony se levantó y llevó al bebé a la cuna de paja al lado de la mesa. Comenzó a empujarla, haciendo las monerías de un padre. Sin volverse preguntó:

—¿Qué tipo de coche dijo usted que era?

—Ya se lo expliqué. Un Mercedes rojo 250SL. Número 828 Z 9626, modelo 1966.

Se volvió, sonrió y asintió con la cabeza.

—Es el mismo. Otto me lo trajo hará un mes aproximadamente. Lo pinté. Sólo un trabajo exterior, sin preocuparme de cambiar los números del motor y esas cosas. Pintura nueva y patente nueva. Déjeme ver... —levantó los ojos hacia el cielo raso pensando. Era un hombre grande, más grande de lo que parecía cuando estaba sentado—. Sí —volvió a la tierra; después de recordar, caminó hasta la silla, acarició el trasero de Mimí y se dejó caer en la silla de paja haciéndola crujir como un edificio a punto de desmoronarse con un ventarrón—. Sí. Lo pinté color crema y el número era algo así como 3243 F 38. O podría haber sido 3423. Pero con seguridad era F38. Los dos últimos números, como usted sabe, indican el departamento en que está registrado el coche, y él quería especialmente que fuera en Isère... es un lugar cerca de Grenoble.

—¿Usted no tiene el menor inconveniente en decirme que hizo eso? —pregunté.

—¿Por qué habría de tenerlo? Pero trate de divulgar eso, lo que creo que no hará, y yo lo negaré. Dirijo un negocio casi honrado. Es lo más que puede decirse de cualquier garage —rió e hizo un guiño a Mimí. Gracias a Dios que ella no le envió otro beso silencioso.

—¿Qué haría él? ¿Revenderlo?

—Tratándose de Otto, podría hacer cualquier cosa. Llevarlo a Le Mans, quizás, o regalárselo a su madre... si alguna vez supo quién fue su madre.

—¿Qué aspecto tiene Otto?

No respondió en seguida. Miró a Mimí y pude advertir la broma que surgía entre ellos como una corriente oscura mientras sus ojos brillaban traviosos.

—Tiene uno ochenta de estatura y la constitución de un mono. Muy fuerte. Pelo castaño, largo, que aparta constantemente de sus ojos. Se viste bien, tiene alrededor de treinta y cinco años. Buen bailarín. Las mujeres se vuelven locas por él. Sabe Dios por qué, pero sus amores nunca duran porque es egoísta y poco responsable con el dinero. Todavía me debe la pintura del coche.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quiere?

—Tiene dos cabezas —agregó Mimí.

Yo suspiré mientras ellos estaban convulsionados de risa. En realidad me sentía un poco molesto. Si la broma es buena, me gusta participar de ella.

—¿No se les ha pasado algo por alto? Labio leporino, cola partida o pie equino.

Mimí dijo con solemnidad:

—En el lado interior del muslo izquierdo tiene una marca de nacimiento con la forma de la cruz de Lorena.

Ambos volvieron a reír y cuando Tony terminó de apartar las últimas lágrimas de regocijo de sus ojos, dijo:

—No le haga caso, son ironías je Mimí. Se ríe de cualquier cosa.

—¿Cómo fue que Otto dejó que lo desplazara?

—Porque sabía que yo iba a vencer de cualquier manera, a partirlo en dos si me causaba problemas. ¡Ah, él lo sabía! Pero nadie mejor que Otto para evitar problemas. Una semana después que se Llevó el coche telefoneó desde larga distancia, diciendo que había terminado con *Mimí*. ¿No es cierto, *cara mía*?

—Tal cual —Mimí comenzó a guardar la ropa planchada—. Telefoneó así nomás. Todo había terminado. No era una cosa inesperada. El bebé fue un error. Él jamás lo quiso. Nunca lo deseó... pero naturalmente yo sufrí mucho hasta que vino Tony diciendo que se casaría conmigo. Tony es un hombre bueno.

—El mejor —interpuso Tony—. El verdadero amor siempre triunfa. ¿Sabe lo que vamos a hacer cuando el bebé sea un poco más grande? Vender el garage y marcharnos a Australia. Nada de garage. Voy a trabajar en una granja. Entiendo de animales y soy bueno con ellos, lo mismo que con los chicos y las mujeres.

Estiró la mano cuando pasaba Mimí y la retuvo por la rodilla debajo del delantal y ambos hicieron movimientos de besos en silencio, como si yo no estuviera allí. La dejó marcharse y Mimí se dirigió adonde estaba el bebé.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar Otto ahora?

Tony se ahogó en su risa, apretó los labios, pensó un momento y dijo:

—Sentado cómodamente en cualquier parte sin preocupación alguna.

No fue mi intención mirar, pero por el espejo que había en la pared encima de la silla de Tony pude ver la espalda de Mimí mientras se agachaba sobre la cuna. Por el sacudimiento de los hombros y la cabeza, pensé que iba a tener una convulsión. Allí se quedó, tratando de apaciguar una gran presión de risa.

Me alegró salir de la casa, apartarme del altar hogareño que habían levantado para su verdadero amor. Caminando por la calle, en dirección a la botella de cerveza más cercana sabía que en el departamento allá arriba estaban soltando risa como lava al rojo vivo. No creí una palabra de lo que dijeron con respecto a Otto. Pero lo que no habían dicho me hizo sentir pena por él donde quiera que estuviera sentado... cómodamente y sin una preocupación en el mundo... porque siempre en el fondo de mis pensamientos estaba el recuerdo de Zelia con él y con Max en el Chalet Bayard.

Después de beber la cerveza tomé un taxi hasta la Vía Sacchi y el Palace Hotel. Tendido en la cama, hice un llamado a París y conseguí hablar con el hombre que estaba de guardia en Interpol. Tuve una breve conversación con él, para establecer mis credenciales, después que me dijo que el Commisaire Maziol no estaba

disponible. Le arrojé el nombre de Guffy diciéndole que mi *bona fides* ya había sido verificada por él en otra oportunidad, qué demonios pasaba. ¿Acaso no estaban interesados en suprimir el crimen y atrapar a la canalla de Europa? Respondió que era un hermoso día en París y que hablara lo más brevemente posible. De manera que dije en resumen:

Otto Libsch. Podría ser Otto Probst. Posibles descripciones. Cuatro pies, fuerte como un mono, moreno, pelo lacio. O, quizá seis pies de estatura, cara redonda y sonriente, anteojos con armazón de acero, pelo rubio, ralo. Asociado a Max Ansermoz... ya comprobado. Otto conduciendo un coche posiblemente pintado de color crema Mercedes 250SL chapa número 3243 o 3423 P 38 de acuerdo con las últimas poco precisas informaciones, es probable que el número sea muy diferente, es probable también que el coche no sea de color crema, sino verde, azul, negro o marrón. Lo único seguro es que es un Mercedes.

Por un momento pensé en dar los nombres de Mimí Probst y Tony Collard y luego decidí no hacerlo. Era una pareja que no me gustaría tener en la manga para el caso de que apareciera algo definitivo con respecto a Otto.

Cuando estaba terminando de hablar, entró Julia sin golpear y se sentó en el extremo de la cama. Lucía un vestido de seda color crema con la pequeña nota roja de un pañuelo en el cuello y advertí por la expresión de la boca que estaba determinada a aclarar las cosas conmigo. Miré su reloj recordando el de Mimí, eran idénticos. Otto antes de partir, o Tony, antes de casarse, se lo había regalado como prenda de amor.

Bajé el receptor y Julia dijo:

—Lo he seguido hasta aquí. ¿Cuándo va a empezar a confiar en mí?

Debo aclarar que Najib había tomado mi coche. Había dejado una nota sobre la mesa redonda de Max en la que decía que Panda lo manejaba y dio el nombre de un garage en el cual yo podía recogerlo en Ginebra. Eso no fue más que para sacarme ventaja en la persecución de Otto. En este momento sin duda alguna, estaría furioso al comprobar que no me había mostrado un *bon ami* suyo.

De manera que Julia se había visto obligada a llevarme a Turín y sin explicaciones. Se limitó a esperar el momento oportuno, el que, mientras se sentaba en la cama sobre las piernas dobladas, estimó que había llegado ahora.

—No hay necesidad de que usted sepa nada —le dije—. Usted quiere proteger a Zelia. Yo también. Dejémoslo así.

—Quiero saber algo acerca de ese Max Ansermoz.

—Está muerto... y me alegro en el alma de que lo esté. Un cierto amigo mío lo mató antes de que pudiera matarme y luego este amigo, convenientemente se llevó el

cuerpo... y mi coche. Todo lo que necesito decirle a usted es que Zelia pasó un par de noches en el chalet. ¿De acuerdo?

Me miró, bajó un poco la cabeza y luego en silencio, asintió.

—Bien. Pero ¿por qué está usted aquí? —me preguntó.

—Tengo un trabajo que hacer. ¿Recuerda? Tengo que encontrar el coche de su padre.

—¿No puedo ayudarlo en eso?

—Lo ha hecho trayéndome aquí. Pero ahí termina todo. Mire, Su preocupación era Zelia. Tiene mi palabra con respecto a eso. O'Dowda no sabrá nada. Pero todavía está el coche y eso es trabajo mío. No es un juego. Me pagan para recibir golpes en la cabeza y correr riesgos absurdos. Tengo un defecto de carácter que me obliga a aceptarlo como un medio de vida. Soy un caso difícil, estoy atrapado. No puedo permitirme tenerla a mi lado todo el tiempo. Alguien podría matarla... y entonces, ¿qué oportunidad tendría de recibir una bonificación de su padastro? Para mí negocios significa dinero y no quiero que usted se mezcle en esto sólo por placer. Déjeme terminar el trabajo y luego, si desea mi compañía le daré dos semanas que jamás olvidará.

—¡Dios mío! ¡Usted es imposible!

Su pecho se levantó. Era algo que jamás había visto. Casi estalló.

—Usted me desagrada —dijo— más de lo que podría decirle.

—El botón de arriba de su vestido se ha desprendido —le respondí. Era cierto.

Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta, las manos abotonando el vestido. A medio camino se volvió hacia mí.

—A propósito, mientras usted estaba ausente telefoneé a mi padre. Quiere verlo en seguida. Es una orden.

—¿Dónde está?

—En Evian... en el castillo.

Le sonreí con cordialidad:

—¿No le importaría volver a conducirme hasta Ginebra?

—Ni se le ocurra. Recuerde que usted no quiere que lo ayude en nada.

—Muy bien.

Se dirigió a la puerta, luego se detuvo antes de abrirla y preguntó:

—Dígame... y no se lo pregunto sólo por curiosidad. Cuando usted habló con este Max, ¿le dijo cómo fue que conoció a Zelia?

—No. Sólo dijo que la había visto en Ginebra y en Evian.

—¿Secretamente?

—Lo imagino.

—¡Pobre Zelia!

—Bien, ya no tiene que preocuparse de Max. Y cuando encuentre al otro miserable también me ocuparé de él.

—¿Cuál otro?

—Bien, ahora ya no puede herirla el saberlo. Había otro hombre en el chalet. Es el que se llevó el coche. Pensé que podría encontrarlo aquí, pero no tuve suerte.

—¿Cómo se llama?

—Otto Libsch.

Hubo un largo silencio y luego Julia se marchó.

No me gustó mucho ese silencio. Había algo extraño en él. Tuve la impresión de que por unos segundos estaba luchando dentro de sí para decidir si debía marcharse al terminar la pausa o decirme algo.

En cierta forma no me sorprendió, cuando diez minutos más tarde, me habló por teléfono diciendo que había cambiado de parecer y que estaba dispuesta a llevarme a Ginebra. Estaba convencido de que ese cambio de idea tenía alguna vinculación con el nombre de Otto Libsch.

Pocos minutos después el teléfono volvió a sonar. Era una llamada de París. El oficial de guardia en Saint Cloud estaba más despierto, más alerta, esta vez. Alguien le había confirmado mi prestigio, pero también era evidente que alguien quería algo de mí. Preguntó dónde podrían encontrarme en las próximas veinticuatro horas. Le respondí que a la noche estaría en camino a Ginebra, donde tenía que recoger mi coche en el Autohall Servett en la Rue Liotard y luego iría al castillo de Cavan O'Dowda en Evian. A mi vez le pregunté a qué se debía esta urgencia. Respondió que todavía seguía siendo un día muy hermoso en París y que me deseaba un *bon voyage*.

A las nueve de la mañana siguiente Julia me dejó en la Rue Liotard. El viaje de la noche resultó todo una experiencia, lo mismo que ser conducido en un *jet* de carga. Refunfuñé el agradecimiento adecuado e inicié mi camino por la calle con las piernas entumecidas, los ojos ardorosos de sueño y la boca seca porque había fumado demasiados cigarrillos.

Pasó a mi lado y me saludó con un movimiento de la mano, sonriendo y tan fresca como una rosa salpicada de rocío.

A la entrada del Autohall me encontré con un antiguo amigo, que tenía como de costumbre ese aspecto alicaído y encandilado de una lechuza atrapada de día. Estaba reclinado contra la pared, un *gauloise*^[3] pendiendo de la comisura de la boca, vestía un gastado traje marrón, camisa marrón sin corbata y grandes zapatos también marrones con las puntas levantadas. Por encima de su bigote castaño pestañeó levantando la cara para darme la bienvenida, porque Aristide Marchissy la Dole sólo tenía poco más de un metro cincuenta de estatura. Consultó su reloj y dijo:

—Buen *timing*. Me dijeron que era un Facel Vega. Calculé que llegaría dentro de media hora.

—¿Qué demonios está haciendo en Suiza? —le pregunté.

La última vez que lo había visto estaba en el *Sûreté National... Office Central de Stupéfiantes*. Antes de eso con el *Renseignements Généraux*.

Respondió:

—He cambiado a cosas más importantes, pero no mejores. ¿Vamos a desayunar?

Me llevó a la vuelta de la esquina a una *patisserie* donde cargó su plato con un gran trozo de *gateau Galicien* lleno de dulce de damasco y salpicado por encima con pistacho. Ordenó una gran taza de chocolate caliente dentro de la cual volcó coñac de su propio frasco y luego, con los bigotes bordeados de crema preguntó:

—¿Usted, está bien?

Me sentía descompuesto pero respondí:

—¿Sí, y usted?

—Estoy bien de salud y de apetito a pesar de la falta de sueño. Pero el sueño es para los débiles mentales. Dígame, ¿tendremos los problemas de siempre con usted, respecto a este asunto?

—Probablemente.

—¿Sabe a lo que me refiero cuando digo “este asunto”?

—No.

Se llevó a la boca un trozo más de *gateau* y cuando terminó dijo:

—Me gusta mucho este *Galicien*. Primero se hizo en París en la Patisserie Frascati, que ya no existe. Estaba en la esquina del Boulevard Richelieu, en el sitio donde un tiempo funcionó una de las casas más famosas de juego de la ciudad —suspiró, pestañeó y continuó—: Desearía estar otra vez en París, en mi antiguo trabajo en la *Sûreté*. No me gustan las cosas de la *Internacional*, ni nada que comience con Inter. A pesar de De Gaulle, ni siquiera estoy a favor del Mercado Común. Soy parroquial. Y por mucho que usted me agrada, lamento encontrarlo brevemente por asuntos de trabajo porque sé que sólo me ocasionará problemas como antes.

Guardó un breve silencio en recuerdo del borrascoso pasado. Encendí un cigarrillo, y tomando su frasco, puse el resto de su coñac en mi café.

—Vamos a proceder con franqueza —dijo—. Seré sincero con usted.

—Y yo lo seré con usted.

—Hasta un punto...

—Hasta el punto donde las éticas individuales, el propio interés, etcétera, etcétera, exigen otra cosa. ¿De acuerdo? —pregunté.

—No tenemos información de un tal Max Ansermoz.

Respondí expansivo:

—Olvídelo. *Requiescat in pace*.

Me echó una mirada y respondió:

—No continuaremos su búsqueda salvo que no quede otro remedio. Sin un *corpus* no hay *corpus delicti*. ¿Algo parecido, no?

—Algo.

—Dígame —continuó—, antes de que toquemos el verdadero asunto. ¿Se ha comprometido en alguna otra comisión que concierne a O’Dowda?

—¿Como qué?

—¿Por ejemplo, con otro miembro de la familia?

—Tengo bastante en las manos con este asunto del Mercedes. Sólo me ocupo de una cosa a la vez... y con frecuencia eso es demasiado para mí.

Asintió aprobando con la cabeza y yo le dije:

—Háblame de Otto Libsch.

—Con mucho gusto. Tiene alrededor de treinta y cinco años, nació en Linz, Austria, por supuesto. Pasa por francés. Un metro setenta y cinco de estatura, pelo oscuro, buen físico, varias condenas, varios nombres y el mismo delito: robo a mano armada. Por una descripción que se ha dado y el método que se utilizó, se le busca ahora por un robo de jornales que llevó a cabo un compañero hace dos semanas. Sucedió en Francia y huyeron con el equivalente en dinero inglés de... —pensó, pasándose la lengua por el borde del bigote—... digamos de unas diez mil libras.

—¿Dónde sucedió eso exactamente y cómo?

—Por el momento mi franqueza no llega más lejos.

—¿Hasta dónde llega?

—Veamos. Ah, sí. Utilizaron un coche para llevar a cabo el robo. Era un Mercedes negro 250SL. El número de la patente es distinto de todos lo que usted ha dado.

—No me sorprende. ¿El coche ha sido rastreado?

—No. Y tampoco Otto.

—¿Ni su acompañante?

—No. Era alto, de alrededor de uno ochenta de estatura, corpulento, de cara llena y anteojos con armazón de acero, pelo claro. No encaja en ninguno de los que usted mencionó. Naturalmente estamos interesados en cualquier cosa que usted pueda decir sobre cualquier persona de su conocimiento que se ajuste a esta descripción.

Guardé silencio, tratando de compaginar la mejor manera de salir del asunto, porque no quería jugar todavía un as tan valioso como Tony Collard. Aristide se levantó y se dirigió al mostrador y volvió con una mezcolanza que me hizo sentir que nunca volvería a tener ganas de comer en la vida.

Al ver mi expresión, exclamó con viveza:

—Es un Saint-Honoré. Usted sabe que una vez fue Obispo de Amiens y es el santo patrón de los reposteros no sé por qué, por cuanto jamás se ha descubierto una razón valedera para ello. De manera que se trata de un hombre grande con una cara grande y anteojos ordinarios... ¿se ha encontrado con alguien así en Turín?

—No. Me enteré de Otto por Max Ansermoz. También me dio la dirección de Otto en Turín... pero era falsa. Nadie conocía a Otto.

Aristide rió.

—Usted quiere el coche. Y nosotros queremos a Otto, más el amigo. Por favor, trate de encontrar una forma de lograrlo que no moleste la ética de nadie.

—Haré cuanto pueda.

Asintió con la cabeza:

—De eso estoy seguro. El problema es que sus “cuanto pueda” a veces son muy pobres en resultados. Yo siempre trato de darle lo mejor a un amigo. Por ejemplo, el caso de su coche en el garage de la esquina. Es el mismo tipo de coche por el cual su empleador está tan misteriosamente preocupado. No debería conducirlo sin mirar bien debajo del *capot*. Mientras lo esperaba me tomé el trabajo de inspeccionarlo, porque me interesan los motores, nada más que por eso. ¡Cuántos sucesos importantes dependen a veces de las más pequeñas curiosidades humanas!

Me puse de pie:

—Estoy seguro de que querrá quedarse solo para terminar en paz el Saint-Honoré. Pero gracias por todo.

—De nada. Le he dejado mi tarjeta en su coche. Cuando esté dispuesto... llámeme —levantó un gran pedazo de *choux* azucarado, lo llevó a la boca, y lo mordió con voracidad. Luego con la boca llena, agregó—: A propósito, hay otro pequeño punto.

—Muy amable de su parte guardarlo para el final. Eso significa que es el punto importante.

—Posiblemente. Cuando localice ese coche, me lo notificará en seguida, sin decir nada a su empleador hasta que yo le dé permiso.

—¿Y si no lo hago?

Me sonrió alegremente, la boca llena de postre.

—Si no lo hace... pues mucha gente más importante que yo se encolerizará de veras. Personas influyentes, funcionarios que podrían hacerle la vida muy difícil.

—¿Cuándo ha sido de otra manera?

Tomó otro bocado de su Saint-Honoré y guiñó un ojo, tenía la boca demasiado llena para hablar.

Fui a recoger el coche, pero antes de sacarlo inspeccioné el motor como lo había sugerido Aristide. A la larga, las éticas profesionales son una cosa. Pero si es que va a haber un “a la larga” no hay nada como la amistad.

El castillo de la Forclaz estaba a unas diez millas al sur de Evian, por un camino que lleva a un lugar llamado Abondance. Tenía un frente de un kilómetro y medio sobre el camino, una alta alambrada tachonada con los avisos usuales: *Chasse Interdit, Défense d’Entrer, Propriété Privée*, etc. Un pequeño pabellón a la entrada con un ancho salva-ganado cruzando el camino y luego un largo sendero privado a través de bosques de pinos con vueltas e indicadores recomendando “Cuidado con las curvas”, “Disminuir la velocidad” y “No exceder los treinta kilómetros por hora”. Los ricos son especiales para indicar a los demás que es lo que no deben hacer. Cosa curiosa, realmente, cuando se considera que ellos mismo no hacen caso de sus propias advertencias.

El castillo, con una fachada casi tan amplia como la de Buckingham Palace, era lo bastante grande para darle a un millonario la sensación de no estar demasiado limitado. En las esquirlas y en puntos espaciados a lo largo del techo del edificio (que

estaba construido con piedra de un agradable color gris amarillento) una serie de torres con techos de pizarra azul se alzaban apuntando al cielo. Había una terraza a lo largo del frente con anchos escalones que subían desde cada extremo. En el centro una fuente de bronce expelía agua a seis metros de altura sobre un grupo central formado por tritones, sirenas y delfines que realizaban un juego acuático que en la vida real, sin duda alguna, habría causado problemas. Naturalmente, siendo la casa de O'Dowda, no había peces de colores en las agitadas aguas de la fuente. Únicamente truchas marrones.

Me dieron una habitación en una de las torres con una vista que llegaba hasta el lago Lemán. Almorcé en un pequeño comedor para huéspedes de menor importancia, con Durnford, que todavía pestañeaba y no se mostró particularmente amistoso conmigo. Me dijo que O'Dowda estaba en la residencia y que enviaría a buscarme después de almorzar.

—¿Consiguió la lista de personas que estuvieron en esta residencia cuando Miss Zelia se marchó? —le pregunté.

—Estoy trabajando en eso.

Me pareció que no era algo que requiriera tanto trabajo, pero no hice ningún comentario porque comprendí que no estaba de humor para comentarios.

Me demoré con el café demasiado tiempo para su gusto, de manera que se puso de pie, se excusó y se dirigió a la puerta. Pero desde la puerta hizo algo que suele hacerme Wilkins, se dio vuelta diciendo:

—Creo que debo avisarle que Mr. O'Dowda hoy está en un estado de ánimo muy particular.

Lo miré inquisitivamente:

—¿Quiere ampliar ese comentario?

—No —abrió la puerta—. Pero creo que es justo ponerlo sobre aviso. Su personal está acostumbrado a él pero algunas veces desconcierta a los extraños —se marchó.

Me quedé ahí sentado. Después de unos minutos se me ocurrió pensar que quizá Durnford no fuera tan poco amistoso como parecía. Si no hubiera simpatizado conmigo, se habría sentido feliz de que me encontrara desprevenido ante un O'Dowda difícil.

Media hora más tarde vino un lacayo de librea verde y botones plateados, con la cara de un profesional de velorios, para conducirme hasta O'Dowda. Atravesamos y subimos por lo que me pareció un cuarto de kilómetro de corredores, galerías de cuadros y escaleras y finalmente nos detuvimos frente a un par de puertas altas cubiertas de cuero rojo y adornadas con tachas de cobre.

Desde un nicho que había en la pared al lado de la puerta sacó un micrófono de mano y anunció:

—Está Mr. Carver, señor.

Casi inmediatamente las puertas dobles se corrieron y el lacayo me hizo una seña con la cabeza para que entrara, con un aspecto de estar murmurando un *réquiem* por

lo bajo.

Atravesé la puerta, oí el ruido suave cuando se cerró detrás de mí y me enfrenté a una habitación larga llena de gente, ninguno de los cuales me prestó la menor atención.

Era un salón enorme, originalmente destinado a bailes, mascaradas, juntas, asambleas, coronaciones menores o quizá torneos bajo techo. Altas ventanas con columnas corrían a lo largo de una pared, adornadas con pesados cortinados de terciopelo rojo. Desde el cielo raso abovedado colgaban tres arañas de cristal veneciano. El piso debajo de mis pies era de mármol de Carrara pulido y en la pared frente a las ventanas había cuatro retratos de Velázquez.

Aun cuando el salón estaba lleno de gente no se oía una palabra. Había como cincuenta personas... hombres y mujeres, más hombres que mujeres, algunos negros, la mayoría blancos y otros amarillos. Vestían todo tipo de ropas desde los trajes de noche y tiaras, vestidos de corte, trajes ordinarios de trabajo, camisas de tela basta y mangas cortas, uniformes militares y trajes nacionales. Algunos sentados, otros de pie y hasta una pareja apoyada en una rodilla en acto de reverencia. Todos miraban hacia el extremo del salón. Ni un músculo de entre ellos se movía porque todos estaban hechos de cera. Muy próxima a mí había una mujer en traje de noche muy escotado cuyos hombros necesitaban que se les quitara el polvo con un plumero.

En el extremo de la habitación se levantaba una plataforma en forma de media luna que tenía a cada lado una balaustrada de mármol. Tres escalones bajos conducían a un estrado final en el que había un enorme sillón como trono en estuco de oro con un respaldo que se elevaba hasta formar una especie de baldaquín más arriba de la cabeza desde donde caían cortinados de oro y plata. A cada lado del trono había un par de candelabros de siete brazos con todas las velas encendidas. En el trono estaba sentada una figura de cera, el doble del tamaño natural, de O'Dowda. La gran cabeza estaba adornada con una guirnalda de hojas de laurel, una toga púrpura envolvía su gigantesco cuerpo y tenía sandalias doradas en los grandes pies. Una mano gruesa sostenía un vaso de pie de plata y la otra un largo rollo de pergamino. Si se sustituía el pergamino por una lira podría decirse que del cambio resultaría o un César o un Nerón, de acuerdo con el estado de ánimo.

En el momento en que me estaba reponiendo del impacto de la colección de Madame Tussaud en aquel salón, me preguntaba cuál era el humor particular del hombre sentado en el borde de la plataforma, debajo de su efigie. Normalmente hubiera sido difícil imaginar. Podía haber sido su día para sentirse César, Nerón, Hitler, Napoleón, Karl Marx, Sam Goldwyn o Kruschev. Pero no era así, estaba acicalado desde los pies a la cabeza en uno de esos trajes color azul que solía usar Winston Churchill. Tenía un grueso cigarro en la boca y un gran enojo en los ojos. En la mano derecha sostenía un bastón pequeño con el que estaba golpeándose con suavidad la pierna derecha.

Me miró desde el otro lado de los veinte metros del piso de mármol, esperando que le hablara, por lo menos lo supongo. Pero yo conocía mi lugar. No se habla a la realeza hasta que ellos no se dirigen a uno. También sabía algo más. A pesar de esta demostración no estaba loco. Ni siquiera era un excéntrico. Todas las cosas que hacía las hacía por alguna razón; por alguna fría razón de caja registradora. Sólo los fracasados en la vida se vuelven locos. Es la manera de optar que tiene esta raza de ratas.

Se puso de pie y lentamente cruzó la habitación. Se detuvo al lado de la figura de un policía londinense vestido de sarga azul y con el bastón le dio un golpe en el trasero.

Luego, acercándose a mí dijo, cuidando todo el tiempo de mantener el ceño fruncido:

—¿Sabe por qué hice eso, Carver?

—Supongo que porque hace años ése fue el policía que en el filo de la media noche lo golpeó en la cabeza cuando usted salía del almacén del vecindario con el contenido de la caja en el bolsillo.

O'Dowda sonrió, pero todavía lograba mantener el ceño malhumorado.

—No acertó. Desde luego, antes de tener pelos en el pecho ya había robado una o dos cajas. ¿Cómo si no se consigue capital para comenzar? No, me detuvo por conducir borracho cuando tenía veintidós años. Me quitaron la licencia por seis meses, eso significaba que no podía conducir el camión. El negocio se hundió. Así son todos. Con el bastón señaló las figuras de cera.

—¿Usted me ha hecho venir acá para hablarme de todas las personas que se le cruzaron en la vida?

—Bien pronto sabrá por qué lo he hecho venir. Desde luego, sí. Todas estas son personas que se cruzaron en mi camino o trataron de hacerlo. Me gusta venir aquí algunas veces para hablar con ellos, para que vean dónde estoy yo ahora. ¿Sabe cuánto cuesta cada una de estas figuras?

—No.

—Kermode las hace. Este Kermode es un individuo inteligente. Solía trabajar para el Tussaud. Me cobra doscientas libras.

—Podría ahorrar dinero si las hace hacer en miniatura. Las guardaría a todas en una vitrina. De esa manera el polvo no se aposentaría en ellas —corrí un dedo por la V de la espalda de la figura con diadema y le mostré el polvo—. Bien, ahora deje de tratar de impresionarme.

—Está despedido, hombre.

—Espléndido.

—Iba a traicionarme.

—Debió haberme dejado hacerlo... así podría haberme metido acá. Le hubiera enviado uno de mis trajes viejos para hacerlo más auténtico.

—Cuide la lengua cuando hable conmigo. Usted no es más que un hombre contratado.

—Hace un momento me despedió. ¿Recuerda? De cualquier manera contratado o despedido hablo como me place. Deje de jugar conmigo, O'Dowda.

Durante un momento pensé que iba a golpearme con el bastón. Estaba de pie, con el rostro estirado, los pequeños ojos azules barrenándome, el sol de la tarde brillando en la mata color cobre de su pelo, el extremo del cigarro encendido como la luz roja de un semáforo. Luego se apartó en dirección a una figura de color que vestía un fez y una túnica de diez metros de algodón blanco de Manchester, y de un bastonazo le arrancó el fez de la cabeza.

—¿Qué le hizo ese individuo? —le pregunté—. ¿Le vendió un buen lote de fotos pornográficas inútiles?

—En realidad fue un buen lote, pero de inútiles diamantes industriales, durante la guerra. Vivió para lamentarlo. Y no crea que estoy tratando de impresionarlo. Esto es terapia para mí. De vez en cuando me gusta volver a verlos y a hablarles. Después me siento tan limpio y rosado por dentro como un bebé. Y hasta cuando no estoy aquí, tienen que enfrentarme —señaló con la cabeza al César gigantesco.

—Usted debería abrir esta colección al público. Le cubriría los gastos en un par de años. Kermode podría vender chorizos y helados en la terraza.

—Está despedido —volvió a decir.

Frunció aún más el ceño.

Me di media vuelta y me dirigí a la puerta. Cuando estaba por tomar el picaporte me preguntó:

—¿No quiere saber por qué?

Lo miré por encima del hombro:

—Si desea decirlo... dígallo. Pero en ese caso hagámoslo tomando un trago y fumando —saqué la cigarrera—. La bebida —le dije— corre por su cuenta.

En ese momento sonrió:

—Usted es demasiado suelto de lengua. Pero es un cambio. A pesar de todo, sigue despedido.

Volvió al otro extremo de la habitación, golpeando una figura aquí y allá y se detuvo frente a lo que probablemente era una consola de alguno de los Luises y sacó *brandy* y copas. Otra vez sirvió más en su copa. Yo me acerqué y me senté en un sillón detrás del cual estaba un anciano diplomático en traje de gala, con una mano negligentemente apoyada en el respaldo. (Es probable que hubiera rechazado una petición de O'Dowda de que lo hiciera caballero).

Aspiré el aroma del *brandy*, sorbí, dejé que el líquido girara en la boca como una mezcla de ginger y fuego, lo tragué y sentí como el principio de un joven volcán en el estómago.

—Esto es espantoso —le dije.

O'Dowda respondió:

—¿Cree usted que desperdiciaría mi mejor *brandy* con un hombre a quien acabo de despedir?

—¿Por qué estoy despedido?

—Porque, Carver... cuando empleo a alguien le pago bien y exijo completa lealtad. Nadie tiene que amarme por lo que le doy. Pero tienen que ganarlo.

—Por lo que yo sé, todavía no lo he estafado ni siquiera en la cuenta del hotel. Pero lo haré cuando vuelva a contratarme.

Agitó el bastón en el aire, y dijo colérico:

—Por Dios, ¡no me saque de quicio...!

—Usted es el primer irlandés fuera de un *music-hall* a quien haya oído decir “Por Dios” —exclamé—. Deme algunos pormenores acerca de mi deslealtad.

—Hace dos días recibí una visita de un negro llamado Alakwe...

—¿Fue en Inglaterra o aquí?

—¿Por qué?

—Porque entonces sabré si era Jimbo Alakwe o Najib.

—Fue en Londres.

—El bueno de Jimbo, todavía haciendo cuanto puede. No me lo diga... adivinaré lo que le dijo. He aceptado una coima de digamos dos mil guineas, no libras, para traicionarlo a usted y hacerle saber a él antes que a usted dónde está el Mercedes cuando lo encuentre. ¿No es algo por el estilo?

—Más o menos, se muestra usted muy franco con respecto a eso, ¿no le parece?

—Todavía seré más franco. Jimbo es el más simple de los dos hermanos. En realidad son mellizos. Sabe Dios qué es lo que las personas para quienes trabajan, les hacen hacer. Debió de haber sabido que mi precio para una traición estaría en las diez mil guineas. Me gusta trabajar con usted. Me da un cambio de escena, vida lujosa, caras nuevas... algunas de ellas bonitas y femeninas, y una perspectiva que me hubiera hecho salir a puntapiés de cualquier oficina de seguros. Mire esto.

Busqué en el bolsillo y se lo tendí. Era del tamaño y de la forma de un medio pomelo, pero mucho más pesado.

Él la sostuvo en una de sus manazas de gorila y dijo:

—¿Qué es esto?

—Es una bomba magnética, termoactivada. Hay un apuntador que se desliza en un costado que puede colocarse de acuerdo con cualquier termómetro. Las lecturas de la temperatura están calibradas en Fahrenheit, Centígrados y Reamur. No se ha olvidado ningún detalle. En este momento está colocado en “seguro”. Estaba puesta en el costado del motor de mi coche en Ginebra, con el mecanismo preparado para hacerme volar hasta el cielo después de un par de kilómetros.

—¡Vaya, qué artefacto útil...!

—Puede conservarlo. Pero si hubiera tomado el dinero para traicionarlo, ¿por qué querían liquidarme? Dinero desperdiciado. Estaban molestos porque no quise

traicionarlo. ¿Supongo que ahora le ha pagado un buen precio a Jimbo para que los traicione a ellos, quienes quiera que sean?

—Sí, lo he hecho.

Sacudí la cabeza:

—Lo va a confundir. No es un individuo que pueda soportar una doble deslealtad en su mente sin que se le crucen los cables. ¿Bien, estoy de nuevo contratado?

Se volvió y puso la bomba sobre la consola que tenía detrás. Luego adelantó su cabezota hacia mí, agachándola como un toro frente al matador y despidió mucho aire por los agujeros de la nariz.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —preguntó—. Lo único que quiero es recuperar el coche.

—Lo recuperará —respondí—. Se lo llevó un canalla llamado Otto Libsch —me detuve, observándolo atentamente cuando mencioné el nombre. Sabía que algo había significado para Julia. Podía significarle algo a él. Si así era, no lo demostró, de manera que continué—. Lo pintaron de nuevo y algunas semanas después lo utilizaron para robar el dinero de los jornales en un atraco realizado en Francia. Desde entonces no se los ha visto ni a él ni al coche. Pero le apuesto 10 a 100 libras, mire que le hablo de libras, no de francos, que encontraré el coche en los próximos días. ¿De acuerdo con la apuesta?

—No.

—Es estimulante saber que tiene tanta confianza en mí. ¿Estoy de nuevo contratado?

—Temporariamente, sí. Pero por Dios... dé un paso en falso y...

—Se está apresurando demasiado —le respondí—. Si quiere que vuelva será bajo una condición. No. Bajo dos condiciones.

—Nadie me impone condiciones.

Lo dijo con un rugido como el de una aplanadora de caminos. Como sabía que no podía discutir con una aplanadora, me puse de pie para marcharme.

Con un ademán me detuvo:

—¿Cuáles son?

—Primero. No quiero ser molestado con preguntas acerca de cómo le doy caza a Otto ni al coche. Y tampoco quiero que la molesten a su hijastra Zelia. Lo que ella dice, es cierto: no sabe nada. Segundo, quiero saber qué es lo que hay en el compartimento secreto de ese coche y quienes son las personas que emplean a Najib y a Jimbo Alakwe. Esto necesito saberlo para mi propia protección. ¿Qué me responde?

Se incorporó con lentitud y me sonrió con simpatía. No lo creía posible, pero de pronto esa cara de bruto se transformó. Era ahora una sólida figura paternal, hasta parecía que tuviera barba, extendiendo los brazos con una sonrisa benigna, dispuesta a tomar y consolar a los que tienen problemas en el mundo, a los tristes, a los oprimidos, a los pobres, y a los que no tienen hogar. No me impresionó en absoluto,

porque sabía que los recogería a todos en su seno y de alguna manera sacaría un beneficio para sí.

—Lo que digo, Carver, es que es obvio que he estado equivocado con respecto a usted. Siga con el trabajo. Tengo completa confianza en usted, y en cuanto a Zelia, jamás volveré a mencionarle el coche.

—Bien.

Meneó la cabeza:

—Jamás comprenderé por qué usted no ha logrado juntar un millón de libras. Tiene todas las condiciones para hacerlo.

—Lo que no he logrado es una respuesta a la segunda condición. ¿Qué hay en el coche y quién quiere tenerlo?

—Ah, sí. ¡Eso...! Bien, es un poco difícil de explicar. Delicado, en realidad.

—Trate de explicarlo.

Chupó el extremo de su cigarro durante un momento, catando de inventar la mentira que iba a decirme. Después del visto bueno que me había dado, sabía que tenía que ser una buena mentira. No tardó mucho.

—En el coche —dijo— hay un paquete considerable de bonos. Bonos que valen oro. Para ser exactos son bonos del empréstito del Gobierno Imperial Japonés de 1930, al 51/2% que quedarán cancelados definitivamente en mayo de 1975, pero estos bonos que poseo yo pertenecen a una serie que se cancela en enero del año próximo. Naturalmente no reeditarán más interés después de esa fecha, pero su valor de rescate es de alrededor de veinte mil libras. Originalmente me pertenecían... Pero se los quería pasar a un amigo en pago de servicios prestados. ¿Está satisfecho, hasta aquí?

—Sí, pero verificaré si existen esos bonos, naturalmente.

—Hágalo, miserable desconfiado —sonrió.

—¿Y el amigo?

—Es una importante figura del partido opositor de uno de los nuevos estados africanos. En aquel momento este partido opositor era el que gobernaba. Los tiempos cambian. El actual partido gobernante considera que los bonos le pertenecen, discuten que el favor que me hizo mi amigo era a título oficial, no privado.

—¿Y usted, qué piensa con respecto a eso?

—Me importa un comino. Le prometí los bonos y los tendrá. Y a usted no le voy a dar un solo detalle más.

—¿Dónde tienen que entregarse estos bonos para su cancelación? —era una pregunta difícil, pero O'Dowda estuvo a la altura de las circunstancias. La respuesta llegó suavemente:

—En el Bank of Tokyo Trust Company, 100 Broadway, New York, N. Y. 10005. Naturalmente también verificará eso. Pero hágalo en su propio tiempo no en el mío. Ahora, mándese mudar de aquí y encuentre ese Mercedes.

Me puse de pie:

—¿Y dónde está el compartimiento secreto en el coche?

Infló las mejillas como un querubín grotesco, expelió el aire con suavidad y dijo:

—Eso no es asunto suyo. Usted tiene mi confianza hasta ahora, pero no tanto como para confiarle veinte mil libras en bonos.

Hice una mueca de pesar, pero sólo en broma y me dirigí a la puerta. Pasé frente al policía que lo había detenido por conducir en estado de ebriedad; pasé frente al mercader de diamantes sirio que había cambiado las piedras; frente a un acicalado individuo sudamericano que probablemente le vendió una mina de oro inexistente; frente a hombres y mujeres que alguna vez, durante un momento, habían interferido en su camino, lo habían hecho tambalear y que, eventualmente, habían vivido o muerto lamentándolo. Y ni por un segundo creí una palabra acerca de los bonos, es decir que fuera eso lo que estuviera en el coche. Los Bonos Imperiales Japoneses existían, desde luego. Había utilizado ese hecho para liberarse de mí. Yo lo acepté. ¿Por qué no? Un empleo es un empleo y éste estaba bien pagado y cuando encontrara el coche, alguien... todavía no estaba seguro de quién se trataba... iba a pagar bien por lo que hubiera en el compartimiento secreto.

Volví a mi habitación, agitado a causa de la escalera de caracol que llevaba hasta mi torreón. Estaba ansioso por empacar y marcharme. Pero allí estaba Miss Zelia Yunge-Brown, esperándome, sentada en una silla junto a la ventana. Vestía anorak y falda azules y unos zapatos gruesos para caminatas; parecía que acababa de llegar de un largo paseo entre los bosques de pinos.

—¿De manera que finalmente decidió bajar a tierra? —le pregunté.

—Sí.

Levantó una mano y la corrió a través del pelo oscuro haciendo un gesto con la cabeza; no había sonrisa alguna en la cara, pero me pareció que tampoco estaba tan fría, tan glacial como en nuestro último encuentro.

Se puso de pie mientras yo arrojaba la maleta sobre la cama y comencé a empacar mis pijamas que alguien ya había extendido para la noche.

—Fui una tonta en haberle escrito esa carta a Max Ansermoz. Debí de haber imaginado que eso era lo que usted quería que hiciera. ¡Debe haberse divertido mucho!

—Entre nosotros —le dije—, Max está muerto.

—¿Muerto?

—Sí. ¿Quiere que le diga que lo lamento?

—Pero usted lo...

—No, no lo hice. Pero Max está muerto y todo el asunto no me arranca una lágrima. Lo único que me interesa es el coche. Lo mismo sucede con su padre.

—Padraastro.

—Bien, sí... si es que se aferra a esas pequeñeces. Él no sabe nada. Nadie sabe nada, excepto yo... y para algunas cosas no tengo memoria. Ahora deje de

representar la doncella helada conmigo. Póngalo a cuenta de la experiencia y vuelva otra vez a engranar.

—¿No se lo ha dicho a nadie?

—A nadie.

De pronto la vi muy perturbada y noté que no lograba recuperarse. Por un momento tuve miedo de que cruzara a abrazarme, aplastándome en esos preciosos y fuertes brazos. De cualquier manera, al fin se controló y con lentitud me tendió una mano.

—Le estoy muy agradecida.

Zelia retenía mi mano en la suya y ahora el perturbado era yo.

—No tiene por qué.

Retiré la mano. Se dirigió a la puerta con sus zapatos pesados y se detuvo antes de salir.

—Ojalá pudiera hacer algo para demostrarle lo agradecida que estoy.

—Podría tratar de volver a sonreír. Es una costumbre que se recupera con facilidad.

—No es fácil sonreír en esta casa. Tiene muchos recuerdos para mí... de mi madre. He decidido marcharme, conseguir un empleo.

—Estoy de acuerdo con eso del empleo. Lo conseguiré con más facilidad con una sonrisa en los labios. Inténtelo.

Lo logró. Me sonrió, una sonrisa lenta, cálida que fue seguida por un ligero movimiento de la cabeza y luego rió. Después se marchó.

De un golpe bajé la tapa de la maleta, satisfecho de que Max estuviera muerto.

En el pasillo, al final de una larga perspectiva de mármol verde y blanco, Durnford estaba esperándome. Se acercó a mí con el paso de una persona acostumbrada a caminar sobre pisos de mármol y me preguntó:

—¿Se marcha?

—Alégrese —le respondí—. Además no me gusta quedarme entre figuras de cera. ¿Imagino que ya le habrá dicho el patrón que me ha reintegrado a su personal?

—Sí.

—En ese caso, ¿podría darme la lista de las personas que estaban parando aquí antes de que Miss Zelia se marchara en el Mercedes?

—Sí —me tendió una hoja de papel—. Creo que debería saber que tenía estrictas instrucciones de Mr. O’Dowda de no facilitar jamás a nadie esta lista de huéspedes.

—Entonces, ¿por qué me la da?

—Ésa no es una pregunta que esté preparado para responder.

Deslicé el papel dentro del bolsillo y lo miré de reojo.

—¿A usted no le agrada él, no es cierto?

—Es mi patrón.

—¿Le gustaría verlo fracasar, dar un paso en falso, caer de bruces contra el suelo?

Esbozó una ligera sonrisa y repuso:

—Espero algo más que eso. He estado esperando durante mucho tiempo. Contrariamente a lo que usted se imagina, no tengo animosidad contra usted. Creo que puede resultar el *deus ex machina*.

—Lo que quiere decir es que si encuentro el coche, usted espera que me fugue con lo que tiene adentro. ¿O que se lo entregue a algún otro?

—Es posible.

—¿Lo odia, verdad? Dígame, ¿alguna vez ha escrito algunas cartas anónimas acerca de él a la Interpol o a Scotland Yard?

—¿Por qué habría de hacerlo? —se dominaba bien.

—Se me ocurrió. De cualquier manera sea cual fuere el juego, piense que jugarlo puede resultar peligroso para usted. Tenga cuidado, salvo que quiera terminar convertido en una figura de cera como las otras.

Tomé mi maleta y salí. De pie al lado del coche estaba Julia.

—¿Todo anduvo bien? —preguntó.

—Perfecto. Su padre casi confía en mí, Zelia está agradecida y Durnford está lleno de sugerencias. ¿Qué es lo que está controlando?

—¿Por qué no puede hablar conmigo sin enojarse o mostrarse vulgar?

—Es algo que usted provoca en mí. No hay nada que quisiera más que mantener una buena relación, pero siempre parece que llamo a la puerta equivocada.

Julia encendió un cigarrillo mientras yo ponía la maleta en el coche.

Me detuve en la puerta antes de subir y le dije:

—No haga ninguna tontería como, por ejemplo, tratar de seguirme.

—No pensaba hacerlo. ¿Adónde va...?

—A buscar a Otto Libsch. ¿Tiene algún mensaje para él?

Me echó una rápida mirada, casi aprensiva:

—¿Por qué tendría que haber un mensaje?

—Tenía la impresión de que usted lo conocía, o algo por el estilo.

—No veo qué es lo que le hace pensar eso.

—¿No? Se lo diré. Cuando usted vino a mi habitación la primera noche, tenía en mente algo más que proteger a Zelia. Cuando mencioné el nombre en Turín, no la sorprendió y ahora no ha dicho que no lo conoce. No se preocupe. No voy a obligarla a nada. Sólo quiero encontrar el coche. Ésa es mi misión.

—¿Se lo ha mencionado a Zelia? ¿Me refiero ha hablado de Otto con ella?

—No. Cuanto menos se le hable de ninguno de ellos tanto mejor. Pero se lo mencioné a su padre, naturalmente, y su cara grande y feliz permaneció inalterable. Ahora, ¿quiere hablar de Otto, o quiere que me marche?

Pestañeó y se mordió el labio. Luego negó con la cabeza y me dijo:

—No tiene objeto. No tiene ningún objeto... no podría evitar que las cosas sean lo que son —luego con su tono más severo, continuó—: Vaya, vaya y encuentre ese coche. Eso es lo importante. Eso es dinero, eso es negocio. Las cosas que realmente cuentan en esta vida.

Se apartó de mí con brusquedad y se dirigió a la casa.

Partí, sin quedar satisfecho conmigo mismo, porque sabía que Julia necesitaba ayuda, y porque sabía también que no era el momento de mezclarme en otras cosas. El problema del coche era lo que yo tenía que resolver, especialmente en estos momentos en que veía a Interpol meter las narices en el asunto.



CAPÍTULO SEIS

“Y la risa dominando toda su persona”.

MILTON

ME DIRIGÍ sin prisa hacia el sur. En Grenoble entré al correo y busqué en la guía del distrito de Gap-St. Bonnet el número de Max Ansermoz en el Chalet Bayard. Llamé, serían alrededor de las siete de la tarde y el teléfono sonó durante diez minutos sin que nadie respondiera. Eso me satisfizo. Si tenía suerte la única cosa viviente en la casa sería el poodle blanco y para este momento debía estar con un hambre de todos los diablos.

Comí algo ligero en Grenoble y luego me dirigí al sur por la ruta N.º 85 hacia St. Bonnet y Gap. No traté de apresurarme mucho. Era mi segunda noche en el camino y mis párpados comenzaban a sentirse como cortinas pesadas que caían con cada sacudida del coche. Me detuve para dormir un par de horas en alguna parte próxima a un lugar llamado Corps y luego seguí viaje al Chalet Bayard. Llegué al amanecer con pequeños manojos de niebla entre los árboles y el aire lleno del canto de los pájaros, señal de lo aislado que estaba el lugar porque normalmente si un pájaro canta un aria en alguna parte de Francia, inmediatamente algún *chasseur* le hace volar la cabeza.

La puerta del frente todavía estaba abierta. Entré directamente y recibí los saludos del poodle enroscado en un sillón. Algunos días sin comer le habían enseñado buenos modales. Se acercó tembloroso a mí, sin saltos ni alegría. Le di agua en la cocina (el gato había desaparecido, lo que no me sorprendió porque los gatos pueden detectar lugares que no detectan los perros, cuando está en juego su independencia y supervivencia). Alimenté al poodle dándole los restos que había traído del restaurante donde yo había comido. Se los puse en un plato. Sabía que dentro de media hora sería el mismo perro garboso, lamedor de siempre. Mientras el poodle comía subí a bañarme y afeitarme, luego bajé, puse la máquina de escribir de Max y papeles sobre la mesa redonda, para escribirle una carta a Otto. Tenía que escribirla en inglés porque mi francés nunca hubiera sido lo suficientemente correcto como para hacer pensar que su autor era Max. Y el hecho de que estuviera escrita en inglés no importaría a las personas que las abrieran porque yo presumía que no sabrían mucho acerca de la forma en que Max acostumbraba a escribirle a Otto.

La carta decía:

Mí estimado Otto:

Marcharte así con el Mercedes casi me metió en grandes dificultades, lo cual me ha disgustado profundamente.

Decidí no tener nada más que ver contigo, hasta que ayer me enteré —a través de Aristide, supongo que lo recordarás, aquel que siempre tiene sus dos orejas contra el suelo—...

(Eso era bastante bueno para engañar a Mimí y Tony porque cuando lo leyeran pensarían que Aristide era un canalla genuino conocido por Otto y Max).

... que en realidad utilizaste el coche para llevar a cabo un pequeño trabajo en tu línea usual con un compinche que... por la descripción de Aristide, y sabes que se puede confiar en él para asuntos de dossiers policiales... suena exactamente como el tipo de Turín, Tony Collard, de quien me has hablado. Supongo que fue él quien pintó el Mercedes de nuevo.

Bien, querido Otto, amigo mío, que virtualmente yo te he proporcionado el coche y los tiempos actuales, no son tan buenos como uno desearía, he decidido que tengo derecho a recibir mi parte. Y nada de discusiones.

Estaré aquí esperándote los próximos dos días. Si no vienes le facilitaré a Aristide (a quien le debo un favor) algunos detalles de tu persona y de ese Tony Collard, y dónde puede encontrarlos. (Mi cariño a la deliciosa Mimí, y, a propósito, no puedo imaginar cómo tuviste ese bebé. No es tu estilo). Estoy seguro de que Aristide pronto encontrará un mercado para esas informaciones con la policía. De manera que no me defraudes, querido amigo. Prometo ser razonable con respecto a mi parte... pero no creas que no sé cuánto sacaron ustedes dos.

Saludos.

Encontré varios cheques cancelados en el escritorio y sin mucho cuidado fragüé la firma de “Max” en la carta. Se la dirigí a Otto Libsch al departamento de Mimí y luego la llevé a Gap y la mandé por expreso. Cuando volví me recibió el poodle con toda su energía recuperada, lo hice dar un paseo entre los pinos y después lo encerré en la cocina.

De vuelta en la sala principal me instalé con un gran vaso del *brandy* de Max y saqué la hoja de papel que me había dado Durnford, al que ya había echado una ojeada, sabiendo que exigía concentración. Antes de que pudiera empezar, el gato color jengibre entró desde quién sabe dónde y se sentó en la chimenea vacía. Allí se quedó mirándome, aceptando un nuevo dueño sin comentarios. La lista de huéspedes

estaba escrita de puño y letra de Durnford. Se les había cedido el castillo por cinco días. Durnford comentaba (la lista estaba llena de pequeños comentarios, como si estuviera deseando decir más, dispuesto a herir, pero temeroso de golpear) que O'Dowda con frecuencia dejaba que sus socios y sus amigos utilizaran el castillo. No todos los huéspedes habían permanecido los cinco días completos. El huésped principal era un general Seyfu Gonwalla. Durnford comentaba que no tenía que decirme de quién se trataba. No lo hizo. El general había permanecido allí de absoluto incógnito... ninguno de los sirvientes sabía quién era. (Apostaría a que seguramente había hecho el viaje a Europa también de incógnito). Había permanecido cuatro de los cinco días. No había estado el primer día para que su edecán, que lo había precedido, se ocupara de los detalles relacionados con su llegada y residencia en el castillo. Y, sorpresa, sorpresa, el edecán se llamaba capitán Najib Alakwe. (Eso lo mastiqué durante mucho tiempo, durante el viaje de la noche, y apostaba dinero a que Najib tenía que ser un personaje del tipo Jekyll y Hyde, aun cuando en ese momento no sabía con cuál de los dos yo había tratado). Najib se había quedado los cinco días. El otro huésped que era una tal Mrs. Falia Makse había permanecido los tres días intermedios (de estricto incógnito). Era, anotaba Durnford, la esposa del Ministro de Agricultura en el gobierno del general Seyfu Gonwalla. También durante esos mismos días había estado presente una tal Panda Bubakar. No había ningún comentario al costado de su nombre... pero yo podría hacer alguno. Los dos últimos días solamente... y sin comentario... había estado presente un tal Mr. Alexi Kukarin. Eso era todo.

Al final de la página, Durnford había agregado una nota:

“Usted comprende que al darle esta información me estoy poniendo en sus manos. Lo hago porque me enorgullezco de saber juzgar a la gente. El compartimento secreto del Mercedes está detrás de la gran abertura de toma de aire a la derecha del tablero frontal. Destornille la tapa circular del ventilador, en sentido contrario al movimiento de las agujas del reloj. Por supuesto, debe destruir esta nota. En cuanto a los periodistas... etcétera, ninguno se enteró de la presencia en el castillo de los huéspedes mencionados”.

Destruí la nota en ese momento y allí mismo, quemándola en la chimenea mientras el gato observaba sin mucho interés. Que yo lo destruyera no significaba necesariamente que Durnford fuera un buen juez de caracteres. Simplemente me pareció lo más sensato con personas como los hermanos Alakwe, Aristide, Tony Collard y los demás.

Volví a sentarme y le presté parte de mi atención al resto del *brandy*. La otra parte se la presté a O'Dowda y al general Seyfu Gonwalla. Si yo estaba en lo cierto, Gonwalla, como jefe de estado, era el individuo que creía tener derecho a las veinte

mil libras que valían los bonos. Era curioso que O'Dowda no lo hubiera pensado y que amablemente le cediera el castillo para una conferencia de cinco días, si ésa era la palabra adecuada.

Me volví, tomé el teléfono e hice un llamado a Wilkins en Londres. Tardaron mucho.

Wilkins preguntó en seguida:

—¿Dónde está usted?

—En Francia.

—Eso lo sé, pero ¿dónde? —parecía enfadada y cloqueaba como una gallina.

—En un chalet en la Alta Saboya, muy cómodo, con un poodle blanco y un gato color mermelada, digamos color jengibre, esa es toda mi compañía. No hay mujeres... ¿está satisfecha?

—Creí que estaba muerto.

—¿Por qué?

—Porque ese Mr. Jimbo Alakwe vino aquí esta mañana y ofreció comprar su parte en esta firma —guardó silencio, disfrutando de antemano lo que iba a decirme—. Dijo que con imaginación y una dirección eficiente podría hacer de esto un éxito.

—Es un personaje cómico... pero no tanto como quisiera que la gente creyera. De cualquier modo estoy vivo y coleando, y quiero un detalle preciso de todos los comentarios de la prensa que pueda obtener sobre un general Seyfu Gonwalla, Mrs. Falia Makse y posiblemente aun cuando dudo que lo consiga, de una tal Miss Panda Bubakar. En particular me refiero a los comentarios marginales que se acercan al libelo. Usted sabe a qué tipo de información me refiero... “grandes y buenos amigos de...”, Además, espero que esté grabando todo esto, ¿es así?

—Sí, la grabadora está funcionando.

—También toda la información que consiga sobre los negocios, dificultades o problemas que haya tenido cualquiera de las compañías de O'Dowda, especialmente en el asunto de la United Africa, con el régimen de Gonwalla. Además, llame a Guffy o invítelo a tomar un café y masas danesas y averigüe si admite que en uno u otro momento, quiero decir recientemente, ha recibido más cartas anónimas sugiriendo que vale la pena que se investigue a O'Dowda desde un punto de vista personal, es decir...

—No necesita aclararlo. Pero dudo de que el Superintendente Foley me diga una cosa así.

—Inténtelo. Le gustan las pelirrojas de ojos azules. También puede ofrecerse a zurcirle las medias, pues siempre anda con los talones rotos.

—¿Eso es todo? —había recuperado la vieja acritud.

—No —le di el número telefónico del chalet, de manera que pudiera llamarme y continué—: además no quiero que se preocupe. Estoy bien y contento y no me siento solo. En realidad espero que pronto llegue un huésped interesante que podrá decirme, posiblemente bajo presión, dónde está el Mercedes. ¿No le parezco magnífico?

—Lo que me parece —respondió— es que se muestra demasiado satisfecho consigo mismo. Eso significa que probablemente está metido en problemas hasta el cuello.

—Bien, y ¿qué hay con eso? Así es la vida. ¿Acaso no dijo alguien que el Hombre es de pocos días y lleno de problemas?

—O es que ha estado bebiendo... ¡Adiós!

Tenía razón, por supuesto. Es curioso cómo uno puede sentarse en un sillón ocupado con los propios pensamientos y beber sin darse cuenta *brandy* tras *brandy*.

Pasé una noche espléndida, dormí diez horas sin sueños ni pesadillas, con el poodle a los pies de la cama y el gato en la almohada vacía. El gato me despertó restregándose con entusiasmo sobre mi pecho y cuando pestañeé me dijo que era hora de dejarlo salir en busca de su desayuno, al que oía cantar en los arbustos vecinos. El poodle siguió durmiendo sabiendo que no tenía objeto moverse hasta que me oyera trajinar en la cocina preparando su desayuno y el mío.

Después de desayunar era cuestión de esperar y de tomar todas las precauciones posibles. En el momento en que mi carta llegara a Turín estaba seguro de que Mimí y Tony la abrirían. Tony vendría lo más rápidamente que pudiera, para asegurarse de que Max no intentara siquiera traicionarlo con ningún Aristide. Si la carta llegaba por el primer correo, Tony podría estar en el chalet al anochecer. Si la recibía por el correo de la tarde, entonces aparecería a medianoche o a la mañana temprano. A cualquier hora que llegara no podía permitirme estar durmiendo, privándome así de darle la bienvenida.

Pasé la mañana reconociendo los alrededores del chalet. En el fondo, cosa que no había advertido en mi primera visita, bien metida entre los pinos, había una cabaña de madera medio destartada que se utilizaba como garage. Allí estaba un Volkswagen pequeño, el de Max. Lo llevé al frente del chalet y puse mi Mercedes en el lugar del otro. No quería que llegara Tony y se sintiera confundido ante la vista del Mercedes. Luego volví a St. Bonnet y compré algunas provisiones, pero tuve que sacar el poodle del coche (del mío), porque alguien en la zona podría reconocerlo.

Cuando volví estaba sonando el teléfono. Pero en lugar de Wilkins era una francesa preguntando por Max. Me llevó un rato largo explicarle que Max había ido a Cannes para comprar una propiedad y que me había prestado el chalet por unos días.

Los tres almorzamos juntos, compartiendo todo excepto una botella de *vin rosé* Clos-du-Layon. Después de eso dormimos una siesta larga, hasta que llegó la hora del *gin* y Campari, solamente uno, porque pronto tendría mucho que hacer. Encerré a los animales en la cocina, encontré una chaqueta abrigada de caza de Max, tomé prestado su escopeta calibre doce y un puñado de cartuchos y fui a sentarme en el Mercedes, desde donde podría divisar las luces de cualquier coche que se acercara por el camino al chalet. No quería estar dentro de la casa cuando llegara Tony. No estaba

comportándome como un buen anfitrión, pero pensé que para esta visita podía dejar a un lado el protocolo.

Hasta la medianoche no ocurrió nada, excepto que hacía más frío de lo que pensé que haría y deseé haber traído un poco de *brandy*. Permanecí sentado ahí, pensando en el trago que podría tomar, un trago que estaba a pocos metros de distancia. Cuando más pensaba más frío sentía... el chalet estaba a una altura de 1.200 metros. Allí las noches son heladas a fines de setiembre... y otra vez me sentí tentado de ir a servirme una copa. Sólo había una distancia de cincuenta metros hasta el chalet. Me alegro de no haberlo hecho porque Tony hubiera entrado detrás de mí cuando yo apoyaba la mano en la botella.

Tenía que felicitarlo por la manera en que se aproximó. Había estado antes en el Chalet, o Mimí lo había aleccionado. Debió de haber estacionado su coche bien lejos en el camino y haberse acercado a pie. La primera señal que recibí fue el rápido destello de una linterna allá lejos entre los pinos, a unos cien metros a mi derecha. Lo vi con el rabillo del ojo, cosa que en mi trabajo, es para lo que sirven los rabillos de los ojos. Después no quedó más que la oscuridad, el extraño grito de una lechuza y el ruido de un avión zumbando en lo alto. El otro destello fue cuando llegó al sendero; breve, pero lo suficiente para indicarle dónde estaba.

Descendí del Mercedes y me dirigí con cautela a través de los pinos hacia la derecha. Adelante de mí, en alguna parte, Tony tenía que estar cruzando a la izquierda del chalet, aun cuando pensara evitar el frente y dirigirse a una entrada del costado o del fondo.

En realidad, optó por la del frente. Cuando llegué a la altura del Volkswagen estacionado, vi la linterna adelantarse mientras la tapaba con una mano para examinar la puerta de la casa. Yo la había cerrado con una llave que guardaba en el bolsillo. Eso no le significó ningún problema. La linterna se apagó y pude ver el bulto del cuerpo de Tony contra el cielo de la noche mientras trabajaba en la puerta. Utilizó la ganzúa y lo hizo bien. Sólo se oyó un rápido chasquido de madera y acero, luego silencio, y Tony de pie allí, esperando y escuchando. Nadie podría convencerme de que este hombre era un aficionado. Rogué al cielo que el poodle no empezara a ladrar, lo asustara y lo obligara a marcharse. El perro permaneció en silencio, con el estómago satisfecho y durmiendo amparado en esa falsa reputación con que los perros han embaucado al género humano desde la época de las cavernas.

Contento con su trabajo, Tony empujó la puerta, la abrió y entró. Le di unos momentos y luego fui tras él. Me deslicé por la puerta del frente y vi que su linterna recorría la habitación principal, cuya puerta estaba abierta.

Me dirigí con suavidad a la puerta, encendí las luces y levanté la escopeta apuntándole a la cabeza mientras él se daba vuelta de prisa.

—Mantenga las manos donde están. No es mi casa y no me importa que las alfombras se ensucien con sangre.

Pestañeó a través de los anteojos con montura de acero y luego esbozó esa sonrisa infantil que le era propia. Pero no me engañó. Ésa era su única manera de expresar cualquier emoción. Me dirigí hacia él y di una vuelta alrededor con cuidado. Tenía zapatillas con suela de goma, pantalones negros, un *pullover* grueso también negro y como compensación un par de guantes blancos de algodón. Por su bolsillo izquierdo asomaba la empuñadura de la ganzúa. Desde atrás de él la tomé y metí en el bolsillo de mi chaqueta. También desde atrás le palpé los bolsillos de los pantalones con la mano izquierda, sosteniendo el arma con la derecha, el caño apoyado fuertemente contra la espalda. En los bolsillos no encontré nada más que un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—No tengo nada más que la ganzúa —dijo— pero puedo apreciar que usted es de las personas que quieren estar seguras, lo mismo que mi viejo. Nada librado al azar.

—Puede hablarme de su padre en otra oportunidad. Dese vuelta.

Se volvió, con una sonrisa alegre a lo Pickwick.

—Levántese el *pullover*, pero mantenga las manos a la vista.

Se quitó el *pullover* por la cabeza. Tenía una camiseta debajo y un cinturón de cuero sosteniendo los pantalones.

—De cualquier modo, no tengo nada contra usted.

Le indiqué con la cabeza que dejara caer el *pullover* y le dije:

—Ahora, siéntese en el piso, cruce las piernas y ponga las manos en la nuca. Es una posición cansadora pero si habla ligero no tendrá que estar mucho tiempo —yo tenía recuerdos de esta habitación con sus pisos pulidos y los sillones que se deslizaban de un lado a otro.

Se sentó en el piso. Yo me aparté unos metros y me senté en el borde de la mesa, la escopeta sobre las rodillas, apuntándole. En ese momento el poodle comenzó a ladrar como loco. Siempre lo hacen a tiempo... en el momento en que el verdadero problema está superado.

Tony con las manos en la nuca, dijo:

—Ése es un perro.

—No se engañe. Es sólo la impresión que le agrada crear. Ahora, deme la historia desde el momento en que se apoderaron del dinero de los jornales y luego huyeron, como murciélagos escapando del infierno, en el Mercedes. No quiero ningún cuadro en colores de sus emociones del momento ni detalles innecesarios. Quiero un relato simple y sin barniz. Quiero saber qué le pasó al coche y qué le pasó a Otto. No es que Otto me importe... lo que me interesa es el coche. Pero sería agradable enterarme de que está muerto. Y no tema que informe a la policía. Estoy en un negocio privado y no quiero nada más que el coche.

—¡Wow! Me engañó. Esa carta de Max... —hizo girar los ojos con su horrible manera de reír—. Sí, usted es un tipo extraordinario —se puso serio— ¿pero sabe? A Mimí le preocupó mucho esa carta. Pasé un momento tremendo para apaciguarla, porque en realidad yo no quería venir. Pero ella dijo que si buscábamos la felicidad y

un futuro brillante, lo único que había que hacer era venir y liquidar a Max. Tuve que ceder.

—¿Por qué se muestra escrupuloso cuando se trata de Max? Usted ya puso las manos en Otto. Vamos... comience a hablar.

—Pero yo no le hice nada a Otto. Él se lo hizo a sí mismo —comenzó a reír—. Sí, él solito se lo hizo. Jamás me reí más en la vida. Fue realmente divertido. Además fue conveniente. Quiero decir en vista de que Mimí y yo habíamos decidido de todos modos darle a Otto lo suyo... ya que nos amábamos. Además él también quería desentenderse del asunto, especialmente por el bebé. Pero aun así hubiera causado dificultades. Pero estábamos preparados para afrontarlas, consecuencia del verdadero amor. Dos corazones latiendo al unísono. Mi viejo siempre se mostró muy cínico con respecto a eso, por supuesto. ¿Usted podría pensar que yo también lo sería, no es así? Me refiero a... usted sabe... sólo cuatro piernas en una cama, cualquier cama, y cuatro piernas siempre que dos de ellas sean las de uno y las otras tengan una forma hermosa. Pero en mi familia los hijos disentimos. Yo soy un hombre fiel, ¿sabe? No quiero más que una sola mujer.

—Felicitaciones. Ahora comience con la maldita historia.

—Por supuesto, por supuesto —comenzó a reír, las lágrimas le caían de los ojos y no había duda de que eran sinceras. Yo estaba impaciente, quería entender la comicidad del asunto. No hay nada más fastidioso que ver reír a la gente y estar totalmente al margen sin saber por qué se ríen. Me miró, las manos en la nuca, sentado como un buda, la cabeza sacudida por la risa—. Otto estaba borracho, ¿sabe? No muy borracho. Pero... bien... bastante pasado. Por eso sucedió. Pero ojo, siempre se ponía así después de un trabajo, se le veía excitado, como si tuviera alas. Usted sabe, los pies sin tocar la tierra. Siempre se experimenta esa sensación después de terminar con éxito un trabajo. Yo... bien, no cambio mucho... excepto que me pongo irascible. Pero nada más.

Le dije con firmeza:

—Si no va al punto le...

—Muy bien, muy bien. Sólo quería que supiera cómo fue. Sí, Otto estaba bastante bebido. Por eso era que yo no quería que condujera, pero él insistió. De cualquier manera, partimos en el coche. Sólo íbamos a utilizarlo para andar diez kilómetros. De otra manera no era seguro. Teníamos otro coche esperándonos en las montañas, listo para el cambio.

Comenzó a reír otra vez, con un ruido sordo dentro de su garganta como un oso enjaulado tratando de salir. Permanecí sentado y me propuse ser paciente. No tenía más que una manera de narrar su historia y yo no podía hacer nada contra eso. Si hubiera sido su confesión al lado de la horca, también habría reído al punto que cualquier sacerdote habría sentido deseos de matarlo de un golpe y olvidar la absolución final.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas y dijo:

—Fue la cosa más divertida que usted haya visto.

—No la he visto... pero siga, cuéntemela y hágame reír.

—Bien... era en un lugar allí arriba en las montañas. El camino de tierra subía entre bosques hasta un lago. Allí habíamos dejado el otro coche. Otto cantó como un pájaro durante todo el camino. Vaya, estaba enloquecido. ¿Usted sabe? Creo que cuando hacía un trabajo se producía alguna reacción sexual en él. Estuve hablando de eso con Mimí...

—¡Vaya al punto, por favor!

Durante un momento, pareció picado, realmente dolorido, como un niño alegre y gordo a quien lo han reprendido injustamente.

—Bien... el otro coche estaba allí, de manera que sacamos el dinero del Mercedes y lo pusimos en él y luego Otto llevó el Mercedes a la orilla del lago. Era una pendiente abierta, de cerca de diez metros que bajaba al lago con una caída de quince metros hasta el agua profunda. Nadie va allí con frecuencia. Sólo algunos pescadores. Es un lugar precioso. Un lindo lugar para pasar el día... —se bamboleó con un repentino estallido de risa...— un buen lugar para pasar el resto de sus días.

En un momento empezaría a hablarme del tamaño de las truchas y yo tendría que golpearle la cabeza con la culata de la escopeta.

Vio la expresión de mis ojos y eso lo puso un poco más sobrio.

—Bien, todo lo que había que hacer era soltar el freno de mano y dejar que el coche se deslizara. Eso fue lo que hizo Otto. Abrió la portezuela, quitó el freno y el Mercedes comenzó a moverse. Señor, jamás vi nada más cómico. El coche se puso en movimiento antes de que Otto hubiera tenido tiempo de descender. Al ponerse en movimiento la portezuela golpeó contra él y en alguna forma su chaqueta o algo se enganchó reteniéndolo adentro, de manera que lo arrastró, mitad adentro, mitad afuera. Tiene que creerme cuando le digo que traté de ayudarlo. Fue una cosa instintiva. Se ve a un hombre en apuros y se trata de ayudarlo... pero era demasiado tarde. El maldito perdió la cabeza y gritaba y levantaba los pies, mitad adentro y mitad afuera. Creo que estaba tratando de tomar el freno para detener el Mercedes. Antes de que yo pudiera hacer nada, cayó al agua con un gran chapuzón.

Me miró meneando la cabeza ante lo increíble de todo el asunto, la cara rolliza resplandeciente, los ojos pequeños brillando con lágrimas de felicidad detrás de los anteojos.

—¿Y qué hizo usted? —me puse de pie—. ¿Se quedó ahí parado rezando la oración fúnebre para los que mueren en el mar?

—No podía hacer nada. No sé nadar. Y el lago, muy cerca de la orilla, tiene una profundidad de seis metros. De cualquier manera, me constaba que Otto sabía nadar. Así que esperé a que saliera a flote. Pero no salió. Le di quince minutos, pero no hubo señales de Otto... y ¿qué otra cosa hubiera hecho usted? ¿Qué hubiera hecho cualquier otro hombre en esas circunstancias? Ya no lo tenía sobre la cabeza, tampoco molestaría más a Mimí... en realidad él no quería el bebé, ¿usted sabe?

Además a mí me quedaba el total de los jornales que habíamos robado. Subí al otro coche y volví al lado de Mimí.

—Habrá reído durante todo el camino...

Sonrió:

—Bien, tenía qué reírme de vez en cuando. No me diga que a usted lo impresiona esto... Hace un rato dijo que esperaba que se hubiera muerto.

—Francamente, estoy encantado. Es que soy lo bastante anticuado como para no demostrarlo con una buena carcajada.

Manteniendo los ojos sobre él, me dirigí al escritorio busqué un lápiz y una hoja de papel.

Tony era un muchacho inteligente.

—¿Quiere que le dibuje un mapa? —preguntó.

Dejé caer el papel y el lápiz a sus pies.

—Hágalo. Y hágalo con precisión. Si usted me engaña con detalles falsos, riendo a carcajadas por el camino, me dirigiré al primer teléfono que encuentre y llamaré a un amigo que está en Interpol. Juegue limpio y puede marcharse de aquí y olvidarse de que jamás lo conocí. Se sorprenderá de lo fácil que puede ser eso.

—Puede confiar en mí. Además ahora tengo a Mimí y al bebé en quienes pensar.

Sentado en el piso comenzó a bosquejar los detalles del camino y del sendero hasta el lago, con algún comentario marginal, mientras yo estaba de pie detrás de él.

De pronto me preguntó:

—Por qué tanto lío por este coche... ¿quiere decirme?

—Mi cliente desea recuperarlo.

Se encogió de hombros:

—¿Por qué? O'Dowda podría hacer un arreglo mejor con la compañía de seguros. Quedé imperturbable.

—¿Cómo sabe que mi cliente se llama O'Dowda?

—Por Otto, por supuesto, y por el coche. Todos los papeles de registro estaban dentro cuando volví a pintarlo.

—¿Otto conocía a O'Dowda?

Tony movió la cabeza de un lado a otro compasivamente.

—Qué poco ha investigado... Hasta hace unos dos años, Otto era el segundo chofer en casa de O'Dowda, cerca de Evian. Solía conducir a la esposa. ¿No lo sabía?

Era una novedad... y una novedad que de pronto daba sentido a un montón de cosas que me habían estado desconcertando.

—Deme el mapa —le dije.

Me lo tendió por encima del hombro y yo me mantuve detrás de él.

—¿Y qué pasa ahora? —preguntó.

—Usted desaparece —le dije—. No voy a ensuciar la cama de huéspedes y no voy a preparar desayuno para dos. Póngase de pie.

Lo escolté hasta la puerta del frente y mantuve la escopeta apuntándole mientras bajaba los escalones. Cuando llegó al final de la escalinata se volvió y me miró sonriendo.

—Le he hecho un favor, ¿no es cierto? Y gratis. Sin cargo. Sólo por generosidad. ¿Y sabe otra cosa? Tengo total confianza en usted. Quiero decir, acerca de ese asunto de Interpol. De que no abrirá la boca y todo eso. Sé juzgar a la gente. Le dije a Mimí cuando usted se marchó. “Bien, ahí tienes un *buono ragazzo*... que...

—Termínela. Tengo todas las referencias que necesito en cuanto a mi persona.

—Bien. Cuando al fin saque aquel coche del agua, le pido que salude a Otto en mi nombre.

Salió y pude oír su risa resonando durante todo el camino de entrada. La vida debería dar más personas como él, simple, sin complicaciones, siempre dispuesto a mirar el lado bueno de las cosas y bondadoso con los niños, además.

Volví para empacar, me hice una taza de café pensando en el viaje que tenía por delante. Debí haber dejado el café de lado porque así no me hubiera encontrado con Aristide.

Cuando recogía mi maleta en la habitación principal y me dirigía a la puerta del *hall*, vi las luces de los faros de un coche, por la ventana. Sin saber quién era, pero teniendo varias posibilidades en mente, pensé una sola cosa. Casi cualquier visitante a las cuatro de la mañana podría estar interesado en conocer la ubicación del Mercedes. Escondí el plano que Tony me había bosquejado y lo metí debajo de uno de los almohadones del sillón. Luego tomé la escopeta de la mesa. Era un arma buena, una buena Cogswell and Harrison en excelente estado con gatillo oculto y placas de metal grabadas para reforzar la culata de nogal.

Abrí la puerta que da al *hall*, preparado para recibir a los huéspedes.

La puerta del frente se abrió y entró Aristide. Se quitó la boina, me saludó con ella y luego se quedó ahí de pie, moviendo la cabeza ya sea de tristeza al verme o para despejar el sueño de los ojos. Detrás de él estaba su chofer, un hombre grande con un traje azul ajustado y gorra con visera.

—La escopeta, mi amigo, no será necesaria —dijo Aristide—. ¿Estaba por marcharse? —con la cabeza señaló la maleta que había en la habitación. Luego olfateó el aire—. ¿Café...?

—En la cocina. Puede servirse.

—Tiene que compartirlo conmigo.

Se me acercó, me quitó la escopeta y se la entregó a su chofer.

—Eche un vistazo, Albert. Que no se le escape nada.

Me tomó por el brazo, me llevó hasta la habitación principal miró en torno, asintió con la cabeza en señal de aprobación y dijo:

—Siempre he soñado con tener una casa así. Recogida, entre las montañas, con paz, y el aire tan limpio que permite usar una camisa blanca durante una semana sin ensuciarla.

Albert pasó a grandes pasos a nuestro lado y yo me dirigí a la cocina. El poodle me saludó como si hubiera estado ausente durante un mes. El gato abrió un ojo y volvió a cerrarlo, rechazando la interrupción de su sueño.

Aristide dijo:

—Perdóneme —y comenzó a hacer café nuevo.

Encontré una lata de galletitas de chocolate y la puse sobre la mesa al lado de él. No para congraciarme con el hombre, sino porque sabía que de todas maneras las iba a encontrar.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —pregunté.

—No lo sabía, pero me alegra que esté. Simplemente me informaron que ésta era la dirección de Max Ansermoz y que el lugar podría ser de interés inmediato. Personalmente, estoy seguro de que detrás de todo, estaba el deseo de confundirlo a usted. ¿Está confundido?

—No más de lo usual. ¿Quién le informó?

—Una mujer... en el teléfono... y dio el nombre de Miss Panda Bubakar. Un nombre ficticio, por supuesto. Siempre es así, o permanecen anónimos —me sonrió con simpatía y continuó—: ¿Hay crema en alguna parte?

—¿Sabía usted —siguió— que el café, que está considerado en alta estima en el Medio Oriente, solía tomarse durante las plegarias en las mezquitas y hasta delante de la tumba del Profeta en la Meca? Antes, los turcos cuando se casaban, solían prometer a la mujer que además de amor, y una paliza diaria o cualquier otra cosa, jamás tendría que faltar café. ¿Y sabía que debemos ese asqueroso instantáneo a un paisano suyo llamado Washington quien, mientras vivía en Guatemala...? ¿Qué hay, Albert?

Albert apareció en la puerta.

—Está allí, *monsieur*.

—Bien. Vuelva y quédese con él. Estaremos con usted dentro de un momento.

—¿Qué es lo que está y dónde? —pregunté cuando Albert desapareció.

Aristide se metió una galletita de chocolate en la boca y generosamente le arrojó una al poodle que estaba caminando sobre sus patas traseras. Luego interrogó:

—¿Ha tenido alguna visita esta noche?

—No.

—Entonces ¿fue usted quien abrió con ganzúa la puerta del frente? La ganzúa está allí sobre la mesa.

—Hágame un favor, Aristide... no se reserve lo más importante para lo último. Tengo un viaje largo por delante y quiero marcharme.

—¿Se ha enterado dónde está el Mercedes?

—No.

—¡Qué lástima...!

—¿Por qué?

—Si lo hubiera hecho, podría haber hablado del punto importante que usted mencionó. Es un buen café. De la Martinica. Fue un gran paisano mío, un tal Desclieux, que con grandes penurias llevó las primeras semillas de café a la Martinica. Siempre se puede reconocer el café de la Martinica, son granos grandes, redondos en los extremos, y de color verdoso. ¿Lo ha visto a Max Ansermoz en esta visita?

—No.

—Se ha convertido en monosilábico.

—¿Y qué es lo que pretende a esta hora de la mañana?

—Que estuviera en cama durmiendo el sueño de los justos. Sin embargo, resulta conveniente que ya esté vestido. ¿Está seguro de que no sabe dónde está el coche?

—Francamente, no.

—Espléndido. Si me dice donde está, puede marcharse y yo pasaré por alto todo lo que Miss Panda ha dicho, pasaré por alto hasta las pruebas que hemos visto Albert y yo con nuestros propios ojos y hasta el hecho... que no cabe duda que el laboratorio de expertos establecerá... de sus huellas digitales.

—Será mejor que tome café para despejarme —respondí.

Gentilmente me sirvió una taza y él se sirvió otra. Entonces me miró con una de sus cálidas sonrisas de lechuza y dijo:

—Quiero que me diga dónde está el coche y le eliminaré todas las dificultades que pueda tener. Tengo la facultad para hacerlo... y después de todo, también le tengo un cierto afecto. Ha tenido una visita esta noche... de otra manera no estaría por marcharse a esta hora. El coche, *mon ami*, ¿dónde está?

Encendí un cigarrillo y negué con la cabeza.

—¿Insiste?

—Insisto y lo que es más, insisto en mis derechos. Salvo que vaya a formular un cargo contra mí, deseo marcharme ¿de acuerdo?

Me volví para irme.

Aristide dijo:

—Creo que será mejor que nos reunamos con Albert, primero. Es un buen hombre, este Albert. Sólido, un poco lerdo, pero un conductor de primera clase. Nació en Brittany donde hacen un sustituto de café con garbanzos y semillas de lupinos. Por aquí.

Extendió una mano en la que sostenía una pistola e indicó el camino hacia la puerta en el otro extremo de la cocina por la cual había desaparecido Albert.

Atravesé la puerta y Aristide me siguió. En el extremo del corredor pude ver a Albert que esperaba. Yo había estado aquí antes, cuando registré la casa por primera vez. Había un par de habitaciones y un sótano. Albert estaba de pie al costado de la puerta del sótano.

Cuando nos acercábamos hizo girar la llave en la cerradura y nos abrió la puerta. Se quedaron a un lado dejándome pasar primero. Aristide encendió la luz detrás de

mí.

En una de las paredes había estantes con botellas de vino. No había ventanas y sobre la otra pared estaban apilados cajones vacíos y cajas de cartón. A lo largo de la pared frente a la puerta había, una gran congeladora, cuya puerta levantada estaba apoyada en la pared. Una lamparilla en el interior arrojaba un suave resplandor hacia el cielo raso.

Uno de los dos me empujó suavemente hacia la congeladora. Adentro, con las rodillas dobladas hacia arriba, la cabeza hundida entre los hombros, estaba Max Ansermoz. Sobre una pila de cajas de cartón de espinacas congeladas estaba el arma con la que Najib lo había matado, y no había necesidad de decirme, porque ya lo sabía, que en ella estaban mis huellas digitales. Najib la había colocado allí mientras yo estaba desmayado en la habitación principal. Najib no era el tipo de hombre de tirar nada que algún día puede resultar útil.

—¿Bien...? —era la voz de Aristide que estaba a mi lado.

—Será mejor que la cierre —respondí, dando un paso atrás— o el resto de las cosas se echará a perder.

—Usted lo mató —dijo Aristide.

—No lo hice y usted lo sabe.

—Yo sólo lo sabré si usted sabe donde está el coche. De otra manera tendremos que pedirle al juez que lo interrogue. Sus huellas digitales están en el arma.

—Eso no me sorprende.

—Si usted sabe dónde está el coche se evitará una infinidad de complicaciones... el lento progreso de la ley para establecer la inocencia... el *procés-verbal*. ¿Tiene idea del tiempo que toma eso?

—¿Cómo puedo decirle dónde está el coche si no lo sé?

Aristide me estudió, sacudió la cabeza y dijo:

—¡Si uno pudiera saber cuándo una persona está diciendo la verdad!

—Eso haría que el trabajo de la policía fuera más simple y causaría mucha confusión en la vida doméstica.

Aristide asintió con la cabeza y dijo:

—Regístrelo, Albert.

Albert se acercó, me hizo dar vuelta hacia la puerta, por respeto a los muertos y me palpó la ropa. Lo hizo a conciencia y entregó lo que encontró a Aristide. Aristide revisó todo, el pasaporte, carnets de crédito, billetera y demás, luego me los devolvió.

—Oiga, Aristide. Usted sabe que no maté a Max. Eso no quiere decir que no me alegre de que haya muerto... pero yo no lo hice. Lo que está haciendo es caer en la trampa... de alguien interesado en que no encuentre el coche.

—Podría ser cierto, *mon ami*, pero es igualmente cierto que no quiero que *usted* encuentre el coche... y resultará muy conveniente que usted esté ocupado en otra parte durante un tiempo.

En ese momento se oyó un ladrido fuera de la puerta y el poodle entró de golpe. Corría haciendo un círculo alrededor de los tres y luego se paró en las patas traseras, haciendo gracias frente a Aristide.

Aristide sonrió:

—¿*Mignon, non?* —su endurecido corazón de policía se sintió tocado.

—No se engañe, Aristide. Sólo lo ve a usted como una gran galletita de chocolate.

Pero mientras hablaba me alegró este incidente que distrajo su atención. Los dos hombres estaban observando las gracias del perrito tonto, con sonrisas en los rostros. Retrocedí para darle al poodle más espacio para su actuación y llevando la mano hacia atrás tomé de la estantería la botella más próxima, por el cuello. La saqué y la arrojé a la bombita eléctrica. Se produjo una explosión y la luz se apagó, seguido por otro rugido más grande de Albert, pero para entonces yo ya estaba afuera, cerrando la puerta de golpe y echándole llave.

Salí volando hacia la cocina, pero el poodle me ganó. Pueden estar seguros de que cualquier perro escapará del peligro antes que nadie.

De prisa atravesé la habitación principal, tomé la escopeta, el mapa de abajo del almohadón y mi maleta y me dirigí a la puerta, el poodle detrás de mí. La puerta del sótano era fuerte pero no podía concederle más de cinco minutos para que resistiera los embates de los fuertes hombros de Albert.

Afuera pinché con la escopeta las ruedas de atrás del coche de Aristide. El ruido hizo que el poodle comenzara a ladrar histéricamente dirigiéndose a los bosques. Me dirigí a la carrera en busca del Mercedes, preguntándome si sería de borgoña o clarete la botella de vino que había arrojado a la lamparita eléctrica. Fuera cual fuese, Aristide iba a estar furioso. Porque yo sabía que el vino era algo que él siempre había tratado con respeto.

El lugar donde Otto y Tony habían llevado a cabo el robo de los jornales era St. Jeande-Maurienne, una población pequeña de aproximadamente siete mil habitantes en la ruta N.º 6, que corre al este desde Chambéry a través de Saboya hasta la frontera italiana en el Col du Mont Cenis y de allí a Turín. El lugar había sido bien elegido pues estaba a unos escasos setenta kilómetros de la frontera. A catorce kilómetros al este de St. Jean había un pueblo llamado St. Michel y a poca distancia de éste, sobre el camino a la frontera, habían dado vuelta a la izquierda subiendo a las montañas en dirección al lago. Desde St. Bonnet era una buena distancia y no había una ruta directa. Pensé que llegaría al lago en las primeras horas de la tarde. Según me enteré después, el robo había sido cometido contra una pequeña firma de ingenieros que se había establecido en los suburbios del este de St. Jeande-Maurienne. Y también me enteré más tarde, que Otto había adoptado este patrón para sus atracos: robar en el este de Francia y luego huir rápidamente en busca de la frontera italiana.

Amaneció con una ligera llovizna cuando dejé St. Bonnet y me dirigí al norte. La lluvia ponía resbaladizo el camino y reducía mi velocidad. Me detuve para tomar café alrededor de las nueve en una pequeña población y también me compré un equipo para natación submarina, pantalones de baño y una linterna de mano sumergible. Por todo lo que sabía el agua del lago podría ser tan clara como el *gin*, pero quería estar preparado. Una cosa daba por seguro: iba a estar fría como el demonio.

Llegué al lago inmediatamente después del mediodía. El lago estaba a unos tres kilómetros; a él se llegaba por un sendero lateral que trepaba todo el tiempo entre bosques de pinos. Todavía estaba lloviznando y, cuando llegué más arriba, copos de nubes comenzaron a colarse entre los árboles. El sendero terminaba en una planicie amplia y sin árboles, cubierta de césped, que dominaba un lago casi tan grande como el que O'Dowda tenía allá en Sussex. De este lado la tierra estaba bastante nivelada, quebrada con algunas piedras grises grandes, que avanzaban sobre los helechos y matorrales. Del otro lado... visible de vez en cuando a través de la neblina... el terreno subía empinadamente hacia una pequeña cima. La superficie del agua, de color acerado, estaba inmóvil.

Descendí del coche y caminé hasta la orilla de la planicie. Vagamente, en el pasto delgado, pude descubrir las huellas del coche de Otto, y en el borde, un gran trozo de tierra se había desmoronado recientemente. Había una caída neta de unos cuatro o cinco metros hasta el agua profunda. Mirando hacia abajo, hacia el agua, no podía ver nada. Parecía fría y poco acogedora y sentí que se me ponía la carne de gallina. Volví al coche, lo hice girar y luego me desvestí, me puse el equipo de bucear y volví a la orilla. La niebla se iba espesando con rapidez.

En algún lugar allá abajo estaba el coche y Otto. De eso podía estar seguro porque sabía que Tony jamás arriesgaría decirme una mentira. No tenía que sumergirme y saludar a Otto. No tenía que buscar y recobrar el resto de lo que quedara detrás de la rejilla de toma de aire. Podía limitarme a telefonar desde el teléfono más próximo y darle a O'Dowda la ubicación del coche y luego enviarle mi cuenta. Me había contratado para encontrar el coche. Lo que estuviera oculto en él no era asunto mío. O'Dowda y Aristide lo querían y Najib lo quería para sus empleadores. Podían tenerlo. No era un día para nadar y bucear. Todo lo que tenía que hacer era ocuparme de mis propios asuntos y no meterme en los de otros... Simple. Excepto que pocos de nosotros podemos resistir el meternos en los asuntos de los demás... porque de vez en cuando eso da la oportunidad de ganarse una comisión. Si Wilkins hubiera estado aquí se habría apoyado con firmeza en razones de ética y me hubiera ordenado volver al coche antes de que me pescara una neumonía doble.

Me arrastré hacia abajo, a la orilla, hasta que estuve a medio metro del agua y luego salté de pie. Me hundí y por poco no vuelvo a salir. El frío me golpeó como una gran mano que me arrancara la vida. Subí buscando aire, resoplando echando maldiciones y sin espíritu de perder tiempo. No quería que se me cayeran los dedos antes de llegar al coche sumergido.

Nadé unos cuantos metros, me ajusté el equipo, tomé una inspiración profunda y bajé, con la linterna impermeable en la mano.

Debajo del agua no estaba tan oscuro como había imaginado y vi el coche casi en seguida. Estaba a unos tres metros de distancia desde mi ángulo de inmersión. Estaba sobre un costado apoyado contra la ladera del lecho del lago. El lado del volante era el que estaba más alejado de mí. Me dirigí a la puerta de la mano derecha, me aferré a ella para sujetarme y encendí la linterna. La ventanilla de la portezuela estaba bajada. Iluminé con la linterna la parte interior del coche y vi a Otto en seguida. No era un espectáculo agradable. Estaba hinchado como un grotesco globo de carnaval contra el techo del coche, los brazos y piernas sueltos moviéndose como una marioneta a causa del movimiento que se produjo cuando me tomé de la puerta. Aparté la linterna de él con rapidez, la dirigí a la toma de aire para localizar su posición, luego me solté y subí a la superficie. Moviendo los pies me sostuve en el agua durante un momento, creyendo que iba a descomponerme del estómago, luego inspiré profundamente y volví a bajar. Esta vez trabajé sin la linterna, para no ver a Otto contra el techo. Me tomé de la puerta con la mano derecha, sujeté la linterna al cinturón e introduje la mano izquierda. Tomé la superficie de la rejilla circular y traté de hacerla girar. Durante un momento no quiso ceder, luego cuando se me estaba acabando el aliento, le di un golpe y la sentí moverse.

Subí para tomar aire y me mantuve sobre la superficie durante un momento como un pez cansado. Las nubes habían descendido y una densa sucesión de fantasmas de niebla se movían por el agua. En alguna parte arriba de las laderas del otro lado del lago me pareció oír el suave tintineo de un cencerro.

Volví a bajar y esta vez la rejilla giró con facilidad y se me quedó en la mano. La dejé caer para buscar en la abertura. Sentí algo grueso y chato y lo saqué. Era del tamaño de un libro grueso. Tanteé para estar seguro de que no había nada más en el compartimiento y luego subí de prisa sin perder tiempo de despedirme de Otto.

Subí a la superficie, me eché hacia atrás la máscara, aspiré grandes bocanadas de aire frío y húmedo y miré al objeto que tenía en la mano derecha. Estaba envuelto en grueso papel impermeable marrón y pegado con una tira adhesiva. Temblando, casi sin sentir las manos ni los pies, me volví a la orilla.

Fue entonces cuando vi... de pie en la orilla de la planicie, un poco perdidos entre la niebla... a Miss Panda Bubakar y a Najib Alakwe. Estaban allí mirando mientras yo dejaba de nadar y me mantenía en el agua moviendo las piernas.

Panda tenía una chaqueta de cuero abierta, las manos en las caderas de un mini vestido verde, sus largas piernas parecían más largas desde donde yo las veía. Era tan alta que a veces la cabeza se perdía en el movimiento de la niebla. Pero cuando alcanzaba a ver su borrosa cara con claridad podía advertir que me estaba brindando una alegre sonrisa voraz y la oportunidad de admirar sus brillantes dientes blancos. Najib, aun cuando no tenía demasiado tiempo para dedicarme a él, vestía un cuidado y sobrio traje gris, corbata oscura y camisa blanca. Estaba un poco atrás de manera

que no pude verificar si tenía los zapatos color jengibre. Pero podía ver con nitidez que tenía un arma en la mano derecha.

—Hola, hola, muchachito habilidoso —saludó Panda—. Sigue nadando. Estás en el buen camino. Te espera un gran recibimiento.

—Y tenga cuidado de no dejar caer el paquete —agregó Najib. Y sólo para enfatizar la necesidad de tener cuidado, disparó un tiro al agua a medio metro de mí que me hizo saltar como un salmón que huye. Luego continuó—: No hay necesidad de alarmarse por su seguridad personal. Usted me da el paquete y todo queda olvidado.

—Y Panda vendrá con un gran vaso de *brandy* y una toalla esponjosa para darte una friega. ¡Whoof! ¡Whoof! —rió con esa risa amplia y oscura que más parecía un ladrido. Luego dio un par de saltos en el aire que hubieran humillado a cualquiera de las famosas bailarinas Bluebell.

Sacudí la cabeza:

—Lo lamento —respondí— pero me prometí dar un par de vueltas más por el lago antes de salir.

—Amor mío, sube en seguida —dijo Panda—, de lo contrario te vas a helar y vas a perder todos tus accesorios. Ven, ven con Panda. Panda pronto calentará al bebé.

—Ven, entra tú en el agua —le dije—. Está maravillosa, no sabes lo que te estás perdiendo.

Me volví, puse el paquete entre los dientes e inicié algo así como un rápido *crawl*, en la mejor forma que pude, en dirección a la niebla. Sabía que Najib no iba a dispararme. No quería que dejara caer el precioso paquete. Por otro lado eso no era un gran consuelo. Yo podría llegar a la otra orilla antes de que ellos dieran la vuelta, pero no me agradaba la idea de quedarme allí en las montañas vistiendo solamente pantalones de baño. Aun cuando pudiera llegar a un camino iba a ser difícil que consiguiera que alguien me levantara en un coche, haciendo dedo. Los franceses no son tan amplios de criterio.

Después de unos veinte metros me detuve, saqué el paquete de la boca y tomé un poco de aire. La niebla ocultaba ahora la planicie de pasto. Eso era bueno. Pero también había invadido todo lo demás. No tenía la más remota idea de hacia qué lado dirigirme. Algunas personas pueden tener los ojos vendados, estar bien sumergidos en la oscuridad y siempre pueden decir donde está el norte. Bien, yo podía haber sido una paloma mensajera y eso tampoco me hubiera ayudado, porque no tenía palomar al que volver.

En ese momento oí la feliz risa-ladrido de Panda que me llegaba desde la niebla y el ruido de un cuerpo que se sumergía en el agua. Eso me asustó. Panda estaba tras de mí, era un metro ochenta oscuro de torpedo humano, indiferente al agua fría y con aparato de radar propio que podía detectar a un hombre y caer sobre él desde cualquier distancia. Una vez que me atrapara con sus largos brazos y hermosas

piernas en el agua, yo tendría menos posibilidades que un pececillo que ha tragado el cebo de un anzuelo.

Con el paquete en la boca, seguí adelante durante unos noventa metros, con la esperanza de llegar a la orilla. Pero no lograba encontrar ninguna orilla. Me detuve, jadeando, sin absolutamente ninguna sensación en el cuerpo y pensé cuánto tiempo tardaría Otto en tener compañía. Desde atrás, a mi derecha, un poco lejos, oí el chapoteo del agua mientras Panda avanzaba. Luego el chapoteo cesó. Todos los ruidos cesaron. Sólo quedaba la niebla y el frío ondular del agua alrededor de mí. En ese momento se oyó un sonido. Encima de mí oí el breve tintineo de un cencerro. Seguí nadando. Nadé treinta metros y me detuve. Detrás de mí oí a Panda nadar. No parecía nadar muy ligero; avanzaba parejo hacia mí, manteniendo la dirección que le indicaba su radar. Por sobre el ruido que hacía oí el tintineo del cencerro otra vez, pero ahora lejos, en un ángulo a mi derecha y se me ocurrió la desagradable idea de que podía haber más de una vaca pastando en la costa. Hice lo único que podía hacer. Me fijé un derrotero entre los dos cencerros y nadé en esa dirección. Muy sensato, en estas circunstancias. Pero nada bueno en cuanto a navegación se refiere. Un curso intermedio puede conducir a uno a problemas. Ésa es la trampa de los promedios, siempre le dan a uno una respuesta extravagante como el promedio de la familia inglesa que tiene un coche y medio. Fui a dar de lleno con Panda, simplemente porque no había recordado el factor acústico de que los sonidos en la niebla nunca vienen desde donde parecen venir. La muchacha surgió de la niebla a un metro delante de mí, se fue por la popa para acortar camino y me brindó una sonrisa resplandeciente. Entre sus dientes llevaba un espantoso cuchillo. Se quitó el cuchillo de la boca y dijo:

—Hola, amorcito. ¿Vienes aquí con frecuencia?

A mi vez me saqué el paquete de la boca y a través de los dientes castañeteando le advertí:

—Si te acercas un centímetro más, arrojo esto al agua —levanté el paquete.

—¿Cómo vamos a calentarnos si no nos acercamos?

—Dirige tu radar al cencerro más próximo y enséñame el camino.

Meneó la cabeza:

—Lo haremos el uno al lado del otro, amorcito. Y no le hagas ninguna jugarreta a una pobre muchacha que se muere de amor. Si dejas caer el paquete te rajaré de la cabeza a los pies y al diablo con el desperdicio de un hombre espléndido —me guiñó un ojo y agregó—: ¿Nunca te han dicho que tienes hombros soberbios? Cuadrados y sensuales... además me gustan de ese color azul que tienen ahora. Va bien con la cara roja. ¿Vamos...?

Nadamos a un metro de distancia, Panda indicando el camino. No estaba preocupado por lo que iba a pasar. Deseaba vivamente salir del lago helado, en seguida. Tenía el cuerpo entumecido, mi mente necesitaba descongelarse. Sentía

como si los brazos y las piernas estuvieran nadando en el barro. Sólo mis ojos trabajaban normalmente para ayudarme a mantenerme a distancia de Panda.

Sonrió y dijo:

—Es agradable tener todo este lugar para nosotros solos. Dicen que está muy concurrido en el verano.

No respondía. Tenía la boca ocupada con el paquete. Pero mantuve los ojos fijos en Panda mientras nadaba.

No tenía más que un corpiño y bombachas color rosa. De vez en cuando torcía la cabeza para sonreírme. Su sonrisa decía muchas cosas. Lo menos que podía esperar cuando llegáramos a la orilla era que me violara primero y me acuchillara después. Pensé en rezar pero decidí no hacerlo. Eso nunca ayudó a ningún predicador en circunstancias similares.

El radar de Panda funcionó. Fuimos a dar de cabeza a la orilla donde estaba la vaca. Era una bestia grande de color castaño y blanco, parada entre dos pinos, expeliendo grandes cantidades de vapor a través del morro. Vi que nos observaba con sus grandes ojos húmedos e inexpresivos.

Panda salió del agua y dijo:

—¡Hola, vaca! Hermoso lago el que tienes acá —y luego, con el agua corriéndole por los brazos y hombros oscuros y escurriéndose por las bombachas, sostuvo el cuchillo frente a mí mientras yo me ponía de pie en quince centímetros de agua y barro en la orilla del lago—. Acércate despacio y tranquilo, muchacho, dale el paquete a mamá. El negocio antes que el placer, ¿eh? —echó la cabeza para atrás y gritó—: ¡Najib! ¡Najib!

Desde alguna parte a través de la niebla se oyó distantemente la respuesta.

Panda se quedó esperándome. No era tonta. Yo podía no saber lo que ella intentaba hacer, pero la muchacha sabía lo que aún se vislumbraba oscuramente en las heladas profundidades de mi cerebro. No quería darle el paquete.

—Sin trampas, amorcito. Me gustas mucho y en cualquier momento que digas una palabra iremos a alguna parte con una cama grande para hacer que los resortes trabajen doble turno. Pero primero Najib tiene que tener el paquete. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

Salí del agua, pero ella me detuvo después de los dos primeros pasos.

—Hasta ahí nomás. Tírame el paquete.

En alguna parte allá arriba a nuestra izquierda, Najib gritó. Panda le devolvió el grito. Yo miré el paquete que tenía en la mano y recordé una cantidad de rutinas que había practicado en el gimnasio de Miggs. De una y otra manera presumí que Panda había practicado aún más, y me llevaba unos centímetros de estatura, segundos en velocidad, y probablemente lo mismo en musculatura. Además tenía un cuchillo.

—Vamos, querido... arrójalo. Después no habrá resentimientos, todo será amor. A Najib le agradas y lo que es más importante, a mí me gustas y eso significa un rosado futuro en alguna parte.

A fin de darme tiempo para pensar le respondí:

—Me hicieron un gran favor... conservando a Max en hielo.

—¿Eso? Amorcito, eso es sólo una broma. Vamos, tíralo de una vez.

Cedí. Le arrojé el paquete deliberadamente a un costado y un poco corto. Cayó en la tierra a treinta centímetros de distancia frente a ella y a su izquierda. Flexionó sus maravillosas piernas y se inclinó para tomarlo con la mano libre, los amplios pechos presionando contra la húmeda tela de su corpiño blanco. Sus ojos no se apartaron de mí excepto por la fracción de segundo en que ojos y manos tenían que coordinarse para localizar y recoger el paquete. Era el momento que yo necesitaba. Ya tenía una mano en los pantalones de baño cubriendo el bulto de la linterna. La saqué y salté sobre ella cuando sus ojos volvían a mirarme. Ella hizo lo que pudo. En realidad me hizo una herida de siete centímetros en el brazo izquierdo pero el golpe fue demasiado apresurado para ser serio, solo un rasguño superficial. La golpeé lo más duro que pude en la sien derecha, realmente un golpe fuerte, y al diablo con la caballerosidad, Panda cayó de espaldas y ahí se quedó.

Me apoderé del paquete y comencé a correr por el costado del lago en dirección opuesta al lugar de donde llegaba la voz de Najib. No podía andar muy ligero con los pies desnudos, pero seguí corriendo, cojeando un poco, pero la suerte estaba conmigo. Di con un sendero tapizado de agujas de pino secas y finalmente llegué de nuevo a la planicie de pasto.

Al lado de mi Mercedes estaba el Thunderbird de Najib. Había dejado la llave de contacto puesta, de manera que la tomé y la arrojé al agua. Entonces, sin esperar a vestirme, subí al coche y arranqué conectando la calefacción a todo lo que daba. No veía el momento de tomar una taza de café caliente con coñac.

Mientras conducía por la huella en el bosque y cuando casi veía la ruta principal, un aporreado Citroën amarillo surgió de pronto de entre los árboles, se cruzó en el sendero delante de mí y ahí se quedó. Frené logrando detenerme a diez metros del auto. Por el vidrio de atrás pude ver que una mujer estaba en el volante. Esperé a que se moviera y mientras lo hacía busqué, en la parte de atrás del coche, mi camisa y los pantalones. Los tenía en la mano cuando la cara feliz y con anteojos de Tony Collard apareció en la ventanilla a mi lado. Abrió la portezuela y entró, y con una suavidad que me asombró tomó el paquete del asiento y lo metió dentro de su rompevientos, e inclinándose se apoderó de la escopeta, la abrió, verificó que no tenía cartuchos, y luego sacando un arma de su cinturón dijo con amabilidad:

—No tiene más que seguirla a Mimí.

Se acercó y tocó la bocina. El coche de adelante comenzó a moverse. Me puse el arma contra las costillas, de modo que no tuve más remedio que seguir al otro coche.

—Si tenemos que ir lejos, no estoy vestido.

—Mantendremos la calefacción —me miró con admiración—. Apostamos con Mimí a que usted lo lograría.

—Apostamos quinientos francos. Es una gran jugadora y una gran chica. ¿Y tanto lío por esto?

Levantó el paquete.

Asentí.

—¿Esto es lo que realmente quería su patrón, y no el coche?

—No le mentiría a usted.

—Por supuesto que no, usted es un *buono ragazzo*. Pero no se preocupe, Tony se ocupará de usted y de todo. Usted es mi amigo, en cierto sentido.

—¿En qué sentido?

—En que siento respeto por usted. Mi viejo siempre decía que si uno quiere tener éxito con la gente tiene que trabajar según sus naturalezas y no contra ellas. ¿Cómo estaba Otto?

—No formuló quejas.

—Bien. ¡Pero ojo! Otto calzaba sus puntos. Era el cerebro maestro... eso pensaba él. En cierta forma tenía razón. Realizaba un trabajo en Francia y huía a Italia. Hacía un trabajo en Italia y huía a Francia. Allí es donde nos dirigimos. A un pequeño aguantadero que tenemos en este lado de la frontera. Un antiguo molino que ahora no funciona, por supuesto. Tiene una huerta, hay nísperos y peras... hermoso lugar para que juegue un niño. Y un arroyo. Por supuesto que ahora que Otto no está, el cerebro maestro soy yo. Puedo decirle que tuve problemas con Mimí en un primer momento, pero ella se adaptó a mi manera. ¿Tuvo que golpear a algunos de aquellos dos allá arriba?

Estábamos fuera del camino principal y en dirección al este.

—Fui un poco duro con la chica.

—¿Inutilizó su coche?

—Sí.

—Bien. Entonces podemos estar tranquilos —se reclinó y encendió un cigarrillo y comenzó a tararear por lo bajo. Después de un momento dijo—: No me importa que me zarandeen cuando se trata estrictamente de negocios. Es lógico que suceda de cuando en cuando. No me importa si alguien presiona un poco a Mimí, si viene al caso. Pero —sonrió ampliamente— estoy contra cualquier miserable que pudiera molestar a un bebé. Esa negra de piernas largas, arrojó la mamadera del niño por la ventanilla. Se necesita ser una hija de puta... ¿sabe?, para ser tan cruel con un bebito. Fue por eso que tuve que hablar, ¿comprende?

—¡Por supuesto!

Intuía que no serviría de nada apresurarlo o forzarlo a poner los sucesos en orden y de cualquier manera estaba cansado como un perro, deseando tomar algo caliente y fuerte para entibiar la garganta. Sabía que iba a tener que habérmelas con él pero no era el momento y no estaba en estado de ánimo para hacerlo. Su cerebro había imaginado algún esquema pero hasta que estuviera vestido y en disposición anímica apropiada tendría que esperar.

—Mi padre solía decir —comentó— que un niño negro se desarrolla mentalmente más de prisa que un blanco hasta la edad de doce años, y ahí se detiene. No pueden ir más allá de los doce años. Creo que debe ser verdad, porque de otro modo esa negra debió haber pensado que yo era un idiota. Si hubiera aparecido otro en el camino en lugar de usted lo hubiera levantado lo mismo. Pero estoy realmente contento de que haya sido usted —comenzó a reír—. ¡Por Dios, cómo me gustaría verles las caras ahora!

El coche de adelante dio vuelta. Mimí giró saliendo del camino principal a uno secundario.

—¿Gana mucho dinero en su trabajo? —preguntó Tony.

—Lo suficiente.

—Alguien le pide que usted haga algo... y usted lo hace, ¿sin hacer preguntas?

—Algo por el estilo.

—Debe ser interesante.

—Siempre suceden cosas, como ahora.

Eso le molestó pero rió como de costumbre.

Recuperado dijo:

—Me hubiera gustado trabajar con alguien como usted en lugar de Otto. Era un enano podrido. Aunque no tengas nada más en la vida, solía decir mi viejo, tienes que tener respeto por las mujeres. Eso solía decir, pero jamás actuó de acuerdo con sus palabras. En cierta forma era peor que Otto. Mimí va a dar vuelta a la izquierda, más adelante. Tiene que reducir la velocidad, como cuando se acerca a una casa.

Seguí a Mimí durante un par de kilómetros subiendo una colina empinada y con vueltas y luego llegamos a una amplia planicie, bordeada por bosques en tres de sus lados. Como Tony había dicho, había una huerta, árboles llenos de nísperos, un pequeño parque y un molino alto al lado de un arroyo. Pegado al molino había una cabaña baja con un patio pavimentado a su frente.

Conduje el Mercedes detrás del coche de Mimí hasta el patio. Adelante de nosotros, descendió del coche, sacó del interior un bolsón y entró en la casa.

Tony dijo:

—Si no intenta ningún truco nos llevaremos bien. Nada va a sucederle y su patrón no podrá culparlo —sonrió, me guiñó un ojo y agregó—: Hay que admitir que todos tenemos que fallar alguna vez.

Descendió del coche y con el arma en la mano, me empujó dentro de la casa. La habitación principal era grande, con piso de lajas y una cocina colocada contra una pared. Mimí se sentó en una silla, me hizo una señal con la cabeza, luego se abrió la blusa y comenzó a dar de mamar al niño.

—No tengo mucha leche, Tony —le dijo—. Con tantos trastornos... Enciende el fuego para calentar la casa. Pero antes tendrás que hacer algo para él. El alimento del bebé está en la baulera del coche.

Tony se le acercó, la besó en la cabeza, manteniendo los ojos en mí todo el tiempo. Luego se dirigió a la puerta en el otro extremo de la habitación, tiró de los cerrojos y la abrió.

—Creo que aquí invernan las cabras y las vacas en un tiempo. Una especie de calefacción central para la casa —rió.

Me hizo entrar.

La habitación era de piedra y en lo alto y en un extremo había una ventana de aproximadamente veinte centímetros cuadrados. Había una carretilla rota, un montón de paja vieja en un rincón, una cama de hierro sin colchón contra la pared y una hilera de conejeras cubiertas de telas de araña en la otra pared. Me encerró, pero volvió después de unos minutos trayendo mi ropa y una botella. Detrás de él Mimí llegó a la puerta, el bebé en los brazos, su boca mojada buscando el pezón, Tony con el arma en la mano.

—Póngase cómodo. Llame si quiere algo —dijo Tony, rió y dejó caer la ropa sobre el piso y puso la botella en la carretilla.

—¿Es niño o niña? —pregunté.

—Niño —dijo Tony orgullosamente—. Tiene dos meses. Bastante grande para la edad. Lo llamamos Gabriel. ¿Le gusta?

—Paradisiaco —dije y tomé con una mano los pantalones y con la otra la botella.

Me dejaron solo. Me vestí y bebí. Luego tomé la paja que había en el rincón y la extendí sobre el colchón elástico de la cama y me tiré en ella. Una nube de polvo que olía a bosta de vaca, se esparció alrededor, pero no me importó.

Me tendí, con la botella a mano, al lado de la cama y miré el cielorraso. He quedado con los ojos fijos en muchos cielorrasos en mi vida y la mayor parte de las veces en el mismo estado de ánimo, sintiéndome debilitado e incapaz de pensar. Ya conocía bastante este estado de ánimo para darme cuenta de que no había nada que hacer más que esperar a que pasara lo que tenía que pasar.

Desde la otra puerta oía los ruidos de Mimí, Tony y el bebé... el ruido de cacerolas, el llanto del niño y la gran risa de Tony, ocasionalmente también la de Mimí. Después de un tiempo el bebé dejó de llorar, y sólo se oía el murmullo bajo de sus voces. De pronto oí una gran exclamación de Mimí y a Tony que bramaba de risa.

Tomé otro trago y me dormí, pero antes de perderme en el sueño me pareció oír el ruido de un coche que se ponía en marcha.

Cuando desperté a última hora de la tarde Tony estaba en la habitación y con él un apetitoso olor a café y a tocino frito. Había puesto un tablón sobre la carretilla y sobre el tablón una bandeja. Dio un puntapié a un cajón viejo empujándolo hacia la carretilla para que me sentara y luego se quedó de pie frente a la puerta, una mano dentro de su rompevientos. No tenía necesidad de que me dijeran qué era lo que sostenía. Se mostraba cordial, pero no iba a correr ningún riesgo conmigo.

—Hable bajo —dijo— no quiero que se despierte el bebé.

—No tengo nada de que hablar. Eso le corresponde a usted.

Comencé a atacar el café y el tocino frito.

Me hizo un relato a su manera, entre risas y ademanes.

Cuando había ido a visitarme al chalet, había llevado a Mimí y al bebé, dejándolos en el coche que estacionó muy lejos en la ruta. Había traído a Mimí, en primera instancia porque eran inseparables y también porque si hubiera habido algún problema era más fácil pasar la frontera con una mujer y un niño en el coche. Panda y Najib habían saltado sobre él cuando volvió al coche. Najib se había metido en el auto de Tony y Tony tuvo que conducir. Panda traía a Mimí y al bebé en el suyo. En alguna parte del otro lado de St. Bonnet se habían detenido y allí tuvo lugar la conferencia. Najib quería saber qué había estado haciendo en el chalet y quién había estado allí.

—De veras, traté de no decirles. Como ya le he comentado, a usted lo respeto. Pero él quería saberlo todo... y ya parecía saber bastante... y además estaba el bebé. Mimí casi enloqueció. En realidad, me sorprende que le quede algo de leche. La ramera negra era la peor, detallándonos todo lo que podía sucedernos. Usted ve que no tuve elección y para rematarlo Najib dijo que iba a valer la pena. Eso solamente no hubiera...

—¿De manera que al final usted le dijo que el Mercedes estaba en el lago?

—Tuve que hacerlo... y también llevarlos al lugar. Yo con él y Mimí atrás con ella. Pero yo estaba pensando en usted constantemente. Quería darle una oportunidad, darle tiempo, para que se adelantara. De manera que lo hice bailar, tomé los caminos equivocados y la ruta más larga. Sabe que una vez —rió— le hice dar vuelta en un gran círculo y él no se dio cuenta. He hecho todo lo posible para protegerlo a usted, ¿no le parece?

—Estoy conmovido, Tony.

—Bien, usted me agrada. Tiene buenas maneras. Con todo no podía engañarlo eternamente, porque sabía que Mimí iba a preocuparse por la comida del bebé, de manera que al fin lo llevé hasta el extremo más bajo del camino del lago, Najib me pagó y ordenó que me marchara —rió—. Por supuesto simulé hacerlo, pero me quedé por allí, y debo decirle que si hubiera podido meter las manos en la bolsa del bebé donde estaba la pistola, les hubiera hecho volar las negras cabezas. Siempre pensé que la gente de color era loca por los chicos. De cualquier manera estuve cavilando mucho, Mimí y yo necesitábamos todo el dinero posible para emigrar. Teníamos un buen monto por el atraco al banco, y un poco más por la venta del garage, pero ¿por qué no aumentar la suma?, de manera que me pregunté, ¿qué hay en ese coche que todo el mundo está enloquecido por obtener? No sólo el coche... Así es que decidí quedarme por allí. Al primero que apareciera en el camino lo iba a detener, fuera quien fuese, y cualquier cosa que valiera dinero, sería yo quien la tuviera. Ésa es la

historia. Fue usted... y me alegró mucho que así fuera. Con ellos hubiera tenido que ser realmente duro para complacer a Mimí.

Terminé el café y le dije:

—No siga, porque me está rompiendo el corazón. Sólo dígame que plan retorcido tiene ahora.

—Nada que lo perjudique a usted. Su jefe verá que usted trató de cumplir y fracasó. No puede encolerizarse —sacó la pistola del rompevientos—. Después de todo, ¿qué podía hacer usted? Se lo explicaré a O'Dowda cuando venga.

—¿Cuándo venga?

—A recoger el paquete. Mimí ha ido a buscarlo ahora. Estará de vuelta mañana. ¿Por qué parece sorprenderse tanto?

—¿No se sorprendería usted... si viera que un hombre salta a una cueva de osos para jugar una amistosa partida de tejuelos? Mi jefe lo va a hacer pedazos. Tony, amigo mío, él no es el tipo de hombre a quién se puede robar dinero. Como su querido padre hubiera dicho, usted es bueno pero no está a su altura.

Tony sonrió:

—Está tratando de asustarme. Yo puedo manejarlo. Tiene que venir solo. Mimí conoce las condiciones.

—Escuche —le dije—. Tiene dos metros cuarenta de estatura, uno veinte de ancho y mucho de irlandés. Lo comerá vivo.

—¿Eso cree? Entonces tendrá que hacer desaparecer esto, para comenzar —sacudió con suavidad la pistola. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza, con expresión bondadosa—. No se preocupe. Usted hizo cuanto pudo. Más no puede pedirle a ningún hombre. Él le pagará. Usted puede demandarlo si no le paga. Y Mimí y yo recogeremos nuestro premio por el paquete. ¿Sabe lo que hay adentro?

—No.

—Mejor para usted —comenzó a reír—. No tiene edad todavía. Hubiera visto la cara de Mimí. Esa mujer es una madre y esposa de primera clase, pero no quiere decir que no haya andado por ahí... sin embargo estaba espantada cuando lo vio. Ni siquiera quiso tomar el pedacito de película que saqué para mostrarle a O'Dowda cuando venga, pero le dije que tenía que hacerlo. El hombre tiene que saber que somos vendedores auténticos. De cualquier manera todo está envuelto otra vez, como estaba y no tiene que preocuparse por eso. Además se lo daremos barato, cinco mil dólares, billetes usados y sin temor a la policía porque en caso contrario él no lo hubiera contratado a usted.

Lo miré y volví a la cama. Tomé la botella y bebí un trago grande, respiré con tuerza y dije:

—Despiérteme cuando venga. No querría perderme el espectáculo por nada del mundo.

—Lo haré. Estará presente de manera que él pueda ver que no fue culpa suya. Como mi viejo solía decir, si le sacas ventaja a alguien, particularmente a alguien que

te agrada, entonces lo menos que puedes hacer es asegurarte que no cargue con más culpa de la que le corresponde. Otra persona fue más lista que usted. Quiero que O'Dowda sepa eso. Así no podrá hacerle ningún cargo.

No le dije que lo sentía mucho... no por mí, sino por él. Él y Mimí eran un par de bebés en la selva y O'Dowda disfrutaría de todos los minutos que pasara en esta casa.

Le pregunté:

—¿Le dijo Otto alguna vez por qué dejó de trabajar con O'Dowda?

—Por supuesto. Había acumulado algún capital y quería volver a su propia línea de trabajo.

—¿Cómo logró el capital?

Tony rió y guiñó el ojo:

—Nunca se lo pregunté. Como mi padre solía decir... jamás preguntes lo que no van a contestarte.

Siguió riendo para sí.

Continué tendido en la cama, hasta tarde, mirando la pequeña ventana. A través de ella se veían algunas estrellas y de cuando en cuando un búho graznaba en la huerta sólo para mantener despiertas a las ratas de campo. No estábamos tan lejos de Evian. Mimí debería llegar a la mañana y con ella O'Dowda, solo. Mimí insistiría en eso y O'Dowda lo aceptaría. Se encolerizaría e intimidaría en un principio, luego amenazaría con llevarla a la policía y demás, pero al final vendría solo y con el dinero porque quería recuperar el paquete sin la intervención de la policía. Probablemente ya sabía que la policía o Interpol querían apoderarse del paquete. Najib lo quería, Interpol lo quería y O'Dowda lo quería. ¿Y qué quería yo? Bien, tenía que ser sincero. Yo también lo quería. Pero, en primer lugar por pura curiosidad para ver lo que había adentro. Después que supiera eso, decidiría qué hacer con él. Éticamente, por supuesto, debería... si le echaba mano... entregárselo a O'Dowda. Era mi empleador. Pero sólo me había contratado para encontrar el coche y no para recuperar el paquete. Además, éticamente, antes de permitirme aceptar su comisión, debería haberme instruido en muchas cosas para mi propia seguridad personal, y la seguridad personal era algo a lo que yo daba mucha importancia. Por el momento, ética aparte, estaba preparado a dejarme llevar por las circunstancias... en realidad no tenía elección... hasta que tuviera la oportunidad de señalar otra vez el rumbo.

Me eché a dormir, profunda, completamente, sin sueños. Me desperté por la luz del día y por el hecho de que Tony estaba sentado sobre mis hombros, me había puesto las manos a la espalda y me estaba atando las muñecas. Si hubiera sido upa de esas personas que salen rápido del sueño, con la mente despejada, dispuestas a la acción, podría haberle sacado alguna ventaja. Lo cierto es que me tenía atado casi antes de que despertara. Se puso de pie, me dio vuelta y yo le bostecé en la cara. Afuera los pájaros estaban cantando y un rayo de sol entraba por la ventana.

Tony riendo dijo:

—Es una hermosa mañana. Venga, le daré café.

Así lo hizo, mientras yo estaba sentado en una silla, y lo hizo en forma experta, llevando la taza a mis labios. Debió de haber sido enfermero.

—Pensé que le gustaría estar presente cuando llegue su jefe. Atado así, verá que usted no podía haber hecho nada.

—¿Se siente feliz de conocerlo?

—¿Por qué no? Viene solo y yo tengo lo que él quiere —con la pistola golpeó el paquete que estaba sobre la mesa—. ¿Qué son cinco mil dólares para él?

—Usted se sorprendería de lo mucho que significan. Tiene una galería de personas que han pensado como usted. Imagino que algunas de ellas habrán querido sacarle hasta menos de cinco mil.

—¿Una galería?

—No importa. No le gusta dar dinero por la fuerza.

—¿A quién le gusta? Pero sucede. Quédese ahí sentado y no se mueva. Tengo cosas que hacer.

Así era. Calentó la mamadera del bebé, se la dio y luego le cambió los pañales.

—Se olvidó de bañarlo.

—Mimí me dijo que no lo hiciera porque tiene sarpullido, en las nalguitas. Lo voy a empolvar. Como hice antes de ponerle los pañales limpios.

Instaló a Gabriel en el cochecito y lo observé con interés. Viendo que seguía sus movimientos dijo:

—No tengo la práctica de Mimí. Con ella todo anda sobre ruedas, pero conmigo grita durante cinco minutos antes de dormirse. No se preocupe.

No lo hice. Gabriel lloraba y yo sentado en la silla miraba el paquete que había sacado del Mercedes. Hasta ahora yo había realizado las tareas difíciles y no parecía que iba a sacar de eso muchos beneficios. Debí haber rechazado este trabajo y tomado mis vacaciones. La verdad es que no la hubiera conocido a Julia, pero en este momento no me parecía una gran pérdida. Bostecé. Lo que necesitaba era un tónico, algo que me levantara y me pusiera en movimiento otra vez, de manera de recuperar el paso elástico y el brillo que da el dinero en los ojos.

O'Dowda llegó tres horas después. Primero se oyó el ruido del coche de Mimí. Tony fue a la puerta y la abrió. Desde donde yo estaba sentado podía ver el patio. Mimí llevó el coche y lo estacionó al lado del mío y se acercó a nosotros, su pelo rojizo brillando al sol de la mañana, el paso ligero. Claramente todo andaba a la perfección en el mundo. Cuando llegó a la puerta donde estaba Tony, con la pistola en la mano para recibirla, el Rolls de O'Dowda entró al patio conducido por él.

—¿Está solo? —preguntó Tony.

—Sí. Registré todo cómo dijiste.

—Buena chica —le recorrió la espalda con la mano y le pellizcó el trasero.

Entró, me hizo un saludo amistoso con la cabeza, se dirigió al cochecito y comenzó a hacerle monerías al bebé.

—¿Cómo se condujo el hombre? —pregunté.

—Muy cortés y caballerescamente. No hubo problemas.

En mi concepto eso significaba que O'Dowda estaba ahorrando problemas para después.

O'Dowda apareció en la puerta, llevando un portafolios en una mano. Tenía un pequeño sombrero de paño apoyado en la parte superior de la gran cabeza y vestía un grueso traje de *tweed* que lo hacía aparecer todavía más corpulento. A Tony le dirigió una amplia sonrisa y luego viéndome adentro dijo:

—¿De manera que embarulló las cosas, muchacho? Me parece que leí en alguna parte en su currículum que nadie podía aventajarle. Bien, me está costando cinco mil dólares. ¿Piensa que debo deducir eso de sus honorarios?

La pregunta estaba dirigida a Tony.

Tony, con el aire de un hombre de negocios respondió:

—Eso es algo que tienen que resolver entre ustedes... pero él hizo todo lo que pudo. Dese vuelta, Mr. O'Dowda y levante las manos.

O'Dowda hizo lo que le indicaron y Tony lo palpó desde atrás. Luego satisfecho, retrocedió entrando a la habitación. O'Dowda lo siguió.

O'Dowda miró alrededor y dijo:

—Es una linda propiedad. Podría comprarla barata y hacer algo con ella.

Tony dio vuelta alrededor de la mesa, recogió el paquete y se lo entregó a Mimí, sin apartar los ojos de O'Dowda. Bien, por lo menos eso era algo, pero necesitaría más para manejar a O'Dowda. Nada podía convencerme de que O'Dowda iba a entregar los cinco mil dólares voluntariamente y con aquella sonrisa feliz en la cara.

—Su hombre hizo lo mejor que pudo, Mr. O'Dowda. Recuerde eso.

—Qué bueno de usted en destacarlo. Estoy seguro de que lo hizo. Pero lo mejor que pudo fue realmente muy malo... va a costarme cinco mil dólares.

Puso el portafolios sobre la mesa y señalándolo con su mano gruesa dijo:

—Cuenta el dinero, luego su esposa podrá entregarme el paquete y me marcharé.

—No —respondió Tony—. Abra el portafolios usted. No quiero que al levantar la tapa algo me salte a la cara —rió—. Mi padre era un experto en trampas para bobos, Mr. O'Dowda.

—Tiene razón en tener cuidado, muchacho. Seamos francos... si yo pudiera ganarle lo haría. Pero sé cuando debo resignarme. Me interesa demasiado ese paquete para preocuparme por unos miles de dólares.

Sonaba demasiado razonable. Podía advertir que no estaba preocupado, que debajo de esa suavidad estaba el verdadero y cruel O'Dowda... el de "no trates de vencerme...".

Abrió el portafolios, de manera que Tony pudiera ver los paquetes de billetes. Me aposté a mí mismo que tendría una pistola oculta debajo de los billetes. Me

equivocé. Recogió el portafolio y lo volcó desparramando los paquetes de billetes sobre la mesa. Desde el otro extremo de la mesa Tony extendió una mano y tomó uno de la pila. Se lo tendió a Mimí que estaba atrás. Mimí puso el paquete en el cochecito y comenzó a contar. Luego se acercó a la mesa y desde una distancia segura, contó las pilas.

—Está todo, Tony.

—Dale el paquete. No te acerques. Pásaselo.

No quería correr ningún riesgo. Podría no tener una mente maestra, pero lo hacía muy bien. Sin embargo, había una cosa en O'Dowda que Tony jamás conocería y en la que jamás creería, a pesar de que en cierta forma yo había tratado de advertírsele: O'Dowda tenía coraje. Para llegar a ser millonario hay que tenerlo, hay que saber que nada puede vencerlo a uno, que todo lo que uno quiere se puede obtener aun cuando signifique un momento de peligro..., porque frente al peligro siempre está el factor suerte y, admitámoslo, la suerte es una *snoob* que no pierde su tiempo con los pobres y los débiles.

Mimí tomó el paquete y lo deslizó por encima de la mesa hacia O'Dowda, quien lo tomó y lo metió en uno de sus grandes bolsillos laterales... y desde ese momento no perdió un segundo. El instante de introducir en el bolsillo el paquete era su plazo. Al sacar la mano derecha del bolsillo la adelantó, tomó el borde de la mesa y la echó hacia atrás sobre Tony, empujándola con todas sus fuerzas.

Al recibir el golpe de la mesa, Tony disparó, pero O'Dowda ya se había movido y, como muchos hombres corpulentos, se movió velozmente. La bala pasó y dio en el cielorraso, haciendo caer una lluvia de yeso. O'Dowda empezó a bordear la mesa y cuando Tony, sobre el piso, se disponía a disparar de nuevo, el gigante rodeó con un brazo el cuerpo de Mimí poniéndola frente a él como un escudo. Tony no disparó.

Un poco jadeante, O'Dowda dijo:

—Ahora, canalla, arroje esa arma hacia acá o le romperé el cuello a su mujer — levantó la mano libre y aferró la nuca de Mimí para empezar a torcerla, la mujer lanzó un grito de dolor.

Tony, tendido en el suelo, estaba perdido. El juego se le había dado en contra y no tenía idea de cuál sería el próximo movimiento.

—Carver, dígame que lo haré —me dijo O'Dowda.

—Lo hará, Tony... y después le dará un tinte legal. Despídase de sus cinco mil. Hágalo y no sea tonto.

Tony me miró a mí, luego a Mimí. Gabriel comenzó a llorar en su cochecito; Tony arrojó el arma por el suelo hacia O'Dowda, quien hizo a un lado a Mimí como a un haz de heno y recuperó el arma con la mano libre. Ya enderezado, nos regaló una amplia sonrisa.

—Bien, ahora podemos hablar de negocios —forzó a Mimí a cruzar la habitación en dirección a la puerta abierta del cuarto donde yo había estado. La metió adentro,

cerró la puerta, corrió el cerrojo. Tony hizo un movimiento para levantarse pero O'Dowda se lo impidió amenazándolo con la pistola y se le acercó con lentitud.

—Estoy un poco entumecido por ese paseo, pero comienzo a relajarme. Bien, después de los negocios, el placer. Ése es el orden. Levántese.

Se puso la pistola en el bolsillo y se colocó de espaldas a Tony. Tony debe de haber pensado que era un idiota al darle la oportunidad. Yo podría haberle dicho que iba a cometer otro error. Intentó lanzarse de repente contra O'Dowda, pero antes de que pudiera ponerse de pie, O'Dowda le dirigió un puntapié al pecho enviándolo de cabeza al suelo. El impacto le hizo volar los anteojos que llevaba puestos. O'Dowda lo agarró de la camisa y de un tirón lo puso de pie y le aplastó la cara de un puñetazo y lo lanzó contra la pared.

No era agradable de observar. De todos modos, Tony sin anteojos no veía casi nada. O'Dowda sólo lo utilizó como una bolsa de arena. Lo retuvo en un rincón de la habitación y lo golpeó hasta que Tony no pudo sostenerse en las piernas, entonces lo levantó y volvió a pegarle y pegarle. Durante todo el tiempo Mimí gritaba como una loca en la otra habitación, el bebé lloraba como si tuviera un ataque y yo sentí una cólera asesina que me atravesaba. Tony no sólo estaba recibiendo lo que se buscó, sino muchísimo más.

Grité:

—¡Basta ya, O'Dowda! ¡Lo va a matar!

O'Dowda, sosteniendo a Tony, se volvió para mirarme.

—No me venga con eso, maldito Carver. Conozco exactamente el límite. —Se volvió y le dio otro golpe y lo dejó caer sobre el piso. Tony yacía allí, quejándose débilmente.

O'Dowda se restregó las manos, se examinó los nudillos, luego, como el bebé seguía llorando, se dirigió al cochecito y con suavidad le palmeó las mejillas:

—Calla, encanto. Tu papá se pondrá bien, pronto, aun cuando dudo de que lo reconozcas.

Se acercó a mí y sacó un cortaplumas del bolsillo de los pantalones.

—Póngase de pie y dese vuelta.

Me quedé sentado como estaba. En ese momento me estaba divirtiendo. Quería atraparlo, quería atraparlo más que a ninguna otra cosa en el mundo, y el pensamiento estaba actuando sobre mis glándulas. Todo se había puesto a producir activamente dentro de mí. El hijo de puta había venido aquí con las manos desnudas, con sólo su ingenio y el conocimiento de que podía salirse con cualquier cosa, y le había resultado bien, como siempre. Y yo quería demostrarle que por una vez las cosas no le resultarían bien.

—Cabeza dura, ¿eh? —me dio un golpe en la cara y la silla casi se cayó—. ¿Usted piensa que he creído en esa historia de que fue más listo que usted? Se necesitaría un hombre mejor que él para hacer eso. No, fue una idea brillante, muchacho, algo sacado de un libro de historietas. Ustedes se unieron. Él me saca

dinero... y luego se lo reparten y todavía continúa siendo mi agente, un gran trabajador pero sin éxito y con derecho a cobrar los honorarios. ¿Piensa usted que puedo creer eso? Póngase de pie o le haré volar la cabeza.

Me golpeó otra vez y me incorporé porque todavía necesitaba la cabeza. La necesitaba con urgencia. Sabía lo que O'Dowda iba a hacer. Iba a liberarme para luego hacer conmigo lo que había hecho con Tony. Tenía la impresión de que, aun cuando podía tomarle un poco más de tiempo, podría hacerlo. Estaba precalentado y listo para seguir gozando por anticipado de la diversión.

—Ha hecho bastante ejercicio para una mañana, O'Dowda.

—No lo creo. Todo lo que me ha provocado es una pequeña transpiración. Usted tiene que hacer algo mejor. ¿Cree que puede?

—¿Quiere apostar?

—¿Por qué no?

—¿Cinco mil dólares?

Rió:

—De acuerdo, canalla, traidor. ¡Ahora vuélvase!

Con lentitud me volví de manera que pudiera cortar las cuerdas de las muñecas. Yo sabía que desde el momento en que las cortara, tendría cuatro segundos para salvarme. Cuatro segundos. No parece mucho tiempo. En realidad es bastante tiempo, especialmente contra un hombre tan seguro de sí mismo como se sentía O'Dowda en ese momento. En cuatro segundos yo tenía que terminar con él o él terminaría conmigo. Podría estar poniendo en peligro los honorarios que debía pagarme, más cinco mil dólares, pero estaba dispuesto a preocuparme de eso después.

Estaba a mis espaldas y serruchaba impacientemente las cuerdas y yo las mantenía tensas de manera de advertir el momento en que estuviera libre. Estaba ansioso e impaciente por golpearlo. Eso me satisfizo. Estaba previendo sádicamente disfrutar y ganarse los cinco mil dólares con facilidad, toda su mente pendiente de eso, lo que significaba que no le quedaba margen para muchas precauciones. Mi única esperanza era sorprenderlo y terminar con él en cuatro segundos.

Las cuerdas cedieron y yo rápidamente llevé mis brazos al frente y antes de que supiese lo que estaba haciendo tenía el respaldo de la silla en las manos y frente a mí. Me di vuelta golpeándolo fuertemente con la silla al girar hacia él. Le di de lleno en el costado de la cabeza. Cayó de lado sobre el piso. Por una vez la dama fortuna no estuvo con él. Quizás al verlo bien y feliz la dama casquivana se había marchado a tomar un trago. La cabeza de O'Dowda dio en las lajas del piso con un crujido y allí se quedó, desmayado. Tiré a un lado la silla rota y me incliné sobre él. Respiraba. Le saqué el paquete y la pistola y no perdí tiempo. O'Dowda tenía la cabeza como una bola de marfil y no seguiría inconsciente durante mucho tiempo.

Le abrí la puerta a Mimí diciendo:

—Salga en seguida, antes de que vuelva en sí. ¡Andando...!

La chica no necesitaba que se la urgiera. La ayudé a arrastrar a Tony hasta el coche. Luego volví y recogí el bebé y mis dólares. Puse un veinte por ciento en la cartera del cochecito del niño y lo metí en el auto. Mimí se alejó en el coche velozmente, sollozando por lo bajo. Saqué la llave del coche de O'Dowda, luego volví al mío y me senté, con la ventanilla bajada, observando la puerta de la casa. Pocos minutos después salió O'Dowda trastabillando y agarrándose la cabeza.

—¡Gran pelea...! Me llevo lo que gané. Cuando su cabeza esté mejor conversaremos de todo.

Puse el coche en movimiento y arrojé las llaves en el camino un kilómetro más adelante.

Me dirigí hacia el norte lo más ligero que pude y a las cinco llegaba a Talloires, un pequeño lugar en el lado este del Lago Annecy. Tomé una habitación en el Abbaye con vista al lago y donde había estado antes. Llamé a Wilkins y la encontré precisamente antes de que dejara la oficina. Fue una conversación larga. Protestaba como una gallina vieja porque no había podido encontrarme en el número de Ansermoz.

No tenía más información que la conocida, sobre el general Seyfu Gonwalla y Mrs. Falia Makse; es decir que él era el Jefe de su gobierno y ella la esposa del Ministro de Agricultura. No pudo conseguir información alguna acerca de Miss Panda Bubakar. Por nuestro contacto en la ciudad se había encontrado con el hecho de que la compañía de United Africa de O'Dowda había estado a punto de obtener el monopolio de los derechos sobre minerales y concesiones para la explotación de minas del gobierno anterior al de Gonwalla. Sin embargo, un golpe de estado militar había instituido a Gonwalla y las negociaciones quedaron trucas. Imaginé cuán fastidioso debió ser eso para un hombre como O'Dowda. No me parecía probable que tomase semejante pérdida sin hacer nada. Tenía la impresión de que el paquete envuelto en papel impermeable que estaba sobre la cómoda lo probaría.

Wilkins había estado con Guffy, pero no había podido sacarle nada más con respecto a las cartas anónimas concernientes a O'Dowda. Sin embargo, le había dicho que quería ponerse en contacto conmigo y que necesitaba saber mi dirección o número telefónico. Lo consideré, pensé que no había ningún inconveniente y le di el número de Abbaye, Talloires 88.02. Entonces le dije a Wilkins que había encontrado el Mercedes y que volvería pronto para pagar las cuentas que, sin duda, se habían acumulado.

—¿Está usted bien, personalmente? —preguntó.

—Intacto, excepto por un rasguño de tres pulgadas en el brazo izquierdo que he vendado con un pañuelo sucio. Fui atrapado por Miss Panda Bubakar. Vestía solamente corpiño y bombachas rosados. Entre paréntesis Panda es negra.

En el otro extremo de la línea, Wilkins se aclaró la garganta pero no dijo nada.

—¿Tiene algo más para informar? —pregunté.

—Una tal Miss Yunge-Brown ha telefoneado tres o cuatro veces, quería saber dónde estaba usted. Decidí que era mejor no decírselo. ¡Ah... sí! También hay otra cosa. Leí en “The Times” de ayer el anuncio del próximo matrimonio de Cavan O’Dowda con Mrs. Mirabelle Heisenbacher.

—Recuérdemelo para enviarle flores —corté.

Después llamé a Durnford en el Château de la Forclaz. Le di la ubicación del coche para que se la pasara a O’Dowda cuando volviera. Mi tarea estaba ahora terminada. Iba a enviarle la cuenta de mis honorarios dentro de unos días.

—¿Bajó hasta donde estaba el coche? —preguntó.

—¿Tiene alguna idea de lo frías que son las aguas de esos lagos, aun en setiembre?

—Si ha recuperado el paquete me gustaría hablar con usted en privado y pronto. Después de todo yo le dije dónde estaba. Y podría ser, más bien dicho, será para su provecho.

—Lo pensaré.

—¿Dónde está usted?

—Se lo diré si me promete no darle la dirección a O’Dowda —sabía que no lo haría.

—Se lo prometo.

Le di la dirección del hotel.

Después pedí que me subieran a la habitación una botella de *whisky* y un par de botellas de agua mineral. Llevé el primer *whisky* al baño y me quedé en el agua media hora. Ya vestido dediqué un segundo a deshacer el paquete envuelto en papel impermeable. Había una envoltura interior de gruesa tela plástica y adentro dos rollos de 16 mm de una película y un carrete de cinta grabada.

Saqué una de las películas, la llevé a la ventana, la desenrollé unos centímetros sosteniendo los negativos contra la luz. En realidad no me sorprendió del todo. En este trabajo se desarrolla un sexto sentido, un instinto para anticiparse a las cosas que suelen algunas veces quitar gran parte del placer de la vida. La corta tira de película que yo sostenía, mostraba a Panda Bubakar como figura prominente, con una sonrisa que iluminaba su cara voluptuosa. Estaba desnuda y lista para entrar en acción. El hombre que estaba en el fondo, un caballero de color, parecía lo suficientemente amplio de hombros para aguantar el embate de cualquier cosa, pero, aun así, se advertía una ligera nerviosidad en su actitud que yo podía comprender muy bien. No desenrollé más película. Personalmente he descubierto que si uno tiene que aceptar la pornografía (un poco, ocasionalmente, jamás hace daño, excepto para hacer que la vida resulte un poco más gris de lo necesario), es mejor que eso suceda después de comer y con un par de *brandies*. Me había prometido comer en el Auberge du Père Bise en el muelle y no quería estropear mi *gratin de queues d’écrevisses*.

Envolví todo y pensé qué medidas de seguridad convendría tomar. Al día siguiente pensaba alquilar un proyector y pasar la película y también la cinta grabada. Pero eso sería al día siguiente. El día siguiente sin duda llegaría pero yo no quería que llegara y me viera a mí privado del placer de una visión imparcial de Panda y sus amigos, además de escuchar la cinta que, tenía la impresión, sería más interesante porque daría mucho más alas a la imaginación que la película. De manera que llevé todo, incluyendo mis dólares en un paquete separado, al Auberge du Père Bise y les pedí que los guardaran en su caja fuerte por esa noche. Dijeron que lo harían, sin vacilación. Eso siempre es característico de un establecimiento de primera categoría, bien administrado. Mi hotel hubiera hecho lo mismo, pero yo sabía que eso sería uno de los lugares que, obviamente, registrarían primero. Los *écrevisses* estaban deliciosos. Lo mismo estuvo el *amble chevalier poché beurre blanc* que fue el plato que siguió... y aun cuando los *ambles* son parte de la familia de los salmónicos, no pensé en O'Dowda ni una sola vez.

A la mañana siguiente me alegré de haber tomado esas simples precauciones de seguridad. A eso de las ocho llamaron a la puerta y la camarera entró con el desayuno: café, panecillos calientes y medialunas, dos pequeños recipientes de dulce, uno de damasco el otro de frambuesa y un gran plato de caracolitos de manteca. Detrás de ella entró Aristide Marchissy la Dôle. Tenía el aspecto de no haber dormido durante una semana y que no le habían planchado el traje desde hacía un mes. Lucía una pequeña flor azul en el ojal de la solapa. En la mejilla, encima de otro corte hecho al afeitarse, tenía una tela adhesiva. Me sonrió con lentitud y ambigüedad, luego encendió un cigarrillo mientras esperaba que la camarera se marchara.

Me senté en la cama y dije:

—Hay una cosa importante que quiero dejar sentado. Tengo hambre, de manera que no toque las medialunas.

La puerta se cerró detrás de la camarera. Aristide se acercó, tomó un panecillo caliente, le puso manteca, quitó la tapa de plata del pote de dulce de frambuesa, puso una cucharada llena adentro del panecillo y quitándose el cigarrillo de la boca, lo engulló.

—¡Deje eso...!

—Usted especificó que no tocara las medialunas que, de paso, le diré que se hicieron por primera vez en Budapest en 1686. Ése fue el año en que los turcos sitiaron la ciudad. Cavaban pasajes subterráneos debajo de las paredes, de noche, pero los panaderos... naturalmente los que trabajaban a esa hora... los oyeron, dieron la alarma y Johny Turco fue arrojado. En agradecimiento a los panaderos se les dio el privilegio de hacer unas pastas especiales en forma de luna creciente la que, creo, todavía decora la bandera otomana. Fascinante, ¿no?

—Algún día —repliqué— tendré que comprarme un ejemplar del *Laurosse Gastronomique*.

Pero en verdad estaba fascinado. No por lo que había referido, sino por lo que hacía mientras hablaba. He registrado muchas habitaciones en mi vida y he visto a muchos expertos hacerlo, pero nunca vi un experto como Aristide dar vuelta una habitación. Lo hizo sin ningún alboroto, limitándose al probable tamaño de lo que estaba buscando. Era prolijo, ligero y después de registrar no quedaban señales de que nada hubiera sido perturbado. Encontró la pistola que le había quitado a O'Dowda y se la metió en el bolsillo sin comentarios.

Entró al cuarto de baño, luego salió y dijo:

—Bien. Ahora la cama.

De mala gana, me levanté. Registró las almohadas, las sábanas, el colchón y el elástico, volvió a poner las cosas como estaban y me hizo seña para que volviera a la cama, cosa que hice. Enmantecó y puso dulce a otro panecillo.

—¿Por supuesto, ya ha registrado la caja fuerte del hotel y mi coche?

—Naturalmente. Por supuesto, también sé que lo tiene... en alguna parte. Considerémoslo a usted por ahora, como su custodio. Si lo pierde, desde luego, se verá envuelto en dificultades.

Cuando terminó el panecillo, se acercó a la bandeja, sacó los terrones de azúcar de la azucarera y dijo:

—¿Le importaría que compartiera su café? He estado conduciendo el automóvil desde las cuatro de la mañana.

—¿Desde que Guffy le dio mi número telefónico?

—Sí. Lo hizo Miss Wilkins, por supuesto. No tuvo opción.

—No tenía que optar. Le había dado permiso. Es por eso que lo estaba esperando... aun cuando no tan pronto. Quizás ahora me diga cuáles son los cargos contra O'Dowda.

Sonrió:

—Tengo entendido que ha terminado su trabajo para él.

—He encontrado el coche, si a eso se refiere... y le he mandado decir a O'Dowda dónde se encuentra.

—Me parece que O'Dowda no está muy satisfecho con usted.

—Las noticias corren ligero en estos lugares. Usted debe estar en contacto con Durnford.

—Sí. Se ha comunicado con nosotros antes... primero en forma anónima..., luego abiertamente. No siempre ha sido honesto en el estricto sentido de la palabra con respecto a su objetivo. Ahora no lo es del todo. Pero ha prestado ayuda.

Levantó la azucarera convertida en taza e hizo un ruido horrible al sorber el café.

—¿Durnford fue la única persona que le mandó cartas anónimas? —pregunté.

—Que yo sepa, sí. Una me llegó a Interpol. Guffy recibió las otras dos en Scotland Yard.

—Y naturalmente, aun cuando podían no decir la verdad, ¿la policía no debía dejarlas de lado del todo?

Asintió con la cabeza, se sentó en la orilla de la silla y dijo:

—Guffy nos pasó las suyas. El sujeto en cuestión era, en cierto sentido, una figura internacional. Más particularmente para nosotros, una figura europea.

—¿Con un equivalente en la ficción? —recordando a Julia y la forma en que se había comportado con respecto a Otto, pensé que no era un disparo a ciegas.

—Si es que se tratara de una ficción. Ahí están los *Contes du Temps* del Chevalier Raoul de Perrault.

—O Giles de Retz, marqués de Laval. Creo que de Holinshed. Mi hermana solía asustarme con esos cuentos a la hora de dormir. Para ser una persona tan agradable, tan suave, tan hábil con las plantas tenía un gusto macabro para elegir cuentos de hadas a la hora de dormir.

—Todos los cuentos de hadas, los mejores, son macabros.

—¿Éste es un cuento o una realidad?

—Está por verse —se puso de pie y miró por la ventana a la terraza de abajo con sus árboles podados y más allá el lago—. Usted tiene un gusto muy costoso en materia de hoteles. De la *terrace ombragée belle vue sur le lac*.

—¿Es un verso?

—No. Michelin. Sirve para cualquier hotel que esté próximo al agua. *Repas sous l'ombrage, face au lac*.

—¿Quiere cambiar el tema?

—No particularmente.

Salté de la cama y comencé a buscar mis cigarrillos:

—Puedo entender a Guffy, que temiendo un asesinato me diga que mantenga los ojos abiertos si trabajo para O'Dowda, pero lo que no puedo entender... desde el punto de vista de Interpol... es el interés en lo que puede o no puede haber dentro de un Mercedes sumergido.

—¿No?

—No —encendí un cigarrillo, volví a trepar a la cama y me serví lo que quedaba de café.

Aristide se acercó desde la ventana:

—¿Ha terminado con las medialunas?

—Sí.

Se sirvió una de las que quedaban. La masticaba con lentitud, sonriendo. Luego dijo:

—Hay mucha diferencia entre Interpol y los asuntos semihonrados en que usted se ocupa.

—Naturalmente. No recibo ninguna pensión al final. Es por eso que son semihonrados. Tengo que conseguirme un buen asunto de cuando en cuando.

—Esta vez resista la tentación. Interpol es una organización policial. La *International Criminal Police Organization*. Inevitablemente, trata con cosas más serias que crímenes. Cualquier organización internacional tiene ocasionalmente que

aceptar alguna influencia política sobre sus miembros. El pequeño paquete que... le concedo eso... ha encontrado con tanta perspicacia y ha escondido con tanto acierto, es un asunto político.

—¿Y cuáles son las partes interesadas que ejercen esa influencia?

Lo miró de reojo y luego bajó un párpado haciendo un guiño cansado.

—Eso sería revelar demasiado...

—¿Puede decirme algo más que eso?

—No mucho. Excepto que los gobiernos interesados prefieren que ni Gonwalla ni O'Dowda lo recobren. Los gobiernos interesados podrían hacer buen uso de eso... si se vieran forzados a hacerlo.

—Estoy seguro. Aun cuando jamás lo llamarían extorsión.

—En manos respetables, para propósitos respetables, la extorsión es un arma respetable.

—Si le pone música será un éxito.

Salté de la cama.

Me preguntó:

—¿A dónde va?

—A tomar un baño y afeitarme —me quité el saco del pijama.

Me miró el brazo y me dijo:

—Lo han herido.

—Usted sabe cómo son las mujeres cuando se excitan.

—Podía terminar con algo más que un rasguño. Podría haber una acusación de asesinato en contra de usted.

—Ni siquiera usted puede decir eso con convicción. A propósito, presumiendo que yo tuviera el paquete, ¿qué precio ofrecería Interpol?

—Ninguno. Ni un céntimo.

—Tiene que hacerlo. Dígales que se olviden del perdón gratuito por el asesinato y que fije un precio.

Suspiró:

—Pasaré su solicitud. Entre tanto, tengo que advertirle que ese paquete tiene que sernos entregado dentro del término de cuatro días.

—¿O si no, qué?

Sonrió:

—Un subcomité disciplinario especial está considerando eso ahora mismo. ¿No le importa si me como el resto de las medialunas?

—Sírvase.

Fui al baño y abrí las canillas. Cuando volví para vestirme se había marchado.

Pero eso no significaba que iban a dejarme tranquilo. El paquete tenía importancia política. Interpol era una organización contra el delito pero (por mucho que Aristide odiara cualquier presión política, cosa que estaba seguro, porque estaba profesionalmente dedicado a combatir el delito) si se había dado una directiva ningún

funcionario podía hacer otra cosa que obedecer. Ahí estaba la verdadera diferencia entre Interpol y mis “pequeños asuntos semihonrados”. Yo no tenía que obedecer a nadie. Yo era mi propio jefe. Hacía lo que a mi juicio era mejor... especialmente para mí.

Levanté el receptor del teléfono y llamé al número del Château de la Forclaz. Si Durnford respondía me iba a poner un terrón de azúcar en la boca y farfullar un poco para disimular la voz. Desde ahora en adelante, en cuanto a mí concernía, Durnford tenía demasiadas planchas en el fuego para poder confiar en él. El teléfono fue atendido por una muchacha en el conmutador del castillo y pedí hablar con Miss Julia Yunge-Brown.

Cuando ella llegó al teléfono le dije:

—Habla Carver. Si quiere ayudarme empaque una maleta, tome el coche y desde un teléfono público llame a Talloires 88.02, lo antes posible. Si no me llama dentro de una hora entraré en un monasterio. Probablemente en La Grande Chartreuse... no está muy lejos. Incidentalmente, tuve un breve encuentro con Otto Libsch.

Bajé el receptor antes de que pudiera decir una palabra. Cuarenta minutos más tarde Julia llamó.



CAPÍTULO SIETE

“Destroce por completo los nervios y el corazón del héroe y deje que la heroína represente su parte”.

MARY ALCOCK

EMPAQUÉ mi maleta y abandoné la habitación. Luego bajé a recepción, pagué la cuenta y dije que volvería a eso de las cinco para recoger la maleta.

Hice una caminata a lo largo del lago hasta la villa. Pronto advertí que uno de los hombres de Aristide me seguía. Lo advertí no porque yo fuera demasiado inteligente, sino porque él quería que lo descubriera. Eso significaba que había otro en alguna parte. Si tenía suerte lo localizaría. Lo único que podía hacer ahora era aislar a éste y en seguida me puse en campaña.

El hombre que me seguía era gordo, usaba boina, un traje de lino viejo, y una cámara fotográfica colgada del cuello. Siempre estaba ocupado con la cámara cuando yo aparecía. Probablemente no tenía películas.

Lo hice pasear por aquí y por allá en la esperanza de detectar al otro, pero no lo logré y después de una hora abandoné, porque de pronto se me ocurrió que no era una cámara sino un *walkie-talkie* y que estaba informando a su compañero oculto en alguna parte.

A eso de la una volví al hotel y saqué el coche. Cuando conducía a lo largo de los muelles vi al hombre de la cámara sentado en un coche estacionado al lado de un *pissoir*. Tuvo suerte de encontrar un lugar para estacionar porque los muelles estaban atestados con los coches de los visitantes. Me sacó una buena instantánea cuando pasaba (objetivo f/11 a 250, con una espesa nube por delante; total, ¿qué le importaba?) para decirle a su compañero oculto que me había puesto en movimiento.

Conduje por el camino a Annecy durante unos dos kilómetros y luego giré a mano izquierda hacia los *links* de golf de Annecy. Estacioné al lado de otros tres o cuatro coches fuera de la pequeña casa del club y entré a almorzar. Cuando estaba en la mitad del almuerzo el hombre de la cámara ocupó una mesa lejos de mí y pidió cerveza y un sándwich. Había pocas personas almorzando y todas habían estado allí antes de que yo llegara. Eso significaba que el número dos estaba afuera en alguna parte en ese momento. Me tomé tiempo. Julia tenía un viaje largo por delante, aun en el Facel Vega, y varias cosas que hacer antes de que nos encontráramos.

Finalmente bajé las escaleras, pagué la tarifa y alquilé al profesional una pequeña bolsa de palos de golf. Yo tenía puesto un *pullover* y zapatos gruesos, de manera que no tenía por qué cambiarme, pero entré al vestuario con el pretexto de ver a un hombre respecto de un poodle. Estaban los avisos habituales en todas partes, pidiendo que no se arrojaran colillas de cigarrillos. Algún bromista había agregado abajo: *Cela les rend si vachement difficile a fourrier après.*

Me interesó mucho una cámara, colgada de una de las perchas del vestuario. No la examiné, pero tomé nota de una chaqueta marrón que también estaba en la percha.

Cuando salí había un hombre tirando pelotas en el *green* para *putting*. Vestía pantalones marrones que hacían juego con la chaqueta colgada en el vestuario. Usaba mocasines de gamuza. No importaba, como buenos policías, hacían lo mejor que podían. Era imposible haber previsto la visita a los *links* de golf. Era un hombre corpulento, con la estatura, tamaño y apariencia de un de Gaulle, pero con una sonrisa vacilante, nerviosa en la cara cuando lo saludé con la cabeza, actitud que jamás hubiera tenido un hombre señalado por el destino. No parecía poder decirle “no” a nadie. Pero las apariencias son engañosas... porque si no Aristide no lo hubiera elegido. Iba a pegarse a mí. Por un momento estuve tentado de pedirle que se uniera a mí, hacer una apuesta fuerte y ganarle. Pero pensé en Julia y renuncié a ese placer.

Tuve la suerte de tener que actuar en un terreno familiar. En una oportunidad había pasado un mes memorable en este lugar y jugado en estos *links* varias veces. Trepé la pendiente decorada con el palo de la bandera hasta el *tee* y vi que mi perseguidor estaba vagando del otro lado para tirar después que yo.

No me apresuré. No podía hacerlo porque era uno de esos días en que estaba con el pensamiento puesto en otra cosa. Si hubiera estado jugando la vuelta completa (cosa que no iba a hacer) algo en mis huesos me decía que jamás bajaría de los cien golpes. Perdí una pelota en el primer hoyo, en el pasto alto de la ladera, a mano derecha del *green*. Mandé una fuera de los límites en el segundo, sobre un muro de piedra y árboles hasta el jardín de un *bungalow*. En el tercero, que era un hoyo corto, de unos ciento ochenta metros y que se encontraba en el punto más alejado de esta sección de los *links*, le pegué bien y la pelota fue a caer a dos metros y medio del *green*. No me sentí muy contento con eso porque éste era el punto que había elegido para las operaciones. No quería hacer un par, lo que quería era un mano a mano con el hombre entre los arbustos, de manera que elegí un hierro siete y envié la pelota violentamente a través del *green* hasta los matorrales, nueve metros más allá. Entonces comencé a buscarla y naturalmente no pude encontrarla. Detrás de mí, el tipo que me seguía, hizo un mal tiro a mitad del *fairway*, y luego otros tiros malos, acercándose al *green* y dándome tiempo para encontrar la pelota y seguir jugando.

Di un paso más atrás de los arbustos y cortésmente le hice una seña con la mano llamándolo. Tenía que venir. Era un lindo lugar, bajo y lejos, no muy fácil de ver desde la casa del club.

Mi perseguidor salió del *green* y luego, con la camaradería de un vagabundo, cruzó hasta donde yo estaba para ayudarme a buscar la pelota. Llegó con esa sonrisa nerviosa que sólo significaba que no iba a perderme de vista, y le di un golpe duro, con el costado de la mano cruzándole la tráquea y de nuevo otro golpe al costado del cuello, mientras se quedaba sin aliento y caía de espaldas, con un ruido de hierros provenientes de su bolsa. Allí quedó tendido.

Di un salto para cruzar los arbustos y corrí. A trescientos metros más allá del campo y de algunas parcelas pequeñas de granjas, estaba la ruta a Annecy.

El *timing* fue perfecto. Cuando llegué al camino, una bocina sonó detrás de mí. Era el Facel Vega que venía a Talloires y se detenía chirriando.

Un par de millas más lejos, atravesando Menthon sobre la ruta a Annecy, Julia giró hacia la derecha y subió la colina.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Conducía ligero, concentrada y respondió sin volverse:

—Tengo una cabaña para esquiar cerca de Megeve. No habrá nadie allí.

—¿Trajo todas las cosas que le pedí?

Asintió con la cabeza.

Le había pedido que alquilara un proyector y una grabadora cuando viniera por Annecy. Luego había ido a Talloires, donde recogió mi maleta del hotel y el paquete de la caja de seguros en el Auberge du Père Bise.

Cuando llegamos a Megeve, algunas horas después, se detuvo en la calle principal, próxima al Casino.

—No hay nada para comer en casa. Compre café y pan. Yo me ocuparé del resto.

Se estaba mostrando muy rápida y eficiente, desempeñando el papel de ayudante conspirador y disfrutando con ello.

Hechas las compras salimos de la ciudad, por la ruta a Mont Arbois, pasando los *links* de golf y luego una milla más adelante dio vuelta a un pequeño sendero de entrada. Aislada en medio de una ladera había una cabaña bien cuidada, de dos pisos, la fachada de tablones pulidos, las persianas pintadas de color rosa y gris en todas las ventanas con aberturas cortadas en forma de pequeños corazones.

Estacionó el coche en la parte de atrás sobre la grava y entramos todos los paquetes. Había una gran habitación principal con una estufa de cerámica en el centro, cómodos sillones, un par de divanes, y una escalera abierta que conducía al piso superior. En alguna forma no era muy diferente de la casa de Ansermoz.

Cuando depositamos todas las cosas en el piso le dije:

—Necesito una habitación para estar solo durante media hora. ¿De acuerdo?

—Puede utilizar el dormitorio grande de huéspedes.

La miré. Valía la pena mirarla. Vestía pantalones ajustados de género escocés, no podría decir de qué clan, pero había mucho rojo y amarillo... un *pullover* negro y una

chaqueta suelta de cuero. En la cabeza tenía una gorra con visera como la de un conductor de locomotoras. Podía imaginar la fotografía original en el “Vogue”.

Era apetecible; sólo mirarla me hacía sentir cosas... pero no había manera de olvidar el hecho de que las longitudes de nuestras ondas eran diferentes. No obstante, ahora tenía una idea de la estación que más o menos permanentemente sintonizaba ella. Como para confirmarlo preguntó:

—¿Y qué pasa con Otto Libsch?

—Hablaemos de eso a su debido tiempo.

Llevé el proyector, la cinta grabada y el paquete al dormitorio que le había indicado. Saqué una sábana de la cama cama, la colgué contra las persianas de madera y preparé el proyector. Entonces cerré con llave la puerta e hice pasar los dos carretes.

Era más o menos lo que había esperado; *dramatis personae* —Panda Bubakar y, con toda seguridad, los otros dos eran el general Seyfu Gonwalla y Mrs. Falia Makse—. Todo había sido tomado desde una cámara oculta en alguna parte en lo alto de la habitación. Durnford o Tich Kermode, pensé, serían los responsables de esto. Más probablemente Tich. Como demostración de acrobacia, tenía sus limitaciones; como estímulo para un hombre de negocios cansado, no era más que un asunto de rutina, pero para una exhibición privada al gabinete de Gonwalla sería una bomba, especialmente colocada bajo el sillón del ministro de Agricultura. La imagen pública de Gonwalla en su país era la de una sólida figura, paternal, firmemente dispuesta a terminar con la corrupción, la inmoralidad y todos los males sociales y económicos. Exhibida ante un grupo seleccionado en el país del general, era fácil advertir que la película provocaría un rápido cambio de gobierno. Cosa que, por supuesto, era lo que trataba de hacer O’Dowda.

La cinta tenía grabada una conversación entre el general y Mr. Alexi Kukarin. Se mostraban muy cordiales llamándose general y Alexi, respectivamente, y hablaban en inglés. Todo había sido grabado, estaba seguro, sin que lo supieran, de otra manera el general no hubiera hecho algunos de los comentarios que hizo acerca de sus colegas de gobierno y Alexi no hubiera hecho ciertas alusiones a los suyos, lo que lo hubiera convertido en una figura muy impopular en su país. El meollo de la conversación, sin embargo, era que a la gente de Alexi le agradaría suministrar aviones, armas y equipos a cambio de un porcentaje garantizado, muy grande, a bajo precio... de ciertos minerales, productos químicos, cosas simples e inocuas como cobalto, mineral de aluminio, uranio, que iban a ser eventualmente procesados a través de un monopolio estatal de los recursos minerales y explotaciones mineras, actualmente en proceso de formación. Además, Alexi insistía en que no debía pagarse compensación alguna a las empresas europeas ya existentes que operaban en el país. Incautación directa debía ser la norma. El general dudó en satisfacer este pedido, pero Alexi insistió... destacando que el país había sufrido décadas de explotación colonial y no había necesidad de ser blando. El general al fin estuvo de acuerdo.

Debo decir que, a juzgar por las cintas, sus caracteres se reflejaban muy bien. Alexi... a pesar de su encanto y bromas ocasionales... había recibido instrucciones y ante hechos concretos tenía aristas de diamante. El general era un individuo bastante agradable fuera del dormitorio, pero se mostraba quisquilloso, exigiendo que le explicaran las cosas una y otra vez. Tenía que poseer un gran caudal de simplicidad porque de otra manera jamás hubiera accedido a aceptar una invitación para utilizar el Château de la Forclaz. Yo sabía que O'Dowda había ofrecido el castillo para miembros visitantes del gobierno durante muchos años y al general no se le ocurrió siquiera rechazar la invitación, ya que con frecuencia había venido al castillo, en el pasado, cuando sentía necesidad de paz y tranquilidad en la estimulante compañía de viejas amigas como Miss Panda y Mrs. Makse. Todos vivimos y aprendemos. Es una cuestión de proporción entre ambas cosas. El general estaba muy lejos de haber logrado el equilibrio.

Desarmé los aparatos, luego envolví la película y la cinta grabada. Abajo la estufa estaba encendida, la habitación templada, botellas y copas habían aparecido en una mesa lateral. Podía oír a Julia atareada en la cocina. Revolví el escritorio y encontré papel y piolín para envolver de nuevo el paquete. Estaba seguro de una cosa y era que no quería tenerlo aquí más tiempo que el indispensable. Le puse una dirección y luego me asomé a la cocina. Julia estaba al lado de la piletta preparando algo con carne.

Le pregunté:

—¿Puede prestarme el coche? Quiero ir al correo de Megeve.

Julia miró el reloj:

—Estará cerrado.

—Siempre hay una manera...

Así fue. Volví por la ruta a los links de golf y dando una vuelta entré al hotel Mont d'Abois. Estaba bastante desierto porque era casi el fin de la temporada.

Le entregué el paquete y un billete de cien francos al empleado de recepción y le pedí que lo pusiera en el correo. Respondió que no iría hasta la mañana siguiente. Le dije que estaba de acuerdo, le pregunté si habían tenido una buena temporada, me respondió que regular y me marché.

Al entrar a la cabaña me resultaba agradable pensar que el paquete estaba fuera de mis manos. También me resultaba agradable ver a Julia.

Tenía puesto el vestido que había usado para ir a mi oficina la primera vez que la vi; podía haber sido intencional o por accidente. De cualquier manera, con sólo mirarla moverse era bastante para desvanecer la tensión de los últimos días. Le pregunté qué quería tomar y me respondió que *gin* y Campari con una gran rodaja de limón y mucho hielo. Todo estaba allí en la mesa. Me serví un *whisky* doble para mí. Ella se sentó sobre las piernas en el diván y tomó un trago con un simpático gesto de aprobación de la cabeza. Desde la cocina llegaba un delicioso aroma.

—¿Cocina usted tan bien como promete ese olor?

—*Cordon bleu...*

—¿Sabe porque llaman medialunas a las medialunas? —No.

Me estiré en un sillón y encendí un cigarrillo, bebí un trago y sentí las primeras caricias del *whisky* que bajaban por mi garganta amorosamente. Casi todo andaba bien en el mundo.

Casi, porque ella me estaba mirando con esa expresión de sus oscuros ojos de gitana y yo no estaba seguro por dónde debía comenzar. Aristide había llamado a mi trabajo semihonesto. Tenía razón. Bien, ¿por qué no? Por una vez, ¿por qué no ser completamente honesto por el placer de serlo? ¿Por qué no? ¡Podía valer la pena! Dolería por supuesto, pero yo tenía cuatro mil dólares para aliviar el dolor. Decidí pensar en eso seriamente, más tarde.

—¿Sabe escuchar tan bien como parece cocinar?

—Usted está nervioso por algo —respondió.

—Es natural. Estoy considerando la posibilidad de ser enteramente honesto. Ése es un terreno extraño para mí.

—Vaya despacio. No quiero estropear lo que estoy cocinando.

Lo hice. Ella escuchó. Abreviando fue más o menos así:

1. Había sido empleado por O'Dowda para rastrear su Mercedes. En el curso de mis investigaciones me había enterado de la existencia de un paquete... importante para O'Dowda... que estaba oculto en el coche. O'Dowda me había dicho que el paquete contenía bonos de un banco japonés. No lo creí.
2. Mientras rastreaba el coche se había puesto en evidencia que otras dos partes estaban interesadas en encontrar y obtener el paquete. Eran, en orden de actividad: Najib y Jimbo Alakwe, trabajando bajo las órdenes del general Seufy Gonwalla, jefe de un estado africano; y el Interpol.
3. Había encontrado el coche y sacado el paquete, que contenía cierta película y una cinta grabada (no mencioné el interludio de Otto ni de Tony).
4. La película era un informe, obtenido sin su conocimiento, de las actividades sexuales del general Gonwalla, Miss Panda Bubakar y una Mrs. Falia Makse en el Château de la Forclaz.
5. La cinta era una grabación, hecha sin su conocimiento, de una conversación entre el general Gonwalla y un tal Alexi Kukarin en la cual se acordaba un intercambio de armas, aviones y equipos contra una mayor proporción de la producción de minerales, etc..., del estado, en el país de Gonwalla.
6. Era evidente que la toma de la película y las grabaciones había sido secretamente planeado por O'Dowda para utilizarlos en el país del general con el fin de lograr que lo destituyeran del gobierno y de esta manera asegurarse el monopolio de los minerales y los derechos de minería prometidos a O'Dowda por el gobierno anterior.

7. Los hermanos Alakwe querían la cinta y la película con el fin de destruirla. O'Dowda la quería para asegurarse de que se le otorgara el monopolio. Interpol la quería para pasarla a la custodia de un gobierno o gobiernos interesados. Lo que ese gobierno o gobiernos hicieran con ella era pura suposición, pero indudablemente no iban a destruirla y así mantener al general Gonwalla en el poder, porque eso implicaría que existía un vínculo entre el Interpol y los hermanos Alakwe. Igualmente claro era que no iban a entregársela a O'Dowda, porque de otra manera Interpol se habría unido a mí. Es probable que su intención fuera hacer saber a Gonwalla que la tenían y que en el momento que desearan se las darían a los opositores de su gobierno, pero no lo harían mientras Gonwalla hiciera concesiones ya fueran políticas o económicas al gobierno o gobiernos interesados, y ninguna al gobierno de Kukarin.

En esta etapa le pregunté:

—¿Comprende eso?

—Sí, pero me sorprende que Interpol haga una cosa así.

—Los gobiernos no tienen moralidad. ¿Qué es la devaluación sino una defraudación a sus acreedores? Los gobiernos pueden cambiar de pronto, pero los individuos, no. Para ir al punto más importante...

12. Siguiendo la cuestión de moralidad... yo tenía el paquete vital. Tenía un trabajo semihonrado, patrocinado en su mayor parte por clientes que no eran novatos en maquinaciones financieras. Algunos eran malos pagadores. Se había hecho un hábito en mí, en casos especiales, suplementar los honorarios de los clientes imponiéndoles extras sustanciales para mí, cuando era posible. El dinero no pagaba impuesto y me enorgullecía de haberlo gastado con inteligencia y no sólo en mí mismo. Para decir la verdad, una cantidad considerable eventualmente volvía al gobierno en la forma de Impuestos al Juego. El verdadero problema del momento es: ¿Qué debo hacer con el paquete? Podría vendérselo a buen precio a O'Dowda o al general Gonwalla. O podría vendérselo a Interpol, aun cuando jamás me darían la suma de los otros. También podría destruirlo.

—Y ¿qué intenta hacer con él? —preguntó Julia.

—Es una pregunta para ponerme a prueba, ¿no es cierto?

—¿Le parece?

—Creo, que sí. ¿Qué haría usted?

—Echarlo al fuego en seguida.

—Rápida, positiva. Si lo tuviera. Si lo tuviera acá podría haberlo considerado, pero está a buen resguardo.

—Eso no me sorprende. Así evita hacer nada impulsivamente como quemarlo aquí y ahora.

—¡Qué chica inteligente!

—¿Disfrutó con la película?

No me gustó la forma en que lo dijo.

—He visto cosas mejores. Sin embargo, vamos a otro asunto, que es más doméstico. Interpol tiene otro interés en todo esto... aparte del paquete. Alguien les ha estado escribiendo cartas anónimas acerca de su padrastro.

—Ciertamente no fui yo.

—No, no había pensado que usted pudiera hacerlo. Pero creo que quizás tenga alguna idea de lo que pueden decir esas partas.

No respondió, pero estaba seguro de que tenía una idea. Antes de que el silencio fuera embarazoso continué:

—Bien, vamos a enfocarlo de otra manera. Usted ha estado esperando hablar de eso desde hace mucho tiempo. Si yo hubiera querido saberlo, tal vez lo hubiera obtenido de usted la primera vez que vino a verme. En cierta forma me alegró que no fuera así porque hubiera complicado las cosas. ¿Por qué no me dijo en seguida que Otto Libsch había sido en una oportunidad segundo chofer en el château?

—No creí que fuera importante.

Sin duda había estado esperando la pregunta, pero su respuesta no fue convincente.

—Mire, Julia —le dije—. Estoy de su parte. Tiene que hacer alguna concesión. Bien, saber eso de Otto en aquel momento no me hubiera ayudado mucho en la tarea que tenía que hacer. ¡Oh, imagino cuán vinculado estaba con Max! Zelia era una muchacha solitaria. Otto la llevaba a pasear. Hablaban. A ella le gustaba. Era modalidad de Otto hacer que la gente simpatizara con él. Quizá la llevó a una discoteca o alguna parte en Ginebra, le hizo pasar un rato agradable y entonces, eventualmente conoció a Max y mantuvo todo el asunto secreto porque era su primer romance importante o así era como ella lo veía. ¿Algo por el estilo?

—Sí, supongo que sí.

—Bien, si así fuera... no hubiera habido inconveniente en contármelo en Turin. Pero no lo hizo. Y yo sé por qué.

—¿Por qué?

—Porque usted tenía un interés diferente en Otto. ¿Correcto?

Ella me miró largamente y luego con suavidad asintió con la cabeza.

—Bien. A usted Otto le interesaba por otro motivo pero no sabía como manejarlo. No estaba segura siquiera de poder decírmelo a mí, porque todavía no confiaba en mí. Usted pensó, quizá todavía lo piense, que cualquier información privada o confidencial que yo obtenga, inmediatamente la uso para sacarle algún provecho personal.

—¡Eso no es cierto!

—¿No...?

—¡No! —su indignación parecía real y me halagó.

—En ese caso, dígamelo ahora. ¿Qué tuvo que ver Otto con la forma en que murió su madre?

Bajó con lentitud el cigarrillo, se puso de pie, se acercó a mí y tomó la copa vacía para volver a llenarla, dándome la espalda. Era una hermosa espalda, hermosas piernas, y me gustaba la forma en que su pelo oscuro caía sobre la nuca y el cuello.

—Espacio, con sus propias palabras —le dije para ayudarla.

Dándome la espalda, comenzó a hablar.

—Sucedio hace dos años. Todos estábamos en el château. Mi madre me dijo que iba a abandonar a O'Dowda. Que estaba enamorada de otro.

—¿De quién?

Julia se volvió para mirarme:

—No me lo dijo. No quiso decirlo. Creo que quizá en aquel momento ya estaba asustada. Dijo que lo sabríamos muy pronto. Partía a primeras horas de la mañana y Otto iba a conducirla a Ginebra. Esto sucedió tarde a la noche. Me fui a la cama y nunca más volví a verla.

—¿Por qué no?

Volvió y puso la copa ante mí.

—Me dijo mi padrastro al mediodía siguiente, que se había ahogado en el lago Lemán. Dijo que se había levantado temprano, llamado a Otto para que la condujera al lago..., teníamos un par de lanchas rápidas allí... y que se había marchado con Kermode y el bote había zozobrado.

—¿Podía ser verídica la historia?

—Mamá adoraba las lanchas y la velocidad. Y le gustaba salir temprano. Cualquiera otra mañana, fácilmente podría haber sido verdad. Pero esa mañana, no. ¡Esa mañana ella iba a huir para siempre con este otro hombre!

—¿Y nunca se recuperó el cuerpo?

—No. Pero eso sucede algunas veces en el lago. Es muy profundo.

—Comprendo. ¿Y Otto juró en el interrogatorio, que la condujo y la vio subir a bordo con Kermode?

—Sí.

—Kermode habrá contado su historia. ¿Mucha velocidad, curva cerrada, el hundimiento, galante esfuerzo para salvarla y etcétera, etcétera...?

—Sí.

—Usted y Zelia sospecharon desde entonces de O'Dowda...

—Creo que la hizo matar.

—¿Qué sucedió con el hombre con quién iba a fugarse? ¿Apareció?

—No.

—¿No tiene idea de quién era?

—No —fue a sentarse cruzando las piernas.

—¿Imagino que Otto dejó el servicio de su padrastro en seguida después de eso?

—Sí.

—¿Quiere que le diga quién era el hombre... el hombre con quién iba a marcharse su madre? —le pregunté.

—¿Cómo puede saberlo?

—Algo así como la bola de cristal, lo admito. Pero no tanto. El hombre era Durnford...

—¡Eso es imposible!

—No. No lo es. Estamos hablando de amor y el amor a veces se presenta en algunas combinaciones extrañas. Era Durnford. Es él quien ha estado escribiendo cartas anónimas. Su odio por O'Dowda no es el odio común y corriente que siente un secretario por su empleador millonario. Está tan lleno de odio por su padrastro que zumba como una avispa atrapada contra el vidrio de una ventana. Está haciendo todo lo que puede para hundirlo a O'Dowda... particularmente con este asunto del coche. Él debe haber sido el que en primer lugar informó a la gente de Gonwalla acerca de la película y cinta grabada. Haría cualquier cosa para liquidarlo a O'Dowda. Iba a marcharse con su madre y, de alguna manera, O'Dowda lo descubrió y se ajusta a su sentido del humor deshacerse de su madre y retenerlo a Durnford, sabiendo a medias que Durnford intuiría la verdad y no podía hacer nada al respecto. Ésa es precisamente, la situación que le agrada a O'Dowda. Es por eso que tiene las figuras de cera. Y Durnford ha estado tratando de echarle mano en cualquier forma que pudiera. Ha hecho tanto para cercar a O'Dowda que ahora se encuentra él en el medio, atrapado, una verdadera cabeza de turco... y si no tiene cuidado, Kermode lo llevará a dar una vuelta cuando O'Dowda se canse de todo el asunto.

—Durnford... ¡No puedo creerlo!

—Yo sí. Y puedo creer una cosa más. Si su padrastro asesinó a su madre no hay nada que usted ni nadie pueda hacer a ese respecto. Otto está muerto y no puede dar evidencia de perjurio. Kermode está vivo y no dará evidencia de perjurio. Ella fue al lago, como dijeron. No se puede probar lo contrario. No vaya a creer que ésa es únicamente mi opinión. Tengo la idea de que Interpol también opina así. De manera que le aconsejo que lo olvide. ¿Tiene usted dinero propio?

—Sí.

—Entonces siga el ejemplo de Zelia. Vaya a vivir sola. Sintiendo como siente, no puede seguir viviendo bajo su techo.

—Eso es precisamente lo que hice.

—¿Hizo...?

—Sí. Lo hice antes, pero sucedió esto de Zelia. Cuando usted me llamó por teléfono ayer estaba empacando para marcharme. Este chalet me pertenece. Iba a venir acá de todos modos para pensar.

—¿Le dijo a O'Dowda que lo dejaba?

—Sí, en una carta que le entregué a Durnford... Durnford... ¡No puedo creerlo!

—Sin embargo, yo apostaría que era él. ¿Mencionó por qué se marchaba, en la carta?

—No. Pero no tendrá dificultad para leer entre líneas. Y me importa un comino si lo hace.

Se puso de pie, estirando las arrugas del vestido sobre sus muslos.

—La vida es complicada —dije—. La mayor parte de las veces me gusta que sea así. Todo este asunto del paquete y de su madre... ¡Vaya... qué enredo! Algunas veces volver a las cosas simples resulta terapéutico. Lo primero que haré mañana temprano será buscar el paquete y destruirlo.

Ella sonrió por primera vez, sosteniendo sus manos frente al calor de la estufa.

—¿Lo hará?

—Iré a buscarlo ahora si usted quiere.

—¡No, a la mañana! No quiero que se estropee la comida.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina y se dio media vuelta, con el rostro otra vez serio.

—Crep realmente que es inútil hacer algo, acerca... bien, ¿acerca de mi madre?

—O'Dowda es millonario. Sabe la forma de cuidarse. Puede comprar y vender, no sólo a la gente, sino a la verdad. Mi consejo es que lo olvide. Si él lo hizo, algún día el cargo se volverá contra él. Pero no hay nada que usted pueda hacer.

Asintió con la cabeza y entró en la cocina.

Fue una comida muy buena. Comimos *tranches de mouton* cocinados en *brandy* y servidos con un puré de espinacas. Luego pasamos juntos una velada muy agradable.

Cuando subimos a acostarnos, se detuvo en su puerta y dijo:

—¿Es cierto que buscará ese paquete y lo destruirá?

—Será lo primero que haga a la mañana.

Se acercó a mí, me puso los brazos alrededor del cuello. Yo tenía que hacer algo con los míos de manera que la abracé. Julia me besó y un pequeño carillón me comenzó a tintinear en la cabeza. Se echó hacia atrás y me miró en los ojos.

—¿Por qué hizo eso? —le pregunté.

Sonrió:

—Para decirle que lamento haber estado equivocada con respecto a usted. Usted no es en absoluto lo que quiere que la gente piense que es.

Volvió a besarme y luego la aparté de mí.

—Julia, no tiene la menor idea de lo que soy capaz, cuando siento el estímulo adecuado. Y ahora ese estímulo está actuando —di una vuelta alrededor, abrí la puerta de su dormitorio, la besé y luché contra lo que tenía en mente, vencí y con suavidad la llevé del brazo hasta la habitación. Cerré la puerta y desde afuera le dije —. Cierre con llave. Algunas veces camino dormido.

Esperé hasta que oí girar la llave. Entonces me dirigí a mi habitación, diciéndome que por una vez haría las cosas en el orden correcto. Ante todo quería sacar del medio ese paquete, destruirlo. Me conocía demasiado bien. Podía haber entrado al dormitorio con ella, y recapitular el asunto del paquete a la mañana. Después de todo valía muchísimo dinero, y el dinero es una cosa real, en cambio muchas cosas se desvanecen y se marchitan.

Antes de desvestirme, saqué los cuatro mil dólares y oculté los billetes extendiéndolos debajo del linoleum. Si iba a hacer las cosas bien y todo salía a maravilla entre nosotros, sabía que volvería pronto. Y si las cosas me salían bien, el dinero seguiría estando aquí. Después de todo cada boxeador triunfante tiene derecho a la bolsa bien ganada.

Estuve en el Hotel Mont Arbois a las ocho de la mañana siguiente para buscar el paquete antes de que lo recogiera el correo. Llegué tarde. El correo ya se había marchado. Bien, tendría que recogerlo en Evian... donde lo había enviado a mi nombre, a poste restante. Conduje de vuelta con lentitud el Facel Vega, preguntándome por qué estaba tirando por la borda la oportunidad de cobrar unos cuantos miles más de libras. Por lo que podía ver no iba a sacar ningún beneficio. No podía siquiera detectar el más remoto comienzo de un cambio espiritual en mí. ¿Por qué lo hacía? Era evidente, solo para tener la aprobación de Julia. Algún día, pensé, podía encontrarme en las circunstancias de hacer algo simplemente por principio, sin otro aditamento. Sería interesante observar cómo me sentiría entonces.

Estacioné el coche en la parte de atrás y me apresuré a entrar en la cocina, deseando tomar café, tocino y huevos. Había un rico aroma de café que salía de la cafetera sobre la cocina, pero no había señales de desayunar ni de Julia. Me dirigí a su dormitorio. La cama estaba tendida, pero todas sus ropas y su maleta habían desaparecido. En mi dormitorio todo estaba en orden.

Bajé a la habitación principal, desconcertado. Sobre la mesa donde estaban las bebidas había un sobre apoyado contra una de las botellas, lo abrí.

Era de Panda Bubakar.

Amorcito

La hemos llevado prestada a tu Miss Julia por tiempo indefinido. No te preocupes, la cuidaremos bien. Dile a su papá que se la devolveremos tan pronto nos entregues... ya sabes qué cosa. ¡Qué pijama más elegante... el que usas!

Un puñado de besos. ¡Yum-yum!

Panda.

Entré a la cocina, me serví café y me senté a la mesa a pensar.

Tenía la idea de que todo provenía de Durnford tratando de liberarse como cabeza de turco del lío que había armado. Ahora estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para comprometer a O'Dowda y no pensaba para nada en las consecuencias. Si no podía lograr que yo le diera el paquete estaba dispuesto a ayudar a Najib a obtenerlo. Recurriría a cualquier cosa con tal de que O'Dowda no le echara mano.

Llamé al Château de la Forclaz y hablé con él.

Le dije dónde estaba y continué:

—¿Sabía que Miss Julia iba a estar aquí?

—Sí. Antes de marcharse me dijo que le enviara su correspondencia a esa dirección.

—¿Y le dijo a Najib dónde podía encontrarla?

—Lo que yo hago es asunto mío.

—Bien, todo lo que puedo decirle es que no salga a dar un paseo en ninguna lancha rápida, con Tich Kermode. Usted ha hecho un verdadero revoltijo con todas las cosas. ¿Dónde está O'Dowda?

—Está aquí y quiere verlo.

—Por supuesto que quiere. Dígale que iré muy pronto. ¿Ha leído la carta de Julia?

—¿Qué carta...?

—La carta en que le dice que ha terminado con él.

Después de un momento respondió:

—Sí.

—¡Qué lástima!

Corté.

Sabiendo ahora que Julia lo había abandonado, no era probable que O'Dowda considerara que Najib y compañía tuvieran en la muchacha una gran prenda para presionarlo a negociar. O'Dowda quería echar mano a ese paquete de cualquier manera. Le importaría un comino lo que le pasara a Julia... y podían pasarle muchas cosas porque Najib tenía en juego cosas muy importantes en representación del general.

Freí un huevo y seguí pensando. No llegué a ninguna conclusión. Entonces subí a empacar mis cosas, incluyendo el pijama "elegante". Tenía una idea clara de por qué Panda y Najib no esperaron a que yo volviera del hotel. No tenían interés en hablar conmigo. Irían directamente a hablar con O'Dowda.

Para mí sólo había una cosa clara. Yo estaba en posesión del paquete y no tenía intención de dejar que algo malo le pasara a Julia. Eso significaba que tendría que entregárselo a Najib. A O'Dowda no le iba a gustar eso, tampoco a Aristide. Los dos iban a hacer cuanto pudieran para detenerme. Por el momento decidí que sería mejor que el paquete se quedara esperándome en el correo de Evian hasta que arreglara las cosas.

Cerré el chalet con llave y me marché en el Facel Vega. Fue una gran cosa que no tuviera el paquete conmigo. A este lado de Cluses me detuvieron un par de policías en motocicletas. Se mostraron muy corteses, registraron mis papeles, y registraron el coche pulgada por pulgada. Decepcionados, me preguntaron adónde me dirigía. Yo no estaba muy seguro, pero para que se sintieran felices les dije que al Château de la Forclaz. Me despidieron con un par de floridas galanterías francesas y me escoltaron durante los quince kilómetros siguientes. Pero deben de haber estado ocupados con la radio porque cuando llegué a Thonon, al lado del lago apareció otro par de motocicletas, me hicieron disminuir la marcha, se colocaron uno en la proa y el otro en la popa y me llevaron hasta la ciudad y de ahí a la Quai de Rives donde se detuvieron. Aristide estaba esperándome, en un viejo y sucio bar.

Salió, despidió a la policía y se volvió hacia mí y me invitó a tomar una copa en un bar que había en el otro lado del camino. Ordenó un Pernod para él y una cerveza para mí, sonriendo con simpatía. La flor en la solapa estaba mustia y se había cortado en otra parte de la cara, con la navaja.

—¡Qué lindo trabajo hizo en los *links* de golf! —dijo.

—Me pareció muy limpio.

—¿Tiene chicas en todas partes de Francia a las que puede llamar en su ayuda?

—Unas cuantas... pero no diré ninguna dirección. No estoy en estado de ánimo para decir nada.

—¡Qué lástima! ¿Usted pasó la noche última con Miss Julia Yunge-Brown?

—Sí. Es una cocinera de primer orden, *cordón bleu* y comimos *tranches de mouton* en *brandy*. No sé cómo las cocinó, pero le llevó aproximadamente dos horas.

Asintió:

—Podía haber sido a la *Poitevine*. Debería haber tenido ajo. Aunque no fuera más que un poco.

—Lo tenía.

—¿Dónde está ella ahora?

—No lo sé. Salí a caminar antes del desayuno y cuando volví había desaparecido. Una amiga nuestra dejó esta nota.

Le mostré la nota de Panda. La estudió sin emoción y luego se la metió en el bolsillo.

—¿Qué tiene de especial ese pijama?

—El dibujo de la tela. Tiene todas las banderas del mundo.

—¿Julia recogió el paquete, por supuesto? Debí de haber pensado en el Auberge du Père Bise. ¿Y ahora ya lo tiene en un lugar seguro?

—Sí.

—Bien. Me disgustaría pensar que otra persona pudiera echarle mano. Eso sería una desgracia para usted.

—Naturalmente, hasta que pueda entregarlo a cambio de Julia.

Él negó con la cabeza:

—Está colocándose en un punto de vista demasiado caballeresco.

—Si no lo hiciera podría terminar flotando en el lago. El general Gonwalla, por mucho que le gusten las chicas, no tiene el corazón tan tierno. Quiere conservar el asiento de su poder caliente, de manera que no le importa un bledo quién va a parar a las aguas frías del lago.

—Poder, política... me envenenan la vida. Es agradable concentrarse en cosas simples como crímenes, robos, falsificaciones. Desgraciadamente no se puede elegir. Tengo las más estrictas instrucciones de obtener ese paquete. De acuerdo con su solicitud, mi organización está de acuerdo en pagarle por él —suspiró—. Hasta ahora pensé que sería un pequeño asunto de trueque entre nosotros. No hubiera obtenido el monto que Gonwalla u O'Dowda podrían haberle pagado, pero desde que su corazón está en el lugar adecuado sé que hubiera olvidado la ganancia extra con el fin de hacerme un favor. Ahora es mucho más complicado por este secuestro... y es más difícil para usted.

—¿Lo cree?

—Lo sé y usted también. Yo tengo que obtener el paquete para mis empleadores. Insisten, cruelmente Gonwalla puede ser cruel y también puede ser serio O'Dowda, pero la de ellos es una forma personal de crueldad. No se parece a la crueldad de una organización amorfa como un gobierno o grupo de gobiernos utilizando a una organización internacional perfectamente legítima. Ninguna persona sería personalmente responsable de la muerte de la chica y no es que no vayamos a tratar de encontrarla y liberarla, por supuesto, porque sería una necesidad burocrática.

—¿Usted pretende que yo le dé el paquete y deje que le pase cualquier cosa a Julia?

—Es lo que he estado diciendo.

—¿Usted sabe que no voy a hacer semejante cosa!

—Lo que sé es que va a tratar de encontrar alguna forma...

—¿Qué forma?

—Eso es asunto suyo. No tengo objeción para nada sobre lo que haga, siempre que me dé el paquete. Si no lo obtengo, por supuesto, ¿sabe lo que le pasará a usted...?

—Continúe, ¡amenáceme!

—Escapará de mis manos, desde luego. Felizmente otro departamento tratará con usted, de manera que no tendré sentimiento de culpa. Pero será eliminado... ¡sólo por pura irritación burocrática, por supuesto! No estoy sugiriendo que vayan a hacerlo en una forma sádica o en un trámite largo. Lo harán rápidamente y parecerá un accidente. Usted no es tan cándido como para pensar que todo lo que le digo es mera jactancia, ¿verdad?

No lo era. Me estaba presionando, pero detrás de la presión había un hecho, un simple y aterrador hecho. Harían exactamente lo que me estaba prometiendo. Como una imposición burocrática. Tendría que morir. Era una situación directa. Yo

tenía el paquete. Si se lo daba a Najib para recuperar a Julia... me matarían. Si se lo entregaba a O'Dowda (cosa que yo sabía que no haría) entonces sería lo mismo, con el agregado de que también moriría Julia. Si se lo entregaba a Aristide matarían a Julia porque Gonwalla necesitaba que alguien pagara por las complicaciones que veía frente a él. Todo lo que tenía que hacer era buscar la forma de encontrar a Julia, liberarla y luego darle el paquete a Aristide. Eso era todo. Simple. Pedí un Pernod. La cerveza era demasiado insípida en estas circunstancias.

Aristide me observaba en silencio. Bebí el Pernod demasiado ligero y me puse de pie.

—Tendré que pensar en eso.

—Naturalmente, Tiene mi número de teléfono. Llámeme.

—¿Y qué está haciendo usted sobre el otro aspecto del asunto O'Dowda? — pregunté.

Se encogió de hombros.

—Eso no es más que un simple asunto criminal. He recibido instrucciones de dejarlo en suspenso hasta que éste otro asunto mucho más importante esté resuelto. Usted va a ir al château, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces hágame el favor de no mencionarle a O'Dowda nuestro interés en este asunto. Que quede entre nosotros.

—Por supuesto. No haría nada para molestarlo.

Sonrió:

—Es la actitud correcta.

Me hubiera gustado darle una trompada en la nariz antes de partir. Pero no habría servido de mucho. Aristide no tenía nada que ver con todo esto. Era sólo un número. Recibía su paga y hacía los movimientos prescritos y cuando volvía a su casa de noche se olvidaba de todo, y quedaba immaculado. Si se limpia el cuchillo con un trapo mojado no se sabe en qué ha sido utilizado. Si se llena el formulario oficial correspondiente en la forma correcta, la oficina apropiada lo endosa y se archiva con cuidado en el gabinete debido, no hay por qué preocuparse.

Me dirigí bordeando el lago hasta Evian y luego telefoneé al château y hablé con Durnford. Pregunté si estaba O'Dowda. No estaba. Se había marchado a Ginebra por el día. Le dije que iría a verlo.

Con quién menos quería encontrarme en ese momento era con O'Dowda.

Estacioné al pie del castillo, entré y atravesé el gran *hall* hacia la oficina de Durnford. Estaba sentado en un sillón giratorio, mirando un fichero de color verde, fumando y a juzgar por la ceniza esparcida en la parte delantera de su chaleco, había estado en esa posición desde hacía un buen rato. Incluyó a un costado la cabeza cuando entré y luego siguió con los ojos fijos en el fichero.

Me senté y encendí un cigarrillo. Detrás del escritorio había una fotografía de O'Dowda, en la orilla de algún lago sosteniendo un pescado que debía pesar unos quince kilos.

—Ésta es una conversación absolutamente privada entre nosotros —le dije—. No entraremos a discutir el enredo que usted ha hecho de todo esto. Sólo quiero algunas respuestas directas. ¿De acuerdo?

Asintió y sacó un vaso de un cajón abierto del escritorio. Bebió un generoso trago, pestañeó mirando el fichero, luego puso el vaso en su lugar.

—¿Desde cuándo está bebiendo?

—Desde la hora del almuerzo.

—Bien, deje eso ahora hasta que hayamos terminado nuestro asunto. Antes que nada... ¿ha tenido alguna comunicación de Najib Alakwe hoy?

—No.

—¿Sabe que se ha llevado a Julia, y que no la entregará hasta que le dé el paquete que estaba en el coche?

—No.

No parecía muy interesado. Bueno, el *whisky* puede embotar la sensibilidad del mejor de los hombres.

—Cuando ha querido comunicarse con Najib en el pasado, ¿cómo lo hizo?

—Eso es asunto mío.

—Pero ahora es asunto mío. Quiero saber y estoy de un humor de perros, por lo que no tendría ningún inconveniente de golpear a un hombre mayor que yo. Así es que, largue...

Lo pensó durante un momento, luego se volvió, buscó en otro cajón y me pasó una tarjeta. La miré y me sorprendió cuántas facetas distintas tenía Najib. Era el Mr. Najib Alakwe de siempre, importador y exportador de especialidades, pero esta vez había una dirección en Ginebra. La di vuelta. Nunca se sabía con qué tipo de preciosidad aparecerían los hermanos Alakwe. No me defraudó. La divisa decía: *A bon entendeur il ne faut que demi parole*. Bien, esperaba tener algo más que una media palabra con Najib... y pronto.

Sin mirarme dijo:

—Todo lo que usted tenía que hacer era entregarme el paquete o destruirlo.

—Iba a destruirlo... pero usted lo estropeó todo. Ahora las cosas están un poco más complicadas.

Meneó la cabeza:

—Usted lo hubiera guardado. Hubiera ganado dinero con él. Lo conozco.

—Eso es lo que yo también creía... pero no resultó de esa manera —me incliné—. ¿Quiere que le dé un consejo?

—No, en especial —parecía completamente apático, no era la misma persona vivaz que había conocido.

—Empaque sus cosas y márchese de aquí, lo más lejos que pueda de O’Dowda. Usted iba a hacerlo cierta vez con su mujer y él lo impidió. Después debió haberse ido solo.

Levantó los ojos de pronto, pestañeando.

—¿Cómo supo eso?

—Hasta ahora no era más que una suposición.

—O’Dowda la asesinó.

—Me inclino a estar de acuerdo. Pero no puede hacer nada con respecto a eso. Después de lo que usted ha hecho, cuando O’Dowda se entere de toda la historia, me parece que le va a convenir hacer algo para salvar su propio pellejo.

—Tal vez lo mate —dijo.

—Ojalá pudiera pensar que es una firme determinación. Pero cuando termine el *whisky* su única preocupación va a ser tratar de liberarse de las consecuencias de la bebida.

—Tich Kermode lo hizo. Es un maldito y perverso canalla... peor que O’Dowda. A veces se emborrachan, esos dos. Se encierran en aquel maldito salón de figuras de cera con toda la gente que O’Dowda odió. Se los oye reír y caminar de un lado a otro con pesadez. Se los oculté a las chicas durante años y años, pero lo supieron al fin, por eso se marcharon.

Me dirigí a la puerta. Luego se me ocurrió una idea, le pregunté:

—¿Tiene un arma?

—¿Un arma?

¿Por qué los borrachos tienen que repetir las palabras como un eco?, pensé, y luego a mi vez repetí:

—Sí, un arma. Podría ser que yo necesitara una... y estoy seguro de que usted no la va a necesitar.

Creo que pensó que yo iba a usarla para matar a O’Dowda porque cooperó abriendo otro cajón y me alcanzó una pistola. No era algo que me gustara. Las armas están gobernadas por hados malignos. La miré y pregunté:

—¿Qué diablos es esto?

—Es todo lo que tengo —respondió, y me tendió una caja de municiones.

Era una pistola calibre 22 accionada por un tubo de aire comprimido Spaklet que podía disparar alrededor de cuarenta proyectiles, y cuya velocidad a los veinticinco metros de la boca del arma era de alrededor de ciento veinte metros por segundo. Era estupenda y contundente. Yo había utilizado una de estas pistolas en práctica de tiro en lo de Miggs. Esperaba que fuera bastante buena para impresionar a Najib y hacer que me devolviera a Julia.

Volví al coche y envié una lluvia de grava por el largo sendero de entrada. Quería apartarme del lugar antes de que O’Dowda llegara.

Estaba oscuro cuando llegué a Ginebra. La dirección que tenía estaba en un callejón sin salida pasando la Rue des Vollandes y no lejos de la Gare des Eaux-

Vives. Era un departamento en el piso alto y tenía una puerta tintada de azul con rayas diagonales amarillas. Cuando toqué el timbre un tañido de campanas tocó una melodía que me resultó vagamente familiar.

Mientras esperaba tratando de recordar qué era, se abrió la puerta y apareció Najib. Había vuelto a su antigua manera de vestir, zapatos color jengibre, traje de uno crema, camisa roja y una corbata amarilla, con guirnaldas de rosas multicolores por todas partes. Fue todo como un impacto, pero mantuve la pistola firme frente a él.

—Me gustaría entrar —le dije.

La cara oscura rió, la nariz chata se arrugó y los dientes blancos relumbraron.

—Desde luego, Mr. Carver. Me alegra volver a verlo. Bienvenido a esta humilde morada.

—Indique el camino y termine con ese parloteo de *Music-hall*.

Caminó delante de mí, por un pasillo mullidamente alfombrado, hasta una gran sala de estar. No era tan humilde. Los muebles estaban tapizados en terciopelo negro, la alfombra era gris perla con grandes dibujos rojos. Los cortinados eran verdes y las paredes estaban cubiertas con un papel que imitaba grandes trozos de granito con espesos trazos de argamasa en las juntas. Había un aparador de casi dos metros de largo, cubierto de botellas y de las cosas que las acompañaban, una mesa larga llena de revistas, cuyas cubiertas mostraban mucha carne femenina. El lugar estaba saturado de tabaco turco.

Najib se volvió, con la mano señaló alrededor y preguntó:

—¿Le gusta? ¿No? Los gustos difieren. Algunas personas dicen que parece el salón de una prostituta. Personalmente he encontrado muchos de esos salones cómodos y entretenidos. ¿Cuál es su bebida preferida, señor?

—Mi bebida preferida —respondí— es un gran vaso de *whisky* con soda, que yo mismo prepararé por si tiene veneno escondido por ahí. Personalmente espero no demorarme en la bebida porque quiero terminar el asunto rápidamente. Además, le ruego que termine con ese parloteo. Usted probablemente es doctor en letras y sin duda podría comenzar hablando de Chaucer mientras yo empiezo con Shakespeare, para terminar venciéndome en toda la línea cuando llegamos T. S. Elliot. De manera que limitémonos a una sintaxis razonable, Najib, ¿eh?

Me brindó esa sonrisa grande y abierta y respondió:

—En realidad soy doctor en ciencias económicas, pero no he descuidado las artes. También tenemos que aclarar los nombres. Me decepciona que sea tan poco fisonomista. Soy Jimbo Alakwe.

Me sorprendió tanto que él decidió preparar la copa para mí mientras yo me reponía. Dominada la impresión y cuando tenía la copa en la mano le dije:

—¿Qué demonios está haciendo usted aquí?

—Trabajando temporariamente. Najib tiene muchas cosas entre manos. Recuerde que ahora también trabajo para Mr. O'Dowda, de manera que tengo que estar en la escena.

—¿Lo que está queriendo decir es que O’Dowda lo ha contratado?

—¿Por qué no? No confía en mí, pero le gusta saber dónde estoy. También, si recibe de mí falsas informaciones con respecto a los asuntos de mi país, probablemente adivina que son falsas y puede sacar algo de ellas. La mala información puede ser tan reveladora como la información correcta. Mr. O’Dowda está dispuesto a pagarme por ambas. No necesito decir que mi lealtad, mi verdadera lealtad es para mi país. Estoy realmente orgulloso de eso. Una de las cosas, pienso, que han impedido que usted se haya convertido en un éxito, es que no es leal a nadie más que a sí mismo. Eso no puede llevar más que a ganancias limitadas. ¿Cuál es el precio que pide por el paquete? —levantó una mano y siguió de prisa—. Naturalmente la chica también le será devuelta, pero comprendo que querrá algo para sí. Pero no tanto, por supuesto, como en el caso de que no tuviéramos a la chica.

—Nada de dinero. Nada de paquete —le dije—. Quiero la chica.

—Creo —respondió Jimbo— que debemos discutir esta situación un poco más a fondo.

—Hagámoslo —y me senté en una silla mullida.

Jimbo buscó una caja de cigarrillos. Abrió la tapa y comenzó a oírse una melodía. Me sonrió.

—*Claro de luna*. El inodoro en esta casa toca *Sobre el puente de Aviñón*. Este departamento es de Panda. ¿Le gusta Panda?

—Es una gran chica. También muy buena nadadora. A propósito, me gustaría saber cómo ella y Najib supieron que yo estaba en el chalet de Ansermoz.

—Muy simple. Lo perdieron a usted de manera que llamaron a la casa. Usted respondió el llamado telefónico. ¿Recuerda...? Le dijo a la mujer que llamó que Max estaba en Cannes. Así se enteraron de que usted estaba allí. Después de eso lo vigilaron desde una distancia prudencial —sonrió—. Un hombre que viaja de prisa, soñando con los beneficios que va a obtener, debe mirar hacia atrás de vez en cuando.

—Debe hacer imprimir esa frase en una de sus tarjetas.

—Quizá lo haga.

Me puse de pie.

—Bien, echemos una ojeada por la casa. Camine adelante y no haga ningún movimiento raro.

Me mostró el departamento. Estaba amueblado totalmente de acuerdo con el gusto de Panda y no era difícil imaginar que lo utilizaba para sus trabajos profesionales. Era probable que en todos lados hubiera micrófonos y cámaras ocultas. Pero algo faltaba. Rastros de Julia.

Volvimos con Jimbo a la sala de estar y se sentó, tomó otro cigarrillo musical y con un gesto señaló las bebidas para que me sirviera.

Con la botella en la mano pregunté:

—Bien... no está aquí. ¿Dónde está?

Pulió su mentón de ébano con la punta de los dedos y respondió:

—Si lo supiera no se lo diría, pero lo triste del caso es que no lo sé.

—¿Por qué triste?

—Porque demuestra que Najib no procede como un hermano, que no confía en mí. Pero tampoco tengo manera de comunicarme con él. Me llama por teléfono cuando me necesita. Así es que le ruego que no se moleste en usar de la fuerza para hacerme hablar. No tengo nada que decir. Es la declaración más sincera que he hecho desde hace algunas semanas.

Me dejó pensando. Luego decidí darle el beneficio de la duda. Así lo comprendió y me hizo un significativo movimiento de asentimiento con la cabeza.

—Debo decir, sin embargo, Mr. Carver, que estoy autorizado a discutir detalles para un intercambio satisfactorio. ¿En qué precio estaba usted pensando?

—No pensaba en ningún precio. No pienso entrar en negociaciones.

—Poco caballeresco. Es una chica muy hermosa y... me lo dijo un pajarito... siente cierta ternura por usted. Piense que por un paquete que para usted no tiene ninguna importancia intrínseca, puede ganarse, digamos mil guineas y la entrega de la chica. Ella estará encantada y sin duda, eventualmente, le demostraría su gratitud en la forma en que los hombres constantemente piensan. Estoy presumiendo, por supuesto, que usted todavía tiene el paquete en un lugar seguro.

—Puede presumir eso. Pero no tendrá el paquete. Nadie lo tendrá.

Meneó la cabeza:

—¿Ni nosotros, ni Mr. O'Dowda, ni Interpol? —me sonrió con incredulidad—. Usted está, como se dice, en los cuernos de un dilema. Un dilema muy poco corriente, porque esta bestia contra la que usted debe luchar tiene tres cuernos. Me da mucha pena. Es una situación en la que no quisiera encontrarme. Como digo, la chica es muy hermosa. Lo que ustedes llaman, según creo, de tipo celta... no, no... gitano, sería la palabra, tal vez.

Por supuesto el hombre tenía razón. No sólo en cuanto al tipo físico de Julia, sino también en cuanto a mi dilema. En ese momento no sabía hacia qué lado inclinarme, qué hacer o adónde ir.

Durante un momento consideré hacer uso de la fuerza con él en la esperanza de que pudiera saber más de lo que decía, pero eso sólo fue durante un momento. Podía haberlo golpeado, pero no creo que hablara antes de desmayarse. Jimbo era un individuo resuelto, extraordinariamente orgulloso de su lealtad.

Terminé la copa y me dirigí a la puerta.

—Quédese allí sentado —le dije.

Asintió.

Me dirigí al pasillo y salí. Mientras cerraba la puerta del departamento me llegó por lo menos la respuesta a un interrogante. Advertí que la melodía que tocaba la campanilla de la puerta era “Feliz cumpleaños para ti”.

Unos minutos después, cuando estaba por subir al Facel Vega, estacionado en el callejón sin salida, Tich Kermode me golpeó en la nuca con una cachiporra y

O'Dowda me agarró como a un saco de patatas antes de que cayera al suelo. Me desmayé sin protestar.



CAPÍTULO OCHO

“Ningún ser humano, por grande o poderoso que fuera, logró jamás ser tan libre como un pez”.

JOHN RUSKIN

ERA un Rolls-Royce. Kermode lo conducía y yo estaba sentado en el asiento de atrás con O’Dowda. Tanteé el bolsillo buscando la pistola que le había pedido prestada a Durnford. Había desaparecido. Cuando O’Dowda vio que había reaccionado me tendió un frasco sin decir una palabra. Bebí, me estremecí y pestañeé mirando el camino que se desenrollaba delante de los faros. Estábamos subiendo por una empinada cuesta a través de los bosques de pinos. Probablemente, pensé, el camino de vuelta al château.

Kermode tenía su gorra de chofer inclinada en un ángulo garboso y estaba silbando bajito para sí, feliz con el pensamiento del rato agradable que le esperaba. O’Dowda vestía un traje de cazador, de un áspero Harris Tweed. Tenía una gran cicatriz en la sien derecha.

Nadie habló durante un tiempo largo. Luego, mirando directamente hacia el frente, O’Dowda dijo:

—Usted es un miserable.

No era un buen comienzo de conversación de manera que lo pasé por alto.

—Usted es un miserable. Lo mismo que Durnford, pero él es un miserable borracho. Por si le interesa, lo eché.

—¿Después de torcerle el brazo para que dijera dónde estaba yo?

—Los dos brazos —aclaró Kermode por encima del hombro.

Ambos hombres rieron alegremente.

No me agradaba la idea de las próximas horas. O’Dowda quería el paquete y yo estaba seguro de que no estaba pensando en una transacción... aun cuando yo hubiera estado en condiciones de proponerle alguna.

—Odio perder el tiempo. Alguien siempre tiene que pagar por eso, muchacho.

Bostecé, cerré los ojos y me recosté contra el respaldo tapizado con legítimo cuero de chancho.

O’Dowda preguntó:

—¿Qué le hace pensar que puede dormir?

—Trate de impedírmelo —me deslicé más abajo y exhalé un gruñido somnoliento.

—Va a ser divertido, señor —comentó Kermode.

O'Dowda asintió:

—Sí. Vale la pena esperar.

Desde el rabillo de un ojo entreabierto vi que sacaba un cigarro y lo encendía. A pesar del dolor de cabeza que sentía, me dormí.

Desperté cuando enfilamos por el sendero de entrada al château.

—¿Se siente mejor? —preguntó O'Dowda.

—Sí. Gracias.

—Bien. Lo necesito en condiciones de lucha. Y esta vez no voy a hacer ninguna apuesta.

Seguimos por el camino alrededor de un kilómetro pero no entramos al château. Tomamos un camino lateral, trepamos como medio kilómetro y nos detuvimos. Kermode apagó los faros. Afuera pude ver una extensión de agua de color azul acerado, que reflejaba la luz de la luna. Parecía un lago, y eso me trajo recuerdos desagradables.

A un costado del lago había una pequeña cabaña con un cobertizo para botes. Me llevaron allí y entramos a la gran habitación principal.

—Mi taller —dijo Kermode.

A un costado, había un banco largo, una chimenea abierta en el extremo más alejado y en el medio sobre una pequeña tarima una figura de cera de tamaño natural, desnuda y sin cabeza.

—Cuando esté terminada —dijo O'Dowda— va a ser usted. Utilizaremos el traje que usa ahora, de manera que quíteselo —miró a Kermode—. Enciende la calefacción, Kermode, para que este hombre no sienta frío.

Kermode se movió por la habitación, conectando tres o cuatro estufas eléctricas. O'Dowda encendió otro cigarro y se dirigió a un gabinete para servirse *brandy*.

—Hay una copa para usted —dijo— cuando se haya quitado la ropa.

Me desvestí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si me hubiera negado se habrían divertido haciéndolo por mí.

O'Dowda mientras iba en busca de mi *brandy* le preguntó a Kermode:

—¿Necesitamos los zapatos?

Kermode sacudió la cabeza:

—Demasiado engorroso.

O'Dowda me tendió el *brandy*:

—No tarde mucho en beberlo. Queremos atarle las manos a la espalda.

—¿Ya tengo un lugar destinado en la galería de los villanos? —pregunté.

—Todavía no —respondió O'Dowda.

—Hágame un favor, póngame bien lejos del policía. Les tengo alergia.

—Me lo explico. Supongo que Interpol habrá estado diciéndole que tiene que entregarle el paquete o de lo contrario...

—Sí, algo parecido.

—Cosas poderosas, los gobiernos —dijo O’Dowda—. Yo debería saberlo porque prácticamente soy dueño de un par de ellos. También tengo dos hombres de Interpol en mi lista de sueldos. De paso, a partir de hoy, ya no figura en la lista de mi personal. Lo que es más, no tengo intenciones de pagarle un penique de lo que le debo por el trabajo que ha hecho hasta ahora, si no me entrega el paquete.

—¿Por qué no? Usted me empleó para que encontrara su coche. Eso es lo que hice.

—Usted hizo mucho más que eso. Se apoderó de algo que me pertenece.

Mientras hablábamos, Kermode estaba atareado en un gran aparador. Por lo que podía ver estaba examinando una colección de cañas de pescar.

—¿Ha tenido alguna comunicación de Najib, últimamente? —pregunté.

Asintió, pestañeó con sus pequeños ojos azules y por entre el humo de su cigarro:

—Una llamada telefónica —dijo—. Para evitar rodeos, muchacho, permítame que le diga que estoy en conocimiento de toda la situación. Najib quiere que usted le dé el paquete a cambio de Julia. Interpol lo quiere o de lo contrario..., y yo me propongo conseguirlo. Muy incómodo para usted. Usted tiene mi simpatía, pero nada más. Oh... además hay otra cosa. Esa tontería de mi esposa muerta. Son puras tonterías. Precisamente el tipo de cosa que a Julia le gusta imaginar y en la que caería ese tonto de Durnford. No se equivoque, yo supe que tenía relaciones con mi mujer poco antes del infortunado accidente, pero no me preocupa. De todas maneras iba a divorciarme de ella. Ya había dado instrucciones a mis abogados para iniciar la demanda. Uno de esos pequeños accidentes de la vida me ahorró el costo de los honorarios. Kermode, átele las manos.

Kermode se acercó, cortésmente esperó a que terminara el *brandy* y luego me ató las manos a la espalda, bien fuerte, con una cuerda delgada.

Pensando que podía interesarme, dijo:

Es un trozo de línea de pescar de dacron Corolene.

—Corta como el diablo —dije.

—Para eso es, precisamente.

Miré a O’Dowda que estaba sirviéndose otro *brandy* y le pregunté:

—Si le doy el paquete a usted... ¿sabe lo que le pasará a Julia?

—Como que la noche sigue al día. El general Gonwalla puede ser un hombre muy cruel.

—¿Y a usted le importa un comino?

—No es en realidad hija mía, y de cualquier manera ahora ha roto toda relación conmigo. No tengo ninguna responsabilidad con respecto a ella. Eso no quiere decir que no sea una chica muy hermosa y que todo el asunto será lamentable. No me sorprendería que usted estuviera un poco enamorado de ella. Todo esto lo coloca en

una situación embarazosa; pero a mí no me interesa. Deme el paquete y trataré de hacer que Gonwalla entre en razón... aun cuando no puedo garantizar nada.

—Si lo hago, Interpol me liquidará.

—Sí, es muy posible. Es por eso que estoy seguro que tendré que usar algún método especial para lograr que usted me diga dónde está el paquete. No creo que me lo diga por propia voluntad.

Kermode miró a O'Dowda:

—Qué le parece, señor. ¿Esperamos a que aclare un poco?

O'Dowda asintió con la cabeza:

—Creo que sí. No será tan divertido como pescar una gran trucha de mar en la oscuridad, pero no debemos pretender demasiado. ¿Qué caña usaremos?

—¿La del salmón?

—Probaremos con la A. H. E. Wood —se volvió hacia mí—. Por supuesto podría ahorrarse todo esto diciéndome donde está el paquete.

—Lo destruí.

Sonrió:

—No, usted no haría eso, muchacho. Aunque me diera un certificado firmado por San Pedro, no lo creería.

—¿Y lo creería si fuera de San Patricio?

—Menos aún. ¿Cree que no conozco a los irlandeses? No, lo tiene en alguna parte a buen recaudo y lo conseguiré. Pensándolo mejor lo forzaré a que me lo dé. Necesita que le quiten algo del coraje que tiene. Yo no diría que su actitud hacia un hombre de mi *status* es suficientemente deferente. Y aun cuando lo dijera, hay una veta sádica muy desarrollada en mí que dice: ¡adelante, diviértete! ¡Dios, qué calor hace acá!

Se quitó la chaqueta de *tweed*. En el aparador, Kermode estaba adosando un carrete a la caña de pescar salmón. Tenía una idea bastante clara de lo que podrían hacer, pero no lo podía creer. Traté de recordar en qué momento podía darse el punto de ruptura de la línea en tensión y luego me acordé de haber leído en alguna parte que una buena caña y su línea habían detenido a un nadador verdaderamente fuerte, después de haberse alejado unos treinta metros. Dejé de pensar en eso. O'Dowda tenía razón. Hacía mucho calor en la habitación. El lago sería un contraste desagradable de temperatura.

Luego pensé en el paquete. ¿Qué demonios debía hacer? Todo el asunto me tenía confundido. ¿Dárselo a O'Dowda y perder a Julia? ¿Dárselo a Najib y salvar a Julia... pero ponerme a mí mismo en la salsa? ¿Dárselo a Interpol y salvarme y perder a Julia, y luego tener a Najib y a O'Dowda persiguiéndome con una pistola sólo por venganza política o económica? Si hubiera habido tiempo, por supuesto habría podido escribir a la columna de los corazones solitarios pidiendo consejo. "Dadas las circunstancias creo que éste es un problema que tiene que enfrentar francamente a su propia conciencia...". La dificultad era que mi conciencia no daba

señales de andar por ahí en este momento. La mía era esa clase de conciencia que jamás está cerca cuando realmente se la necesita.

Me senté, y noté que transpiraba. O'Dowda dormitaba. Kermode..., ¡vaya tipo...!, seguía ocupado removiendo algunos objetos de metal en un banco en el extremo de la habitación. De vez en cuando iba a la ventana y miraba afuera para ver si llegaba el día.

Después de un par de horas se acercó a mí y me puso un especie de collar de cuero para perro, alrededor del cuello. Había una argolla de acero ajustada al collar en la parte interna y atada a él una línea de tres metros de largo.

—Es un cable de acero forrado —dijo— para que no pueda partirlo con los dientes. Algunos peces grandes lo han logrado... pero usted tendría que tener muy buenos dientes para un trabajo así —luego miró a O'Dowda y, créase o no, cuando lo hizo había una expresión de suavidad en su tosca cara de mono—. Es una pena despertarlo. Necesita dormir, el patrón. Se excede demasiado. Siempre está en la marcha. No le haga caso a su manera de hablar sádica. En realidad tiene el corazón de un cordero. Sí usted le entregara el paquete ahora, daría el asunto por terminado. Probablemente le agregaría un suplemento a sus honorarios. ¿Qué dice?

—Parece demasiado excedido de peso —respondí—. El ejercicio le hará bien... o le dará un ataque. ¿Quiere que le diga cuál de esas cosas estoy deseando?

Fue a despertar a O'Dowda, sacudiéndolo con suavidad por el hombro, luego sostuvo la chaqueta para que se la pusiera.

Y ése fue el comienzo de la diversión. Me condujeron por la puerta lateral, Kermode llevando su equipo, hasta el cobertizo de los botes.

Entramos en un bote, Kermode tomó los remos y salimos al lago. Era una hermosa mañana; todavía no había sol, sino un atisbo y el cielo estaba de un color gris perla con un reflejo rosado hacia el este. Ni una nube en el cielo y algunas estrellas rezagadas titilando en protesta contra el día que llegaba. Algunos patos se levantaron de entre las cañas próximas al cobertizo de botes.

—Patos de mar y algunos lucios —dijo O'Dowda—. Tratamos de que haya “ojos dorados” pero no se quedan.

Mientras hablaba se inclinó hacia adelante ajustando el extremo del carrete de la línea al extremo suelto del cable de cuero.

—Asegúrese que el nudo esté fuerte —le dije.

—No se preocupe, muchacho —respondió con entusiasmo—. Me han quebrado el aparejo pero jamás he perdido un pez por un nudo mal hecho. Todo lo que tiene que hacer cuando ya sienta que es suficiente es gritar. No tarde mucho porque puede quedar sin fuerzas para gritar.

Levanté la rodilla derecha, tratando de darle en la cara antes de que pudiera ajustar el nudo, pero fue más rápido que yo. Una de sus manazas se apoderó de mi pierna y la retuvo. Desde mis espaldas Kermode se inclinó hacia adelante y me tiró

para atrás y O'Dowda se puso a horcajadas en mis piernas y terminó de hacer el nudo.

A partir de ese momento no quisieron correr ningún riesgo conmigo. Me quitaron los zapatos, me levantaron y me arrojaron al agua.

Me sumergí y pensé que subiría a la superficie con el repentino golpe de frío; y mientras todavía estaba sumergido sentí que el collar se apretaba firmemente alrededor del cuello. Cuando subí a la superficie el bote se había alejado unos veinte metros. O'Dowda estaba de pie, con las dos manos sosteniendo la línea para salmón, haciéndome perder fuerza. Kermode sostenía los remos, no remaba, sólo mantenía el bote tranquilo.

Pataleé en el agua y sentí que mi camisa y calzoncillos estaban inflados alrededor de mí. El frío comenzaba a cortarme. O'Dowda aumentó la presión a través de la línea y mi cabeza se adelantó hasta que la cara estuvo debajo del agua. Me vi forzado a mover las piernas y a nadar hacia el bote para lograr respirar. Oí que el carrete ajustaba la línea y la presión volvió nuevamente cuando dejé de nadar. Otra vez la cara se me hundió en el agua. En ese momento me puse de espalda y pataleé alejándome con fuerza de la dirección del bote, sabiendo que el tirón de la línea por lo menos mantendría la cabeza hacia atrás y la cara fuera del agua. Lo hizo y casi me estranguló. Nadé contra ella lo más que pude y luego la presión de la línea me detuvo, me hizo girar y volví a hundirme unos sesenta centímetros. Si yo hubiera sido un salmón habría subido en un gran salto curvo de color plateado, con la esperanza de tomar descuidado a O'Dowda y romper la línea o quebrar la caña. Subí como un saco de pelo de caballo mojado, ahogado y jadeante en busca de aire mientras oía que O'Dowda gritaba:

—Vamos, muchacho, dele a esto un poco de animación. He visto un pececillo de un kilo hacerlo mejor.

Lo intenté otra vez. No para complacerlo, pero en la esperanza de llegar a la orilla a unos cincuenta metros de distancia. Nadé hacia el bote pero en ángulo oblicuo, tratando de ganar un poco de terreno hacia las aguas bajas. Si podía hacer pie y pararme, podría tener bastante fuerza en los músculos de los hombros y del cuello para mantenerme hasta que pudiera girar un par de veces enrollando la línea alrededor del cuerpo y agarrarla con los dedos libres.

Kermode dijo:

—Mire, señor. Se dirige a los pajonales. ¡Ah, es un hombre astuto!

El bote alteró la posición y mi cara volvió a estar bajo el agua cuando O'Dowda ajustó la línea. Luché contra eso estirando las piernas hacia adelante para hacer subir la cabeza y luego reclinándome contra la línea tensa, tomando toda la tensión en el cuello. O'Dowda me sostuvo así unos momentos. Vi el arco de la caña inclinarse más y ya no pude luchar contra la fuerza de la línea y la caña de bambú. Mi cara volvió a

hundirse y tuve que patear hacia adelante velozmente para disminuir la tensión de la línea y sacar la boca fuera del agua. Tragué aire, pero antes de que tomara todo el que necesitaba, el bote se apartó de mí y volvió la tensión. Durante cinco minutos O'Dowda jugó conmigo, dejándome tomar el aire suficiente y la tregua necesaria para mantenerme vivo, pero poco a poco me estaba debilitando y desesperando cada vez más, sabiendo que me estaban ahogando lentamente. O'Dowda pudo haberlo hecho rápidamente, pero se tomaba tiempo. Una y otra vez yo levantaba la cabeza y veía el bote y los oía reír. Hice un último pateo en busca de las aguas bajas, pero me detuvieron en seco. Luego desapareció la tensión y me permitieron respirar.

O'Dowda gritó:

—Bien, ¿dónde está el paquete?

Me tenía atrapado. No había duda con respecto a eso. Otros cinco minutos más y no me importaría lo que me pasara. Pero por el momento estaba suficientemente consciente para que me importara el futuro. Con franqueza no quería morir y no estaba en estado de ánimo de sacrificarme por nadie. Quería seguir viviendo. Es un poderoso instinto que eso no admite discusión.

Abrí la boca para gritar, pero Kermode dio un par de golpes a los remos y O'Dowda puso más tensión en la línea y mi cara se sumergió. Por un momento quedé vacío de pensamientos inteligentes, sumergiéndome en la oscuridad, y estúpidamente me decía que aquello era más que suficiente para que un hombre odiara la pesca por el resto de su vida...

Debieron haber advertido que estaba terminado y dispuesto a hablar, porque la tensión desapareció de la línea. Subí con lentitud a la superficie y me quedé en el agua de espaldas, dando la cara al cielo de oro y plata de la mañana, viendo volar a un par de estorninos. Me quedé allí tendido tragando el maravilloso aire.

La presión había desaparecido de la línea ahora y oí que el bote se acercaba a mí, el carrete cantando mientras O'Dowda levantaba la línea floja.

La voz de O'Dowda preguntó:

—¿Está listo para hablar?

Giré y lo miré. El bote estaba a unos cuatro metros. Me moví en el agua débilmente y asentí con la cabeza.

O'Dowda dijo:

—Bien. ¿Dónde está?

—Tendré que ir a buscarlo. Me lo envié a mí mismo —respondí.

—Cuánto tiempo llevará.

—No mucho. Está en el *poste restante* en...

En ese momento varias cosas pasaron que interrumpieron la frase. Se oyó un disparo, O'Dowda se agachó, levantando la punta de la caña y la tensión volvió rápidamente a la línea ahogando el resto de mis palabras.

Con debilidad pateé para quitarle la tensión. Se oyó otro disparo desde algún lugar a mi izquierda. Estiré la cabeza y alcancé a ver tres figuras de pie en la orilla

distante. Una de ellas se sumergió en el agua en mi dirección. Al mismo tiempo los otros levantaron una mano y oí otro disparo. O'Dowda y Kermode se tiraron al fondo del bote y la presión cesó por completo.

Hice algunos débiles pataleos hacia quien fuera que venía en mi dirección. Pocos segundos después una voz familiar dijo:

—Quieto, amorcito, mientras te saco el anzuelo de la boca. Yum Yum, tendremos pescado para la comida.

Era, bendito sea su corazoncito negro, Panda Bubakar, que venía hacia mí ligera, una sonrisa en la cara, los dientes blancos reluciendo y sosteniendo entre ellos un cuchillo.

Llegó hasta donde yo estaba, tomó el cable subió la mano hasta la línea y la cortó con el cuchillo. Luego me volvió de espaldas, me tomó del cuello de la camisa y comenzó a remolcarme hacia la orilla, mientras los dos que habían quedado allá arriba disparaban ocasionalmente para mantener a O'Dowda y a Kermode en el fondo del bote.

Cuando llegamos a tierra Panda me sacó y me ayudó a ponerme de pie y luego, colocándose detrás de mí, me liberó las manos.

—¡Vaya, amorcito, tienes predilección por el agua! Tu madre debe de haber sido una sirena.

En la orilla, un poco más arriba, estaban Najib y Jimbo Alakwe, ambos con pistolas en las manos. Najib, limpio y cuidado con un traje gris oscuro, me sonrió; y Jimbo con pantalones rojos y una camisa transpirada, suelta, de color amarillo, con una cabeza de hombre impresa en negro; una cabeza sucia, de cara ordinaria, con la palabra *Beethoven* escrita debajo. También me sonrió, pero sólo brevemente, alejándose para dispararle otra vez al bote.

Cuando tuve las manos libres, Panda me dio un mojado palmazo en el trasero diciendo:

—Empieza a correr, buen mozo. Mamá te mostrará el camino.

Comenzó a subir y a alejarse de la orilla. La seguí, trastabillando, entumecido por la falta de circulación, pero ahora con suficiente interés en la vida como para echar una atenta mirada a su esbelta y oscura figura de pechos llenos, vestida sólo con bombachas y breve corpiño. Al llegar a lo alto de la orilla se inclinó, recogió el vestido que estaba tirado en el camino y siguió corriendo.

—Estaré con ustedes lo más pronto posible —dijo Jimbo cuando pasamos.

—Yo todavía más pronto —dijo Najib e inclinando la cabeza, agregó—: buenos días, Mr. Carver.

Panda me llevó por entre los árboles a un pequeño sendero y finalmente a un espacio abierto detrás de la cabaña. Estacionado cerca del Rolls-Royce estaba su Thunderbird.

Al llegar al coche abrió la portezuela de atrás y buscó un par de mantas.

—Vamos, amorcito. Quítate esas cosas mojadas y envuélvete en esto. Y, muchacho —me previno— no hagas jugarretas. Nada de sacar una linterna del pantalón y golpearme. Vaya, qué decepción resultó para una chica que un hombre le hiciera eso.

Se dio vuelta a medias y comenzó a quitarse las bombachas y el corpiño mojados y luego se puso un vestido. Yo también me desnudé y me envolví en las frazadas y ella me empujó dentro del coche en el momento en que Najib y Jimbo aparecían corriendo.

Mientras pasábamos al lado del Rolls, Jimbo hizo un disparo en cada una de las ruedas posteriores.

Cinco minutos después estábamos marchando a toda velocidad por el acceso al castillo hacia la ruta principal. Mis dientes castañeteaban como las teclas de una máquina de escribir eléctrica.

Najib, al lado de Jimbo, que estaba conduciendo, miró hacia atrás y le tendió un frasco a Panda.

Con un guiño, Panda dijo:

—Las damas primero... lo que casi significa yo primero —tomó un buen trago y me ofreció el frasco medio vacío ya.

Tomé un largo trago. Panda dijo:

—Sigue chupando, bebé. Pronto te daremos un lindo baño caliente y mamá te dará una fricción después. ¡Whoof! ¡Whoof! —me puso un brazo alrededor del hombro y me dio un abrazo como el de un oso.

Jimbo mientras conducía comentó:

—No cabe duda de que ese millonario tiene pasión por la pesca. La única vez que yo lo hice fue con granadas de mano en un río de mi país. ¿Recuerdas eso, Najib?

Si Najib lo recordaba, no consideraba que fuera nada que valiera la pena. Se volvió a mí y preguntó:

—¿Usted le dijo algo?

—Dos segundos más y lo hubiera hecho. No tenía idea de que el agua pudiera ser tan fría.

—Sin embargo, saludable —dijo Panda—. Nadar a la mañana temprano hace que los viejos corpúsculos comiencen a menearse y se pongan en condiciones de hacer picardías.

Se inclinó hacia adelante y me arregló la frazada alrededor de las piernas. Encontró cigarrillos y encendió uno para mí, metiéndomelo en la boca y dándome un gran beso maternal en la mejilla.

—Lindo. Yum Yum —dijo y dirigiéndose a Najib agregó—: ¿pueden dejármelo después que terminen con él?

Najib respondió:

—¡Panda, por amor de Dios, cállate un momento!

—¿Siempre es así? —pregunté.

—Hasta cuando duerme —respondió Jimbo y se rió entre dientes.

—Por cierto que sí —continuó Panda impertérrita—. Tengo más de quinientos testigos que darán fe.

Y desde ahí, hasta Ginebra, y hasta el departamento de Jimbo siguió, de la misma manera, sin que los dos hombres de adelante le prestaran atención. Su charla no me perturbó mucho. Tenía demasiadas cosas en qué pensar. Pero tuve que luchar para liberarme de sus largos brazos y manos cuando ocasionalmente trataba de verificar dentro de la frazada si estaba cómodo y calentito.

Nadie se fijó en mí cuando atravesé el *hall* y llegué a los ascensores envuelto en la frazada. Ginebra es una ciudad cosmopolita. Si un zulú pintado para la guerra caminará por la calle todo el mundo sabría que no era más que una persona que se dirigía a una conferencia para obtener ayuda económica.

Panda me preparó un baño, sugirió que lo compartiéramos, gritó como un cachorro decepcionado cuando logré dejarla afuera, pero se sintió feliz cuando tuve que llamar para pedir una toalla y no hubo forma de evitar que me friccionara.

Me encontraron un traje azul marino de Najib, una camisa blanca y otras menudencias, pero el único par de zapatos que había eran de gamuza color jengibre.

De vuelta en la sala de estar pregunté:

—¿Por qué siempre usa estos zapatos de gamuza color jengibre?

—Los conseguimos al por mayor —dijo Jimbo—. Panda tiene una pequeña fábrica en Liechtenstein.

Panda que volvía trayendo café dijo:

—Bien, una chica tiene que hacer algo con sus ganancias. Reservas para la vejez. Para cuando me retire del negocio de “divertir”, alrededor de los ochenta, supongo.

Puso la bandeja con las tazas y el café frente a mí y su mitad superior casi desbordó del vestido amarillo muy escotado que se había puesto.

Najib dijo:

—Ustedes dos se mandan mudar. Ya saben adónde. Quiero hablar con Mr. Carver.

Panda me guiñó el ojo:

—¿Quieres que le diga algo a tu amor, querido? Es muy hermosa, te lo concedo, pero... jamás tendrá la magia que tengo yo con una toalla.

—¡Fuera! —dijo Najib.

—Ese O’Dowda podría aparecer por acá —comentó Jimbo.

—Déjalo. Y puede traer su caña de pescar... pero no le servirá de nada.

Se marcharon y yo me recliné y bebí el café. Ahora me sentía muy bien, físicamente. Mentalmente estaba tan embrollado como antes con el problema del paquete, excepto que ahora empezaba a sentir odio, en realidad más odio que nunca, hacia O’Dowda. Al hombre no le importaba nada más que su persona. Julia podía morir, yo podía morir siempre que él tuviera en las manos lo que deseaba. Con respecto a mí, eso no hacía más que fortalecer mi deseo de que él jamás tuviera el paquete. Por una vez alguien iba a escupirle en el ojo.

—¿Cómo supo que yo estaba allí? —pregunté a Najib.

—Jimbo vio cuando lo arrojaban al agua. El Facel Vega todavía está allá. Pero eso ya es pasado. Usted sabe lo que vamos a hacer, ¿no es cierto?

Era un hombre diferente, serio, tranquilo, sin palabras estúpidas y resultaba fácil ver que estaba en su verdadero papel, un oficial del ejército destacado en el servicio de inteligencia de la organización de Gonwalla.

—Nunca creí que ese viejo dilema: Si el bote se hundiera ¿a quién salvaría primero a su esposa o a su madre?

Najib asintió:

—Pensé que poniendo a Julia en peligro lograría algo de O'Dowda. Ha demostrado que no es así. Es ese tipo de hombre. Pero usted es diferente. Julia está en peligro. Hablo en serio. No me agrada la situación, pero tengo mis órdenes. Jamás volverá a verla..., nadie lo hará..., salvo que logre el paquete. La vida, una vida, en mi país no es una cosa importante. Jamás lo ha sido, de manera que no crea que no cumpliré la orden si usted rehúsa entregármelo.

—Pero recuerde que tengo a la Interpol tras de mí.

—Lo sé. Pero ése es un riesgo que tiene que correr. En realidad, su filosofía occidental, o su código, lo exige. Usted sabe eso. Hasta este momento ha estado tratando de encontrar una manera de lograrlo..., algunas veces hay maneras..., pero esta vez, no la hay. De tal forma que... usted no puede hacer nada. Estoy seguro de que está de acuerdo conmigo.

Me serví otra taza de café y lo pensé. Tenía razón, por supuesto. A sangre fría tenía toda la razón. Allá en el lago, mientras me sacaban el aire de los pulmones había estado dispuesto a rendirme, a olvidar todos los códigos, pero aquí, sin estar bajo presión física, pensaba correctamente y sentía correctamente. El hombre tenía toda la razón. Tenía que sacar a Julia del atolladero y luego correr los riesgos con Interpol. Podía ocultarme durante tres o cuatro meses y quizá decidieran perdonarme u olvidarme; podría ser... Pero no me parecía probable. Lo único que podría hacerlos cambiar de idea sería una presión, política o pública.

Aun cuando ya estaba decidido dije:

—Cuando tenga ese paquete, ¿cuáles son las probabilidades de que Gonwalla presione a quienes están utilizando la Interpol? ¿Lo haría?, ¿podría hacerlo?

Najib pensó un instante:

—Cuando tengamos el paquete y sea destruido, nuestro gobierno estará a salvo. Tenemos amigos y enemigos en los gobiernos del mundo. Muchos de ellos son miembros de la Interpol. Diría que hay una probabilidad de un cincuenta por ciento. Pero para ser honesto... y usted debe haberlo considerado... el gobierno individual que espera tener este paquete a través de la Interpol podría tomar su propia venganza privada por este fracaso.

Podría... Pero eso también era parte de los riesgos que yo tenía que correr.

—Muy bien. ¿Cómo lo hacemos? Me llevará alrededor de una hora llegar adónde está el paquete.

—Vaya. Cuando tenga el paquete en sus manos, telefonee aquí. Para cuando usted vuelva Julia lo estará esperando en algún lugar muy próximo y haremos el cambio afuera, en la calle. ¿Lo satisface?

Asentí y me puse de pie para tomar nota del número telefónico.

—¿Estará aquí esperando mi llamado?

—Sí.

—Bien.

Cuando me dirigía a la puerta, dijo:

—Haremos lo que podamos por usted, después. No estoy en posición de darle una conferencia, por supuesto, pero es difícil de resistir. Sólo usted es el culpable de lo que pueda ocurrir después. Usted creyó que podía ganar algo para usted mismo con el paquete. La codicia humana. Es un problema constante.

Así era, pensé, mientras salía, pero sin eso el mundo sería un lugar muy aburrido. Personalmente en este momento estaba a favor del aburrimiento. En este momento me hubiera gustado estar pasando las vacaciones que me había prometido, sentado sin hacer nada, pensando qué hacer y sabiendo que si lograba pensar en algo, jamás tendría la energía para llevarlo a cabo. Para eso servían las vacaciones, para aplacarlo y tenderlo a uno sobre una superficie agradable, plana y tranquila, haciendo un acopio de energías para cuando los acontecimientos del año volvieran a reclamarlo.

Era una hermosa mañana. El camino a Evian alrededor del lago estaba atascado de automóviles..., partes de la ruta estaban en reparaciones de manera que en esos lugares había una sola mano de tránsito; por otra parte, las detenciones en los semáforos en nada contribuían a disminuir mi impaciencia. Todo lo que quería ahora era echar mano al paquete y recuperar a Julia.

Lejos, a la izquierda, cuando podía verlo, el lago era una sábana azul con el Juras más allá entre la bruma. A mano derecha, en algún lugar oculto a la vista, el Monte Blanco y no lejos de allí el chalet donde había pasado una noche con Julia... Najib tenía razón. La codicia humana. Me prometí que si salía entero de este enredo trataría de hacer algo al respecto. Sabía que no podría suprimirlo por completo, pero trataría de reducirlo. Para mí eso era una promesa importante. ¡El dinero es algo tan reconfortante cuando se lo tiene! En la forma en que pintaban las cosas no era nada probable que O'Dowda me pagara honorarios ni gastos por este trabajo. Wilkins tendría algo que decir sobre eso.

¡La buena de Wilkins! Me preguntaba qué hubiera hecho con Panda. Pasé el resto del viaje imaginándolas juntas. Por todo lo que sabía hasta podrían congeniar.

Estacioné el Facel Vega y entré al correo con mi registro inglés de conductor, el registro internacional de conductor, la carta de crédito bancario que me había dado

O'Dowda (todo lo cual había estado en mi maleta en el coche), con el fin de identificarme. Algunas veces en los postes restantes le preguntan esas cosas a uno, otras veces, no. Trabajan según algún sistema, posiblemente el de su estado de ánimo.

La mujer detrás del mostrador tenía nariz rosada, labios rosados, pelo esponjoso azul grisáceo y grandes ojos húmedos como de gamo. Me hizo acordar de un conejo angora que cierta vez olvidé alimentar durante una semana de manera que se murió por lo que mi hermana me dio una paliza con una zapatilla. Dedos delicados y sensibles los suyos, aun a la edad de catorce años, pero también tenía las muñecas de un jugador de tenis.

Desparramé mis *cartes d'identités* como hojas de lechuga frente a la chica.

Ella arrugó la nariz rosada con placer.

—Carver. Rex Carver. Creo que hay un paquete aquí, para mí —dije.

Miró la punta de la carta de crédito del banco y preguntó:

—¿Carvaire...?

Sabía que lo diría.

—*Oui, Carvaire.*

Se volvió hacia los casilleros a su espalda, habló brevemente con su compañera de la izquierda y luego, comenzando por la hilera de más abajo que terminaba con la Z, recorrió en sentido inverso los casilleros hasta llegar a la C. Extrajo cartas y paquetes que depositó en el mostrador.

—¿Carvaire? —comenzó a buscar entre el montón.

—Correcto.

Revisó el lote y negó con la cabeza.

—No hay nada, monsieur. Para Cavallaire.

—Carvaire —insistí. Pero el corazón me había bajado a los talones. Nada de lo que tenía en la mano era del tamaño del paquete que había enviado.

—Lo siento, monsieur. Quizá venga en la próxima entrega...

Negué con la cabeza y comencé a recoger las hojas de lechuga. Estaba por marcharme, preguntándome qué demonios había sucedido, cuando me pasó por la mente como un relámpago, el pensamiento de que quizás Aristide hubiera estado trabajando (podía haber registrado todos los *poste restante* del este de Francia y haberlo recogido), cuando la chica dijo con una repentina inflexión de reconocimiento en la voz:

—Ah, ¿usted es Mr. Carvaire?

—Sí.

—Entonces está explicado. Usted es huésped de monsieur O'Dowda, ¿no es cierto? —por la forma en que lo dijo, era evidente que conocía a Mr. O'Dowda. ¿Quién no lo conocería en este distrito? Era propietario de la mitad de una montaña a menos de diez kilómetros de distancia.

Asentí sin atreverme a hablar. Pero en el pensamiento ya me había adelantado a ella. Pero no había forma de detenerla. Un huésped del château era algo que había

que paladear y retener durante un momento.

—Pero Mr. O’Dowda mismo telefoneó esta mañana para saber si había un paquete de su huésped, Mr. Carvaire. Le dije que sí, lo habíamos recibido, de manera que envió a su chofer con el pasaporte de Mr. Carvaire a buscar el paquete. No hace mucho tiempo. Hará una hora. Quizás un poco más. Al chofer lo conozco bien. Es un hombrecito que hace muchas bromas y guiños con los ojos.

No esperé a que me diera la descripción completa de Kermode. Ya estaba afuera.

Me senté en el coche y encendí un cigarrillo, lo fumé como si lo odiara, como si le estuviera absorbiendo la vida. No había sido Aristide sino O’Dowda. O’Dowda tenía más datos. Tenía mi traje con el pasaporte adentro. Yo le había dicho que el paquete estaba en un *poste restante*. Le había dicho que no estaba lejos. Podía haber telefonado a cada correo importante de los alrededores del lago en media hora y su nombre hubiera evitado preguntas o formalidades. ¿Huésped de monsieur O’Dowda? Ciertamente, los huéspedes de Mr. O’Dowda siempre eran importantes... políticos, estrellas de cine, las famosas... Naturalmente que podía mandar al chofer con un pasaporte como medio de identificación.

Ahora, ¿qué podía hacer yo?

O’Dowda tenía el paquete. Podía imaginar a él y a Kermode, sentados entre sus figuras de cera, riéndose a carcajadas y probablemente celebrándolo con algunas botellas de champaña. Sería del bueno, también, como lo exigía la ocasión. *Veuve Clicquot*, *Brut*, *Etiqueta Dorada*, 1959, probablemente.

Arrojé la colilla del cigarrillo por la ventanilla del coche y lancé un juramento. En voz alta. Una sola palabra. Una buena y satisfactoria maldición, y me hizo bien. Sentí como una gran revolución interna. O’Dowda no iba a conservar el paquete. Si alguna vez Dios hizo un hombre destinado a las decepciones, ese hombre tenía que ser O’Dowda. Me elegí a mí mismo como el instrumento elegido para que así fuera. No sabía cómo, pero iba a hacerlo. No tenía objeto pensar en los “porqués” ni en los “cómos”. En este momento lo único sensato era caer directamente sobre el objetivo. Pero antes tenía que asegurarme de que Julia estuviera a salvo.

Entré en la oficina del correo y me dirigía a la casilla telefónica para llamar a Najib.

Cuando respondió, le dije:

—Escuche, hay un pequeño inconveniente con el paquete. Nada serio, pero podría tardar un poco más en tenerlo en las manos. ¿Está bien? —traté de conservar la voz normal. No era fácil.

Najib respondió:

—Pongamos una cosa en claro, Mr. Carver. Confío en usted para esto. Pero no puedo seguir confiando y esperando indefinidamente. Si para las seis de la tarde, no me ha telefonado para decirme que tiene el paquete, deduciré que jamás lo tendrá. En ese caso me veré obligado a tomar otras medidas. Cuáles, en este momento no sé con precisión. Pero una cosa es cierta. Si algún otro entra en poder del paquete...

entonces ya sabe lo que le pasará a Miss Julia. Y, Mr. Carver... sabré muy pronto si alguien lo tiene porque no tardarán en comunicármelo. Como yo tampoco demoraría en hacérselos saber si lo tuviera. ¿Comprendido?

—No se preocupe —le dije prestamente—. Lo tendrá.

Colgué y salí.

Me resultó difícil mantenerme a baja velocidad mientras atravesaba la ciudad. Una vez que salí de ella, puse el pie a fondo en el acelerador. Pero si pensaba que la velocidad iba a borrar mis pensamientos estaba equivocado. Durante todo el camino seguí preguntándome... ¿cómo...? ¿Cómo iba a conseguir el paquete? Mucho antes de llegar me convencí de que lo peor que podía hacer era intentar oponerme a O'Dowda con las manos vacías. El hombre se manejaba con la fuerza y comprendía el poder. La única forma de tratar con él era desde una posición de fuerza. Ésa era la lógica. Pero ¿cómo traducirlo a términos prácticos?



CAPÍTULO NUEVE

“Ardí, me quemé, me derretí...”.

JOHN GAY

ME APARTÉ de la ruta principal hacia el camino que lleva al château, pero no me dirigí directamente al lugar. Di vuelta y me metí en el sendero que conduce al lago.

El Rolls-Royce estaba estacionado fuera de la cabaña con los neumáticos de las ruedas traseras reventados. Entré en la cabaña, buscando algo que pesara bastante en la mano como para darme una sensación de confianza. No tuve suerte. Mi traje estaba allí, sin el pasaporte, y había un montón de aparejos de pescar, pero no pude encontrar una sola arma de fuego ni de ninguna otra clase. Lo mejor que encontré fue una pesada herramienta que retiré del banco de Kermode.

Pero una vez afuera, tuve una idea. Me dirigí al Rolls-Royce. En la guantera estaba la pistola de aire comprimido que me habían sacado cuando me asaltaron en Ginebra. La tomé y dejé la herramienta.

Me dirigí en el auto nuevamente hasta el sendero principal de entrada y dejé el coche oculto entre unos árboles. Hice el resto del camino al château a pie, manteniéndome alejado del camino de entrada.

Un coche grande de caza estaba estacionado al pie de la escalinata de acceso. Ocultándome entre los árboles observé el château; al no observar ningún movimiento, comencé a caminar hacia el fondo. Quería entrar sin que nadie me viera. Descubrí una puerta lateral, a la que pude llegar sin ser visto gracias a un espeso cerco de tuyas.

Entré a un amplio corredor de lajas. Cuando estaba en la mitad, una puerta se abrió repentinamente a pocos metros delante de mí y salió un hombre que depositó una maleta Sobre el piso de piedra. Era Durnford y me vio.

Me acerqué a él con la pistola en la mano y lo hice retroceder a la habitación. Entré detrás de él. Era un dormitorio y en seguida advertí que Durnford estaba haciendo su equipaje.

—¿Abandona el feliz hogar?

—Sí.

No había estado bebiendo. Estaba completamente sobrio. Más que eso. Era puro hielo. Ya no tenía el pestañeo nervioso, tampoco el mal humor profesional. Algo

había sucedido que lo había cambiado. Normalmente hubiera tratado de descubrir la causa, pero en este momento tenía mis propios problemas.

—¿Dónde están? —pregunté.

Se volvió y comenzó a meter camisas y ropa interior en otra maleta. Por encima del hombro me respondió:

—En el segundo piso.

—¿En el museo de cera?

—Sí. Están festejando. Se hicieron mandar un cajón de champaña.

—Festejando ¿qué?

—No lo sé. Y si lo supiera no se lo diría.

Había vuelto a no sentir simpatía por mí. Y no solamente por mí. En este momento no simpatizaba con nadie en el mundo.

—¿Cuánto tiempo estarán allí?

—Hasta que salgan —respondió.

—Si les enviaron un cajón podría ser bastante tiempo.

—Sí. Cuando deciden emborracharse, toman su tiempo. Ambos son irlandeses. Usted sabe lo borracho que puede llegar a estar un irlandés.

—Sé lo borracho que cualquiera puede llegar a estar si realmente se decide a hacerlo. ¿Ha sido despedido?

—Presenté mi renuncia.

—La misma cosa. ¿Puedo entrar al museo?

—No, salvo que lo dejen entrar.

—Pero usted tiene alguna forma de comunicarse con ellos, o ellos con usted, estoy seguro.

—Sí.

—Indíqueme la forma.

—No haré nada por usted. Usted es tan miserable como ellos. El dinero, eso es lo único que le interesa. Nunca se detiene a pensar en otra cosa. Sólo el dinero... y al demonio con lo que le pasa a cualquier otro. La gente no significa nada para usted.

—Me parece recordar a un hombre de color llamado Joseph Bavana a quien usted ayudó cierta vez... a hacer algo muy desagradable.

—Ése no era yo. Era el secretario privado de O'Dowda que cumplía órdenes.

—La misma cosa.

Se dio vuelta desde su pila de calzoncillos a rayas y gritó:

—¡No es lo mismo! El secretario se ha ido. ¡Ahora... soy yo! ¡Un hombre diferente!

—Póngalo en la forma que quiera. No voy a discutir. Pero necesito hablar con ellos y usted me va a enseñar la forma de hacerlo, Si no lo hace, simplemente le diré a la policía lo que sé de Bavana, y el nuevo Durnford no irá muy lejos. No es algo que quiero hacer, pero si me obliga, lo haré.

Me miró en silencio durante un momento y luego dijo con amargura:

—Sí, usted lo haría. Haría cualquier cosa para conseguir lo que desea. Por un momento pensé que podría tener algo que un hombre respetara. Pero ahora lo conozco mejor. Usted es como ellos. Opondrá cualquier argucia, dirá cualquier mentira que lo ayude a lograr lo que desea.

—Es un punto de vista interesante, pero no tengo tiempo para discutirlo. Explíqueme cómo puedo hablar con ellos.

Por un momento pensé que iba a negarse. Se quedó mirándome con expresión beligerante, odiándome, odiándose, posiblemente, con su mente retorcida por los recuerdos de la mujer a quien había amado y que había sido ahogada en el lago; una mente que había sido desviada y dirigida por O'Dowda hasta el punto de privarlo de la rebeldía. Más que eso, en realidad. En este momento no era un hombre cuerdo. Era capaz de cualquier cosa. Si ahora se negaba a mostrarme la forma de entrar a aquel salón, sabía que jamás lograría que lo hiciera.

Con una mirada torva y socarrona preguntó:

—¿Qué va a decirle?

—Eso es asunto mío. Tengo que hablar con él. Vamos, dígame cómo puedo hacerlo.

Sonrió con una sonrisa desagradable y respondió:

—Todavía está tratando de obtener algún beneficio para usted, ¿no es cierto? ¿Aún busca su propio beneficio... sin importarle quién sufre?

—Tengo bastantes cosas que hacer para mi propia satisfacción personal.

—¡Bastantes! —me arrojó la palabra. Luego abruptamente, se volvió y salió de la habitación. Lo seguí.

Atravesamos una cantidad de corredores y por fin llegamos al pie de la escalera principal. Subió adelante de mí y de ahí pasó al amplio pasillo de arriba hasta unas puertas altas de acero cubiertas de cuero del salón de las figuras de cera. Se detuvo frente a ambas.

—¿Pueden abrirse desde este lado? Me gustaría entrar sin ser anunciado —le dije.

Meneó la cabeza:

—No podrá hacerlo si han corrido el pasador por dentro. Y lo habrán hecho. Siempre lo hacen cuando se dedican a beber.

Se dirigió a un lado de las puertas, abrió una pequeña caja incrustada en la pared. Sacó un micrófono lo conectó en alguna parte de la caja y llamó:

—¿O'Dowda?

La forma en que lo dijo debe haberle proporcionado un gran placer. Puso en la voz todo el desagrado que sentía por el hombre y eliminó algunos años de servidumbre.

No hubo respuesta.

—¡O'Dowda! —más fuerte esta vez, y echando al traste algunos años más.

Esta vez respondieron.

Por un altoparlante oculto sobre la parte superior de las puertas O'Dowda preguntó:

—¿Quién demonios habla?

—Durnford.

—Entonces ¡márchese de mi propiedad! —O'Dowda bramaba y rugía—. Trató de robarme a mi mujer, ¡maldito canalla, ojos de conejo! ¡Márchese al infierno de una vez!

Había estado bebiendo, sin duda. No estaba todavía borracho sino expansivo.

Vi que el rostro de Durnford se endurecía mientras se controlaba. Se acercó el micrófono a la boca y dijo:

—Carver está acá. Quiere verlo. Y uno de estos días probaré que usted la mató, bruto irlandés de corazón renegrido.

—¡Carver! —la voz rugió y luego una gran carcajada llegó al altoparlante—. Ben, ¿está ahí? Mándense mudar los dos de una vez por todas.

Le dije a Durnford.

—Muy bien, usted cumplió. De ahora en adelante me encargo yo.

Me entregó el micrófono diciendo:

—Si fuera inteligente se marcharía de este lugar. Todavía no está borracho, pero está de mal humor. No conseguirá nada de lo que le pida.

—Tiene toda la razón del mundo acerca de eso, muchacho —O'Dowda rugió.

—Desaparezca —le dije a Durnford—. Cuando abran podría encontrar a Kermode saltándole a la garganta. Márchese.

Vaciló durante un momento y dijo:

—Aunque pueda, le aconsejo que no entre allí.

—No se preocupe.

—No me preocupo. Si no quiere seguir mi consejo allá usted.

Se marchó por la galería. Lo observé y luego me dirigí a la parte superior de la escalera para verificar que se había ido. Volví al micrófono.

Mientras lo levantaba la voz de O'Dowda gritó:

—¿Todavía está allí, Carver?

—¿Por qué no habría de estar? Por lo menos le sacaré de encima cinco mil libras.

Hubo un silencio. Tenía que haberlo. Había mencionado dinero y el dinero para O'Dowda era importante, tan importante como para que cualquier mención de él despertara su curiosidad.

—¿Y por qué habría de quitarme cinco mil libras? —su voz había perdido algo del efecto del alcohol.

—En una venta directa. Eso excluyendo mis honorarios, por supuesto.

—¿Y qué tiene para vender, muchacho? —estaba recuperándose un poco, pero sabía que lo tenía atrapado.

Y rogando que fuera así le respondí:

—No me diga que recogió ese paquete en Evian y lo metió directamente en su caja fuerte sin revisarlo.

Hubo un silencio, demasiado pesado y largo para mi gusto. Era el tipo de cosas que se podía haber hecho. Era lo que yo quería que hubiera hecho, porque era lo único que me daría una pequeña ventaja sobre él, lo único que me daba una remota posibilidad de recuperar a Julia. El silencio continuaba. No lo interrumpí. Cuando más siguiera, mejor para mí. Lo dejé correr hasta que supe que estaba apostando a una cosa segura.

—No me diga que un hombre cuidadoso como usted lo ha guardado sin revisarlo...

Trató de engañarme. Lo advertí en la voz.

—Por supuesto que lo revisé.

Reí:

—Usted miente muy mal, O'Dowda. ¿Cree que soy tan tonto como para no guardarme un as en la manga? ¿Tratando con gente como usted, Najib, e Interpol? De cualquier manera, me parezco a usted O'Dowda, no confío en los correos. Ese paquete de Evian era falso. Lo envié ahí para que me diera un respiro si las cosas andaban mal..., lo que admito que casi sucedió en el lago. ¿Está ahí? ¿Está escuchando bien y claro? No tiene lo que cree que tiene, O'Dowda. Si la caja fuerte está en el salón verifíquelo... y luego hablaremos.

Me senté en la silla Imperio al lado de la puerta y encendí un cigarrillo, arrojé el humo y recé. Recé con alma y vida para que la caja fuerte no estuviera en el salón. Si se encontraba allí, yo estaba perdido.

Permanecí sentado simulando estar tranquilo, sabiendo que los corredores estaban llegando a la última valla con el mío al frente; sabiendo también que cualquier cosa puede suceder en la última valla... y que generalmente no ocurre aquello por lo que uno reza. Arrojé un anillo de humo y observé la espiral que trepaba hacia el altoparlante sobre la puerta y luego la vi desvanecerse como un sueño gris.

De pronto las grandes puertas dobles chirriaron y se deslizaron sobre sus corredoras. Kermode estaba de pie en el vano de la puerta y con una pistola me apuntaba.

Dijo:

—Entre despacio y mantenga las manos al frente.

Le sonreí. ¿Por qué no? Había ganado el primer *round*. Me sentía bien, pero cuidadoso de no confiar demasiado en mi suerte.

Entré y Kermode me detuvo. Sosteniendo el arma a la altura del ombligo, me palpó los bolsillos. Aristide no hubiera pensado que estaba haciendo un buen trabajo, tampoco Najib, supongo. Tenía la pistola de aire comprimido metida en el interior del zapato izquierdo de gamuza color jengibre y el dobléz de los pantalones la ocultaban. La pistola tenía veinticinco centímetros de largo, nueve o diez centímetros de caño metido dentro del zapato y la culata un poco más arriba del tobillo. Lo único que

tenía que tener cuidado era no hacer movimientos bruscos porque pesaba poco menos de un kilo, y podía soltarse si no estaba atento. No me sentía preocupado. No iba a hacer ningún movimiento imprevisto hasta el momento de tomar el arma. La mano de Kermode me palpó las piernas, por encima de la pantorrilla y se detuvo a escasos cinco centímetros de la pistola. Luego se retiró.

—Siéntese por allí —dijo. Señaló por entre la muchedumbre un diván que estaba frente al comerciante del Cairo o quien quiera que fuere el que había engañado a O'Dowda en el negocio de diamantes.

Me dirigí hacia donde me indicaba y tomé asiento con cuidado, cruzando las piernas de manera que la parte de adentro de mi zapato izquierdo estuviera contra el frente del diván y fuera de la vista.

Miré alrededor de mí a las figuras de cera y dije:

—Tiene la misma gente, por lo que veo. Es hora de que haga algunos enemigos más.

O'Dowda estaba sentado en el otro extremo de la habitación, frente a su propia efigie de tamaño mayor que el natural y flanqueado por candelabros. Vestía una bata oriental suelta para estar más cómodo, zapatos de charol negro con elástico a los costados y una polera blanca. La bata era negra, con pavos reales de plata. Estaba recostado confortablemente en un sillón con una mesa al lado sobre la que había copas y una botella de champaña, y al lado un micrófono de mano con un cordón flexible que llegaba hasta un pequeño nicho ubicado en el extremo de la pared.

Me miró con sus pequeños ojos azules en una cara muy congestionada.

—No se preocupe —aulló—, ¡usted se reunirá con ellos muy pronto, miserable!

—Si quiere hacer negocios conmigo, sapo gordo, le ruego que sea cortés. ¿De acuerdo?

Había logrado entrar, me estaba divirtiendo y también me sentía lleno de un reconfortante odio por él, de un deseo vehemente y embriagador de verlo perder toda su exaltación y su estúpido egotismo. Es cierto que me había expuesto, pero hasta ahora todo había resultado bien. Al parecer era mi día de suerte. Tenía la sensación, que todos los hombres conocen, esa sensación de que en el momento en que se juega un *putt* de seis metros se sabe que la pelota va a caer en el hoyo; que en el momento en que se arroja la línea de la caña de pescar con una mosca *Blue Upright* en el extremo y se posa como un hada sobre el agua bajo los árboles, una trucha de dos kilos va a tragársela; que en el momento en que se gira la escopeta cuando los pájaros vuelan de prisa en línea oblicua a favor del viento, va a conseguir un pájaro con cada caño de la escopeta. Me sentía bien, optimista, preparado para cualquier cosa.

O'Dowda tomó su copa de champaña de la mesa, bajó la cabeza, y sorbió, observándome por encima del borde. A dos metros de él había otro sillón y una mesa llena de botellas y de copas. Así era como les gustaba celebrar algo. Sentarse ahí, bebiendo, poniéndose cada vez más borrachos y gritando improperios y groserías a sus huéspedes. ¡Diversión... de vez en cuando!

O'Dowda dijo:

—Usted es un tonto. ¿Cree que me he tragado esa historia del paquete? Está fanfarroneando. Si tuviera el paquete jamás hubiera metido la nariz aquí dentro.

Le sonreí con cordialidad:

—Si usted, en verdad, creyera que estaba fanfarroneando jamás habría abierto la puerta. Yo no le importo nada y me ha puesto en la categoría de Julia. A propósito, he decidido que tampoco quiero saber nada con eso. Es cierto que tengo debilidad por las mujeres bonitas, pero jamás supera la marca de las quinientas libras. Mi precio, excluidos los honorarios, es cinco mil libras.

Kermode intervino:

—Si el paquete no es el verdadero, jefe, todo lo que tenemos que hacer es persuadirlo, como antes.

—Hágalo —repuse— pero no lo llevará a ninguna parte. El paquete está en poder de una amiga mía en Ginebra. Si no la llamo dentro de una hora, mi amiga llamará a Interpol y les dirá que estoy aquí. No tardarán mucho en llegar.

O'Dowda preguntó:

—¿Su amiga? ¿Quién?

—Por el amor de Dios, ¿en qué mujer está pensando? —respondí con impaciencia—. ¿Cómo cree que he logrado huir de Najib? Hablo de Miss Panda, por supuesto. Convenimos en trabajar juntos, financieramente y de la otra manera, para provecho mutuo. —Busqué un cigarrillo en mi bolsillo y vi a Kermode ponerse tenso. Lo tranquilicé con una sacudida de cabeza, lo encendí y dije—: Vamos... ¿por qué no revisa el paquete y terminamos?

Lo estaba haciendo bastante bien. Los tenía atrapados. Me dije que debía tranquilizarme y no tener demasiada confianza. La parte difícil todavía estaba por venir. Yo quería que trajeran el paquete a esta habitación para revisarlo.

El champaña me ayudó, O'Dowda estaba cómodo en su sillón, acostumbrado a que los servidores hicieran las cosas por él. Le dijo a Kermode:

—Vaya y tráigalo. Pero deme esa pistola primero.

Kermode le dio el arma. Luego salió de la habitación.

Con una mano O'Dowda me apuntaba con la pistola; con la otra acercó una nueva botella de champaña desde el otro lado de la mesa. Comenzó a tratar de sacar el alambre del corcho con una mano para abrir la botella, lo encontró difícil y desistió. Kermode podía hacerlo cuando volviera. Detrás de él las velas encendidas que flanqueaban su efigie titilaban y humeaban un poco con la corriente de aire que producían las puertas abiertas.

—Le podía haber sacado un buen precio a Najib —dijo O'Dowda.

—Sí.

—O a Interpol.

—Sí.

—¿Por qué vino a mí, entonces?

Me encogí de hombros diciendo:

—Usted, O'Dowda es lento. Es más lento que un viejo burro irlandés con una carga de estiércol.

No le gustó, a mí sí, y me sentí feliz. Continué:

—Quiero atraparlo. Quiero demostrarle que hay alguien que puede convertirlo en un gigante de carnaval desinflado. Eso es lo que a usted le gusta hacerle a la gente, ¿no es cierto? Le gusta frotarles las narices contra el suelo. Bien, eso también me sucede a mí, con respecto a usted.

Con lentitud respondió oscuramente:

—Me estoy prometiendo el placer de matarlo centímetro a centímetro, algún día.

—Y hay otra cosa —respondí como si no hubiera oído sus palabras—. Quiero que el paquete sea para usted. En el momento en que lo tenga, ordenaré a mi agente de bolsa que compre una tajada gorda de acciones de las Empresas de United Africa. Voy a hacer pingües ganancias cuando usted comience a operar el monopolio que le van a dar cuando lo echen a Gonwalla.

Por un momento hizo un gesto con la cara, como si sintiera mal gusto en la boca y dijo:

—Usted es como el resto. Me odia porque soy millonario, pero le gustaría convertirse en millonario. Pero recuerde esto, Carver, pase lo que pase..., lo liquidaré. Deseará no haber nacido jamás.

—Lo veremos. Si gano suficiente dinero podría tener mi propio museo de cera. Hay un montón de gente que me gustaría figurara en él.

Miré despacio alrededor de mí, a las figuras de cera. Sí, podía pensar en mucha gente para mi colección. Terminé con los ojos en las puertas de acero. Kermode las había dejado abiertas. Cuando volviera las cerraría de manera que si yo estaba fanfarroneando no pudiera huir. Quería ver cómo se accionaban las puertas. Me preguntaba cuán rápido y acertado podría ser con la pistola de aire comprimido. Por lo que recordaba de las sesiones con Miggs, este tipo de pistola generalmente tiene una dispersión de menos de un centímetro a una distancia de ocho metros. Me serviría perfectamente para llevar a cabo el trabajo que me había propuesto.

Pude oír el ruido de las pisadas de Kermode que se acercaba por la galería.

Miré a O'Dowda y le dije:

—Recuerde, nada de retaceos. Cinco mil dólares más mis honorarios y gastos. Y tiene que ser dinero en efectivo.

No dijo nada. Tenía la gran cabeza inclinada, como la de un toro. Me observaba y también a la puerta que estaba detrás de mí. Giré un poco para poder tener la puerta a la vista. Detrás de mí una respetable matrona, con una pequeña corona colocada en el pelo color paja, miraba inexpresivamente en dirección a la gran figura del Rey O'Dowda en el estrado.

Apareció Kermode en la galería, apretando el paquete contra el pecho. Pasó por la puerta abierta, se dirigió a la derecha, levantó la mano y empujó una de las dos

perillas blancas que estaban en la pared... una era para abrir y la otra para cerrar las puertas. Presionó la que estaba más cerca de la hoja. Yo tendría que presionar la que estaba más lejos para volver a abrirla.

Las puertas se cerraron y Kermode ya en la habitación pasó trente a mí en dirección a O'Dowda. Se acercaba el momento preciso que yo esperaba. Sería cuando Kermode le diera el paquete a O'Dowda para que lo abriera y O'Dowda le entregara el arma para apuntarme. Tenía que disparar y moverme con toda rapidez. Dejé caer la mano derecha bien abajo, tocando la parte interior de la pierna izquierda, buscando con suavidad el borde del pantalón, de manera de poder tomar la pistola.

Kermode se detuvo frente a la mesa al lado de O'Dowda. O'Dowda, sin prestarle atención, me miraba, todavía con el arma en la mano.

—¿Se siente nervioso, muchacho? ¿Cree que no lo conozco? Está fanfarroneando hasta el último momento, esperando lograr alguna ventaja. Hasta podría llegar a gustarme por eso. ¡Tiene valor! Está sentado ahí, sonriente, pero sudando por dentro.

—Es usted el que está nervioso —repliqué—. Sabe que ha encontrado a alguien más listo, pero no quiere afrontar el momento. ¡Vamos, ábralo! Quiero verle la cara cuando lo haga.

O'Dowda golpeó con los dedos la mesa para que Kermode pusiera el paquete.

—Mantenga a ese maldito anglosajón cubierto —dijo.

Fue demasiado tarde. En el momento en que la pistola estaba entre las manos de los dos, la culata hacia Kermode, saqué la mía y comencé a disparar. Tiré a las piernas de Kermode, esperando hacerlo caer. Al disparar me puse de pie acercándome a ellos. Mi puntería era algo que hubiera hecho escupir de desprecio a Miggs. Vi astillas de madera que volaban a la pata de la mesa cuando las balas rebotaban en ella, vi a Kermode moverse ligero, haciendo girar el arma y vi a O'Dowda levantar una mano gorda para protegerse la cara de las astillas de madera y entonces, el dios de las batallas... que con frecuencia se decide demasiado tarde a acudir en ayuda a una causa justa... llegó triunfante por una vez. Todavía disparando, volví la pistola hacia la izquierda para dar en las piernas de Kermode y el movimiento me hizo disparar alto. Las balas golpearon contra las botellas de champaña que estaban sobre la mesa y explotaron como bombas. La espuma saltó alto, rociando a O'Dowda y a Kermode. Fragmentos de vidrio pasaban silbando malignamente por el aire. Vi una línea roja aparecer de pronto en la cara de Kermode. A pesar de sí mismo, se llevó a la cara la mano que tenía el arma. Para ese entonces yo ya estaba entre ellos, Me apoderé de la pistola y la retorcí de un lado a otro hasta que tuvo que soltarla para evitar que le rompiera el brazo. Con su pistola en mi mano, le lancé un puntapié a las piernas. Cayó, golpeando ruidosamente contra la mesa, enviando por el aire copas y botellas rotes, y el paquete.

Cuando trataron de reaccionar, yo ya estaba a diez metros, mi pistola en el bolsillo, el paquete en una mano y la pistola de ellos en la otra.

O'Dowda que había caído de espaldas, se levantó sacudiendo la cabeza y frotándose los ojos. Kermode quedó sentado sobre el piso, la cara con expresión de dolor y tomándose una de las piernas. En el último segundo un par de balas perdidas lo debían de haber herido. Una línea de sangre, causada por un corte de vidrio, le corría por la cara.

De pronto O'Dowda se recuperó del *shock*. Me miró, la cara púrpura y rugió:

—¡Maldito canalla...! ¡Por Dios...! —se me acercó, pisoteando la mesa rota al pasar. Le disparé a los pies en forma oblicua. La bala dio en el piso de piedra y rebotó, metiéndose en el estómago de la efigie del policía. La figura de cera vaciló y cayó al piso.

O'Dowda trató de acercarse a mí.

—Si da un paso más, O'Dowda —le dije—, le meteré una bala donde el policía recibió la suya.

Se quedó vacilante donde estaba, enloquecido por su frustración. Sabía que si se movía le dispararía. Lo comprendió y retrocedió un poco bajando los ojos hacia Kermode.

—¡Inútil, estúpido! ¡Le dije que lo mantuviera cubierto!

Kermode no respondió. Aunque lo que acababa de oír era una tontería, sabía cuándo no tenía que discutir con su patrón.

—No se preocupe, Kermode —le dije—. Podrá sacarse las balas con una pinza, después. Póngase de pie y siéntese donde pueda verlo. Eso también rige para usted, O'Dowda. Siéntese en alguna parte y mantenga las manos a la vista.

Lo hicieron con lentitud, bajo protesta, pero obedecieron.

Permanecí ahí, observándolos cumplir mis órdenes y me sentía bien. Tenía a O'Dowda exactamente donde quería que estuviera. Pero yo era humano y como tal acusé una debilidad. Sentí la necesidad de decírselo. Fue una lástima pero así ocurrió. Tuve que darme el gusto de decírselo. Hubiera sido mejor ser magnánimo en la victoria y haberme limitado a marcharme. Debí de haberme atendido a la acción y dejar el sermón para otros.

Levanté el paquete.

—Usted tenía razón O'Dowda. Yo estaba fanfarroneando. Éste material es genuino. Películas pornográficas y un hermoso rollo de cinta grabada que es dinamita política. ¿Cómo se siente, cerebro genial? El rey O'Dowda superado por uno de los sirvientes de palacio. O'Dowda, manejando hombres y dinero a voluntad; O'Dowda, que cuando desea una cosa de una manera, lo fija de esa manera sin reparar en el costo... ¿Qué le parece estar allí, vencido y humillado?

Debí de haberlo sabido. Todo eso no era más que una niñería. Regocijarse con el mal ajeno. Cuando uno se apodera de lo que quiere, el lema es mandarse mudar ligero. Debía de haber sabido eso, pero también era cierto que no muy a menudo podía tener la oportunidad de desempeñar el papel de joven David, o de Jack el Mata Gigantes, con un toque de Sir Galahad.

Comencé a retroceder hacia la puerta apuntándoles.

—¿Sabe lo que voy a hacer con el paquete? Se lo voy a entregar a Najib a cambio de Julia. Nada de dinero, sólo un canje directo. Eso significa que jamás meterá usted un dedo en el pastel de Gonwalla. También significa que pierdo mis honorarios, pero vale la pena. ¡Oh, sí! ¡Vale la pena! Cada vez que se pronuncie su nombre en alguna parte me reiré para mis adentros. Pensaré en el monumental O’Dowda a quien puse en un asiento caliente para que se derritiera y redujera a su verdadera proporción.

O’Dowda estaba sentado, mirándome. No dijo una palabra, pero yo sabía lo que pasaba por su mente. Próximo a él Kermode todavía temblando, se llevaba un pañuelo a la cara. Detrás de ellos en los altos candelabros, las llamas de las velas vacilaban rodeando la gigantesca efigie entronizada del Rey O’Dowda, que desde allí dominaba el conjunto de sus súbitos alguna vez rebeldes. La gente que lo había engañado o tratado de evitar que él los engañara.

—Uno de estos días, lo atraparé, Carver...

Retrocedí a la pared al lado de la puerta:

—Oh... no. No lo haré. En el momento en que me vaya, querrá olvidarme y lo logrará, sobornará a su memoria para que se produzca un blanco. Pero de cuando en cuando volverá a recordar...

—¡Váyase al infierno!

—Con gusto, O’Dowda.

Metí el paquete debajo del brazo que tenía el arma y busqué detrás de mí las perillas de la pared, las encontré y presioné para abrir la puerta.

No sucedió nada.

Presioné otra vez. Nada. Presioné la otra perilla por si me había confundido. Nada.

Estúpidamente dije:

—La maldita puerta no quiere abrirse.

O’Dowda con un atisbo de nuevo interés en la voz dijo:

—Ése es su problema, muchacho.

Le pregunté a Kermode:

—Estas perillas son para abrir la puerta, ¿no es así?

O’Dowda respondió:

—Así es.

Traté una vez más. No pasó nada.

En ese momento se oyó un ruido en el altoparlante sobre la puerta y la voz de Durnford entró en la habitación. Parecía estar de buen humor cuando anunció su despedida como sirviente de un patrón odiado.

—¡Sean felices, allí adentro, malditos! Me alegra pensar que ya no volveré a ver a ninguno de ustedes. Adiós... y el demonio los lleve.

—Durnford —grité.

El altoparlante hizo un clic, y quedó en silencio.

—¿Cómo diablos pudo hacerlo? —pregunté.

—Ha desconectado los fusibles principales desde afuera.

—Las puertas son de acero de tres centímetros de espesor. No podría forzarlas, Carver. ¡Está atrapado! —O'Dowda parecía feliz.

—¡El hombre está loco!

—Me inclino a estar de acuerdo. ¿Qué demonios cree que conseguirá? No es que me importe —O'Dowda sonrió—. Me contento con saber que usted todavía no se ha ido, Carver.

—Después de la victoria nunca sermonee al vencido. Podía estar muy lejos de allí, si hubiera mantenido la boca cerrada.

Me alejé de la puerta apuntándoles:

—Cuidado con hacer ningún movimiento...

Recorrí despacio la habitación. Todas las ventanas estaban cerradas con rejas desde afuera. El vidrio podía romperse, pero no podía escurrirme entre los barrotes. Manteniendo los dos hombres a la vista, llegué hasta el cortinado del trono y miré detrás. No había otra puerta. Volví a la puerta principal me senté.

—Estaba hablando mucho acerca de las mentes maestras, Carver. Veamos cómo puede solucionar esto —O'Dowda se puso de pie o intentó dirigirse a la mesa volcada.

—Quédese sentado —le dije.

—Váyase al diablo —dijo—. Quédese allí. Ésta es nuestra mitad de la habitación. Tengo sed.

Tomó una botella y una copa y se sirvió champaña y luego se sentó a los pies del trono debajo de su propia gigantesca efigie.

—Kermode —ordené—, vaya a una de las ventanas, rompa el vidrio y en el momento que vea a alguien afuera dele un grito.

Kermode miró a O'Dowda.

—Haga lo que le dice la mente maestra.

Kermode se dirigió a una de las ventanas, rompió el vidrio de abajo con la pata de una silla, colocó la silla al lado de la ventana y se sentó.

O'Dowda se ajustó la bata y dijo, señalando una figura de cera:

—Mire ese elegante hombre de negocios.

Señalaba a un hombre mayor, de aspecto distinguido, con pantalones de rayas finas y una chaqueta negra; un hombre franco, honrado y un pelo que encanecía hermosamente.

—Formé una sociedad con él cierta vez. Era inteligente, brillante. Y me llevó a un punto en que pensó que me tenía atrapado en un asunto de miles de libras. Y estuvo muy cerca de lograrlo. Tan cerca como lo está usted en este momento. ¿Sabe dónde está el hombre ahora? Preso, cumpliendo una condena de ocho años... por defraudación. Y debe ser muy amargo para él porque la defraudación la cometí yo, no él. Oí decir que su esposa se suicidó. No tiene hijos, gracias a Dios. No me gusta

lastimar a los niños hasta que no pasan los dieciocho años —O’Dowda se puso de pie y llegó a la mitad de la habitación trayendo la botella y una copa vacía. Las puso sobre una silla—. Ésta puede ser una espera muy larga. No veo la razón para que no beba.

—Si usted pasa un centímetro de esa silla, dispararé.

O’Dowda respondió con tranquilidad.

—Sé que lo hará.

Volvió a su trono y se sentó. Llenó la copa, la levantó hasta mí y dijo:

—Llevará algún tiempo, pero eventualmente me echarán de menos y alguno de los sirvientes vendrá aquí. Saldremos y luego gritaré hasta que venga la policía, Interpol y todo el mundo. Formularé cargos. Asalto, robo a mano armada, todo lo que se me ocurra. Armaré tal alboroto que Interpol tendrá que marcharse porque los asustará la publicidad. Se olvidarán del paquete. Hasta ellos tienen sus límites. Sí, muchacho, de una manera o de otra, es usted el que se va a sentar en el asiento caliente. ¿Ha estado alguna vez en una cárcel francesa? Nada de blanduras como en las nuestras, los franceses son gente práctica. El castigo es el castigo.

—Antes de que eso pase incendiaré esto —dije, señalando el paquete.

—Sí. Supongo que lo haría. Lo acepto. Pero aun así formularé los cargos. Eventualmente, muchacho, lograré que le haga compañía a mi amigo preso. Se llamaba Pilch. Tenía buen ojo para las mujeres, tenía que tenerlo. Su esposa jamás lo supo porque de otro modo no se habría suicidado.

—¿Qué ocurre cuando usted quiere que venga alguien o quiere que le envíen algo? —pregunté.

—Buena pregunta. Y le seré franco. Nada. Éste es mi retiro. Cuando vengo acá me aseguro de que haya todo lo que quiero. Sólo dos hombres tienen permiso para molestarme, Kermode y Durnford. Utilizan el micrófono. Pero si nos quedamos aquí un rato largo, seguramente Kermode verá a alguien desde la ventana.

Me puse de pie y me dirigí hacia la botella de champaña.

Sonrió:

—Pensé que iba a hacerlo. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir habría hecho subir bebidas baratas. Este Veuve Clicquot es sólo para amigos. Pero esta vez lo pasaré por alto. Les dan vino en las prisiones francesas, ¿sabe? Probablemente alguna porquería, de manera que disfrute de éste mientras dure.

Volví a mi asiento y me senté, puse el paquete en el suelo entre los pies y abrí con una mano la botella, sosteniéndola entre las rodillas.

Yo sabía que estaba en un aprieto. Bebí champaña y traté de pensar. Se me ocurrieron muchas ideas pero ninguna parecía ofrecerme mayor consuelo en la presente situación. Estaba realmente metido en un aprieto hasta el cuello. Podíamos estar atrapados durante horas. Todo el día, toda la noche. Ellos podrían dormir por turno. Eran dos. Eventualmente me atraparían. No había duda con respecto a eso.

Miré el reloj. Ya hacía media hora que estábamos encerrados. Sentía calor y tuve la tentación de tomar otra copa de champaña, pero la aparté de la mente. En cualquier momento O'Dowda o Kermode podrían intentar algo. No me convenía arriesgarme a estar borracho.

Quizás algún pensamiento parecido se le ocurrió a O'Dowda porque levantó su copa hacia mí y sonrió por encima de ella.

Del otro lado de la habitación, Kermode vigilaba el mundo exterior. Si veía a alguien probablemente no lo diría, todavía no, porque él también debía saber que el juego de la espera beneficiaría a O'Dowda.

Tomé el paquete y con la pistola en la otra mano me dirigí a la ventana y levanté una silla caída. A Kermode le dije:

—Vuelva adónde está su patrón.

Sin decir una palabra se dirigió adónde estaba O'Dowda. Se sentó, se recogió una pierna del pantalón y comenzó a examinar las heridas. Me senté en un ángulo desde donde podía echar un vistazo afuera de cuando en cuando y también vigilar a los dos. Era un hermoso día de fines de setiembre. A kilómetros de distancia alcanzaba a vislumbrar un rincón del lago y un grupo de casas blancas brillando en la atmósfera cálida de allá lejos. Ésta era una habitación calurosa. Me pasé el dorso de la mano por la frente.

—¿Tiene calor, eh? —preguntó O'Dowda.

—No necesita calefacción en un día como éste.

Se encogió de hombros:

—Está encendida todo el tiempo. Pero hay un control automático. Una temperatura constante de 20° centígrados. Usted siente calor porque está preocupado, Carver, usted no sabe qué hacer. Las cosas van a estar mucho más calientes antes de que terminemos. Una lástima... porque si hubiera jugado limpio conmigo yo habría aprendido a apreciarlo y le habría dado mucho trabajo. Hasta podría haberlo metido en alguna de mis organizaciones y hacerle ganar una fortuna. Pero ahora, no... Oh, no. Voy a verlo freírse. Voy a hacer que lamente el momento en que me conoció.

No respondí. Estaba sentado allí, disfrutando del aire refrescante a través de la ventana rota. Pero a pesar de la corriente, todavía sentía calor.

Después de un momento me levanté y sin querer me paré encima de una de esas rejillas que cubren la calefacción proveniente de las cañerías del entepiso. El aire caliente estaba subiendo a través de ella. Estaba seguro de que había mucho más de 20° en la habitación. El termóstato debía de haberse descompuesto. Volví a la ventana.

Hacía más calor. No había duda con respecto a eso.

O'Dowda también lo había notado. Se aflojó el frente de la bata oriental y preguntó:

—¿Qué dice el termómetro? —indicó con la cabeza un espacio en la pared entre dos ventanas próximo a mí.

Me levanté y verifiqué el termómetro.

—Algo anda mal. Marca 23° ¿Dónde está el termostato?

—En la galería, afuera.

—Bien, si aumenta el calor sus huéspedes se derretirán sobre usted.

Sonrió y bebió otra copa de champaña.

Encendí un cigarrillo y miré por la ventana. Tuve la recompensa y fue de ver un mundo lleno de sol en el que nada se movía excepto un par de mirlos que revolvían la tierra en busca de lombrices en uno de los canteros.

Kermode y O'Dowda se refrescaban con champaña y yo seguía sentado fumando, mientras con una mano húmeda sostenía la pistola en las rodillas y pensaba en las puertas de acero cerradas. Durnford estaba loco. ¿Qué perseguía con encerrarnos a los tres aquí? En realidad, si hubiera sabido que eso; iba a favorecer a O'Dowda, nunca lo habría hecho... porque O'Dowda era el hombre a quien odiaba. Entonces, ¿por qué demonios se marchó dejándonos encerrados? Era como arrojar una bola de nieve contra un tanque de guerra en lo que se refería a O'Dowda. Realmente estaba loco. Sin embargo, básicamente era un hombre inteligente y la inteligencia no desaparece en un momento de locura y de odio. Con frecuencia refuerza la acción insensata. No tenía una alta opinión de mí... especialmente porque pensó que le había fallado al no entorpecer los planes de O'Dowda. Pero no me odiaba como odiaba a O'Dowda. Me aconsejó que no viniera a esta habitación a ver a O'Dowda.

Me puse de pie, me aflojé la corbata y abrí el cuello de la camisa. Luego me dirigí a la pared del termómetro. Ahora marcaba 24,4. Estaba realmente preocupado porque algo había empezado a machacar dentro de mí.

Miré la rejilla de cobre en el piso cerca de la ventana. Había una hilera alrededor de la habitación instalada a unos cincuenta centímetros de las paredes. Estaban sujetas al piso por un par de tornillos en cada extremo. El aire caliente subía a través de las ornamentadas rejillas, aire muy caliente.

Volví a mirar el termómetro. Ahora marcaba 27,7°. Desde el momento en que Durnford nos había encerrado, la temperatura había comenzado a elevarse. Cuando entré al lugar había una temperatura muy agradable. Ahora estaba lo suficientemente caliente como para cultivar orquídeas.

Miré a O'Dowda y a Kermode. O'Dowda, con la bata abierta y desarreglada, estaba recostado en el sillón, con la copa en la mano observándome, la luz de las velas detrás de él, en el trono, bruñía el hirsuto mechón de su pelo rojizo.

Kermode seguía sentado al borde del trono. Un hombre agobiado, pequeño, como una langosta. En el costado de la cara se veía una costra de sangre seca. Los ojos oscuros fijos en mí, lleno de interés, prometiéndose, sin duda, alguna macabra venganza cuando llegara el momento.

O'Dowda, imaginando que yo estaba por decir algo, exclamó:

—¿Ya no está tan gallito, eh? Pero no pierda el aliento tratando de hacer un trato conmigo. Usted está aquí y nosotros estamos aquí. Lo atraparemos. De manera que

no hay trato.

Tenía razón. Yo iba a hablar, pero no de ningún trato:

—¿Cuál es el límite de temperatura en este sistema de calefacción?

Ambos parecieron sorprenderse por la pregunta, luego Kermode respondió:

—Alrededor de los 35°.

—Ha subido de 21° a más de 27° en los últimos diez minutos.

—¿Y qué hay con eso? Es ese maldito imbécil de Durnford. Nos ha encerrado y ha elevado el regulador —respondió O’Dowda—. El hombre tiene agallas. Nosotros no le agradamos y no puede pensar en otra cosa mejor. Habría sentido algún respeto por él si me hubiera disparado un balazo... aun cuando habló por los codos acerca del asesinato. Siéntese muchacho, quítese la chaqueta y termine su champaña. Podría echarse un sueñito después —rió.

En ese preciso momento se me ocurrió. Había estado latente en el fondo de mi mente, pero ahora lo veía con claridad. Durnford estaba loco, pero no era tonto. Y no era cuestión de que tuviera miedo de herir o de asentar un golpe.

Le pregunté sin vacilar:

—¿Recuerda la primera vez que vine a esta habitación, O’Dowda? Le di una bomba térmica. Una bestia que podía hacer volar esta habitación en pedazos. ¿Qué hizo con ella?

—Se la di a Durnford para que se deshiciera de ella.

Él tampoco era tonto. En seguida me comprendió.

—Bien, mi palpito es que ha cumplido. Está en alguna parte de esta habitación. Probablemente en las cañerías de las rejillas del piso. Esa bomba está adherida como un molusco a la espera de que la temperatura llegue a la marca adecuada. Durnford le ha puesto una pistola al pecho, no le quepa duda y también al resto de nosotros.

Ambos se pusieron de pie como un resorte.

—Kermode, de prisa, muévase y trate de detectar cualquier rejilla con tornillos que esté rayada o golpeada —le ordené.

—Las ventanas —dijo O’Dowda, y ahora había alarma en su voz. Rompa los vidrios para que se abran, eso bajará la temperatura.

—Pero sólo la temperatura del aire. No afectará a la bomba. Está adherida a una cañería.

—Podemos levantar todas las rejillas y apagar la calefacción de los radiadores individuales —dijo O’Dowda.

Ahora sentía pánico.

—Hay como una docena en esta habitación y necesitamos un destornillador. Lo único que puede hacerse es localizar la rejilla que utilizó. Quizá podamos arrancarla.

Mientras hablaba ya Kermode estaba recorriendo la habitación, examinando las rejillas.

Yo registré las de la pared de las ventanas. Ninguna de ellas mostraba señales de haber sido levantada. El termómetro en la pared ahora marcaba 29,4°. ¿Cuál sería la

temperatura a que había ajustado el control de la bomba? ¿32°? ¿30°?

Kermode salió desde atrás del trono y dijo:

—No encuentro ninguna rejilla que esté marcada.

—Arránquelas —grito O'Dowda—. ¡Vamos...!

Se dirigió a la rejilla más próxima, se inclinó, metió sus gigantescos dedos en el ornamentado trabajo de cobre y tiró. La superficie pulida del cobre se dobló hacia arriba, estirándose bajo su fuerza, pero los tornillos laterales no cedieron. Y no cederían, yo lo sabía. O'Dowda era un millonario. Los millonarios no toleran trabajos chapuceros. En mi casa suburbana los tornillos hubieran saltado como si estuvieran metidos en jabón. Pero cualquiera que trabajara para O'Dowda tenía que hacer las cosas en forma y a fondo. Para eso se le pagaba. Ése era su epitafio. No podía preocuparme del mío. Verifiqué el termómetro otra vez; estaba marcando 30°. Hice lo que podía ser la última apuesta de mi vida a que Durnford había marcado la temperatura en 90 grados y me dirigí a la puerta. Las rejillas estaban alrededor de toda la habitación excepto frente a la puerta de entrada. Si había un lugar más seguro que otro, quizá fuera este extremo. Además estaba bien lejos de las ventanas. No quería sobrevivir momentáneamente a la explosión y que un pedazo de vidrio me arrancara la cabeza.

Kermode, enloquecido al pie del trono gritó:

—¿Qué demonios vamos a hacer?

—Venga acá y búsquese algún refugio —le respondí.

Mientras hablaba voltee una duquesa y la coloqué a lo largo como barricada. Puse una persona con traje de diplomático encima de ella. Por lo menos estaba conservando los niveles sociales.

Kermode comenzó a moverse, pero O'Dowda lleno de pánico, sin creer que no había nada que pudiera hacerse, trabajando con los viejos principios de millonario de mantenerse inmune contra todo lo desagradable gritó:

—¡Deme una mano con esto!

Estaba trabajando en otra rejilla, el sudor corría como laca por su cara roja. Kermode vaciló, mirándome mientras yo rompía el código social al poner a un mercader de bazar encima del diplomático.

O'Dowda con una voz que era un rugido volvió a llamar a Kermode y éste se dirigió a él. Tenía que hacerlo, tenía que tener en cuenta la supervivencia y eso significaba que debía mantenerse en buenos términos con O'Dowda. Patrón y peón es un vínculo que dura hasta la muerte, cuando el patrón es millonario. Me alegré de ser mi propio patrón y peón a la vez. No había discusión entre nosotros. Agregué otros tres cuerpos y luego coloqué un decano de la universidad, alto y delgado, con cara ascética, que vestía una toga ribeteada de pieles y lo añadí a la pila. Me pregunté qué habría hecho este hombre para molestar a O'Dowda. Tal vez votar contra él en una convención, cuando los otros querían darle un título honorario en agradecimiento por algún nuevo edificio universitario.

Entre los dos sacaron por fin la rejilla, combándola. Los tornillos todavía la sujetaban pero tenían bastante espacio para palpar adentro. O'Dowda se inclinó y casi en seguida se puso de pie para buscar otra rejilla. Era un hombre tenaz. Con suerte... y necesitaría la suerte de un irlandés... podía dar con la rejilla indicada, hasta podría abrirla y llegar a la bomba, pero estaba corriendo una carrera contra los 32° y mi pálpito era que ya estaba llegando a la marca de los 31°.

Con el arma en una mano y el paquete en la otra, me instalé detrás de la barricada y grité:

—¡Por el amor de Dios, sean sensatos! ¡Refúgiense en alguna forma lejos de las rejillas!

Kermode, haciendo fuerza para arrancar una rejilla con su patrón, se volvió y me miró. Todo lo que pudo ver fue mi cabeza detrás de la barricada. Sus ojos estaban llenos de deseos de unirse a mí pero no se atrevió a dejar a su patrón.

De pronto se enderezó, sacando las manos de la rejilla.

—¡KERMODE! —rugió colérico O'Dowda.

—Espere un momento.

Kermode se volvió y corrió hacia el trono. Había una alfombra fina de Persia sobre el piso a cuatro metros de la monstruosa efigie de O'Dowda. De un tirón corrió la alfombra a un lado. Debajo había una rejilla.

—¡Me había olvidado de ésta...! —se inclinó, examinó los tornillos y dijo—. ¡Ésta, ésta...!

O'Dowda se le acercó, con la bata flotando, tirando una mesa al pasar y apartando la figura de un Rajá con turbante y traje blanco.

—Los tornillos... ¡mire! —Kermode señaló.

Y se pusieron a trabajar. Con los dedos agarraron la rejilla, ambos de cabeza en el suelo. La bomba tenía que estar allí abajo. Allí era donde Durnford la había puesto. Debajo de la monstruosa efigie y cerca de donde O'Dowda normalmente se sentaba. Si Kermode hubiera recordado esa rejilla al principio...

Grité otra vez:

—¡Abandonen eso! ¡Salgan de ahí!

No me hicieron caso. El hombre grande y el hombre pequeño, trabajaban con la rejilla, patrón y peón, unidos por tantas cosas en el pasado; lealtades, villanías, borracheras, excursiones de pesca, cosas modestas en los viejos días, sofisticadas manipulaciones a medida que el patrón se hacía más rico y siempre con el pensamiento de que era intocable, de que él era su propia ley, mientras el otro se sentía seguro a la sombra del poder del patrón. No me escucharon. Habían olvidado que yo estaba allí. Uno se queda sentado y deja que las cosas desagradables sucedan, pero un O'Dowda no hace eso, pelea y vence. Así había sido siempre y así sería ahora, tenía que ser o la vida no valdría la pena de ser vivida.

Me dejé caer detrás de la barrera, me recosté contra la espalda fría y desnuda de la duquesa y me coloqué encima al decano de la universidad.

Mientras lo hacía sucedió. El fin del mundo. Se oyó un ruido como si un *jet* hubiera quebrado la barrera del sonido en la habitación. En el enorme terremoto fui despedido, confundido con la duquesa, el diplomático y el decano, hacia las puertas de acero. Debía de haber muerto, pensé que estaba muerto, los oídos me zumbaban y estaba sin aliento. Las puertas de acero me esperaban, esperaban que la ola expansiva me golpeará contra ellas y me aplastara. Pero la ola debe de haber golpeado las puertas un segundo antes que mi cuerpo y las abrió como un par de alas torcidas. Fui a parar a veinte metros de distancia en la galería y allí me quedé con los ojos cerrados, esperando... y en la espera oí el quebrarse de vidrios. Caían pedazos de revoque; y como una lluvia de piedras y maderas.

Con lentitud traté de ponerme de pie. Estaba mareado, me quité la tierra y arena de los ojos y de la cara. En el piso a mis pies estaban la pistola y el paquete y la dura cabeza de la duquesa con un pedazo de vidrio de quince centímetros metido en la mejilla derecha. Tropecé con un general con galones rojos, la mitad de su bigote blanco arrancado y uno de los ojos de vidrio hecho añicos. Me dirigí a la puerta.

La habitación estaba llena de humo y de polvo. No había señales de O'Dowda ni de Kermodé. Pero había cabezas, brazos y piernas dispersos por todas partes. La mayor parte eran de cera. Cuando atravesé la puerta, trastabillando, sin saber realmente lo que estaba haciendo, una lluvia suave comenzó a caer sobre mí de los remanentes del sistema de rociadores de agua para casos de incendio, instalados en el techo. Me dirigí al trono. Los cortinados y el artesonado de madera en ambos lados se estaba quemando y las ropas de la efigie de O'Dowda estaban en llamas. Las llamas le lamían la cara, que yacía en el piso, un brazo y una pierna arrancados. Me quedé mirándolo desde cierta distancia y me pregunté si yo estaba todavía vivo, o atrapado para siempre en alguna pesadilla mortal. O'Dowda quemándose y derritiéndose.

La cera de la cara comenzó a correr. Con el calor golpeándome el rostro, todavía estupidizado por la ola de expansión, observé la gran figura que lentamente se derretía ante mí, se derretía a su tamaño real, se derretía a menos de su tamaño real. La lluvia del rociador me caía sobre la cabeza desnuda, corriendo como lágrimas por mis mejillas sucias, y sentía que las llamaradas me quemaban la piel, de manera que lentamente comencé a retroceder, con los ojos fijos en la cara de cera de O'Dowda. A medida que las facciones se deshacían informes, observé con horror lo que estaba apareciendo a través de la cera, a la luz de las llamas temblorosas. Lentamente como una película que se está proyectando, surgió otra cara que me hacía una mueca a través de la cera que corría burbujeante. Otro rostro, descarnado, con las órbitas oscuras en un principio y luego llenas de fuego y vivas con pequeñas llamas sibilantes. Una boca sonreía apretada, luego con lentitud se abrió al quebrarse la mandíbula, que cayó al piso con la cera ardiendo y despidiendo pequeñas lenguas de fuego rojas y amarillas.

Detrás de mí, a kilómetros de distancia me pareció oír voces gritando, sentí un gran revuelo de vida, campanas, sirenas y el ruido de pisadas.

Trastabillando me dirigí al extremo de la pared, me incliné y vomité, sabiendo que el horror no iba a abandonarme durante muchas noches..., la vista de un cráneo pequeño, frágil, que volvía a la luz mientras la cara de O'Dowda se derretía.

Cuando me enderecé, vi al verdadero O'Dowda. Al explotar la bomba Kermode debe de haberlo cubierto. Había sido arrojado al otro lado de la habitación y golpeado contra la ventana como un saco de doscientos kilos de maíz. Estaba acurrucado contra el ángulo de la pared y del piso, desnudo de la cintura para arriba, la cabeza horriblemente torcida hacia un lado y la única pierna que le quedaba retorcida debajo de su cuerpo. En los dedos de la mano derecha, todavía colgaba un gran pedazo de la ornamentada rejilla de cobre.

Salí de la habitación, dejando que el fuego se esparciera por el trono. Al recoger el paquete, el mareo casi me hizo caer de bruces. Luego llegué como pude al corredor, puse el paquete en el cinturón de los pantalones y me abotoné la chaqueta para cubrirlo.

Sentado en una silla de terciopelo rojo en el rellano de la escalera estaba Durnford fumando, tranquilo, sereno. Me miró, asintió con la cabeza como felicitándose por el hermoso trabajo. O'Dowda y Kermode muertos..., sus blancos principales; Carver, estremecido, contrito..., un blanco menor; y él mismo, sin importarle lo que pasara ahora porque nadie podía quitarle el sabor de la última hora, satisfecho con la espera, sin que nadie pudiera molestarlo.

Dijo con suavidad:

—He llamado a los bomberos. Deben de estar llegando.

Con la garganta seca, las palabras saliendo como el áspero susurro de cañas viejas, exclamé:

—No estoy de humor para compañía.

Me indicó una puerta lateral más allá de su silla:

—Pase por esa puerta. Baje las escaleras y en el extremo encontrará el garage —cuando me dispuse a salir me preguntó—: ¿Cómo se comportó O'Dowda al final?

—Pensé que era pánico, pero no lo era. Como siempre, creyó que nada ni nadie podía vencerlo. Perdió la partida por aproximadamente cinco segundos —luego me dirigí a la puerta y con la mano en el picaporte agregué—: cuando llegue la policía no lo dejarán entrar en la habitación. Si quiere despedirse hágalo ahora.

—¿De él?

—No, de ella. Está en el trono esperándolo.

Me miró, sin comprender durante un momento, luego se levantó y despacio comenzó a caminar por la galería hacia la habitación velada por el humo y salpicada de agua. Encontré el camino hacia el garage y luego hacia afuera, con la conciencia de que había tenido suerte. La excepción. Me iba con algo que pertenecía a O'Dowda.

Eso era toda una hazaña porque O'Dowda conservaba las cosas que le habían pertenecido aunque ya no las quisiera. Tal como la conservó a ella, a su mujer,

encerrada en su efigie...



CAPÍTULO DIEZ

“¡Los besuqueos no duran mucho: el arte de la cocina, sí!”.

GEORGE MEREDITH

EL Facel Vega todavía estaba donde lo había dejado. Me arrastré hasta él como un cangrejo ermitaño volviendo a su concha, y partí. Una autobomba casi me arrojó entre los arbustos antes de haber llegado a los portones principales. Nadie puede acusar a un *pompier* francés de no conducir de prisa. Un coche policial casi hizo lo mismo cuando doblaba hacia la ruta principal. Alguien me gritó no sé qué cosa por una ventanilla abierta. No me detuve. Podía haber sido Aristide Marchissy la Dole.

Me dirigí al lago en dirección a Ginebra. Seguía teniendo ante mis ojos esa cara de cera derritiéndose, burbujeante e hirviente, y el horror que surgía a través de ella. Iba a tener pesadillas durante un largo tiempo salvo que me marchara y me aferrara a esas vacaciones que hacía mucho me había prometido.

Me detuve frente a una cabina telefónica y llamé a Najib.

—Tengo el paquete para usted —dije—. ¿Cuánto demorará en traer a Julia?

—Ya mismo.

—Me encontraré con usted en el extremo oeste de la Catedral de Saint Pierre dentro de media hora. ¿De acuerdo?

—Allí estaremos y como prima también recibirá dos mil libras.

—Se queda corto —le dije—. Los hermanos Alakwe siempre pagan en guineas.

—Guineas —respondió.

Me dirigía a la catedral y esperé.

Llegaron en veinte minutos, de manera que deben de haber ocultado a Julia en algún lugar de la misma Ginebra.

Vinieron en grupo a mi encuentro, como un alegre conjunto familiar. Los hermanos Alakwe, Miss Panda Bubakar y Julia.

Me quedé al lado del coche esperándolos.

Jimbo palmeó a Julia en el hombro y la empujó suavemente hacia mí. Jimbo vestía una chaqueta de corderoy verde, pantalones negros, camisa amarilla y una corbata roja con un gran salmón saltando en ella. Nunca supo que ese toque de salmón había sido la causa de mi ceño fruncido.

—Dígale, Miss, que la hemos tratado con todo respeto y cortesía —dijo Jimbo. Julia cayó en mis brazos. No tuvo que decirme nada. Todo estaba reflejado en su rostro.

Le tendía el paquete a Najib. Lo palpó y me di cuenta de que estaba ansioso por abrirlo y revisarlo.

—Hágalo —le dije—. No me ofenderá.

—Confío en usted.

Panda exhibió sus dientes y ojos como un semáforo y dijo:

—Nunca me diste una oportunidad. Todo lo que tenía estaba dispuesta a dártelo. No lo olvides, amorcito, cuando ella te tire al lago ven nadando a mamá. ¡Whoof! ¡Whoof! —Dio un puntapié en alto, hizo una pirueta y me arrojó un grueso sobre.

—Dólares norteamericanos —dijo Najib—. Todo lo que tiene que hacer ahora es evitar el brazo de la ley.

Negué con la cabeza y dije:

—Puedo entorpecerlo un poco durante un tiempo, pero nunca evitarlo.

Partimos en dirección a Bonneville y luego tomamos el camino a Megeve.

Julia no dijo una palabra durante un rato largo.

—¿Dónde quieres detenerte para hacer las compras? —pregunté eventualmente.

—En cualquier parte. ¿Les vendiste el paquete a ellos?

—No... fue un trueque directo por ti. No pedí dinero. Pero cuando me lo ofrecieron pensé que me había ganado una prima.

Seguí refiriéndole todo lo que había pasado desde que la había visto por última vez. Antes de que terminara su mano estaba tocándome el brazo y cuando terminé me dijo:

—¿Y ahora, qué sucederá con Interpol y Mr. Carver?

—No lo sé y no me importa. No voy a pensar en ello. ¿Qué vas a cocinar esta noche?

Comimos *poulet sauté aux olives de Provence*. Mientras Julia lo preparaba me di un baño, me cambié y extendí mis pijamas elegantes, luego bajé, me senté, bebí y me levanté cada vez que me llamaba desde la cocina para que volviera a llenarle la copa. La segunda vez que lo hice fue cuando me abrazó y sus labios encontraron los míos.

—En realidad soy una mujer tímida —dijo—. Siempre necesito tiempo.

—No apresures nada.

El *poulet* estaba delicioso.

Cuando desapareció para traer el segundo plato, sonó el teléfono.

Era Aristide:

—Pensé que iba a encontrarlo allí. ¿Está acompañado?

—Me acaban de servir un *poulet aux olives de Provence*.

—¿Sirvió el pollo sobre la salsa caliente o echó la salsa sobre el pollo?

—Lo sirvió sobre la salsa —respondí.

—¡Atesórela!

—Lo haré por todo lo que me resta de vida.

—¡Ah, sí! Era de eso de lo que quería hablarle. Tuvo muchos problemas con O'Dowda, ¿verdad?

—Desde luego.

—La habitación quedó totalmente destruida, incluyendo muchos valiosos cuadros. Sin embargo, hay bastantes elementos para aclarar el asunto secundario del asesinato. Mi gente está satisfecha con respecto a eso.

—Me alegra oírsele decir.

—Sin embargo, se mostraron decepcionados acerca del paquete.

—Naturalmente.

—Hasta que expliqué que usted estaba en realidad haciendo un heroico esfuerzo para recuperarlo para nosotros y que no fue culpa suya que las llamas lo consumieran. En defensa de usted... y espero que comprenda que no puedo pensar en nadie por quien hiciera semejante cosa, y tampoco tengo una razón muy poderosa para hacerlo por usted, excepto que, por supuesto, tengo un sentimiento por usted, que por muy ilógico que sea, tengo que reconocerlo, desde que presiento... usted me acompañará en esto...

—Puedo acompañarlo, Aristide, pero en alguna parte de su verborragia me perdí.

—*Enfin*. Los he persuadido de que dejen de lado cualquier acción drástica. Usted trató de conseguir el paquete para nosotros y fracasó. La desobediencia se castiga, pero no el fracaso. De manera que debe sentirse feliz, ¿no es cierto?

—Muy feliz.

—Bien. Pero tampoco puede salir ileso.

—Ésa es una buena palabra.

—Najib sacó una fuerte suma de dólares norteamericanos hoy, según nos informó su banco. Presumo que están en su poder.

—¿Habla oficial o privadamente?

—En ambos sentidos. Interpol tiene un fondo de caridad con el que hace mucha beneficencia. Con frecuencia recibe contribuciones anónimas. ¿Podemos esperar otra pronto?

—Le enviaré el dinero a usted.

—Encantado. El dinero siempre tiene que ser tratado con seriedad, y hablando de dinero, le aconsejaría, si puede, que se case con Miss Julia. Indudablemente heredará una gran fortuna de O'Dowda. Julia lo tendrá a usted y usted a ella y al dinero y jamás volverá usted a molestarme. Todos seremos felices.

—Excepto Miss Julia —respondí— si me retiene en el teléfono después que traiga el *omelette soufflée aux liqueurs*. que está preparando en este momento.

Suspiró profundamente y dijo:

—En la aldea de Inxent, en el norte de Francia, hay una posada donde la preparan a la perfección. Si no la trae a la mesa espumosa y a punto de deshacerse en la fuente, no se case con ella.

Llegó a la mesa como dijo Aristide que debía estar, llenando la habitación con el aroma de huevos frescos, manteca chirriante y el cálido y delicioso olor de los licores.

Hubo muchos momentos en las dos semanas siguientes en que creía que me casaría con ella y hubo días en que no estaba tan seguro, pero al fin estuve de acuerdo con Meredith. *¡Los besuqueos no duran: el arte de la cocina, sí!* Pero, ¿quién quiere pasar el resto de la vida nada más que comiendo?

De manera que al fin retiré mis cuatro mil dólares de debajo del linoleum y volví a la gran aventura, preguntándome cuánto tardaría en conseguir mis honorarios y gastos de los abogados de O'Dowda, y esperando, además, que Panda no estuviera en ninguna parte, cerca. Pero volví al escritorio, al mío, y a Wilkins y no recibí ni una sonrisa ni una palabra cálida hasta que llegó a la oficina una mañana y se encontró con una máquina de escribir eléctrica.

Sonrió y casi inmediatamente frunció el ceño.

—¿Por qué compró una máquina alemana? Las inglesas son igualmente buenas. No es que tenga nada personal contra las alemanas, pero uno realmente, debería apoyar...

Cerré la puerta de mi oficina sin dejarla terminar. Nunca se vence del todo.



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.

- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).

- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).
- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

Notas

[1] Peón dama (Colección El Séptimo Círculo N.º 262). <<

[2] Un buen amigo vale más que cien parientes. (*N. del E. D.*) <<

[3] Marca de cigarrillos negros baratos sin filtro, muy popular en Francia. (*N. del E. D.*) <<

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA EFIGIE DERRETIDA

VICTOR CANNING



BONOMI

Lectulandia

